ABRIL LAÍNEZ

Donde odiarnos es para siempre



ABRIL LAÍNEZ

Donde odiarnos es para siempre



Copyright©2023 ABRIL LAÍNEZ
Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.
Primera edición, noviembre 2024
Titulo original: Donde odiarte es para siempre
Diseño de la portada: Adyma Design
Corrección: Cristina García.

Para mi familia, mi vida, mi todo.

Capítulo 1

Ginevra

Manchester, Inglaterra.

El trayecto desde el aeropuerto hasta mi casa se me está haciendo eterno; no por la distancia, sino por la conversación del taxista, que se ha empeñado en ponerme al corriente de las noticias más relevantes de Reino Unido en los… ¿últimos meses?

A juzgar por el número de titulares que me está ofreciendo, debe creer que llevo años fuera del país: en una selva, incomunicada.

Estoy a punto de interrumpirlo para aclararle que la selva en la que he estado los últimos días se encontraba a solo unas doscientas millas, en Londres y que se llama «Feria de arquitectura», pero no lo hago, prefiero seguir pensando en Tyler.

Se me dibuja una sonrisa cuando recuerdo el mensaje que me ha enviado esta mañana recordándome que nuestra relación cumple hoy nueve meses, y también lo mucho que me echa de menos.

Se va a llevar una sorpresa cuando me vea: no me espera hasta dentro de dos días. Para mi inmensa alegría, la conferencia ha anulado la agenda de los dos últimos días.

Intuyo, a juzgar por la hora, las nueve de la noche, que debe encontrarse en su apartamento, el mismo al que me he mudado hace dos semanas; pero solo de forma provisional, hasta que terminen las reformas de mi apartamento, que se alargarán unos quince días más.

Me costó aceptar su ofrecimiento de mudarme a su apartamento: no sabía si la convivencia, como muchas veces ocurre, podía empañar el buen ritmo de nuestra relación, pero no ha sido así. Aunque no pretendemos hacer ningún cambio, me ha gustado comprobar que podemos vivir en harmonía más allá de un fin de semana.

Cuando vuelvo a conectar con el taxista, escucho un relato sobre sus problemas de próstata. Por suerte, estamos a punto de llegar.

Nada más bajarme del taxi, alzo la vista y observo la luz que se refleja a través de la ventana de su dormitorio, despejando mis dudas sobre si se encontraría o no en casa.

Rebusco en mi bolso hasta que localizo la copia de las llaves que me entregó Tyler. ¿Debo utilizarlas o debo llamar al timbre? ¿Una sorpresa? Me asaltan las dudas.

No me gustan las sorpresas. Si estuviera en su lugar, a mí me gustaría que él llamara al timbre, pero después del mensaje que me ha enviado hoy, me parece romántico sorprenderle entrando sin avisar y diciéndole que no puedo permitir que me eche de menos.

Sí, puede ser divertido. ¿O es demasiado cursi?

No es propio de mí tener tantas dudas, la impulsividad es lo que suele definirme, pero… por alguna razón que desconozco, dudo.

No quiero darle más vueltas. ¡Decidido! Le sorprenderé.

Nada más entrar, de forma sigilosa, aparco mi maleta y me guio por la luz que emite la única lámpara encendida del salón; a pesar de emitir una luz tenue, me permite deambular con cierta soltura.

No entraba en mis planes tropezar con el paragüero, ni que el estruendo fuera casi ensordecedor… ¡Se acabó la sorpresa!

Me dirijo al dormitorio y lo encuentro de pie, erguido como un palo, semidesnudo, cubriendo su cuerpo parcialmente con una sábana. Su expresión de terror me deja claro que no ha sido buena idea sorprenderlo.

—Lo siento, no quería asustarte.

—Ginevra… ¡No te esperaba! —me confiesa sin abandonar la expresión de pánico.

—¿Eso es bueno o malo? —le pregunto sonriendo.

—Es… maravilloso, cariño, pero me he asustado. ¿Por qué no me has dicho que regresabas antes? ¿Ha pasado algo?

—Han anulado los dos últimos días. Quería darte una sorpresa.

Sigue tieso, como si tuviera una armadura de hierro pegada en la espalda.

Quiero acercarme a él, pero la idea de que algo no va bien me detiene. ¿Tanto se ha asustado?

Suelta la sábana que lo cubre y se apresura a colocarse la ropa interior. La distancia que mantiene conmigo me sorprende, pero tarda poco en acercarse y besarme suavemente. Después, me abraza de una forma algo salvaje y me frota la espalda de forma vigorosa.

¿Qué está haciendo?

Observo la cama, algo revuelta, y me confunde, pero el abrazo y los besos continúan, así que me olvido de ese detalle.

—Debes estar cansada, seguro que quieres darte una ducha.

—Más tarde, voy a deshacer la maleta —le digo intentando coger aire. Me está estrangulando.

—Cuánto te he echado de menos, cariño, qué largo se me ha hecho —me susurra al oído mientras me deja un reguero de besos en el cuello—. ¿Sabes qué? Vamos a ducharnos juntos, no sabes lo mucho que me alegro de tenerte aquí: me iba a volver loco. No vuelvas a marcharte… ¡Ha sido terrible! No vamos a separarnos más el resto de nuestras vidas.

Por un lado, me hace sonreír esa intensidad, pero hay algo extraño en ese discurso, y también en los movimientos que las acompañan; ¡algo no encaja!

Me empuja ligeramente con su cuerpo hacia la puerta del dormitorio, sin dejar de abrazarme, y, confundida como estoy, me dejo arrastrar. Pero antes de cruzar la puerta, veo una silueta desnuda reptando por el suelo, intentando salir de debajo de la cama. Tyler no puede verla, está de espaldas.

Suelto un pequeño grito mientras me planteo si se trata de una alucinación, pero su voz femenina, muy alterada, me indica lo contrario:

—¿Te he echado de menos? ¿El resto de nuestras vidas? ¿Eso es lo que le dices a alguien que pensabas dejar cuando volviera de viaje? —grita mientras se coloca su ropa interior con brusquedad.

Tyler se separa de mí y baja la cabeza al tiempo que se pasa una mano por ella. Busco su mirada, pero no la encuentro.

Vuelvo a mirar a la desconocida, al menos para mí, mientras intento entender lo que ocurre. No hace falta ser muy lista para hacerlo, pero el «shock» impide que mi cerebro actúe con normalidad.

Observo la escena en silencio, paralizada. La mujer con un cuerpo precioso está arrodillada en el suelo intentando recuperar algo de debajo de la cama: su vestido; uno ceñido que le queda como un guante. Lo compruebo tras los siete segundos que ha tardado en vestirse.

Sigo sin reaccionar. Mi cerebro decide seguir dormido.

Silencio.

Lo rompe Tyler, con un tono de voz desolado.

—Anne, ¡márchate!

—¿Me estás echando? —le dice mirándolo furiosa. Entre ellos se interpone una cama gigante, de lo contrario se habría producido un delito de sangre—. Pues claro que me voy, imbécil, ¿qué te crees que pretendo hacer?

Empiezo a reaccionar. Mi corazón empieza a acelerarse y mis piernas emiten un cosquilleo molesto. No es buena señal. No puedo derrumbarme.

El silencio sigue siendo mi mejor aliado.

—Este tío es un cerdo, que lo sepas. Lleva dos meses diciéndome que te va a dejar y que definitivamente sería cuando volvieras de viaje —me informa la desconocida mientras pasa por mi lado y sale del dormitorio.

La sigo con la mirada. Tyler se sienta en el borde de la cama y esconde su rostro entre sus manos.

El silencio se rompe con el sonido de los pasos de esa mujer alejándose por el pasillo hasta la salida. Después, un portazo brusco. Después, la voz de Tyler. Por fin, se anima a mirarme.

—Yo… no te esperaba —me confiesa mientras se frota la nuca.

Supongo que sus palabras son fruto de los nervios. ¿Es consciente de la estupidez que ha dicho? Lo único que consigue es que empiece a apoderarse de mí una rabia que hasta el momento no había empezado a sentir.

—¡Oh! Lo siento —le digo con una calma que hasta a mí me sorprende—. Tendría que haberte avisado. ¿Cómo se me ha ocurrido darte una sorpresa? Lo he estropeado todo. Con lo bien que estábamos… Te hubiera dado tiempo a anular tu cita y… ahora no estaríamos en una situación tan patética. Tú estarías tan feliz y yo… tan engañada. ¡Qué torpe he sido!

Tyler baja de nuevo la mirada.

Lo observo en silencio y me pregunto quién es la persona que tengo delante. Nada encaja.

Empiezo a reaccionar. El bloqueo empieza a desaparecer seguido de un golpe en el pecho que hace que me contraiga de dolor, pero me esfuerzo por mantenerme firme. No quiero derrumbarme delante de él, no quiero llorar, no quiero decirle todo lo que pienso.

Siento una imperiosa necesidad de salir de este lugar. Me doy la vuelta dispuesta a ello.

—Lo he fastidiado todo, ¿verdad? —me pregunta levantándose y acercándose a mí con prudencia.

—No, ¿por qué lo dices? —le suelto sin pensar.

—Ginevra, yo… Te aseguro que esto no significa nada para mí, lo que ha dicho no es verdad, no sé cómo explicarlo, pero… esa mujer no…

—Tyler —le detengo con voz firme al tiempo que hago una breve pausa—, todavía en este momento, justo ahora, me importas. No será así dentro de un cuarto de hora o de un par de horas, pero ahora todavía puedo preocuparme por ti y darte un consejo: ¡cállate! Te sentirás menos ridículo después, cuando pienses en esta preciosa escena.

—¿Un cuarto de hora? ¿Dos horas? ¿Eso voy a tardar en dejar de importarte? ¿A eso relegas nuestra relación?

Tengo que salir de aquí, la venda que tenía en los ojos, una que se mantenía por un hilo, se acaba de caer.

—Puede que tengas razón, quizás necesite dos o tres días.

Con la cabeza bien alta, hasta el punto de dolerme la espalda, el corazón en la garganta, el pecho dolorido y unas insoportables ganas de llorar, abro la puerta lentamente.

Espero unos segundos. Todavía albergo la esperanza de escuchar sus pasos, de verlo arrodillado diciéndome lo maravillosa que soy, lo mucho que le duele perderme, lo mucho que me necesita y lo mucho que va a luchar por mí, aunque no sirva de nada. Pero lo único que escucho es el sonido de una alarma en su móvil. Son las diez de la noche: la hora en la que cada día se prepara una infusión con propiedades relajantes.

Recupero mi maleta y abandono su apartamento cerrando suavemente la puerta.

Entro en el ascensor y me sujeto a las barras para no caerme. Decido liberar mis lágrimas.

Salgo a la calle y me enfrento a una lluvia inesperada.

¿Cómo he podido estar tan ciega? Esa mujer ha hablado de dos meses. ¿Acaso no he querido verlo? ¿O era imposible verlo?

Nada encaja. Nunca hubiera pensado que Tyler fuera así. Nunca.

Presa de la rabia y la decepción, aguantando el dolor en el pecho y consciente de que estoy viviendo una despedida, me enfrento a la oscuridad y a la lluvia.

Mi mente, muy a mi pesar, viaja a aquella noche, diez años atrás, en Escocia. Es el último lugar que quiero visitar, pero por alguna razón que desconozco mi mente decide castigarme reviviendo aquellas sensaciones.

«Ahora no», digo en voz alta cerrando los ojos, como si con ello pudiera borrar las imágenes.

¿Qué hago ahora?

«No tengo a dónde ir», pienso angustiada, liberando las toneladas de lágrimas que aún me quedan por expulsar. ¡Joder, cómo duele esto!

Mi apartamento es un amasijo de sacos de cemento y botes de pintura. ¿Dónde voy?

Mientras intento calmarme y tomar una decisión mínimamente acertada, escucho el sonido de un mensaje.

El cuerpo empieza a temblarme de nuevo al ver la sucesión de números que muestra la pantalla. No se trata de ninguno de mis contactos. Es él…

Es el desconocido, o la desconocida; la misma persona que lleva un año escondiéndose bajo mensajes de acoso.

Hoy estás muy guapa.
Te he visto en el aeropuerto.
He pasado por tu lado. Casi nos hemos rozado…

Sin dejar de temblar, me dirijo al borde de la carretera. Me encuentro en una zona a las afueras de Manchester. No hay trasiego de coches ni de personas.

Está oscuro.

Llueve.

Unos faros me deslumbran. Es un taxi.

Alzo la mano y se detiene delante de mí.

Me recuerdan a aquella noche, diez años atrás. Una vez más, son unos faros los que me abrigan y me consuelan.

Mientras el taxista se ocupa de mi maleta, le proporciono la dirección de Denzel, mi mejor amigo: es allí donde quiero pasar la noche, entre sus cálidos brazos.

Capítulo 2

Ginevra

Diez años atrás. Aberfeldy, Escocia.

Abro la ventana por tercera vez en los últimos veinte minutos. Esta vez, para mi alivio, impera el silencio. Significa que Fergus y Duncan, mis preciosos perros, deben estar dormidos profundamente. Sé que es el efecto de las hierbas que les he proporcionado, pero no puedo dejar de sentirme mal por haber tenido que hacerlo. No he tenido elección. Su silencio es necesario para que pueda salir de aquí. Si me vieran, causarían un gran revuelo. Su sueño es frágil, están entrenados para detectar cualquier movimiento que se produzca en la propiedad, especialmente durante la noche.

Suspiro al imaginarme lo que harían si me descubrieran: saltar a mi alrededor en busca de juego… Eso estropearía mis planes. Vuelvo a suspirar, esta vez con más fuerza cuando soy consciente de lo mucho que los voy a echar de menos.

Desconozco qué hora es, no puedo saberlo con exactitud: no tengo ningún reloj que consultar, pero el silencio de mis perros es la única señal que necesito.

Compruebo la cadena de sábanas que he preparado durante varios días para poder deslizarme por ella los ocho metros que me separan del suelo.

Escucho un sonido que hace que me quede paralizada. Es el propio de estar trasteando en la cerradura con la llave. Escondo las sábanas y me meto en la cama rápidamente. Me cubro con la colcha: ¡tengo que hacerme la dormida!

Siento que me tiembla el cuerpo. Estoy sudando.

No comprendo qué puede estar pasando. ¿Me habrán descubierto? ¿Habrán sospechado de mis intenciones? Me he asegurado de que mi escalera de sábanas permanezca bien oculta durante días, pero puede que haya pasado por alto algún detalle.

Silencio de nuevo.

La puerta sigue cerrada, pero sé que la llave ya no está echada; alguien la ha liberado. Conozco cada sonido de este maldito dormitorio.

Espero unos minutos y por fin encuentro fuerzas para levantarme y comprobar qué está pasando.

Tal y como sospechaba, la puerta ha sido liberada. Puedo abrirla y lo hago lentamente.

Asomo la cabeza y no escucho ni un solo sonido. Todo parece quieto, dormido, muerto… ¡Como siempre!

Una idea se me cruza por la cabeza. Sé quién se ha encargado de abrirla, pero no estoy segura.

Vuelvo a entrar en el dormitorio. ¿Salto por la ventana con las sábanas o salgo por la puerta?

Me asomo a la ventana y siento algo de vértigo, así que la decisión está tomada. Es más arriesgado, pero me dejo llevar por mi intuición. Esa puerta se ha abierto por algo, no es

casualidad.

Bajo sigilosamente por las escaleras, cargando a mi espalda una pequeña bolsa de tela con lo poco que me quiero llevar.

Llego a la segunda planta. El dormitorio de mis padres está cerrado. Escucho el crujido de un tablón de las escaleras y se me para el corazón por unos segundos. Espero. El silencio sigue reinando en la casa y prosigo mi camino.

Cuando llego a la planta principal, me encuentro la puerta de salida entornada.

Estoy muerta de miedo, pero algo me dice que debo continuar.

Asomo la cabeza y compruebo que sigo estando sola. Los perros, que están a pocos metros, siguen en silencio. Me alejo unos metros y escucho un ruido a mi espalda. Me giro lentamente, temiendo lo peor.

¡Seguro que me ha descubierto!

La figura de ella en el umbral de la puerta me dice adiós con la mano y me envía un beso al aire.

¡Ha sido ella! Ella ha abierto la puerta.

Mi madre…

Siento que algo se rompe dentro de mí, pero tengo que continuar.

Inicio el camino evitando mirar atrás. La lluvia helada me golpea en la cara y me aferro a mi abrigo, intentando controlar el temblor que se ha apoderado de mi cuerpo. La luz de la linterna me muestra un paisaje embarrado que, junto a la oscuridad y el silencio, hacen que me flaqueen las piernas.

Tengo que continuar, llevo meses soñando con este momento.

Tropiezo con algo, puede que una raíz, y caigo de rodillas: la humedad se filtra a través de mis pantalones. Respiro hondo, me levanto rápidamente, sacudo la tierra de mis manos y sigo avanzando, esquivando arbustos y ramas caídas.

A medida que me acerco a la valla metálica que delimita la propiedad, siento cómo el corazón me golpea en el pecho cada vez con más fuerza.

He saltado esta valla miles de veces, pero nunca antes en estas condiciones.

Ya queda menos.

Cuando logro saltarla, no sin dificultad por causa de la humedad, siento que algo me desgarra en el muslo, pero no me detengo. Ni siquiera siento dolor.

Asciendo por la pequeña colina que me separa de la carretera que conduce hasta el centro de Aberfeldy.

Sé que me voy a romper, pero necesito mirar atrás una última vez.

Observo la silueta de la casa, lejana, iluminada vagamente por las luces del porche delantero.

Con la mano temblorosa le digo adiós a toda una vida, consciente de que nunca más volveré.

Atravieso la carretera y camino los doscientos metros que me separan del primer desvío: un camino empedrado que conduce hasta las afueras por el Este.

Siento el corazón en la garganta conforme me aproximo.

Solo hay oscuridad y una vez más las piernas me flaquean.

Las luces intermitentes de los faros de un coche hacen que expulse aire con fuerza.

Siento ganas de llorar.

Ahí están como habíamos acordado.

Soy incapaz de seguir caminando y me detengo apoyándome sobre las rodillas.

Ellas bajan del coche a toda prisa.

Mi hermana.

Mi abuela.

Ambas me abrazan en silencio y me conducen a toda prisa hasta el interior del coche.

Me hacen preguntas sobre mi estado, pero yo solo puedo asentir con la cabeza.

Mi hermana me ayuda a desprenderme de mi abrigo y me cubre con una manta mientras me besa en la mejilla.

Cien millas después, cuando atravesamos Gretna, la primera población de Inglaterra, soy consciente de que Escocia ha quedado atrás y empiezo a respirar mejor.

Quedan cien millas más para llegar a Manchester, pero mis músculos ya están relajados.

Soy consciente de que estamos recorriendo tierras inglesas.

Soy consciente de que ha llegado mi libertad.

Capítulo 3

Ginevra

Diez años después. Aeropuerto de Nueva York.

El avión lleva detenido en la pista al menos veinte minutos y el comandante acaba de anunciar, con una voz calmada, casi hipnótica, que despegaremos con retraso. Por supuesto, no precisa el tiempo. Aún no estamos en el aire y ya tengo la sensación de que este vuelo va a ser eterno. ¿A qué hora voy a llegar a Londres? En un principio, estaba previsto que aterrizáramos a las diez de la noche, pero a este paso vamos a llegar de madrugada.

Suspiro y miro a través de la ventana. Preferiría ver la silueta de Manhattan durante la espera, pero no es posible, me tengo que conformar con un gran rectángulo gris rodeado de algunos vehículos que deambulan por las pistas.

Me habría gustado permanecer más tiempo en Nueva York y poder visitar algunos de los lugares más emblemáticos de la ciudad, pero los horarios del dichoso congreso, así como el hecho de verme obligada a anticipar mi vuelta, no lo han hecho posible.

Pero no me importa.

Por fin, voy a cumplir un sueño. Un sueño que tiene por nombre Proyecto Eldergrove, y que se encuentra en la isla de Wight, al sur de Inglaterra.

Cuando me llamaron para informarme de que mi proyecto había pasado la selección, no podía creérmelo. Llevo dos años soñando con ese lugar…

Y gracias a Alexander, mi cuñado, y el dueño, junto a su abuelo, del estudio de arquitectura en el que trabajo, ha sido posible que pueda incorporarme. Ellos han permitido que me ausente durante unos meses, de lo contrario todo habría sido más complicado.

Me habría gustado poder pasar por mi apartamento de Manchester y planear el viaje de una forma menos precipitada, incluyendo una maleta más acorde al viaje que voy a hacer, pero las fechas en las que debo incorporarme no lo hacen posible, así no me queda más remedio que dirigirme a Londres para partir al día siguiente hacia la isla.

Al paso que vamos, apenas voy a pasar unos minutos en Londres. El retraso sigue en aumento.

Empiezo a estar incómoda, no solo por la media hora que llevamos detenidos, sino por ella, por la mujer que se ha sentado a mi lado.

No deja de moverse. Cada cinco segundos cambia de postura: estira la pierna, se inclina hacia adelante, luego hacia atrás…

En menos de dos minutos se ha levantado dos veces para recuperar algo de la bolsa que tiene sobre el compartimento que hay sobre nuestras cabezas.

Cierro los ojos durante unos segundos, intento respirar profundo, pero todo lo que siento es la presión del cinturón de seguridad apretándome más de lo necesario.

Abro los ojos y la miro de reojo, esperando que se decida a moverse, aunque sea para ir al

baño o estirarse. Pero no, sigue ahí, inquieta, como si estuviera intentando encontrar una postura cómoda en un asiento repleto de astillas.

Nos encontramos en una fila de tres asientos. El del pasillo está vacío y, a juzgar por el tiempo que hace que estamos en pista, nadie más va a embarcar; sin embargo, no parece dispuesta a cambiarse de sitio. Sería todo un detalle tener un asiento de por medio.

¿Aguantaré siete horas rozándome constantemente los codos con ella o acabaré por pedirle amablemente que ocupe el otro asiento?

Por fin se ha quedado quieta.

Está ensimismada en la pantalla de su móvil. Emite un gemido seco, seguido de un pequeño grito. Algo le debe haber impresionado mucho.

El comandante anuncia por fin el despegue.

La vecina vuelve a gemir.

Otra voz, esta vez femenina, nos recuerda que debemos activar el modo avión en los móviles y llevar los cinturones abrochados.

Dos azafatas recorren el pasillo a paso ligero y se dirigen a la parte trasera del avión, donde me encuentro.

Miro a mi vecina de reojo y sigue con la mirada clavada en el móvil; tiene la boca abierta.

El avión empieza a moverse.

De repente, un grito rompe la calma, tan brusco y fuera de lugar que necesito varios segundos para entender que viene de mi vecina.

—¡Paren! Tengo que bajarme. ¡Paren!

Está pálida, los ojos muy abiertos, como si el pánico hubiera tomado el control absoluto de su cuerpo. Los pasajeros a nuestro alrededor empiezan a girarse, unos con curiosidad, otros con inquietud.

El avión empieza a adquirir velocidad.

Mi vecina grita de nuevo mientras intenta desabrocharse el cinturón sin atinar.

—He dicho que paren, maldita sea, tengo que bajarme. Tengo que bajarme.

Se mueve compulsivamente. Está atrapada en su propio infierno, entre el miedo y la desesperación.

Alargo una mano para intentar calmarla, es evidente que tiene un ataque de pánico y le aterroriza volar, pero se adelanta una azafata que, con dificultades por la velocidad que empieza a adquirir el avión, no consigue mantener correctamente el equilibro.

La vecina sigue moviéndose y gritando «¡Paren!».

El rugido de los motores empieza a ser molesto. El despegue acaba de comenzar y me olvido de mi vecina. Me sujeto fuertemente al asiento hasta que mi cabeza se adapte al cambio de presión. Odio estos malditos segundos.

La azafata ha desaparecido y mi vecina se ha calmado.

El avión asciende todo lo que tiene que ascender y por fin se mantiene horizontal y estable.

—¿Estás bien? —le pregunto, pero no responde.

La azafata se acerca de nuevo y le pregunta lo mismo que yo, pero ella parece estar en shock.

Se acerca otra azafata y le ofrece una botella pequeña de agua, que ignora.

Mi vecina sigue siendo el centro de atención de los pasajeros que nos rodean, pero poco a

poco van perdiendo el interés y vuelven a sus posiciones más cómodas.

Por fin, reacciona.

Me mira y después mira a la azafata. Asiente y le muestra una media sonrisa forzada. Se acomoda en el asiento.

La azafata le presiona en el hombro y le insiste en que beba agua. Ella acepta. Le dice algo que no puedo entender y desaparece.

Nunca antes había presenciado algo así; su forma de gritar era de pura desesperación.

—Si necesitas ayuda… —le digo midiendo mucho mis palabras—. A mí también me impone mucho volar. Si necesitas darme la mano o cualquier cosa, no dudes en decírmelo.

Asiente con la cabeza y se refugia en su silencio. Diez minutos después, lo rompe en un susurro:

—No me da miedo volar —me confiesa con la vista al frente, en el respaldo del asiento que tiene delante.

—¡Oh! —Es lo único que se me ocurre decir. Si no le da miedo volar, ¿por qué se ha puesto a gritar de ese modo? ¿Se le ha olvidado algo y pretendía que el avión abortara el despegue en plena maniobra?

—Lo he dejado todo atrás, todo —prosigue.

La miro. Algo no va bien. Puede que tenga algún problema. Tiene la mirada perdida y habla como un robot.

—He dejado mi apartamento, mi trabajo… He vendido mis muebles… Ya no me queda nada en Nueva York.

—Ya… —le digo. ¿Qué puedo decirle? No entiendo lo que me está contando. Y, además, tengo un dilema. No me apetece escucharla. Siento que haya pasado tan mal rato con el despegue, pero prefiero evadirme en mis pensamientos y algo me dice que está dispuesta a contarme su historia. Como sea de esas personas que te cuentan la vida con detalles…

—Lo he dejado todo por él… —me dice en un tono de voz más alto, al tiempo que expulsa aire con dificultad.

Reconozco que me puede la curiosidad. Empieza a ponerse interesante.

—Todo. Mi apartamento, mi precioso apartamento, mis preciosos muebles, mi trabajo…

«Al menos el trabajo no era precioso», me digo.

—Todo por él… Lo dejo todo y me voy a Londres a empezar una nueva vida con él… Todo lo que tengo está en este avión, en mis maletas.

Parece que se ha vuelto a calmar. Su voz se ha ido suavizando y se ha hecho más nítida y comprensible.

—Y… ¿Qué ha pasado? —le pregunto sin esperanza de obtener una respuesta coherente. No parece que esté muy centrada—. ¿Te has arrepentido de tu decisión? ¿Por qué te has puesto tan nerviosa?

No me responde de inmediato. Trastea en la pantalla de su móvil y me lo entrega para que lo lea.

Aparece un mensaje de un tal «Loco».

Algo ha cambiado, Lindsay. Yo he cambiado. Nuestros planes no pueden seguir adelante. Ya no vivo en Londres. Estoy sumergido en un nuevo proyecto de trabajo. He conocido a alguien…
Lo siento.

Siento escalofríos al terminar de leer el mensaje. Parece un telegrama. Si eso es todo lo que se le ha ocurrido para romper la relación…

La miro de forma compasiva y entiendo su ataque de pánico al despegar el avión.

—¿Cuándo te lo ha enviado? —pregunto con prudencia.

—Ahora.

Eso aclara su necesidad de bajarse del avión.

—¿Y te lo dice el mismo día que te vas?

—Era una sorpresa, no sabe que estoy volando hacia allí.

Una sorpresa…

Tyler acude a mi mente y no puedo evitar recrear las imágenes de aquella patética noche en su dormitorio.

Claro que, el caso de esta chica es mucho más dramático. El mío parece una broma a su lado. De hecho, han pasado tres meses de aquella noche y ya hace mucho tiempo que Tyler no está en mi cabeza.

—¿Te apetece escuchar la historia completa? —me dice mientras me mira fijamente.

Temía que me hiciera esa pregunta.

Sin saber por qué, asiento con la cabeza y me acomodo en el asiento. Tenemos siete horas por delante y siento curiosidad.

Si Denzel pudiera verme, me diría que me he precipitado a aceptar escuchar un relato que ni me va ni me viene; me diría que, como siempre, actúo antes de pensar, pero quiero saber qué ha pasado entre Lindsay, creo que es así como se llama, y el «Loco». Presiento que es otra variante de la especie «Tyler».

Capítulo 4

Ginevra

—Antes de que se marchara —me empieza a contar mi compañera de vuelo—, estuvimos cerca de un año juntos. Los últimos cuatro meses, vivimos en mi apartamento. Él estudió en Cambridge y vivió muchos años en Inglaterra, pero regresó a Nueva York hace un año y medio. Se le presentó la oportunidad de volver y la aceptó. Es historiador. —Hace una pausa para respirar hondo.

Lindsay se ha animado a relatarme su historia. Supongo que es una forma de desahogarse. La relación que tiene, o tenía con el tal «loco» se acaba de terminar y ella se encuentra volando hacia un lugar donde no tiene sentido ir. ¡Menuda situación!

—Se marchó hace seis meses y me pidió que lo acompañara. Yo acepté, pero antes de marcharme tenía que resolver muchas cosas: mi trabajo, mi apartamento… No podía hacer la maleta y marcharme sin más, eso requiere tiempo. Dylan es más impulsivo que yo, por eso le costaba entender que yo necesitara unos meses para trasladarme.

—¿Dylan es… el «loco»? Es el nombre que figuraba en el mensaje que me has enseñado.

Lindsay me mira con curiosidad. Dibuja una media sonrisa. Parece que mi comentario le ha traído recuerdos.

—Sí, precisamente empecé a llamarlo así por las prisas que tenía para que me marchara. «¡Eres un loco!», eso es lo que le decía. No se puede salir corriendo y dejar toda una vida atrás en cuestión de horas. Calculé el tiempo que necesitaba para marcharme del trabajo sin salir perjudicada económicamente; el tiempo para que rescindiera mi contrato de alquiler y recuperar el fondo que deposité en un inicio; la venta de los muebles, la tramitación de documentos para poder ejercer en Reino Unido... Unos dos o tres meses, aunque se ha alargado a seis. Al principio, no dejaba de insistirme: «Venga, ¿dónde está ese espíritu aventurero?», eso es lo que me decía. Para él era muy sencillo, solo tenía que hacer la maleta y abandonarlo todo sin más. Por eso no dejaba de llamarlo loco. Pero Dylan finalmente lo comprendió y dejó de insistirme. No nos hemos visto en todos estos meses, pero hemos hablado casi a diario, exceptuando el último mes que estaba muy ocupado. En el mensaje me habla de un nuevo trabajo, pero no me había hablado de ello. Ya no vive en Londres… Tampoco me había hablado de ello.

«Ni de que ha conocido a alguien», pienso. Puede que ese sea el motivo principal de que no le haya hablado de nada.

—¿Terminaste tus trámites y decidiste marcharte? —le apremio con mi pregunta para que deje de pensar en lo que sea que le ha ensombrecido la expresión.

—Sí, cuando todo estaba solucionado, reservé el vuelo. En un principio, pensaba decírselo, pero se me ocurrió sorprenderlo y las dos últimas semanas lo he mantenido en secreto.

—¿Él no sabía nada de nada? ¿Ni siquiera una fecha aproximada?

—No, hace tiempo que dejamos de hablar de fechas, pero él sabía que estaba haciendo todos los trámites para poder marcharme. Y ese día llegó. Ayer entregué las llaves de mi apartamento vacío, me despedí del trabajo y he dormido en un hotel. Llevo dos maletas y ni siquiera tengo billete de vuelta…

Aunque se ha animado a relatarme su historia, no ha dejado de expresarse de una forma un poco fría, carente de sentimiento, como si me estuviera contando una historia cualquiera. Puede que eso se deba a que está hablando con una desconocida, o quizás a que sigue estando en shock.

Tras este pensamiento, compruebo que estoy equivocada. Lindsay se echa a llorar y se cubre la cara con las manos. Le froto la espalda al tiempo que lanzo miradas asesinas a los curiosos que la observan detenidamente. Claro que, no les culpo, su llanto se va haciendo cada vez más desgarrador. Es inevitable que llame la atención.

No voy a negar que me siento algo incómoda, principalmente porque la mayoría de las miradas de los pasajeros pasan por centrarse también en mí.

Lindsay mantiene su llanto desgarrador durante un buen rato más. Las dos azafatas que la han visitado en el despegue, le traen un zumo y le preguntan si quiere alguna infusión de hierbas para relajarse, pero ella la rechaza.

Cuando consigue calmarse, acepta un cojín y un antifaz que le ofrece otro miembro de la tripulación y se evade durante un par de horas.

En ese tiempo, no dejo de darle vueltas a la complicada situación en la que está la pobre chica.

Desconozco cómo ha podido ocurrir algo así, pero es evidente que algo no funcionaba bien. El tal Dylan, o loco, o como se llame, podía haberla llamado para decirle que abortara sus planes. Si no podía desplazarse hasta Nueva York, al menos podía haberla llamado. ¿Quién fue el que cambió de planes? Él. Así que solo él podía verbalizarlo. Al final, lo ha hecho, pero vía mensaje, el muy cobarde. Y tarde. Cuando la pobre chica ya estaba de camino. Sí, está claro que él no conocía este viaje, pero habría estado bien que fuera sincero mucho antes; es evidente que él no ha tomado esa decisión en cuestión de horas, ni que ha conocido a la tal «alguien» hace unas horas.

Si solo le hubiera enviado un mensaje una hora antes, ella no habría embarcado. Estaría igual de jodida, pero al menos no estaría haciendo el viaje más absurdo de su vida.

Me pregunto qué va a hacer. La respuesta llega unos minutos después, cuando Lindsay se despierta, me sonríe con timidez y se decide a hablarme de nuevo.

—Cuando llegue a Londres, buscaré el primer vuelo a Nueva York.

—¿No vas a intentar hablar con él?

—No, claro que no. ¿Qué quieres que haga? ¿Que le cuente la verdad? ¿Que le diga que he recibido su mensaje cuando me dirigía a Londres y que lo he dejado todo en Nueva York? ¿Que le diga que quería sorprenderlo y que su puto silencio me ha jodido la vida? ¿Que le diga que estoy en Londres? ¿Que me encuentre con él y vea cómo me mira con pena y vuelve a contarme lo mismo que en el mensaje, pero con más detalles? ¿Que me quede en Inglaterra y empiece una nueva vida? No, eso nunca. Mi lugar está allí. Ahora que él no quiere estar en mi vida, mi lugar… está en…

Lindsay se echa a llorar de nuevo, esta vez con un llanto menos ruidoso, más bien discreto. Se apoya en mi hombro y yo acabo abrazándola mientras espero a que se calme.

Una hora después, cuando todavía nos quedan menos de cuatro horas de vuelo, Lindsay cambia de actitud. El llanto y los suspiros son substituidos por las maldiciones, los insultos y los peores deseos para Dylan, para «puto loco», «maldito Dylan Myers»; ha utilizado todas las versiones de su nombre.

No parece mala terapia, se ha relajado.

Quizás yo debería haber hecho lo mismo después de romper con Tyler, pero no lo hice. Durante un mes, me sumí en el silencio y permití que me doliera… demasiado.

Gracias a Denzel, que me acogió en su casa hasta que terminaron las obras de mi apartamento, pude recomponerme. En mi caso era Denzel quien pronunciaba los insultos y las maldiciones. Yo no era capaz, estaba demasiado afectada, pero me encantaba escucharlo.

Me pregunto qué me pasó, ¿por qué actué de ese modo? El día que lo descubrí en el dormitorio con aquella mujer, fui incapaz apenas de hablar. Después me sumí en una decepción que me dejó abatida durante un mes… Yo no soy así. Soy la impulsividad hecha persona, la que siempre tiene prisa por resolver, la que odia perder el tiempo, la que cuando odia, odia con intensidad… Y me llevó sacarlo de mi vida un mes entero. No es que sea mucho tiempo, pero la intensidad con la que llevé el duelo es la que no consigo comprender.

Quizá el duelo no fuera para él, ese maldito impresentable, sino para el amor. Puede que, sin saberlo, y después de escuchar a esta chica, me convenza más de que el amor no va a llegar nunca a mi vida. Puede que se haya quebrado algo y… seguramente nunca me enamore. Y si lo hago, espero que nunca sea de alguien como el tal Dylan, el loco o el capullo que con su cobardía le ha jodido tanto a la pobre chica.

Capítulo 5

Ginevra

El túnel de desembarque, o como sea que se llame el estrecho pasillo que conecta el avión con la terminal, siempre me parece un tramo interminable, especialmente si el viaje ha sido largo.

A medida que avanzo, siento que el aire es distinto, más frío, más denso: no cabe duda de que estamos en Londres. Me consuela pensar que está a punto de comenzar la primavera.

Lindsay camina unos pocos pasos por delante de mí, sin perder el ritmo. Su urgencia es evidente: necesita un billete de vuelta a Nueva York.

Intento seguir su ritmo, aunque me está costando. Preferiría caminar con más calma, pero no quiero perderla de vista. De vez en cuando gira la cabeza para cerciorarse de que me encuentro cerca de ella, pero no frena su ritmo.

Durante el vuelo, ha vuelto a tener algún episodio de ansiedad, algo más leve que el primero, y le he prometido que estaré con ella hasta que consiga volver a Nueva York. No sé qué me une a ella, quizás solo el hecho de ponerme en su lugar y sentir que su situación es muy complicada y angustiosa.

Por suerte, Lindsay se detiene delante de la cinta trasportadora de maletas y puedo coger aire.

No tardamos en recuperarlas y nos dirigimos a la salida, esta vez caminando en paralelo, pero cada pocos segundos se aleja y la pierdo de vista.

Desembocamos en la terminal a través de la zona de llegadas. Siento una punzada en el pecho cuando observo una escena carca de la barrera. Una chica se lanza sobre un hombre, rodeándole el cuello con los brazos y arrancándole una gran sonrisa al hacerlo. Algo me atrapa y freno mis pasos para seguir observando. No hay nada inusual, los protagonistas de la escena solo están charlando. Solo se trata de una típica escena en la que alguien le da la bienvenida a otro alguien de forma cariñosa. O, en este caso, alguien se alegra de que otro alguien le esté esperando.

Cuando decido proseguir mi camino, los ojos de él se encuentran con los míos y siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo. Se trata de unos ojos grises, intensos, como si no fueran reales. Es un gris que no he visto antes, frío pero cálido a la vez. Durante un segundo, o tal vez dos, el ruido del aeropuerto se desvanece y consigo entrar en una especie de trance que me deja clavada al suelo. Nos mantenemos así, conectados a través de esa mirada, hasta que Lindsay me llama desde más adelante.

Despierto de ese trance extraño y sigo caminando hasta alcanzar a Lindsay.

—¿Voy demasiado deprisa? —me dice con los ojos muy brillantes. Durante el recorrido algo ha debido emocionarla. No es difícil adivinar que habrá imaginado cómo podría haber sido el

momento si el tal Dylan la hubiera estado esperando.

—No te preocupes —le indico todavía afectada por esa mirada. Estoy a punto de contarle mi pequeña experiencia, pero me recuerdo que apenas la conozco y que no es el momento de hablarle de un rostro y unos ojos que me han dejado hipnotizada.

Además, durante el vuelo, me ha dicho que Dylan tenía unos ojos preciosos: no quiero recordárselo.

Lindsay lleva más de media hora gestionando la adquisición de su billete. La ventanilla de la aerolínea está cerrada y está utilizando las máquinas con la ayuda del personal de la terminal.

Mientras, yo no dejo de pensar en lo que me ha sucedido al mirar a ese hombre. No sé qué me ha ocurrido, pero estaba fascinada. Si Lindsay no me hubiera gritado de ese modo, todavía estaría observándolo.

Lindsay se está retrasando, parece que adquirir esos billetes no está siendo fácil.

Sin perderla de vista, decido atender los mensajes que he recibido de mi hermana y de Denzel; ambos quieren saber si estoy bien y he aterrizado de una pieza.

El mensaje de mi hermana está cargado de toques de humor, como siempre, y sobre todo de ánimos relacionados con mi nuevo trabajo; en cambio, el de Denzel es más paternalista, como viene siendo habitual. Se limita a preguntarme si estoy viva y a salvo. Lamentablemente, es una pregunta que me hace a menudo, desde que empecé a recibir esos malditos mensajes.

Les devuelvo un mensaje a ambos, indicándoles que me encuentro bien y que estoy acompañada de una nueva amiga americana que he hecho durante el vuelo. Mi hermana me responde con emoticonos que se parten de risa y me promete hablar mañana «hasta que nos quedemos sin voz»: es la frase que utiliza siempre que quiere indicarme que tiene ganas de charlar un buen rato conmigo; Denzel me contesta con emoticonos que indican sorpresa y me pide que no confíe en desconocidos.

¡A lo que hemos llegado!

Un tiempo interminable después, Lindsay aparece sacudiendo el billete con la mano indicándome que su vuelo de vuelta está previsto para las siete de la mañana.

Consulto mi reloj. Son las once y media de la noche, así que aún quedan unas cuantas horas.

—Ha llegado el momento de que me pierdas de vista —me dice manteniendo una sonrisa nostálgica.

—¿Qué te parece si vamos a mi apartamento y descansamos un rato? —le propongo—. Puedo traerte después al aeropuerto. Solo tardaremos unos veinte minutos en llegar.

—Te lo agradezco mucho, Ginevra. Es un gran gesto por tu parte, teniendo en cuenta que no nos conocemos y además te he torturado todo el viaje con mis problemas; pero prefiero no salir de aquí. Prefiero sentir que nunca he llegado a pisar Londres. Había soñado con hacerlo muchas veces, pero de otra manera. Si me quedo aquí, me resultará más fácil. Tendré la sensación de no haber llegado nunca.

—Te comprendo… Quizás sea lo mejor —le digo consciente de que se me ha encogido el corazón.

—Gracias por acompañarme, en todos los sentidos.

Se acerca a mí y me da un abrazo, uno que acojo con mucho entusiasmo.

—Espero que lo superes pronto. Es lo mejor que te puedo desear.

Ella asiente con la cabeza y empieza a alejarse con los ojos llenos de lágrimas.

No puedo.

No puedo dejarla en ese estado.

Aún quedan muchas horas para que embarque. Sé que no tengo ninguna responsabilidad, que apenas la conozco, por no decir que no la conozco nada, pero está sola y rota. Su historia es muy triste.

—¡Espera, Lindsay! Me quedo contigo a pasar la noche aquí.

Capítulo 6

Dylan

Hoy no ha sido un buen día, pero ella no lo sabe.

—¿Te quieres creer que ni siquiera han aclarado el motivo del retraso? —me indica Rachel mientras abandonamos el aeropuerto en busca de mi coche—. Una vez nos han dicho que eran problemas con la niebla; otra con la conexión de vuelos; otra no sé qué problema en una pista…

—Pues os han proporcionado muchos motivos —le digo sabiendo que me lo va a rebatir.

—¿Tú te los crees? ¿Tantos inconvenientes juntos? Ha salido con cuatro horas de retraso...

Prefiero no añadir nada más. Rachel es así. Quejarse es lo que más le gusta en el mundo.

Es una buena amiga, le tengo mucho cariño. Hace muchos años que nos conocemos: desde nuestros tiempos universitarios, pero si encuentra un motivo para protestar, puede pasar horas haciéndolo y puede acabar con la existencia de cualquiera.

Y esta vez no es una excepción.

Sigue hablando del retraso y de todas las veces que ha reclamado y no le han atendido como ella quería. No veo el momento de llegar hasta el coche.

Podría intentar desviar el tema; bastaría con preguntarle de nuevo por su padre, pero parece que ella prefiere seguir hablando del retraso.

Rachel ha pasado una semana en Dublín para asistir a la intervención quirúrgica de su padre, una muy arriesgada que afortunadamente ha sido un éxito.

—Te he fastidiado el día, lo siento. Has empezado mal la semana. Un lunes, con lo que yo detesto los lunes…

—No le des más vueltas —le pido con la esperanza de que me haga caso. Ella no tiene la culpa del retraso ni del espantoso día que he tenido.

—Es que esas cuatro horas de retraso son las que nos hubieran permitido coger el último ferri, incluso el penúltimo. Cuando te he llamado para informarte del retraso, deberías haber vuelto a la isla.

—No importa, Rachel —le suelto de mala gana sin poder evitar resoplar.

—¿Has visto la hora que es? ¿A dónde vamos? —me pregunta mientras nos subimos al coche.

—Pararemos cerca de Basingstoke. Hay un restaurante que abre las veinticuatro horas. Y después, a Southampton directos.

—Deberíamos haber dormido en Londres, es muy tarde para ir a Southampton. El ferri no sale hasta…

—Las seis de la mañana.

—¿Tendremos que estar en la estación del ferri todo ese tiempo? Serán casi… cuatro horas.

—Sí, no nos queda otra. A Elisabeth —una compañera de trabajo— le pasó algo parecido y

esperó en la parte sur del puerto, en la terminal de cruceros: al parecer, está abierta durante la noche.

—Menudo plan. ¿Ves cómo deberíamos haber dormido en Londres?

—¡Quieres dejar de quejarte de una vez! Mañana tengo que estar muy temprano en la excavación; vendrá Tavistock a ver el avance, no puedo esperar a mañana para viajar hasta la isla —Mi tono de voz es elevado y sé que se ha sobresaltado.

He tenido un día espantoso y no debería pagarlo con ella, mucho menos cuando el motivo de venir a buscarla ha sido porque quería animarla porque ha tenido una semana difícil con su padre.

Rachel guarda silencio.

—¿Estás bien? —se decide a romper el silencio.

—Sí, lo siento, es que he tenido un mal día.

—Ya lo has dicho. ¿Algo va mal?

—No, nada importante.

No puedo decirle la verdad. ¿Qué tendría que contarle? ¿Que le he enviado un mensaje a Lindsay para decirle que se olvide de mí, dejándole claro que hay otra persona en mi vida? ¿Que he puesto fin a una relación de un año y medio con un mensaje de cuatro líneas?

No, no puedo ni quiero hablarle de ello. No lo entendería. Incluso a mí me cuesta entenderlo.

—Yo también he contribuido a que tengas un mal día… —me confiesa afligida.

—No es cierto, Rachel, pero olvídalo de una vez. Mañana no nos acordaremos de esto —le digo con la intención de animarla. De lo contrario, el tema será interminable.

Rachel guarda silencio, algo que le agradezco enormemente, pero solo durante diez minutos. La situación da un giro y es ella la que intenta animarme a mí.

—Me alegro de trabajar contigo.

Me echo a reír.

—Yo también —le sigo la corriente, no estoy para profundizar demasiado en… nada.

—¿No me puedo creer que dirijas el proyecto? Pero no me malinterpretes, sé que has trabajado mucho para ello y te lo mereces.

—Eso creo.

Por la forma en que ha suspirado, sé que Rachel ha entrado en modo «nostálgico». Sería muy raro que no se animara a recordar tiempos pasados.

¡Qué viaje más largo me espera!

—Cuánto te eché de menos cuando te fuiste de Dover. Un año… Un año entero, Dylan.

No hago ningún comentario. No es algo de lo que quiera hablar.

—Lo siento, no quería recordártelo. Sé que volviste a Nueva York por un tema… delicado.

—Prefiero que recuerdes otras cosas, Rachel.

—¡Qué torpe soy! Lo siento.

—Pues sí, lo eres, eres un poco torpe.

Rachel me da un codazo cariñoso y nos echamos a reír.

—Al menos te he hecho reír; algo bueno ha tenido el día —me dice satisfecha, sin dejar de jugar con una pulsera de cuero que luce en su muñeca—. Aparte de eso, seguro que no es lo único bueno que te ha pasado. Venga, cuéntame algo bueno que haya tenido el día, seguro que no todo ha sido malo. Mi padre me animaba a explicar algo bueno, aunque fuera pequeño, cuando me quejaba de haber tenido un día espantoso. Es una buena terapia, te la recomiendo.

Niego con la cabeza. ¿Algo bueno? He arrastrado durante todo el día el maldito mensaje, y

los que me quedan. Lindsay no me ha respondido. ¿Pero qué esperaba? Sé que no estará bien y eso me reconcome por dentro, pero no tenía otra opción. Quizás otro método, pero no otra opción.

Pero… Rachel tiene razón: algo bueno, sí que me ha ocurrido, aunque… tampoco estoy seguro de que haya sido bueno, pero sí extraño. Ha sido un instante, un solo instante: el momento en que he cruzado la mirada con esa mujer en el aeropuerto. Ha sido… ¿Cómo podría definirlo? Diferente, incluso mágico. Al menos así ha reaccionado mi cuerpo. He sido capaz de desconectar totalmente y centrarme solo en esa mirada, a pesar del ruido de la terminal y de todo lo que me estaba diciendo Rachel, que hablaba sin parar y se ha abalanzado sobre mi cuello para abrazarme. A pesar de todo ello, he sentido que estaba dentro de una burbuja. ¿No es demasiado extraño? Incluso intenso, me atrevería a decir.

Esa sonrisa… ¿Tímida?

Esos ojos verdes penetrantes…

No me explico todo lo que he sentido en ese instante.

No puedo hablarle a Rachel de ello, no tiene mucho sentido. Hoy creía que nada ni nadie podría hacerme sentir de otro modo, pero… ella, durante unos segundos, ha conseguido hacerlo. También ha conseguido que él desaparezca de mi mente unos segundos. Eso es mucho.

Él…

Hoy no puedo dejar de pensar en él.

«Gracias, desconocida de ojos verdes», me digo soltando aire mientras Rachel habla de algo que no puedo escuchar. Si volviera a verla, se lo diría. Pero… eso es imposible.

Capítulo 7

Ginevra

Las tres siguientes horas, Lindsay y yo las hemos pasado en una zona de butacas acolchadas del aeropuerto, después de haber conseguido algo de comida rápida en una de las pocas tiendas que aún permanecían abiertas.

El trasiego de pasajeros prácticamente ha desaparecido y la terminal se ha convertido en un lugar casi fantasmal.

—¿No habrías preferido estar en tu casa en vez de en estos sillones? No es que sean incómodos, pero no es como estar en casa. Seguro que mañana estarás destrozada. Yo puedo dormir en el avión —me dice Lindsay una hora después de haber elegido una sala de espera tranquila y acogedora.

—No te preocupes, después dormiré unas horas.

Lindsay me ha estado hablando de su trabajo como economista y de su familia, pero de vez en cuando ha hecho un paréntesis, bien para echarse a llorar por Dylan, bien para expresarme que se sentía mal por retenerme aquí.

He intentado convencerla de que lo estoy haciendo con gusto, pero no lo he conseguido. Es comprensible. Estamos sentadas en mitad de la terminal, desparramadas sobre el asiento, esperando que las horas pasen. Bostezamos cada cinco minutos y lo solucionamos con una máquina que sirve un líquido oscuro, bastante repugnante que quiere hacernos creer que se trata de café, pero, al menos, despeja. A este paso tendré una taquicardia o acabaré subida a las vigas del techo, pero al menos reduzco los bostezos.

—¿Vives lejos de aquí?

—En realidad, no vivo en Londres. El apartamento que te he mencionado es de mi hermana. Yo estoy de paso.

—Entonces tendrás ganas de estar con tu hermana y no aquí sentada con una desconocida llorona.

—Ella no está en el apartamento, vive en Manchester como yo. El apartamento es propiedad de su marido, pero lo utilizo siempre que necesito alojarme en Londres.

—Manchester… ¿No hay vuelos directos? ¿Tienes que hacer escala en Londres?

—Sí, sí que los hay, pero mañana empiezo un nuevo trabajo en el sur: está más cerca de aquí. No me han dado mucho tiempo para incorporarme.

—¿El viaje a Nueva York era por placer? ¿Estabas de vacaciones?

—No, era un viaje de trabajo. He asistido a un congreso. Cuando estaba allí me llamaron para incorporarme al nuevo trabajo y… ¡aquí estoy! No me ha quedado otra opción que salir prácticamente corriendo.

—Entiendo… Por cierto, me ha llamado la atención tu nombre. Es…

—Italiano —le aclaro—. Es la versión italiana de Guinevere, un nombre de origen galés.

—No sé si lo pronuncio bien…

—No te preocupes, estoy acostumbrada a escucharlo de mil maneras distintas.

—Ginevra… —pronuncia despacio—. La esposa del rey Arturo…

—Esa misma.

—¿Te lo pusieron por ese motivo?

—No, es que mi abuela es italiana. Ella se llama Giovanna. Se vino a vivir a Inglaterra y aquí conoció a mi abuelo, que era inglés. Mi abuela quiso ponerle un nombre italiano a mi madre, pero mi abuelo se opuso: quiso un nombre inglés.

—¿Qué nombre eligieron para tu madre?

—Harriet.

Conforme pronuncio el nombre, siento un nudo en el estómago. Lindsay debe haberlo notado por el comentario que hace a continuación.

—¡Oh! Lo siento, espero que aún esté… No sé si he metido la pata al preguntarte por ella…

—No, claro que no. Mi madre está viva, si es a eso a lo que te refieres —Hago un gran esfuerzo por parecer tranquila y me invento lo primero que me pasa por la cabeza—. Es que debería haberla llamado estos días. Seguro que está enfadada. Soy un poco despistada para eso.

—Llámala. Yo perdí a mi madre hace unos años, por culpa de un accidente. No tengo padre, al menos no lo conozco. Daría cualquier cosa por poder hablar con ella.

«Yo también», pienso en silencio. Al menos lo que queda de ella.

—Vaya, lo siento.

—¿Cuántas hermanas tienes? —continúa con el interrogatorio. Creo que prefiero seguir hablando de su novio, es más entretenido.

—Solo una, es un año y medio mayor que yo.

—¿Ella también lleva un nombre italiano?

—No, ella se llama Kenna.

—A ella tampoco le tocó el nombre italiano...

—Así es. Le tocó un nombre bastante popular en Escocia. Es que… yo nací allí. Mi… padre es escocés.

—¡Vaya! El caso es que te he notado un acento extraño, diferente al acento inglés que conozco.

Evito decirle que si me hubiera conocido hace diez años aún lo habría notado más.

—Yo también te he notado un acento extraño a ti… —le confieso arrugando la nariz, provocando que sonría.

—¿Se nota que soy americana?

—Se nota, se nota.

Nos echamos a reír.

—La verdad es que hemos congeniado muy bien —me confiesa apretándome el brazo.

—Lástima que vivamos tan lejos… —le recuerdo.

—Sí, Inglaterra se va a convertir en un lugar que voy a querer olvidar, pero si algún día vuelves a Nueva York… ¡Llámame!

—Lo haré.

Lindsay me pide que sonría mientras alza su móvil, dispuesta a hacer un *selfie* de nuestros deslustrados rostros. Hace más de uno, pierdo la cuenta, y después me pide el teléfono para enviármelos mediante un mensaje. Los intercambiamos y nos dedicamos a bromear sobre las espantosas fotos que solo muestran signos de cansancio y algo parecido a un *jet lag* preocupante.

—Tenemos cosas en común, Lindsay —me animo a contarle—. Yo también tuve una gran sorpresa al intentar darle una «sorpresita» a mi novio.

Me mira con curiosidad y le cuento la historia de Tyler de una forma muy cómica. Acabamos riéndonos a carcajadas.

—¿No has vuelto a verlo?

—No, no sé nada de él. Algunas de mis cosas se quedaron en su apartamento y las recibí perfectamente empaquetadas dos semanas después. Ese fue todo el contacto que tuvimos.

—¡Otro impresentable! —expresa cambiando su expresión—. Pero es que Dylan… no es de ese tipo de tíos… Él es diferente.

Evito decirle que eso mismo creía yo de Tyler. No es un tema que me apetezca tratar lo más mínimo.

—¿No vas a contestarle al mensaje? —Nada más preguntarle, me arrepiento, no quiero obligarla a plantearse eso ahora. Parecía más animada.

—No te preocupes, no pasa nada —me dice como si me leyera el pensamiento—. No le voy a contestar. Hemos estado juntos un año y medio, aunque el último medio año no nos hemos visto, pero ha sido precisamente porque estaba resolviendo mi vida para unirme a él. Todavía estoy en shock, no logro entender qué ha pasado, o sí… Está claro que ha conocido a otra. Él… ni siquiera me había dicho que había dejado Londres o empezado otro trabajo…

—¿Llevabas mucho sin hablar con él?

—Dos días, hablábamos casi a diario, aunque es verdad que últimamente hablábamos mucho menos.

—¿No le notaste diferente?

—Sí, sabía que estaba muy volcado en el trabajo y sospechaba que estaba estresado, pero no hubo señales de alarma como para que pudiera pensar que ocurría algo. Ese fue uno de los motivos por los que me di más prisa en ultimar algunas cosas que me quedaban, para venir antes y animarlo.

—Una buena sorpresa sí se habría llevado si le hubieras dicho que estabas en Londres.

Nos echamos de nuevo a reír. Es la primera vez que se anima a bromear tratándose de Dylan.

Sé que esta chica tiene el corazón hecho pedazos, pero ahora me siento bien de haber contribuido a que no se muriera de asco y de pena esperando en la terminal.

No sé si algún día volveré a Nueva York, pero, probablemente, me gustaría volver a verla, igual que me gustaría volver a encontrarme con esos ojos grises extraños que me han trasportado a otra dimensión durante unos segundos.

Sí, esos que… Los que estaban recibiendo a su novia en el aeropuerto. ¡Se acabó la magia! ¿En qué estaba pensando?

Capítulo 8

Ginevra

Consulto mi reloj y me estremezco. Son las nueve y media de la mañana y apenas he dormido una hora. No quiero ni pensar en qué estado acabaré el día, probablemente sujetándome a todo lo que tenga delante para no acabar estrellándome contra el suelo.

De momento, no tengo más remedio que sujetarme al volante y mantener los ojos bien abiertos durante las dos horas que me quedan hasta llegar a Southampton

Planeé este viaje en otro estado, más tranquila, más descansada, pero las circunstancias no lo han permitido.

No ha sido Lindsay el motivo de que ahora sienta que me ha pasado un camión por encima del cuerpo. Al fin y al cabo, me despedí de ella a las cinco de la mañana y hasta esta tarde no tengo que presentarme en el recinto Eldergrove; ha sido ese maldito mensaje.

Un año, un maldito año, recibiendo esos inquietantes mensajes. Cada vez son más frecuentes. Al principio, los recibía cada dos meses; después, una vez al mes, y últimamente… una vez a la semana.

¿Qué clase de loco o de loca habrá detrás de ellos?

Espero que esta vez Denzel haya podido obtener alguna información, a pesar de que hasta ahora no ha podido ayudarme. Es ingeniero informático y tengo más esperanzas en él que en la propia policía, que nunca ha hecho nada.

Otra vez en el aeropuerto…
Otra vez nos rozamos…
Otra vez estás preciosa.
No me canso de mirarte.

Ese ha sido el texto del último. Lo he recibido después de despedirme de Lindsay.

¿Cómo sabe que estoy en el aeropuerto? Solo unas pocas personas lo saben. ¿Y si era el de los ojos grises? Es lo único que se me ocurre, pero sé que no tiene sentido. No conozco a ese hombre de nada, a pesar de haberme dejado hipnotizada con su mirada.

No, claro que no. Es una locura, pero llevo tanto tiempo intentando obtener una pista de quién puede estar detrás de esos mensajes que últimamente miro a todo el mundo con recelo pensando que puede ser el autor.

El texto suele seguir siempre la misma línea. Suele decirme lo guapa que estoy. Muchas veces describe mi ropa o el lugar donde me ha visto; es la forma que tiene de dejar claro que ha estado cerca y que lo sabe todo sobre mí; al menos en lo que respecta a mis movimientos.

Me desvío de la autopista en dirección a una zona de servicios. Necesito un café, o dos. Es

curioso como me he aficionado al café. Antes lo odiaba, pero desde que descubrí que me mantiene más despierta que el té, he recurrido a él en cientos de ocasiones en el último año.

Es un buen momento para hablar con Denzel. Le escribo un mensaje rápido indicándole que puede llamarme cuando le vaya bien. Esta mañana, cuando he llegado al apartamento, le he reenviado el mensaje que he recibido de ese loco pidiéndole que intentara rastrear el número. Es lo que siempre hago, pero nunca ha podido obtener información. Quizás hoy mi suerte cambie.

No tardo en recibir su llamada.

—¿Me has perdonado por enviarte mensajes a horas intempestivas? —le pregunto nada más descolgar.

—La ocasión lo merecía. Estás perdonada. ¿Estás bien?

—Estoy tomando un café en una gasolinera, a unas cincuenta millas de Londres.

—¿Qué haces ahí?

—Voy camino de la isla.

—No sabía que te marchabas tan pronto.

—Tengo que estar a primera hora de la tarde en Yarmouth, no podía retrasar el viaje. ¿Por qué te crees que he vuelto directamente a Londres? Apenas he tenido tiempo de nada, salí prácticamente corriendo de Nueva York.

—Podrían haberte dado un poco más de margen. No sé a qué viene tanta prisa —protesta, como no podía ser de otra forma—. Deduzco que no has dormido mucho… Si me has enviado ese mensaje tan temprano… ¿O me equivoco?

—Sí, sí he dormido —le miento. Él no sabe que he pasado la noche en el aeropuerto, ni falta que hace. Solo conseguiría un sermoncito de los suyos—. ¿Y bien? Dime si has averiguado algo.

—No, nada. El mensaje es igual que los anteriores. Te puedo decir lo mismo. Para que lo entiendas… Es como si alquilara números para utilizarlos por un tiempo limitado. Sirven para registrar cuentas en aplicaciones o recibir mensajes sin necesidad de un número permanente. Esos números pueden estar asociados a países extranjeros, incluso aunque el tipo esté aquí, en Reino Unido. El número que me has enviado pertenece a Albania.

Vaya, albergaba algo de esperanza, pero se acaba de evaporar. No sé por qué pensaba que esta vez iba a ser diferente…

Por mucho que Denzel haya intentado rastrear el número en otras ocasiones, o más bien los números, nunca ha conseguido resultados. Ni siquiera él, que es experto en informática, puede localizar a ese capullo…

—No tenía mucha esperanza… —le confieso mientras siento un sudor frío en la nuca, el mismo que siento siempre que se trata de este tema.

—Ginevra, creo que deberías denunciarlo de nuevo.

—No, no servirá de nada. Ya lo he hecho dos veces y me dijeron lo mismo que me estás diciendo tú. Hay muchas denuncias de ese tipo, incluso relacionadas con fraudes, pero rastrear al remitente de los mensajes es imposible. Tú mismo lo escuchaste, y tú mismo lo has intentado.

—¿Y si se lo dices al hermano de Alexander otra vez? Es policía.

—Expolicía —le aclaro—. Mi hermana volvió a hablar con él, ya lo sabes, y el resultado fue el mismo. Además, no quiero que mi hermana se entere de que sigo recibiendo mensajes de ese loco. Le mentí; le dije hace tiempo que ya no había vuelto a recibir ninguno más.

—No debes mentirle, Ginevra. ¿Por qué le dijiste eso?

—Denzel, no quiero preocuparla. Ni tampoco quiero que me insista para que me vaya a vivir con ella y con mi cuñado.

—Yo tampoco querría vivir en esa mansión fría y llena de formas extrañas… —me comenta riéndose.

Me echo a reír yo también. La casa de mi hermana y de Alexander, diseñada por él mismo, como buen arquitecto que es, es un homenaje al minimalismo extremo. Está situada en las afueras de Manchester. Es muy amplia, pero repleta de ángulos imposibles, ventanales tan grandes que parecen escaparates, y muebles que más bien parecen obras de arte moderno en lugar de algo en lo que puedas sentarte cómodamente. Todo es tan blanco, tan gris, tan... frío. Ni siquiera hay una planta que rompa la monotonía. Es una maravilla desde un punto de vista arquitectónico, pero muy poco acogedora. Sin embargo, a ellos les encanta.

—¿Lo ves? Por eso no les cuento nada —bromeo.

—Sabes que hay otra opción, que puedes mudarte a mi casa.

—Esa es peor todavía.

—¡Eh! Señorita Ginevra, eso me ha dolido. Creo que siempre que hemos vivido juntos nos ha ido muy bien. Eres muy cruel —bromea consiguiendo que me eche a reír. Me encanta cuando se hace el ofendido: parece un niño que lloriquea para conseguir algo—. Aunque lo niegues, sé que estás deseando que te lo proponga.

—Me lo has propuesto millones de veces…

—Eso no es cierto, solo han sido un par de veces y siempre porque me he visto obligado a hacerlo, para que no creas que no soy un buen amigo.

Nos echamos a reír de nuevo. Lo cierto es que me lo ha propuesto muchas veces, pero sé que siempre ha sido porque temía por mí. Él sabe que me marché de su casa porque necesitaba intimidad, especialmente al conocer a Tyler. De la misma manera que él la necesitaba para recibir a sus constantes «conquistas». Pero los dos años que viví con él fueron los mejores de mi vida. Y también las dos semanas que me acogió tras la ruptura con Tyler, mientras se terminaban las obras de mi apartamento.

—Me preocupa todo esto, Ginevra… —me confiesa adoptando un tono más serio.

—Pues deja de preocuparte. —Intento convencerlo con un estado de ánimo que no siento. Yo también estoy preocupada.

—Ginevra, no quiero agobiarte —me confiesa mediante un tono de voz que no me apetece escuchar—, pero es que ese tío sabe dónde vas, cómo vas vestida… Es evidente que te sigue. Ya no se limita a Manchester, ahora también sabe cuando estás en el aeropuerto. En los dos últimos mensajes ha querido dejar constancia que estaba tan cerca de ti que casi podía tocarte… Me preocupa este viaje que estás haciendo. Vas a estar fuera durante unas semanas y…

—Unos meses, Denzel. Si todo va bien, serán tres meses.

—¿Tres? Eso no lo sabía.

—Te lo dije.

—No, no me lo dijiste. Siempre haces lo mismo. Afirmas que me has contado algo y no es cierto, solo está en tu cabeza.

—¿Y qué más da? Unas semanas, unos meses…

—Aún me preocupa más que estés sola. No sé si este viaje llega en un buen momento.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué me quede en casa y no salga? ¿Qué pare mi vida?

—No es lo que pretendo, pero creo que no eres muy prudente marchándote ahora tanto tiempo.

—¿Es que no entiendes a dónde voy?

—Sí, lo sé, a eso de la isla.

—¿Eso? ¿Lo llamas «eso»? —le pregunto alterada, consciente de que la pareja que hay en la

mesa de al lado está interesada en mi conversación—. Pues déjame que te aclare que «eso» es mi sueño. Es todo lo que he deseado desde tiempos inmemorables. Es lo que llevo esperando mucho tiempo. Un sueño, Denzel, así se llama. Es una oportunidad única.

—Lo sé…

—No, no lo sabes —bajo el tono de voz mientras salgo de la cafetería—. Déjame que te lo recuerde, Denzel. Trabajé muy duro para presentar mi proyecto. Estuvo parado durante meses, pero hace dos que Alexander me dijo que se había puesto en marcha de nuevo y que volvían a recibir solicitudes…

—Eso ya lo sé —me interrumpe.

—No me interrumpas y escúchame —le digo algo molesta. Ya no tengo que hablar con un tono suave, estoy dentro de mi coche—. Abrieron el proceso de nuevo para la recepción de proyectos, pero añadieron varios bocetos que no tenía terminados. No tenía tiempo, estuve cuarenta y ocho horas sin dormir para poder terminarlos y aun así se me pasó el plazo por unas horas. Fue muy frustrante, pero gracias a la intervención de Alexander, que tiene un buen amigo allí, admitieron mi candidatura. Y hace dos días me llamaron para decirme que había sido seleccionado. ¿Sabes lo que significa eso? Voy a poder trabajar en lo que siempre he deseado. ¿Crees que debo rechazarlo por ese loco?

—De acuerdo, no te alteres, te he entendido perfectamente.

—Ya se cansará, Denzel, no puedo parar mi vida. Ni tampoco puedo estar constantemente mirando a todos los que me rodean, pensando que puede ser uno de ellos.

—Es que podría ser alguien cercano a ti, del trabajo…

—Esto empezó antes de que entrara a trabajar en el estudio de mi cuñado.

—Y aquel vecino tuyo…

—Se mudó cuando volví a mi apartamento, después de las reformas. No lo creo, hasta me dejó una nota de despedida.

—Tyler…

—No, Tyler no puede ser. ¿Qué gana con ello? Podría ser cualquiera y ni siquiera tengo que conocerlo.

Guardamos silencio durante unos segundos interminables, que Denzel se anima a romper para animarme.

—Te voy a echar de menos.

—¿Vendrás a visitarme?

—¿Dónde te vas a alojar?

—En la casa que tiene Alexander en Yarmouth. En realidad, es la casa de Elliot, su abuelo; me han facilitado la estancia.

—No sabía que tenían una casa en la isla.

—Elliot vivió allí durante muchos años. De hecho, me enteré del proyecto Eldergrove gracias a él. Y no tienen una casa, sino dos.

—Ya… No quiero volver a lo mismo, pero me preocupa que estés sola allí.

—No voy a vivir sola, sino con una amiga de Alexander que lleva allí un tiempo alojada.

—¿La conoces?

—No, pero no tengo otra opción.

—Debe ser muy importante ese proyecto. Eres la señorita «necesito espacio». ¿Vas a vivir con una desconocida?

—No había muchas opciones. Y… que te quede claro que me volví la señorita «necesito espacio» después de aguantarte dos años, antes de eso no era así.

—No me culpes a mí de ese trauma, seguro que fue Tyler quien lo causó.

—Solo estuve dos semanas en su casa…

—Suficiente para traumatizarte con lo que viste.

De nuevo nos reímos y nos animamos a bromear sobre ese tema. Hace tiempo que lo hacemos, aunque reconozco que al principio era incapaz.

—Me quedo más tranquilo sabiendo que tendrás una compañera —prosigue sin olvidar el tema que más le preocupa.

—¿Vendrás a visitarme? Te lo he preguntado antes y no me has contestado.

—Claro que lo haré —me dice afligido—. Y… mantenme informado de cualquier mensaje de ese tipo. Intentaré averiguar algo más. Quizás haya suerte. Llamaré a unos amigos que son especialistas en ciberacoso. Uno de ellos es especialista en ciberdelitos, trabaja en una empresa de seguridad. Se me ha ocurrido esta mañana.

«Joder, ¿así se llama? ¿Ciberacoso? ¿Ciberdelito? ¡Qué mal suena! A mí me gusta más llamarlo «el hijo de puta que me está amargando la vida».

—Gracias, Denzel, y por favor, no te preocupes, estaré bien.

—Lo siento, cielo, no le he dado importancia a lo que significa ese trabajo para ti. A veces me olvido que soy tu amigo y me convierto en tu padre…

Sus palabras me reconfortan, aunque la última parte, como siempre que escucho esa palabra: «Padre», me produce escalofríos. Denzel es mi gran amigo y confío plenamente en él, pero no conoce mi pasado, solo lo necesario para entender cómo acabé saliendo de Escocia y empezando una nueva vida en Manchester: una versión edulcorada y hasta tierna de la realidad.

Hay aspectos que no quiero compartir con nadie, solo mi abuela y mi hermana conocen la historia, especialmente porque han formado parte de ella.

En cualquier caso, no dejo de sentir lo afortunada que soy de tener a Denzel en mi vida. Él me salvó de… todo. Me salvó de un mundo que no conocía, que me quedaba grande, que me asustaba. Me guio en los primeros pasos que di una vez que fui libre. Me ayudó a entender la vida, una que ni siquiera sospechaba que existía.

Capítulo 9

Dylan

—¿Tu mal humor se debe a la visita de Tavistock? —me pregunta Logan, el supervisor de interiorismo y ambientación, y un buen amigo. Es la persona con la que más trato tengo, aparte de Rachel, en el proyecto Eldergrove.

—No sé bien a qué se debe, pero la visita no ha ayudado. ¿Te quieres creer que me ha recriminado que una de las cuadrículas no está «adecuadamente delimitada»? Cree que el acceso es demasiado libre y podría afectar la excavación. Hay toneladas de tierra por excavar antes de que se convierta en una zona delicada. «Esta cuerda no es firme», «Esta cuerda está demasiado alejada». Eso es lo que ha dicho. ¡No tiene ni idea!

—Dylan, si esa es la única queja, puedes estar tranquilo. No tiene importancia y lo sabes. Ese tipo es el coordinador de Patrimonio, puede decir lo que le venga en gana. Deberías estar acostumbrado. Ya tienes experiencia con él y sus ganas de tocarte los cojones a todas horas.

—Nos visitan otras representaciones y no se comportan como él: Conservación, el abogado de los actuales dueños del castillo, el Gobierno Local…

—Eso ya lo sabemos, no es nuevo. Estás un poco sensible, ¿no?

—Lo sé, es que he dormido poco. Fui a buscar a Rachel ayer por la tarde al aeropuerto y llegó con mucho retraso. Hemos viajado prácticamente toda la noche para poder embarcar en el ferri de las seis.

—¿Fuiste a buscarla a Londres?

—Sí, me lo pidió.

—Menuda cara tiene…

Logan y Rachel no son precisamente la mejor definición de «amigos». Por suerte, no trabajan juntos. Logan trabaja en el castillo, mientras que Rachel trabaja en la excavación. Todavía no sé cuál ha sido el origen de esa tirantez entre ellos, pero se remonta a mucho tiempo atrás, cuando trabajamos juntos en el Castillo de Dover. Allí fue donde ellos se conocieron. Logan se incorporó un par de meses antes de que yo me tuviera que marchar y sus disputas se acentuaron mientras yo estuve fuera.

Cuando volví a Nueva York…

Cuando mi vida…

¡Prefiero no pensar! Sigo sintiendo como si me desgarrara una hoja de acero cada vez que pienso en ello. ¿Podré superarlo algún día? Es nombrar Nueva York y pensar en él…

—No la soporto —me confiesa Logan. Como si fuera un secreto…

—¿Algún día dejaréis vuestras diferencias atrás e intentaréis un acercamiento? —le pregunto sin mucha esperanza de que reaccione—. Y no te molestes en contarme vuestra historia, no me interesa.

—No hay historia, no sé qué te ha contado ella, pero simplemente me cae mal.

—No me ha contado nada, nunca la he dejado, ya me conoces. No es asunto mío. Mientras no afecte al trabajo…

—No afectará, sencillamente paso de esa mujer. Y tú no deberías confiar en exceso en ella. Tiene una «ligera» tendencia a hablar más de la cuenta, de lo que debe y de lo que no. Te lo he dicho muchas veces, ese es todo el misterio de esa historia, como tú la llamas.

Guardo silencio y me dirijo a la salida de la excavación mientras noto que Logan me sigue.

Me parece injusto ese comentario. Rachel es muy habladora, lo sé, incluso a veces puede ser exasperante, pero es una buena amiga y confío en ella. Hace muchos años que la conozco y nunca he tenido problemas. Sí, hay que interrumpirla cuando se embala un poco, pero ese aspecto «indiscreto» que ha mencionado Logan, me parece injusto. En cualquier caso, no es asunto mío y los dos lo saben. Me conocen lo suficiente como para saber que nunca voy a entrar en disputas de ese tipo.

—Tengo que marcharme —Me anuncia Logan cuando se desvía del camino en dirección al castillo—. Hoy llega la chica nueva y quiero disponer la sala.

¡Se me había olvidado! Es cierto, hoy llega la cuñada de Alexander… ¿Cómo se llama? Tiene un nombre raro…

¡Vaya! El día va mejorando.

Espero que sea tan encantadora, como Alexander afirma que es. En cualquier caso, no me apetece compartir la casa con nadie. Claro que, no puedo poner objeciones, esa casa es de Alexander y bastante favor me ha hecho permitiéndome que me aloje en ella. Sabe que adoro esa casa, y no dudó ni un segundo en ofrecérmela cuando le dije que me mudaba a la isla. Incluso me dijo que la casa del centro de Yarmouth habría estado a mi disposición si no la estuviera ocupando un primo suyo junto a su familia.

Alexander es un gran amigo, de hecho, mi mejor amigo junto a Logan. Los años universitarios en Cambridge nos unieron mucho, especialmente desde el segundo año, cuando compartimos la residencia de la universidad.

Él optó por arquitectura, yo por historia y arqueología, algo que a veces nos une y a veces nos separa. Tenemos distintas formas de abordar las edificaciones, especialmente cuando hay historia de por medio.

Desde que he vuelto a Inglaterra, no nos hemos visto muchas veces, pero es que la distancia ha sido un problema. Él reside en Manchester junto a Kenna, su mujer, y lo más cerca que hemos estado desde que abandonáramos la universidad fue el tiempo que estuve trabajando en el castillo de Stockport, a pocas millas de Manchester, pero de eso hace ya tres años. El resto del tiempo nos hemos visto en ocasiones contadas, aunque nos llamamos por teléfono cada semana.

El año que estuve en Nueva York me llamaba casi a diario… Fue un gran amigo.

¡Otra vez Nueva York y ese vacío que me crea nombrarla! No quiero pensar en ello.

Aparto todo eso de mi memoria y me obligo a centrarme en el tema más importante en este momento: la llegada de la cuñada de Alexander.

Confieso que me inquieta mucho. Si hice lo que hice… fue por no defraudar a Alexander. Solo espero que la chica esté a la altura y no me traiga problemas.

¿Cómo podía negarle ese favor a mi amigo? Había otras candidaturas mejores para trabajar en el interiorismo del castillo, pero él me pidió que… «recomendara» la de su cuñada y yo fui incapaz de negarme. Sé que no fui justo. La oportunidad de otra persona, a mi parecer más

válida, se fue por la borda gracias a mi actuación, pero no siempre se puede elegir. No me siento especialmente orgulloso de ello. Me trajo muchos dolores de cabeza.

¿Pero qué podía hacer?

Durante mis años en Cambridge, Elliot, el abuelo de Alexander, y él mismo se convirtieron en mi familia adoptada en Inglaterra… ¿Cómo negarme?

Lo que no esperaba es que se fuera a alojar conmigo… Una cosa es que seleccione su candidatura y otra que tenga que vivir con ella. Alexander no me lo dijo en ningún momento y me ha avisado con muy poca antelación.

Espero que todo salga bien. No es que la chica no tenga talento; su proyecto no estaba mal, pero me vi obligado a seleccionarlo. Yo habría elegido el otro, el del chico irlandés, igual que Logan. ¡Ojalá nunca me hubieran dado esa responsabilidad! Debería haber sido Logan quien se hubiera tenido que encargar de ello, pero es lo que supone dirigir el proyecto Eldergrove, no solo incluye mi campo principal: la arqueología.

En cualquier caso, es tarde para lamentaciones y preocupaciones innecesarias. Esa chica va a trabajar en el castillo y, por suerte, será Logan quien medie más con ella. Yo solo lo haré en casa. Espero que sea fácil convivir con ella. Si no es así… ¡Ya lo pensaré!

Si Alexander dice que es maravillosa, es porque debe serlo.

¿Cómo se llama?

Ginevra. Ahora lo recuerdo.

¡Qué nombre más extraño! No sé si lo pronuncio bien.

Capítulo 10

Ginevra

Las señales de fatiga se han ido intensificando durante el viaje; sin embargo, al desembarcar del ferri y ponerme en marcha con mi coche, ya en tierras de Wight, una sensación de euforia que hacía tiempo que no sentía, empieza a invadirme. Es como si el aire fresco de la isla, cargado de sal y humedad, lograra despejar las preocupaciones que me han acompañado durante las casi cuatro horas que hace que dejé Londres atrás.

Por fin, el mensaje del acosador, la historia de Lindsay, la inquietud de Denzel, e incluso aquellos ojos grises que me crucé en el aeropuerto, se desvanecen de mi mente. Ahora están relegados a un segundo plano.

Solo puedo pensar en que estoy pisando por primera vez la isla de Wight y que, dentro de unas pocas millas, habré llegado a mi destino. Un destino que significa, por fin, trabajar en lo que siempre me ha apasionado. Me decanté por la arquitectura siguiendo los pasos de mi abuelo, pero, en el proceso, descubrí que lo que realmente me fascinaba era la decoración de edificios históricos, en especial los castillos y fortalezas. Mi debilidad son los medievales.

He invertido mucho tiempo, esfuerzo y también dinero, aunque mi abuela siempre me ha ayudado, en complementar mis estudios en esa dirección, sumergiéndome en la restauración y la decoración de interiores de edificios empapados de historia. Hasta ahora, solo he tenido pequeñas incursiones en proyectos de menor envergadura y de muy corta duración, pero esta vez parece que mi oportunidad ha llegado, y me espera algo que, presiento, va a dar un giro a mi carrera.

Trabajar en el estudio de mi cuñado junto a su abuelo ha sido, sin duda, una gran oportunidad, además de una necesidad por la situación en la que me encontraba, pero allí se centran en otro tipo de proyectos: edificios modernos, naves industriales; estructuras que para mí distan mucho de tener un alma, esa que yo siempre encuentro en mis preciados castillos.

«Lo tuyo es la arquitectura que respira historia», me suele decir Elliot, el abuelo de Alexander. Es un hombre maravilloso del que he aprendido mucho. Él y mi abuelo eran muy buenos amigos, los mejores, y tras su muerte ha conservado una preciosa amistad con mi abuela.

A veces, por su forma de hablar, creo que quince años después de la muerte de mi abuelo, Elliot sigue sintiendo que debe cuidar a mi abuela y asegurarse de que está bien. Mi abuela no necesita a nadie que la cuide, se basta por sí sola y es la mujer más fuerte que he conocido, pero creo que mantener una buena relación con Elliot es su particular forma de mantener el espíritu de mi abuelo vivo: fueron grandes amigos.

Y… cuidar de mi abuela también significa cuidar de su nieta, o sea yo. Ese debe ser el motivo de que siempre hayan sido tan considerados conmigo, aparte de que Alexander y mi hermana sean marido y mujer, claro está. Al final somos una pequeña familia.

Cuando termine este trabajo, volveré al estudio, pero albergo la esperanza de que esto me abra una pequeña ventana para seguir sumergiéndome en la decoración de edificios históricos.

Aún no me puedo creer que eligieran mi candidatura. Hubo muchas solicitudes, y muy buenas: me consta.

Y… aquí estoy.

Desde que dejé el puerto atrás, la carretera ha sido estrecha, pero con largas rectas. Sin embargo, a medida que me acerco va serpenteando entre colinas de poca altura y siento una especie de vértigo extraño, como si me dirigiera a un lugar apartado y poco accesible. El paisaje se ha mantenido: grandes praderas, árboles dispersos y algún que otro rebaño de ovejas que he podido divisar a cierta distancia.

El indicador de Yarmouth me dirige hacia la derecha al llegar a un cruce de caminos, pero decido dirigirme hacia la izquierda. El plan era ir directamente a instalarme en mi nueva casa, pero no puedo resistirme a la tentación de ver el recinto del proyecto Eldergrove, el nombre que recibe el conjunto histórico.

Conforme avanzo por un camino empedrado, el castillo se hace más visible, y descubro que me estoy alterando demasiado. Nunca pensé que me causaría una impresión así.

Ahí está, observándome desde una pequeña colina.

Sus muros de piedra gris, cubiertos en algunas partes por musgo, se alzan con una elegancia que me produce escalofríos. Ahora es un buen momento para reconocer que soy escocesa y que estas edificaciones me corren por las venas, pero no es una afirmación que nadie me escuchará decir. Escocia es… para olvidar.

El castillo es impresionante incluso a esta distancia, con sus torres majestuosas. Puedo imaginar a los centinelas que, siglos atrás, vigilaban la entrada por la costa. Ahora siento que las torres me vigilan a mí, incluso que me estaban esperando.

Estoy demasiado impresionada, debo centrarme.

Al llegar a la entrada principal, me encuentro con un control de seguridad, una cabina pequeña donde dos guardas revisan mi acreditación, la que he recibido esta misma mañana por correo electrónico. Me deja pasar sin problemas, pero a pocos metros me encuentro un segundo control, con barreras y personal de seguridad. No es un sitio al que pueda acceder cualquiera. Me recuerdan que mi entrada estaba prevista para las cuatro de la tarde. Aún faltan dos horas, pero no me ponen objeción a que entre en este momento.

Me pregunto por qué he decidido acceder tan pronto; mis planes consistían en echar un simple vistazo, pero es como si algo me hubiera arrastrado a continuar.

El recinto es más grande de lo que había imaginado y me dirijo a la zona de aparcamiento que me han indicado los guardas, exclusiva para el personal que trabaja en el recinto.

¿Y ahora qué?

Dudo entre si debo explorar la zona o probar suerte en el castillo, donde me han convocado para la entrevista.

Un amplio cartel indica las diferentes direcciones que quedan detrás del amplio muro que delimita el recinto. Me llama la atención la zona de excavaciones que está señalizada hacia la

izquierda y me dirijo hacia allí.

Me detengo junto a un pequeño muro de piedra que delimita el área. Desde aquí, solo con impulsarme levemente, puedo ver las cuadrículas del suelo marcadas con cuerdas, los andamios y las plataformas, las herramientas desperdigadas. Todo ello cubierto por una amplia lona blanca.

Hay muchas personas deambulando por la zona, todas ellas quietas, centradas en su trabajo. El silencio que reina me sorprende.

Me pierdo pensando en toda la historia que esas personas están intentando rescatar, bajo metros y metros de tierra. Me siento atrapada por el ambiente y recorro parte del muro hasta llegar a un acceso que dirige directamente a la excavación. Se trata de una puerta metálica que permanece entornada.

Tras ella, hay tres escalones. No sé si debo seguir o no, debería disuadirme el cártel que indica que es un acceso solo para personal autorizado, pero lo ignoro. Hay varias personas sentadas en el suelo, ajenas a mi presencia, aunque si sigo avanzando no tardarán en darse de cuenta.

Sé que no debería estar aquí; debo seguir un orden antes de deambular por estos lugares, que ni siquiera será mi escenario de trabajo, pero mi instinto me empuja a seguir; el mismo instinto que normalmente me incita a actuar y luego a pensar.

Bajo los escalones. Recorro unos pocos pasos por el perímetro del área de excavación, observando las cuadrículas y las plataformas, hasta que me acerco a una pila de herramientas situadas al pie de un andamio. Hay una cuerda tirada en el suelo, medio enterrada en la tierra, que no noto hasta que mi pie la engancha. Tropiezo ligeramente, y el impulso hace que una carretilla cercana se tambalee, poniendo en peligro unas herramientas que contiene.

Afortunadamente, la carretilla no llega a volcarse, aunque las herramientas emiten un tintineo que se escucha claramente en la quietud de la excavación. Me quedo inmóvil un momento, con el corazón en la garganta, mientras intento no hacer ningún movimiento brusco que pueda empeorar la situación, pero una cuerda del perímetro se destensa por el balanceo de la carretilla y descuelga al menos tres metros de cuerda más.

Solo dos personas situadas en el otro extremo de la zona se giran hacia mí. Me ruborizo y sonrío avergonzada.

Y llega el instante. Uno que probablemente no podré olvidar en toda mi vida.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me grita alguien que ha salido de la nada y se está acercando a toda velocidad.

Unos ojos grises, los del aeropuerto, se clavan en los míos como si fueran cuchillos afilados.

Capítulo 11

Dylan

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —le grito a la intrusa que descubro en la entrada sur de la excavación mientras me voy acercando y observo que una de las puertas laterales permanece entornada. ¿Quién la ha dejado abierta?

Al llegar a su altura, la miro como si hubiera descubierto al mismísimo diablo.

No puede ser.

No puede creerme lo que veo.

Es ella.

Es la mujer del aeropuerto. Jamás olvidaría esa mirada y ese rostro.

¿Qué está haciendo aquí?

Me recorre un escalofrío por todo el cuerpo y siento que mi mente se queda clavada.

—Yo… lo siento, solo tenía curiosidad por…

—¿Curiosidad? —le pregunto sin dejar mi tono áspero y malhumorado. No entiendo nada. Ayer por la noche la vi en el aeropuerto de Londres y todavía no me he recuperado de las sensaciones que me produjo cuando me la encuentro en la excavación, afirmando que estaba curioseando.

—Es que… He visto que se podía entrar y… Lo siento, quizás…

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —la interrumpo sintiendo que mi mal humor va en aumento.

—Pues… por ahí —dice señalando el camino de acceso al recinto principal—. Pero yo ya me…

—Sal de aquí ahora mismo —le grito sin pretender que fuera un tono tan elevado, aunque no lo he conseguido—. Esto es un lugar de trabajo, por si no te has dado cuenta. Es un lugar delicado y los curiosos no nos interesan. Has estado a punto de provocar un accidente. No puedes pasearte por aquí como si estuvieras visitando el castillo, para eso tendrás que esperar a que esté abierto al público.

Me mira con un odio que me estremece.

—Ya le he dicho que…

—¿Te acompaño a la salida? —le grito de nuevo—. Creo que para entrar no has tenido problema.

Me lanza la última mirada asesina y sale corriendo en dirección a la puerta, que atraviesa en dos segundos.

Estoy mareado. No consigo entender lo que ha ocurrido. ¿Cómo iba a imaginarme que esa mujer, la que tanto me llamó la atención en el aeropuerto, volvería a estar delante de mí? ¿Por qué me siento tan mal?

Descubro a Logan a pocos metros de mí, al parecer ha presenciado la escena.

Pasa por mi lado y sale del recinto moviendo la cabeza.

—¿Qué ocurre, Logan? —le pregunto al ver su mirada despectiva. Lo conozco bien—. ¿Qué hacía esa mujer aquí? Habrá que hablar con seguridad, no podemos permitir…

—¿Es necesario ser tan borde? —me interrumpe con desprecio.

—¿Borde? ¿Es que acaso aquí puede entrar cualquiera? ¿No te has dado cuenta de…? —Me detengo, es evidente que no le apetece escucharme: se ha alejado a toda prisa.

¿Por qué me deja con la palabra en la boca?

¿Borde? Es lo último que esperaba escuchar.

¡Menudo asco de día!

Necesito salir de aquí. Hay varias miradas clavadas en mí y me siento incómodo. Todos ellos han comprobado durante toda la mañana que hoy no es un buen día para mí.

Decido alejarme para intentar recuperar un poco de calma.

Me dirijo a la sala de reuniones del equipo. Se trata de una pequeña superficie cubierta por una gran carpa blanca situada junto a la excavación: lo suficientemente cerca para facilitar el acceso rápido, pero lo bastante alejada para evitar el ruido y todo lo que suponga una distracción molesta.

Accedo a través de un sendero de tierra y bordeo la valla de madera y las cintas de seguridad. Al final del sendero, unas pequeñas escaleras de madera me dirigen directas hasta una plataforma elevada: el refugio del equipo.

Aunque la he visto mil veces, no dejo de admirar la amplitud de este centro de descanso. La hemos diseñado en poco tiempo para que se convierta en un lugar de desconexión. Aquí abordamos todos los conflictos que pueden surgir y también celebramos los logros, que hasta ahora han sido muchos.

Las ventanas, protegidas por unos plásticos gruesos transparentes, dejan pasar una luz que, en estos momentos, me proporciona mucho alivio, pero lamentablemente necesito algo más de intimidad, así que atravieso la sala, que en estos momentos está vacía, y entro en la sala contigua: mi despacho. Es pequeño y acogedor, pero la luz no es precisamente la protagonista. Aun así, es mi refugio personal. No solo realizo cientos de gestiones, o recibo algunas visitas externas, sino que también me evado cuando necesito estar solo, como ahora.

La puerta suele estar siempre abierta, excepto si tengo alguna reunión que requiera intimidad, bien con alguien de mi grupo, bien con las visitas que vienen del exterior: proveedores, o algún miembro de Patrimonio, o de alguna entidad privada que participa en la financiación del proyecto.

Me siento detrás de mi escritorio y evito pensar en… nada. Fijo la mirada en la cafetera: no es lo que más me conviene, pero sí lo que más me apetece.

Mi móvil anuncia una llamada de Alexander.

No estoy de humor, pero tengo que atenderle.

—Dylan, ¿cómo estás? —me dice nada más descolgar con su particular tranquilidad.

—Bien, ¿y tú?

—Bien, solo quería saber dos asuntillos.

—Dispara.

—La primera es si habéis encontrado ya alguna momia… Tengo curiosidad.

—Puede que estés algo confundido con el tipo de excavación que dirijo. Creo que te falla un poco la ubicación y la época. Pero… nunca se sabe, puede que descubramos una momia entre los

restos del siglo XIII.

—Si hay algo raro en las profundidades de ese castillo, seguro que tú lo encuentras.

Nos echamos a reír. Alexander tiene una risa muy sonora y siempre acaba contagiándome.

—Has dicho que me querías comentar dos asuntillos. ¿Cuál es el otro?

—Mi cuñada, Ginevra. ¿Ya os conocéis? He intentado contactar con ella, pero no me ha atendido.

¡Mierda! Se me había vuelto a olvidar. Eso me recuerda que la tranquilidad con la que hoy soñaba al llegar a casa no va a existir.

—Pues no… ¿Ya ha llegado a la casa? Todavía estoy en la excavación —le respondo algo confundido.

—Le ha enviado un mensaje a Kenna diciéndole que ya había llegado a la isla y he supuesto que ya os habíais conocido.

—Ha debido ir directa al puerto.

—¿Le has dejado la copia de las llaves en la cabina de recepción?

—Sí, lo hice en cuanto me llamaste.

Por suerte, no me olvidé de ello, de lo contrario ahora tendría que correr o ponerme en contacto con ella.

—Espero que no haya tenido problemas para acceder —prosigue con un tono de preocupación—. Lo he dejado todo bien atado. Pero ya sabes…

—Si lo dices por Megan, no te preocupes, últimamente está de buen humor —le aclaro refiriéndome a la mujer encargada del acceso a la zona residencial del puerto. Una mujer que no permite que entre una mosca en el puerto sin que ella lo apruebe y supervise, además de ser bastante desagradable cuando se lo propone—. Hoy me ha sonreído dos veces.

—Es que pocas se pueden contener a tus encantos…

—Lo sé, y también sé que siempre me has envidiado por ello, pero nunca he dejado de quererte.

Después de varios comentarios infantiles, de esos que siempre nos hacen reír, Alexander aborda el verdadero motivo de su llamada.

—Dylan, Ginevra es encantadora, divertida y muy inteligente. Es muy buena en su trabajo y solo espero que se sienta bien. Lo que quiero decir es que…

—Sí, te he entendido. Me estás pidiendo que la cuide. ¿Es eso?

—Sí, es eso.

—Menos mal que me lo has aclarado, yo pensaba hacerle la vida imposible…

Alexander se echa a reír, pero pronto adquiere un tono más serio.

—Dylan, entiendo que te puse en una situación comprometida cuando te pedí que te «saltaras» un poco las normas y eligieras su proyecto. También sé que estás muy cómodo en la casa y que imponerte compañía puede resultar algo violento. No te creas que no soy consciente de ello. Pero es que mi primo necesita seguir alojado un par de meses más en la otra casa… Y no quería que Ginevra se alojara en cualquier sitio… Es mi familia…

—No te preocupes, Alexander, no es necesario que me digas nada de eso. Esa casa es tuya. Faltaría más que tuvieras que reservarla para mí o darme explicaciones. Y… lo de la selección, no es un problema —le miento—, su proyecto es bueno. Si he podido ayudarte, me alegro de ello.

—Es muy buena en su trabajo.

«Es tan buena que me la envía a la isla en vez de quedársela en su estudio de Manchester».

Pienso, pero enseguida me siento mal por la dirección de mis pensamientos.

—No le comentes nada de tu… «recomendación», se sentiría incómoda.

—Tranquilo, así será.

—Solo estará un par de meses, ¿cierto?

—Dos o tres: dependerá del avance —le aclaro mientras siento que se me hace un nudo en la garganta al pensar en esa cifra.

—Gracias, Dylan.

—No tienes que darme las gracias, soy yo el que te agradezco que me permitas vivir en la casa… Sabes que me encanta y… yo no voy a estar solo unos pocos meses; si todo va bien, tengo isla para bastante tiempo.

—Es lo que siempre has deseado…

—Sí, desde que volví de Nueva York no he pensado en otra cosa.

—Te lo mereces, amigo —me suelta, consiguiendo que sonría de la misma manera que lo haría un niño al que acaban de premiar por su buen comportamiento.

—¿Tienes pensado alojar a alguien más? —bromeo—. ¿Alguna cuñada más, amiga, amante, vecina…?

Se echa a reír.

—No, tranquilo, el aforo está completo —me aclara riendo.

—Me alegro porque el tercer dormitorio está lleno de planos, sería complicado hacer un hueco. Y… respecto a tu cuñada, no te preocupes, haré lo posible para que se adapte bien. Le preguntaré a Logan si ya ha llegado. Él es quien trabajará con ella y con quien tiene hoy la reunión. Puede que ya esté en el recinto y que me haya cruzado con ella y no la haya visto…

¡Un momento!

Al pronunciar estas palabras, salta una alarma en mi cabeza.

¡No! ¡No puede ser! ¿O sí?

—Alexander, ¿cómo es… Ginevra? Es que… antes he visto a una chica en el recinto que no me resultaba familiar y… podría ser que se tratara de ella…

—Ginevra es… alta, pelo largo claro y ondulado... No sé qué más decirte. Tiene los ojos verdes… Es muy guapa, como Kenna.

¡Joder! No me lo puedo creer. Eso coincide con ella…

Me despido de Alexander intentando ocultar mi nerviosismo y empiezo a dar vueltas por la sala como si fuera un animal enjaulado.

Es ella, seguro.

Ella es la cuñada de Alexander.

La del aeropuerto.

La que casi vuelca la carretilla y la cuerda.

La que he confundido con una curiosa que se ha colado.

La misma a la que le he gritado y por la que Logan me ha llamado borde.

La que Alexander me está pidiendo que cuide.

¡Mi futura compañera de casa!

La que me dejó hipnotizado en el aeropuerto.

¿Qué coño está pasando?

Capítulo 12

Ginevra

No soy capaz ni siquiera de consultar mi reloj; me tiembla el brazo. Estoy caminando como si me persiguiera un monstruo de seis cabezas y ni siquiera sé a dónde dirigirme. Creo que la mejor opción será refugiarme en mi coche y esperar que llegue la hora convenida para entrevistarme con… No recuerdo el nombre del hombre con quien tengo que hablar. Un tal Bra… Bro… ¡No lo recuerdo! Se lo acabo de decir al de seguridad y ya se me ha olvidado. ¡Esto es preocupante! No importa, lo consultaré de nuevo en el correo electrónico que me enviaron.

Menuda forma de empezar.

¿Qué es lo que ha pasado con ese gilipollas?

Podría haber idealizado el resto de mi vida esos ojos, incluso utilizarlos como talismán. De hecho, no se me habían marchado de la cabeza desde que los vi anoche en el aeropuerto, pero lo que nunca esperaba es volver a verlos. Claro que ese no es el problema, hasta habría sido graciosa la casualidad, pero ¿se puede ser más antipático? Ni siquiera me ha dejado hablar.

De acuerdo, no debería haber entrado para curiosear. Está claro que he cometido un error, pero en vez de gritarme debería haberme dado la oportunidad de aclarar mi presencia. Me habría disculpado por estar allí y me habría presentado.

«¿Cómo has entrado?», me ha preguntado el muy imbécil.

Pues por la puerta, ¡gilipollas!

Debería saber que hay que pasar dos controles para entrar. No creerá que me he colado como si fuera una ladrona.

¿Qué tienen allí? ¿Misiles de largo alcance?

¡Menudo comienzo!

¿Con que derecho me habla de esa forma?

Y lo que es peor, ¿por qué me he callado? A pesar de haberme tratado de ese modo, debería haberme impuesto y decirle que dejara de usar ese tono y me permitiera hablar, pero en vez de hacerlo, he tartamudeado como una estúpida y me he dejado engullir por la situación.

¿Será algún jefe? No lo parecía. En cualquier caso, no tenía derecho a tratarme como basura.

¿Me traerá problemas? Igual tiene mucho poder en este lugar.

Espero que, si es así, alguien me permita explicarme.

¿No es una gran casualidad que ayer nos encontráramos en el aeropuerto y hoy aquí, en Eldergrove?

—Un momento, por favor —escucho a mi espalda. Es una voz masculina. Espero que sea el de los ojos grises que quiera disculparse.

Me detengo. Juraría que es el mismo hombre que nos observaba en la excavación.

—No se lo tengas en cuenta, él no es así, es que hoy tiene un mal día —me aclara con un gesto amable.

—Ya… Eso me consuela.

—Es americano… —me dice sonriendo al tiempo que se encoge de hombros de forma cómica.

«Vaya, americano…», pienso. Eso me recuerda a otro gilipollas de esa misma nacionalidad: el novio de la pobre Lindsay.

—Eso lo explica todo. —Le sonrío mientras le sigo la broma.

—Soy Logan Branwell —Me tiende la mano sin perder la sonrisa— y trabajo en el castillo. Tú debes ser Ginevra, me han llamado de seguridad.

—¿De seguridad? —pregunto alarmada.

—Me han anunciado que te encontrabas en el recinto.

—¡Oh! Claro, disculpa, no pienso con claridad. Logan Branwell… Claro, sí, debes ser la persona con la que me tengo que entrevistar. Siento lo ocurrido, pero es que he llegado con mucha antelación y he decidido visitar el recinto.

—No te preocupes. Allí somos todos intrusos —me informa riéndose—. Vayamos a nuestros dominios: el castillo. Te esperaba más tarde, pero podemos ir a mi despacho ahora; allí podremos hablar con tranquilidad.

—Claro, gracias.

Caminamos en silencio durante unos metros que se me hacen interminables. Cruzamos el primer muro, el que me encontré al llegar, y seguimos la dirección que debería haber tomado antes de tener la brillante idea de desviarme hacia la zona de excavaciones.

Me detengo en cuanto nos encontramos delante de la puerta principal del castillo y alzo la mirada sin poder evitar que la boca se me quede abierta.

—¿Impresionada? ¿No lo habías visto antes? —me pregunta consciente de mi reacción.

—Solo en fotografías, pero… nunca desde este ángulo.

El castillo es imponente, mucho más impresionante de lo que imaginaba.

—¿Qué te sugiere? —me pregunta sin perder su perfecta sonrisa.

—A primera vista, me parece reconocer las diferentes restauraciones, pero me encanta que se aprecie la piedra original. Y… solo puedo pensar en la historia que hay atrapada dentro y fuera de esos muros…

Lo he dicho sin pensar, como si estuviera sola, hablando en voz alta.

—Vaya, ¿demasiado poético?

—Demasiado acertado. He visto en tu *curriculum* que eres escocesa. Habrás visto mejores obras que esta…

—¿En Escocia hay castillos? —le pregunto provocando que suelte una carcajada.

¿Cómo explicarle que los castillos de Escocia nunca estuvieron delante de mis ojos? Incluso solo al pensarlo, me invade un escalofrío. Ese maldito escalofrío que me envuelve cada vez que escucho el nombre de Escocia.

—Me gusta que solo veas historia y arte, pero debo advertirte de que no todo es mágico en este lugar.

—¿Hay muchos monstruos como el de antes? —le pregunto refiriéndome a mi desmitificado «ojos grises»?

Se echa a reír y me indica el camino con un gesto.

—Tenemos fantasmas, te lo advierto. Aquí somos muy originales. El fantasma es el de un caballero que busca a su amada, que se quitó la vida desde lo alto de la torre después de esperar durante años su regreso de la guerra.

—Muy original —le digo sonriente, intentando que no se note el malestar que he sentido al escuchar esa historia. De nuevo Escocia me regala un escalofrío.

Lo sigo por un pasillo lateral. El interior del castillo está lleno de actividad: obreros que van y vienen, herramientas apiladas en los rincones, y andamios apoyados contra las paredes. La restauración está en pleno apogeo; algunos muros muestran el resultado de la restauración, mientras que otros muestran la piedra original.

Percibo el olor de esa bendita mezcla a polvo, madera y humedad antigua.

Pasamos junto a una gran sala de techos altos donde varios trabajadores están ajustando unos listones apoyados en la pared. A su lado, un despliegue de planos.

Logan guarda silencio durante el recorrido y sigue avanzando mientras yo me deleito con el eco del sonido de las herramientas y las voces de los trabajadores.

Huele a historia y a vida.

Logan no se detiene. Avanza con seguridad por un pasillo más estrecho, hasta que llegamos a una puerta pesada de madera oscura. La empuja y me invita a pasar.

Una gran ventana deja entrar la luz natural, reflejándola sobre el escritorio y todos los documentos que contiene. Hay sillas por todas partes y deja claro que es un centro de reuniones.

Las estanterías improvisadas muestran cientos de libros que no parecen seguir ningún orden.

Me quedo fascinada con el suelo, protegido por un plástico fino, y Logan se da cuenta de ello.

—Es una de las cuatro salas que conserva el suelo original en su totalidad.

—Es precioso… —exclamo sin dejar de recorrer las piedras que lo conforman.

Logan elige la silla con respaldo, detrás del escritorio, encarada hacia la puerta, y yo una de las sillas de plástico; de esas que te engullen y se te clavan en todo el cuerpo.

—Te pondré al corriente de la estructura general de trabajo. Yo soy el supervisor de interiorismo y ambientación. Es un nombre muy largo, pero el que mejor describe donde vas a trabajar. Avanzamos según los obreros terminan la restauración de las diferentes salas, aunque en algunas ocasiones debemos adaptarnos y coordinar el trabajo con ellos. Te advierto que muchas veces tenemos conflictos, pero siempre los resolvemos de forma amistosa.

Me alegra escuchar la palabra amistosa, mucho más después de haber recibido ese precioso trato por parte de «los ojos del aeropuerto».

—La restauración la dirige un grupo de personas, entre ellos constructores y arquitectos que, aunque los verás deambulando por aquí constantemente, no tienen un trato directo, profesionalmente hablando, con nuestro trabajo. Y… en los exteriores se encuentran las excavaciones, como ya has podido comprobar. Dylan, al que ya has tenido el placer de conocer, es el que dirige la excavación.

¡Vaya, otro Dylan, como el novio de Lindsay! Americano…

Sonrío mientras pienso en la coincidencia. Lindsay se echaría a reír si le contara que el primer encuentro que tengo en mi nuevo trabajo ha sido con un tal Dylan americano…

Capítulo 13

Ginevra

Ha llegado el momento de conocer mi nueva casa y mi nueva compañera, si es que se encuentra en ella.

No consigo encontrar el correo electrónico que me envió Alexander con las instrucciones para acceder a la urbanización del puerto.

Debía preguntar por… No me acuerdo bien. En la caseta de seguridad que se encuentra en… ¡Tampoco me acuerdo!

Solo hay un acceso, así que dudo que me haya perdido, pero no veo ninguna zona de casas, ni cómo puedo acceder a ellas. Solo puedo ver una hilera de barcos amarrados…

¡Aquí está!

Acabo de localizar la caseta de recepción y también el correo de Alexander. Respiro hondo. Me siento demasiado alterada y desconozco el motivo. Debe ser el cansancio.

Me dirijo a paso ligero hacia la caseta, atravesando una pequeña pasarela de madera. Antes de entrar, leo el mensaje de Alexander rápidamente. Solo necesito un nombre. Aquí está; debo preguntar por Dylan…

¿Otro Dylan? ¿Pero qué está pasando hoy? No dejo que toparme con ese dichoso nombre.

La caseta es metálica, pero muy amplia. En su interior se encuentra una señora de mediana edad que me observa con un gesto malhumorado que me estremece.

—Buenas tardes. Quisiera hablar con Dylan… Myers —pronuncio al tiempo que intento recordar de qué me suena ese nombre.

Myers…

Puede que sea por Anthony Myers, el vecino de mi abuela…

—¿Tiene autorización para entrar en el recinto?

—No, eso es lo que pretendo. Me dijeron que preguntara por él, que él me proporcionaría las instrucciones.

—Esto es una zona residencial privada. Debe acreditarse para acceder a las casas.

—Estoy buscando la casa de un familiar, es donde me voy a alojar. Pero… espere. Le diré quién se aloja en ella.

La mujer me mira con el ceño fruncido, pero muestra paciencia mientras releo una vez más el mensaje de Alexander.

—Sí, aquí está. Megan Tulliver. Ese es el nombre.

—Esa soy yo.

Me quedo clavada al suelo, no me puedo creer que esa mujer sea la compañera de casa que voy a tener.

¿Qué está pasando?

Releo el mensaje por cuarta vez mientras Megan me sigue observando con desconfianza.

¡Dios! Cómo no me he dado cuenta. Debería haber leído correctamente las instrucciones de Alexander. Está claro que Megan es la recepcionista, o como quiera que sea su cargo, y el tal Dylan el compañero de…

¡Un momento! ¿Un hombre?

¿No era una amiga la que ocupa la casa?

Siento que me flaquean las piernas. ¿En qué mundo vivo yo?

—¿Está bien? ¿Ha podido aclarar algo? —me pregunta con cierto sarcasmo.

—Sí, sí, perdón, es que me he confundido. Es a usted a quien debía dirigirme. Busco la casa de Alexander Lanchester, que ahora tiene como inquilino a…

—Dígame su nombre —me interrumpe.

—Ginevra Mackenzie.

Mientras empiezo a sentir que mi cabeza se está bloqueando todavía más, la tal Megan busca algo en la pantalla del ordenador.

—Sí, aquí está. Esperaba su llegada. Todo parece en regla. El señor Lanchester nos hizo llegar la autorización. ¿Quiere que le indique cómo llegar a su barco?

—¿Barco?

Megan guarda silencio y me observa con el ceño ligeramente fruncido.

—No sé si le entiendo, señorita Mackenzie…

—¿Es un barco? Yo busco una casa.

—Siento que algo no va bien, señorita Mackenzie. Veamos. Usted es la persona autorizada para acceder al barco del señor Lanchester, junto al señor Myers, que ya reside en él. Ahora le entregaré la tarjeta que deberá utilizar siempre que entre por la pasarela trasera. Y… creo que con ello todo estará solucionado. ¿Hay algo que considere que no es correcto?

—Es que yo…. Busco una casa, no un barco… —susurro mientras me siento completamente ridícula. Creo que mi mente está empezando a entender lo que está ocurriendo, pero todavía se niega a aceptarlo.

Megan se apiada de mí, a pesar de no parecer una persona muy dada a la compasión.

—Veamos. Esto es una zona residencial de casas flotantes fijas. La casa del señor Lanchester se encuentra en la sección B. Usted está autorizada y puede acceder en cuanto le entregue su tarjeta. Hoy, puede acceder por esa otra pasarela, si lo desea, y uno de mis compañeros le indicará cuál es su casa. Deduzco que no la conoce. Yo me ocupo de que nadie ajeno acceda a este lugar. Tiene autorización y puede entrar. ¿Tiene alguna duda?

—No, me ha quedado claro, solo he… confundido los nombres.

Evito decirle que también he confundido el tipo de vivienda porque eso todavía no sé cómo procesarlo.

—Bien, le prepararé su tarjeta de acceso y le entregaré las llaves que me dejó el señor Myers.

—Mientras, haré una llamada —le digo mientras retengo ese nombre en mi cabeza.

¿Myers?

¿Dylan?

Salgo de la caseta y llamo a mi hermana, rezando para que me atienda. Es más fácil localizarla a ella que a Alexander, que está eternamente reunido.

—¿Qué tal estás? ¿Te has alojado? Estaba pensando en llamarte —me dice con tranquilidad.

—Kenna, estoy en el puerto de Yarmouth, delante de una mujer, Megan, que me ha dicho

que voy a vivir en un barco, en una casa barco, con un… tío.

—¿Ha habido algún problema? Alexander se aseguró de que estuviera todo en regla. Son muy estrictos con la seguridad. ¿Quieres que lo llame?

—No, solo quiero que me expliques por qué yo estaba buscando «la casa del puerto», que lógicamente deduje que era una casa cerca del puerto y resulta que es una casa en el puerto, o sea, un barco. Y… además la amiga de Alexander no es una amiga, sino un amigo, un tal Dylan Myers…

—Ginevra, no te entiendo. ¿Cuál es el problema? ¿No te ha gustado la casa? ¿Has tenido algún problema con Dylan?

—No, aún no he visto la casa ni conozco a Dylan. Joder, Kenna, no me estás escuchando, es que he venido engañada o algo parecido. Que no es una casa, que es un barco…, y que Dylan es un tío… ¿Qué ha pasado?

—¿Engañada? ¿Te quieres explicar de una vez? ¿Quién te ha engañado?

Respiro hondo e intento tranquilizarme.

—Creía que iba a vivir en una casa normal y a compartirla con una amiga de Alexander. Y me encuentro con que la casa del puerto es un barco y que la amiga es un amigo.

Le amplio mis impresiones y «mis confusiones».

Releo el mensaje de Alexander y todo empieza a esclarecerse.

—Kenna, lo admito, ha sido culpa mía, no leí bien el mensaje de Alexander. Entendí que iba a compartir espacio con una amiga suya, la tal Megan y que el tal Dylan era el contacto del puerto. Al revés, todo lo he interpretado al revés.

—Megan es la encargada de acreditar los accesos. Dylan es el amigo de Alexander. ¿Ahora sí lo entiendes?

—Sí, ahora sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ninguno, está aclarado.

—Ginevra, siempre te digo que no escuchas y tienes que aceptar que es cierto. Te evades en tu mundo, y no prestas atención.

—Lo sé, empiezo a preocuparme. Pero sigo sin entender que no me dijerais que la casa del puerto era un barco.

—Es una casa barco, y no entiendo por qué lo dudabas.

—Yo creía que era una casa normal. Elliot la ha nombrado mucho. Hasta la abuela ha hablado de la casa de la isla, pero esto es un barco…

—Ginevra, esa casa a la que te refieres es otra casa. Está en el centro de Yarmouth, pero ahora está ocupada por un primo de Alexander. Él te lo dijo, y te dio la opción de vivir en la casa del puerto con su amigo.

—Pero es un barco… Al decir la casa del puerto siempre he creído que era una casa cerca del puerto.

—Nosotros la llamamos así. Es más, el año pasado estuvimos en primavera y te hablé de ello.

—¿De una casa flotando? —Suspiro—. Puede que sí, pero no me acuerdo.

Todo el mundo sabe lo despistada que soy para retener alguna información, solo que esta vez me estoy empezando a preocupar.

—Es una casa preciosa —prosigue con su dulce voz—, ¿no te ha gustado?

—Todavía no la he visto. Estoy en la entrada del recinto, al lado de la tal Megan.

Le resumo a Kenna mi conversación con Megan y se echa a reír.

—Ahora lo entiendo mejor. Ginevra, cariño, siento que estés tan agobiada, pero la confusión ha sido tuya. Ahora ya está todo aclarado. Yo creí que era una suerte que pudieras aprovechar una de las casas de Alexander y no tener que buscar otro alojamiento, pero… si no estás cómoda…

—No, ni siquiera he entrado, ni conozco a ese hombre. No me hagas caso, solo estoy cansada y no razono.

—Seguro que la casa te encanta, y Dylan también. Es un hombre maravilloso. Te he hablado de él alguna vez. Es el compañero que tuvo Alexander en Cambridge. Son muy amigos.

—Sí, ahora que lo mencionas, me suena de habértelo escuchado comentar alguna vez —le digo intentando ocultar mi falta de entusiasmo.

—¿Estás bien? —me pregunta tras mi silencio—. ¿Te ha ocurrido algo?

—No, solo estoy cansada, he dormido poco y el viaje se me ha hecho eterno, pero estoy bien. Creo que la idea de vivir en un barco me ha dejado en shock. No sé si voy a ser capaz de dormir mientras «eso» se balancea. Ya sabes que el agua y yo… no somos muy amigos.

—Primero visítala y luego entenderás que no es cómo tú crees. Son casas fijas, Ginevra. Están sobre una plataforma firme y no lo notarás. ¿Dónde estás exactamente?

—En la caseta de recepción, esperando que me entreguen la tarjeta de acceso.

Kenna se dedica los siguientes minutos, dos o tres, a animarme y también a pedirme que me centre y preste más atención a los detalles.

Tiene razón, lo sé, pero sigo sin estar cómoda pensando que voy a vivir en un barco y con un amigo de Alexander.

Finalmente, Kenna me hace reír haciendo alusiones a lo guapo que es Dylan y a los preciosos atardeceres que podré contemplar desde el barco.

Al menos es guapo…

Kenna, igual que Denzel, tiene el poder de calmarme y hacerme sentir que floto…

«Floto», me digo sonriendo por lo apropiado de la palabra para esta situación.

Recojo mi tarjeta y mis llaves, sintiendo que Megan me da instrucciones como si yo tuviera diez años. Menuda impresión se ha llevado de mí.

Un hombre robusto y sonriente, con una nariz gruesa y extremadamente roja, se acerca a mí y se ofrece a acompañarme hasta la casa barco, barco, barco flotante o como quiera que se llame el dichoso alojamiento. El caso es que flota y eso me jode mucho.

No soy muy amiga del agua, lo evito siempre que puedo.

Recorremos una amplia pasarela mientras observo una hilera de casas flotantes dignas de dejarme con la boca abierta. Desde la caseta de Megan no se apreciaban tan grandes, ni tan lujosas. No parecen barcos.

La mayoría tienen un pequeño jardín en la cubierta. Cada una tiene su propio estilo, pero todas comparten un aire exclusivo, como si formaran parte de un barrio elegante, con el agua meciéndose suavemente a su alrededor.

Nos detenemos frente a una de ellas. Me sorprende comprobar que se trata de una construcción de estilo victoriano con detalles en madera blanca y ventanas adornadas con cortinas de encaje. El acceso se realiza a través de una escalinata de metal que desciende desde la pasarela hasta llegar a un pequeño porche que desemboca en la puerta principal.

¡Es preciosa! No puedo negarlo.

Lástima que flote. Aunque Kenna tenía razón, no se aprecia ningún balanceo; la plataforma parece ser una base sólida.

La puerta principal tiene un marco de madera oscura y una pequeña campana de latón junto a ella. A cada lado, se encuentra una pequeña ventana con travesaños de madera.

Entro despacio y me encuentro con un interior acogedor y cálido. Se trata de un salón adosado a una pequeña cocina.

Aunque el exterior está influenciado por el estilo victoriano, el interior recuerda a una cabaña de montaña.

Hay reflejos brillantes que provienen del exterior en el centro de la estancia y siento que me relajan.

El tal Dylan parece muy ordenado; todo parece estar en su lugar. Tendré que esforzarme en estar a la altura.

Hay un ordenador portátil descansado en el sofá, justo delante de una chimenea. Hay que observarla muy bien para adivinar que es artificial.

No hay ninguna huella de Kenna y Alexander en la decoración de este lugar: sin duda es obra de Elliot.

Mientras sigo curioseando por el salón, antes de inspeccionar el resto de la casa, escucho un sonido en el exterior que me sobresalta. Es un sonido metálico; parece el de unos pasos golpeando la escalinata.

Salgo al exterior.

Por un momento, he creído que podría tratarse del amigo de Alexander, Dylan, pero no… se trata del otro Dylan, el de la excavación… El gilipollas, el «ojos grises», el del aeropuerto.

¿Qué está haciendo aquí?

Capítulo 14

Dylan

Ya no me queda ninguna duda de que la cuñada de Alexander es la misma que se ha colado en la excavación, por no mencionar que es la misma que vi anoche en el aeropuerto.

La tengo delante de mí, con los ojos muy abiertos, mirándome como si fuera un monstruo peludo y peligroso.

No me puedo creer que se haya producido esta situación, mucho menos si pienso que ayer mismo cruzamos la mirada en el aeropuerto de Londres con todas las sensaciones que me produjo.

He estado ensayando cómo disculparme, pero tengo su mirada clavada en mí y me ha dejado sin palabras.

—¿Qué hace aquí? —me pregunta con el ceño fruncido.

—En primer lugar, quería disculparme. Te he confundido con alguien que se ha colado en la excavación, alguien de fuera… No es la primera vez que ocurre…

—¿Colarme? ¿Después de pasar dos controles de seguridad?

—Sí, es cierto, pero… todo es posible. Hemos tenido alguna visita en otras ocasiones: algún periodista o algún miembro de esa dichosa asociación que está en contra de la rehabilitación del castillo… He pensado que tú…

—Habría sido tan sencillo como darme la oportunidad de explicarme, algo que no ha hecho —me dice sin perder la actitud desafiante.

A pesar de que yo la estoy tuteando, ella no lo hace. Debe querer marcar las distancias.

—He tenido un día espantoso —me justifico torpemente. Siempre he odiado ese tipo de justificaciones.

—Ha tenido un día espantoso y lo ha pagado conmigo.

—Se podría decir que ha sido así… ¿Por qué no me has dicho que eras Ginevra?

¿Qué he dicho? Esta pregunta parece haberle conmocionado. Vuelve a abrir mucho los ojos. No sé qué está pasando por su cabeza, pero parece muy confundida.

—No entiendo muy bien por qué tenía que decirle mi nombre, pero, en cualquier caso, no me ha permitido hablar.

—Creo que ya me he disculpado… —No oculto mi malestar. No me parece que esté colaborando y estoy empezando a cansarme. Pero es la cuñada de Alexander y debo esforzarme por salvar la situación. Y no debo olvidar que he sido muy grosero con ella en la excavación.

Guarda silencio mientras observo que evita mirarme. Se mete las manos en los bolsillos.

Lo mejor será seguir intercambiando impresiones en el interior de la casa, no le veo sentido a estar aquí plantados el uno frente al otro sin… tener mucho que decir.

Me dirijo al interior cuando escucho su voz firme.

—¿Dónde va? —me dice mientras me coge del brazo. Cuando la miro, lo suelta lentamente.

—¿Tienes algún problema en que entre?

—Pues sí, claro que lo tengo. Prefiero que se marche. No sé cómo me ha encontrado, pero ya me ha dicho lo que me tenía que decir.

—¿Qué me marche? ¿Por qué tendría que hacerlo?

—¿Por qué? Mire, acepto sus disculpas, pero… es mejor que se marche. Yo tampoco he tenido un buen día.

¿De qué va esto? No entiendo muy bien a qué está jugando. Puede que lo mejor sea relajar un poco el ambiente.

—Verás... Ginevra, creo que debemos empezar de cero. Primero, te agradecería que me tutearas, debemos tener la misma edad. Segundo, creo que es mejor que nos presentemos formalmente, pero dentro, empieza a hacer frío.

Me sigue resignada, a juzgar por su forma de resoplar. Debe estar congelada, como yo, y por eso ha cedido. Me detengo en el centro del pequeño salón y observo que su expresión sigue siendo desafiante.

—Vale, nos tuteamos, nos presentamos y te vas —sentencia con los brazos en jarra.

¿Otra vez insiste en que me vaya? ¿Pero qué le pasa a esta mujer? Me pregunto si le habrá dado quejas a Alexander. Espero que no, no quiero decepcionarlo de esta manera. No es justo.

Me armo de paciencia. Tengo que salvar la situación.

—Mi nombre es Dylan Myers… —le tiendo la mano con una sonrisa—. Encantado de conocerte.

Da un paso hacia atrás y me mira completamente horrorizada.

—¿Dylan Myers? ¿Es eso lo que has dicho?

Me encojo de hombros. ¿A qué sigue jugando?

—Sí, eso he… dicho.

—Dylan Myers es quien vive aquí, el amigo de Alexander, Tú… tú eres Dylan, otro Dylan, el Dylan que me he encontrado en la excavación, otro Dylan distinto… Demasiados Dylan por hoy…

No entiendo nada. Empiezo a preocuparme. ¿Está bien esta mujer?

—¿Debería entenderte?

—¿Tú eres el amigo de Alexander o no?

—Pues claro, ¿por qué me haces esas preguntas?

Baja la mirada y pasea por el salón. Pero ¿qué le pasa a esta mujer? ¿Qué es lo que Alexander no me ha contado?

—Yo… pensaba que habías venido a disculparte, pero no he creído que tú fueras… él.

—Que fuera… ¿Quién?

Me mira confundida otra vez. Se deja caer en uno de los sillones y se pasa la mano por la cabeza.

Me vuelve a mirar de una forma… intensa. Hay algo en sus ojos que me cautiva, pero hasta ahora no ha dicho nada con demasiado sentido. ¿Quién cree que soy? ¿De qué habla?

—¿Vives aquí? —me pregunta por fin.

Esto no mejora, las preguntas siguen siendo… ¿Absurdas?

—Sí, desde hace un par de meses. —Decido seguirle la corriente con calma.

Se levanta bruscamente y se dirige al interior de la casa. Por el sonido de sus pasos, deduzco que ha entrado en el baño.

¿Es que me va a dejar aquí con la palabra en la boca? ¿O ha tenido una emergencia?

Espero.

Observo que su maleta sigue en el centro del salón. Todavía no se ha instalado. Claro que, no debe hacer mucho tiempo que ha llegado. Por lo que me ha dicho Logan, ha salido del recinto apenas media hora antes que yo.

El corazón empieza a latirme con fuerza cuando pienso en el asunto de Logan. ¿Cómo se lo voy a explicar? Hoy he preferido no contarle nada… No era el momento.

El caso es que él se ha llevado una buena impresión de ella, según me ha contado y es más que suficiente para que me relaje, pero… me da la impresión de que esta chica no está bien.

¡Qué situación más incómoda!

¿Me habrá ocultado algo Alexander?

Empiezo a impacientarme. Esta situación me está superando. ¿Qué le pasa? Lleva un buen rato metida en el baño.

No sé si debo o no preguntarle si se encuentra bien: me parece demasiado íntimo. Esperaré. Creo que es mejor que sea ella la que aporte, por iniciativa, un poco de sentido común a esta situación, si es que sale pronto del baño…

Yo ya me he disculpado, he intentado empezar de cero… Pero ¿por qué reacciona de esa forma? Es como si no supiera que iba a compartir casa con alguien. Pero entonces, ¿qué ha creído que he venido a hacer aquí? ¿A disculparme?

Y… tampoco tiene sentido su reacción. Alexander ha tenido que decirle que la casa estaba ocupada por mí.

Pero ¿qué estoy pensando? No se me ocurren nada más que tonterías.

Esta mujer es un poco rara. Es guapa, muy guapa, pero… un poco rara.

Quince minutos después, cuando empezaba a pensar que le había ocurrido algo grave, aparece en el salón con una expresión extraña, pero mucho más relajada que antes.

—No sabía que eras tú el amigo de Alexander —me aclara—. Es decir, solo he pensado que habías venido a hablar conmigo, pero… como miembro de Eldergrove, por lo que ha pasado en la excavación. ¿Me explico?

—No estoy muy seguro.

—Sabía que mi compañero, o sea el amigo de Alexander, el que estaba en esta casa, se llamaba Dylan Myers, de hecho, lo estaba esperando, pero… no he pensado que eras la misma persona, sino otro Dylan. No sabía tu apellido. Me refiero a que en la excavación no nos hemos presentado. Logan te ha nombrado, pero solo por tu nombre. ¿Me he explicado?

—Empiezo a entenderlo. Corrígeme si me equivoco. Esperabas a… otro Dylan, no creías que fuera el mismo con el que has tenido el… enfrentamiento en la excavación.

Por fin, un poco de sentido. ¡Qué alivio!

—No ha sido un enfrentamiento, ha sido un monólogo por tu parte en un tono poco adecuado.

No pierde ocasión para recriminármelo; va a ser difícil que nos entendamos.

—Lo sé, no debería haberte hablado así —me armo de paciencia.

—No, no deberías. Ni siquiera me has preguntado por qué estaba allí.

—Has estado a punto de hacer un estropicio, así que, aunque mi tono no era adecuado, tu presencia allí no estaba justificada. Allí no puedes entrar si no es acompañada de algún miembro de mi equipo… Supongo que ya te lo habrá explicado Logan.

—Sí, me lo ha explicado, me lo ha explicado todo con detalle, en un tono de voz muy

correcto, como debe ser.

Por un segundo, todo parecía que empezaba a calmarse, pero no baja la guardia.

—¿Vas a seguir recriminándomelo? Ya me he disculpado.

Guarda silencio, debe estar sopesando si me concede o no el perdón… ¡Por Dios! Solo espero que podamos tener una conversación normal. Podría decirle que ella debería aprovechar para disculparse por colarse en la excavación sin permiso, pero no quiero crear otra disputa.

Por suerte, el sonido que emite mi móvil anunciando una llamada, me libra de esta espera absurda.

Se trata de Alexander. No es el momento, pero… ¿Y si Ginevra le ha contado algo del incidente en la excavación?

—Alexander… —digo nada más descolgar, sintiendo que tengo toda la atención de Ginevra.

—Hola, Dylan. Estoy intentando localizar a Ginevra, pero no la localizo. Kenna ha hablado con ella, pero yo… no lo consigo. ¿Estás tú en la casa? ¿Está ella ahí?

—Sí, claro que sí… está justo a mi lado. ¿Quieres que le diga que te llame o… le paso mi teléfono directamente?

—Pásamela, por favor —me dice en un tono angustiado.

Ginevra lo ha debido interpretar claramente porque alarga la mano.

Finjo que estoy interesado en cambiar de sitio el portátil que descansa sobre mi sofá, pero tengo toda mi atención en esa conversación. ¡Qué raro! Alexander no me ha preguntado nada a mí…

—Hola, Alex… —le dice Ginevra de forma cariñosa.

No puedo escuchar lo que dice Alexander, claro está, pero la expresión de Ginevra se ha suavizado y muestra una media sonrisa.

Es lo más dulce que he apreciado en su rostro hasta ahora.

—Creo que después de hablar con Kenna, me he quedado sin batería —Hace una pausa—. Solo ha sido un malentendido, tú no tienes la culpa. Es que yo… lo había entendido todo al revés, ya sabes cómo soy… un poco despistada.

Se echa a reír.

Estoy atento a las palabras, pero fascinado por ver esa sonrisa dibujada en su rostro.

¿Malentendido?

O sea que… se lo ha contado todo. Debe referirse a lo que ha ocurrido en la excavación, por eso Alexander ha evitado hablar conmigo.

No, no tiene sentido… ¿O sí?

Esto es una locura, hacía siglos que no me enfrentaba a un jeroglífico tan grande como esta absurda situación.

—Estoy bien, todo aclarado, te lo aseguro… —Otra pausa, esta vez más larga—. Sí, estoy encantada…

No sé de qué está encantada, pero me alegra que Alexander escuche esas palabras. Está claro que no se refiere a mí…

—Sí… Es increíble, me encanta, todavía no he podido verla bien, pero lo que he visto… me gusta. —Me lanza una mirada asesina dejándome claro que yo no soy el motivo de eso que «le gusta».

—Sí, es que ha sido un día muy largo… Llegué muy tarde y hoy he viajado todo el día. No le des más vueltas, todo está en su lugar. Creía que se trataba de una amiga… Pero no, ya veo que no, aunque no tiene importancia. Solo ha sido el cansancio, que ha hecho que no lo vea todo con claridad.

¿Una amiga? Vaya, parece que la conversación va en otra dirección.

Por fin, cuelga y me entrega el móvil.

—Supongo que no le habrás hablado a Alexander de… lo ocurrido en la excavación —le suelto sin pensar. Ha sido algo impulsivo.

—No es asunto tuyo, no deberías escuchar las conversaciones ajenas.

—Entonces deberías haberte alejado.

—Esta también es mi casa ahora…

—No me cabe la menor duda, lo tengo claro.

Guardamos silencio. Creo que ambos somos conscientes de lo mucho que sobra esta disputa. Ella lo expresa antes que yo.

—Me he confundido con la casa… No sabía que flotaba, no tenía ni idea de que esto era un barco… Ni que tú eras un hombre. Pero ya está aclarado. Ahora, si me disculpas, voy a instalarme, com-pa-ñe-ro…

Recoge su maleta y desaparece.

Si tenía esperanzas en tener una conversación razonable con ella, la acabo de perder.

¿No sabía que flotaba? ¿No sabía que yo era un hombre?

Esto va de mal en peor. ¿De qué está hablando?

Capítulo 15

Ginevra

No puedo pensar con claridad, mi cabeza va a estallar. Son demasiados conceptos en poco tiempo.

El tío borde de la excavación, que ya me había aclarado Logan que se llamaba Dylan, resulta ser el mismo Dylan amigo de Alexander. Y me entero media hora antes de entrar en esta casa que flota… Y Megan no era mi compañera, sino la recepcionista.

Sí, ya está todo aclarado, pero es de locos. Claro que, es culpa mía. Debería estar más atenta. Debería haber escuchado a Alexander, o leído su correo con más atención…

El de los ojos grises es el jefe de la excavación… y mi compañero… Esa es la realidad, y debo centrarme en ella.

¿Cómo se explica eso? Sí, es casualidad, pero menuda casualidad más estúpida.

Habría preferido seguir pensando en esos ojos como un talismán, eso es lo cierto. Y también lo es que me siguen cautivando, aunque no tenga ningún sentido y me riña a mí misma por sentirlo.

Es… tan guapo…

¿Y qué importa eso ahora?

El caso es que ha venido a disculparse, pero… le ha faltado algo de humildad, su tono era arrogante, por mucho que se ha esforzado en disimularlo. No era sincero, solo le preocupaba Alexander. No le importa haberme gritado de esa forma, lo único que le importa es no quedar mal con su amigo. Si algo he entendido es que no sabía quién era yo cuando me ha descubierto deambulando por su excavación.

¡Qué embrollo!

En fin, debo instalarme. Ya lo he aclarado todo con Alexander. Kenna le habrá contado nuestra conversación y ha debido sentirse mal. Pobre, Alexander. Es tan bueno… No me extraña que Kenna lo quiera tanto.

Entro en un dormitorio que elijo al azar. El arqueólogo de ojos grises ni se ha molestado en acompañarme. Debo adivinar cuál es su dormitorio y cuál es el mío.

La primera puerta que abro es una sala que parece un despacho. Hay planos desperdigados por todas partes, se parece a la sala donde me he reunido con Logan.

Este no es mi dormitorio.

La segunda puerta me conduce a otro, pero tampoco es el mío; está claro que se trata del suyo. Hay ropa sobre la cama y libros amontonados en el suelo.

Siento curiosidad por ver las vistas que tiene. Entro sigilosamente mirando hacia atrás para comprobar que el arqueólogo estirado no me sigue.

Tal y como pensaba, las vistas son espectaculares, pero me inquietan. La extensión de agua

que se abre ante mí me recuerda que estoy flotando sobre ella y el corazón se me acelera.

—¿Te gusta lo que ves?

Me sobresalto, pero no me molesto en darme la vuelta. No quiero que vea la impresión que me ha causado ver el mar.

—Me gusta.

—Este es mi dormitorio…

—Lo he deducido, solo estaba viendo…

—No era un reproche, solo una aclaración.

—Innecesaria —le digo mientras me doy lentamente la vuelta—. Si no querías que entrara, te podías haber molestado en mostrarme la casa.

Me mira con una expresión confusa, y no puedo evitar fijarme en lo atractivo que es. Sus ojos tienen una intensidad que parece traspasarte, y su rostro tiene rasgos marcados, como si hubiera sido esculpido con cuidado. Es alto, lleva una barba de pocos días que le da un aire despreocupado, y su cabello oscuro, corto en los lados, y más espeso en la parte superior, es algo ondulado.

—¿No conoces esta casa? —Muestra sorpresa.

Se me olvida que él no sabe apenas nada de mí. No tengo ni idea de qué ha podido contarle Alexander.

—No, es la primera vez que vengo. Y no he tenido tiempo de verla, cuando tú has llegado yo llevaba pocos minutos aquí —hago una pausa y suelto aire—. Ni siquiera sabía que flotaba, solo sabía que existía una casa en Yarmouth y otra en el puerto, pero… No importa. ¡Es una larga historia! ¿Me enseñas mi dormitorio o lo busco yo?

Parece más confundido que nunca… No es de extrañar; esta conversación empeora por momentos.

Lo que está claro es que debo bajar la guardia, pero para eso necesito una ducha, dormir y… un nuevo amanecer. Eso hará que vuelva a sentirme yo. Debo recordarme que es amigo de Alexander y también un compañero de trabajo; un detalle importante que parece habérseme olvidado. La guerra que hoy tengo es conmigo misma. Nadie tiene la culpa de mis confusiones. Él ha sido muy borde conmigo en la excavación, pero ya se ha disculpado.

—Tu dormitorio está en el otro lado del pasillo, al lado del baño. Te lo mostraré todo, sígueme.

Le sigo, pero justo antes de salir del dormitorio, veo una fotografía sobre una estantería que hay colgada en una pared que me llama la atención.

Me acerco rápidamente… Muestras varias personas en actitud divertida. Me puede la curiosidad.

Hay dos hombres y una mujer, uno de ellos es Dylan… Parece reciente. La mujer…

¡No! ¡No puede ser!

Me acerco más. Es…

Es Lindsay. Es ella.

Es la chica con la que he pasado la noche en el aeropuerto de Londres. Es… la misma que entró en pánico en el avión. La que estaba destrozada porque su novio la había dejado: ¡Dylan! Ese es el nombre que pronunció tantas veces…

Todo empieza a tener sentido en mi cabeza, pero me niego a aceptarlo. Demasiado rebuscado.

Necesito calmarme. Vuelvo hacia atrás y me dirijo de nuevo a la ventana.

Solo unos pocos segundos después, escucho su voz.

—¿No querías que te mostrara tu dormitorio? —me increpa con un tono algo molesto.

—Sí, solo estaba deleitándome con estas vistas —le digo mientras intento recuperarme.

—Bien, no tengas prisa, pero desde tu dormitorio también se aprecian.

Trago saliva, suelto aire y me doy la vuelta. Debe pensar que soy un bicho raro.

Empiezo a caminar indicándole con la mano que estoy dispuesta a seguirlo. Paso por delante de la fotografía de nuevo y le echo un vistazo rápido. Es ella, maldita sea.

Es Lindsay.

Y el capullo que pretende mostrarme mi dormitorio no es solo el Dylan que me gritó en la excavación, ni el amigo de Alexander y mi compañero de casa… Es el que le envió ese cutre mensaje a Lindsay para dejarla…

Dylan Myers…

Por eso me sonaba ese apellido, y no era precisamente por el vecino de mi abuela. Creo que Lindsay lo mencionó alguna vez…

También mencionó que era historiador. Sí, lo recuerdo. Es algo que me llamó mucho la atención.

¿Cómo no he sido capaz de relacionarlo?

O quizás la pregunta más adecuada sería «¿Cómo narices iba a relacionarlo?».

Todo ha sido tan raro, tan rápido…

Todos los Dylan de los que he escuchado hablar en las últimas horas… ¡Son la misma persona!

Capítulo 16

Dylan

Me siento incómodo. Nada más salir de mi dormitorio, cuando se supone que le iba a mostrar el suyo, se ha metido otra vez en el baño y lleva en él más de veinte minutos.

Estoy teniendo mucha paciencia. Tengo mejores cosas que hacer que estar pendiente de sus movimientos.

Esta chica es muy rara.

Que si se ha confundido con otro Dylan… Que si la casa flotaba; que no sabía que era yo era un hombre…

Es que no he conseguido entender nada de lo que decía.

Primero, me recrimina que no le haya mostrado la casa, y cuando estamos a punto de hacerlo, se esconde en el baño.

¡Dios mío! Qué mujer más extraña.

Claro que, su entrada en el baño podría deberse a que se encuentra indispuesta…

En cualquier caso, creo que Alexander me ha ocultado algo, probablemente que tiene algún problema. No ha debido encontrar la manera de decírmelo sin alarmarme; ha debido esperar a que lo compruebe por mí mismo. Eso no ha sido muy considerado por su parte.

Sale del baño, por fin.

—¿Quieres que te muestre el resto de la casa? ¿Estás bien?

Me mira fijamente, hasta hace que sienta escalofríos. No es solo esa mirada suya que, desde que la vi en el aeropuerto, ha conseguido alterarme, sino otra cosa. Esta vez es como si me observara como si fuera un extraterrestre. ¿O es odio lo que veo en sus ojos?

—¿De qué parte de Inglaterra eres? —me pregunta mientras me sigue. Esa pregunta me descoloca. Alexander debería haberle hablado algo de mí… Pero, al menos, pretende mantener una conversación.

—De ninguna, soy estadounidense, de Seattle, aunque he vivido muchos años en Nueva York. Supongo que Alexander te habrá hablado algo de mí…

—No —responde secamente.

—¿No te dijo nada? Si íbamos a compartir casa…

—Seguramente sí, pero he debido olvidarlo. Soy algo despistada a veces. El viaje fue muy precipitado y apenas he tenido tiempo de hablar con él.

—Ya… En ese caso, te diré que vine a Inglaterra hace diez años, a estudiar, y aquí sigo.

—¿No has vuelto nunca a Estados Unidos?

—Sí, durante un año, pero hace seis meses que regresé a Inglaterra.

Otra vez ese maldito escalofrío cuando pienso en esa época…

Hacemos el recorrido rápidamente, pero solo yo hablo. Ella me sigue en silencio. Parece ausente, como si no me escuchara. Me siento como un vendedor de casas que está mostrando una de ellas a un posible comprador.

Le muestro el baño, que ya conoce bien, el despacho, y su dormitorio, al que apenas presta atención.

Le muestro la terraza trasera, que es un pequeño paraíso, y ni siquiera se inmuta. Quizás consiga que reaccione cuando le muestre la buhardilla, que para mí es mucho mejor.

No puedo evitar observarla. Es increíblemente guapa. Cuando Alexander me dijo que lo era, se quedó corto. Tiene una figura preciosa y su forma de vestir es muy juvenil, con un toque desenfadado, pero sabe muy bien cómo realzar su preciosa figura. Y ese cabello claro y ondulado… Tampoco está nada mal ese mechón rebelde que constantemente se coloca detrás de la oreja. Y sus ojos verdes…

Cuando bajo a la tierra, me doy cuenta de que sigue ausente, más que yo, con la mirada fija en una planta, precisamente la más fea de toda la terraza.

—Este lugar es especial —exclamo con la intención de que se produzca una conversación—. Y… ya se ha terminado el recorrido por aquí abajo. Ahora, si quieres, puedo mostrarte…

—Preciosa —me interrumpe cuando despierta de su trance—. Me voy a dar una ducha y a deshacer mi maleta. Gracias por el recorrido.

Se da la vuelta y desaparece de mi vista. Me deja allí plantado, sin más.

Ni siquiera le he podido mostrar la buhardilla. Ya la descubrirá ella solita, no pienso perder más tiempo.

¡No sé cómo va a acabar esto, pero intuyo que va a ser difícil convivir con esta mujer!

El día termina como ha empezado: mal, muy mal.

Capítulo 17

Ginevra

La terraza es preciosa. No esperaba que hubiera un elemento así en la casa. Se trata de un espacio cerrado con ventanales de madera blanca que se abren al mar y a una parte del puerto. El suelo está hecho de tablones de madera envejecida y, mientras deambulamos por ella, se escucha un pequeño crujido que me arranca una sonrisa.

¡Cómo adoro el crujir de la madera!

Sin duda, la terraza es un pequeño oasis. Está decorada con madera oscura, amplios sillones, cojines por doquier y varias mesas pequeñas de té que son una maravilla para un amante de las antigüedades. Y plantas, muchas plantas, todas ellas de las pocas que pueden resistir a un ambiente salino como este.

Hay tantos estilos combinados, que jamás hubiera pensado que podrían convivir con tanto éxito y elegancia.

Me encantaría observarlo todo con más detenimiento; el campo de la decoración es lo mío, pero… ahora me resulta imposible; me va a explotar la cabeza.

Dylan ha terminado de hacer su recorrido y yo desaparezco bruscamente de su lado. Necesito estar sola.

Sé que ha debido creer que mi actitud es algo extraña, pero él no sabe que desde que he visto la fotografía, he tenido que hacer un gran esfuerzo para disimular el nudo que se me ha hecho en el estómago y que me impedía concentrarme.

Es increíble que hayan pasado tantas cosas estas últimas veinticuatro horas y todas giren alrededor de este hombre.

La historia de Lindsay…, aquella mirada en el aeropuerto…; el desencuentro en la excavación, el encuentro que hemos tenido en la cubierta hace menos de una hora y… la fotografía.

Es el mismo hombre y no puedo encontrarle sentido a esa casualidad.

Me refugio en mi dormitorio y cierro la puerta en busca de intimidad. Observo que no hay pestillo, algo que me produce una sensación incómoda.

Consulto mi reloj y calculo la hora en la que se encuentran en Nueva York. Allí deben ser las 3 de la tarde. Puede que esté durmiendo, al fin y al cabo, a pesar de las horas de diferencia horaria, el viaje es largo, pero no puedo esperar.

Lindsay contesta al primer tono.

—¿Ginevra? Ahora estaba pensando en ti, ¿no es casualidad?

Si yo te contará lo que es casualidad…

—Hola, Lindsay, espero no molestarte. ¿En qué pensabas?

—Claro que no molestas. Acabo de mirar la fotografía que nos hicimos.

Me sorprende que hablemos con tanta familiaridad, como si nos conociéramos desde hace años.

Lo que une un vuelo y una noche en una sala de espera de aeropuerto…

—Solo quería asegurarme de que habías tenido un buen vuelo, y… saber cómo estás de ánimo.

—El vuelo ha ido bien, lo he pasado durmiendo, creo que mi cuerpo se rindió nada más despegar, y mi cabeza también. No quería pensar en lo ocurrido. Pero al llegar aquí… ¡Me he derrumbado! Estoy mal, Ginevra, no te voy a engañar, se me ha hecho un mundo pensar lo que ha pasado.

—¿Dónde has ido? ¿Estás en casa de aquella amiga que me dijiste?

—Sí, la llamé antes de embarcar y me ha ido a buscar al aeropuerto. Es una buena amiga. Buscaré un apartamento y mañana intentaré contactar con mi trabajo para ver si me readmiten, aunque lo veo complicado.

—¿Has tenido noticias de… ¿Cómo se llama? Me dijiste su nombre y apellido tantas veces, que no sé ni cómo se me ha olvidado. —Intento disimular mi manera de obtener información, aunque después de ver la foto no sé por qué tengo dudas.

—Dylan, se llama Dylan. Dylan Myers… —pronuncia con un tono despectivo que denota lo que siente—. Me produce escalofríos pronunciar su nombre.

—Lo siento, no debería haberte preguntado.

—No tengo otra cosa en la cabeza, Ginevra, no te preocupes.

—¿No has vuelto a saber de él?

—No. Ningún mensaje más, ni ninguna llamada. Con el mensaje ha sido suficiente para él, Ginevra. Ha dejado claro que se ha acabado y que hay otra tía en su vida. ¿Para qué molestarse más? Un año y medio, amiga… —me llama de ese modo y me hace sonreír—. Un año y medio de relación. Medio año planeando el viaje, y lo termina todo con un puto mensaje frío. «Estoy con otra y ya no vivo en Londres».

Esta es mi oportunidad.

—Ni siquiera te ha dicho dónde vive ahora…

—No, ni siquiera eso. Tampoco sabía que tenía intenciones de cambiar de trabajo. En la universidad parecía estar bien.

—¿Es profesor?

—Historiador.

—¿Daba clases en la universidad?

—Solo unas clases relacionadas con la arqueología; su campo principal era la investigación.

—Así que es arqueólogo…

—Hace seis meses lo llamaron de la universidad y fue cuando decidió volver a Inglaterra. Ahí fue cuando planeamos empezar una vida juntos. Él se marchó primero y yo… ¡Ya te conté la historia!

—Sí, lo recuerdo —le digo sintiéndome mal por provocar que remueva todos esos recuerdos.

Está claro que es el mismo.

—¿Cómo te ha ido tu nuevo trabajo? —me pregunta algo más tranquila, con la voz menos entrecortada que cuando hablaba de él—. Me dijiste que empezabas hoy con la decoración de un edificio, ¿no? Espero que hayas podido dormir algo.

—Sí, he dormido algo. Y… bien, muy bien, ha ido… perfecto. Es un proyecto… interesante.

Ni durante el vuelo ni en la larga noche del aeropuerto dedicamos tiempo a profundizar

sobre nuestros trabajos. No tiene sentido que ahora le hable de ello con detalles. Mucho menos, después de mi descubrimiento.

Me siento mal mintiéndole, pero es que esta situación no se puede llevar por una vía normal.

Lindsay me pide que no perdamos el contacto y bromea afirmando que algo bueno tiene que salir de ese accidentado viaje. Vuelve a agradecerme de nuevo el tiempo que le dediqué y también el haberme interesado por su estado.

Cuando cuelgo el teléfono me siento mal. He vuelto a conectar con ella y siento rechazo por el hombre que está en el barco, a pocos metros de mí.

¿Qué clase de persona termina una relación de esa manera? Yo leí el mensaje. Era tan frío…

No puedo olvidar el ataque de ansiedad que sufrió Lindsay cuando lo leyó y se dio cuenta de que no podía volar hasta Londres.

Su vida había cambiado con un triste y cobarde mensaje y todo lo que tenía lo llevaba encima, dentro de la cabina de un avión.

Es triste.

Y yo, ahora, vivo con ese hombre. Y ese hombre es mi compañero de trabajo y un amigo de Alexander.

Y no puedo dejar de pensar en lo que me produjo la primera vez que lo vi, en el aeropuerto…

¡Un momento!

Ni él ni yo hemos comentado nada de ese instante.

¿Vería él a Lindsay? ¿A mi lado? ¿Fue capaz de verla e ignorarla?

No, no sabe nada. Me guste o no es una casualidad. Lindsay corría como un rayo por los pasillos y tuve que esforzarme mucho en alcanzarla. Además, él estaba muy pendiente de abrazar a una chica que le tenía cogido el cuello como si estuviera en un columpio… Debe ser su novia, la razón por la que dejó a Lindsay.

Siento la necesidad de mirar la fotografía que nos hicimos en el aeropuerto, la misma que ella ha mencionado.

Es como si quisiera comprobar que tengo un recuerdo distorsionado y la imagen que me voy a encontrar no es la misma que he visto en el dormitorio de este hombre.

Es ella.

Pero… ¿Es que acaso lo dudaba? Solo hace prácticamente unas horas que me he despedido de Lindsay; tengo su imagen bien fresca en mi cabeza… Pero me habría gustado que no fuera la misma persona.

¡No puedo darle más vueltas a esto! ¿A dónde quiero llegar? ¿Debe importarme este tema? No, no debe. Me está afectando demasiado.

Deshago mi maleta y guardo todas mis pertenencias en el armario. Por suerte, está vacío.

Me doy una ducha y me dirijo a mi dormitorio. Solo quiero dormir.

Escucho unos golpes en la puerta y su voz, la del novio cobarde de Lindsay, al otro lado de ella.

—Ginevra, he preparado algo de cena. Si quieres puedes acompañarme… Debes tener hambre. Soy un pésimo cocinero, pero creo que he conseguido que sea comestible.

—Un momento —le digo intentando ganar tiempo. No esperaba esta propuesta.

Respiro hondo.

¿Qué puedo hacer?

Lo que le haya hecho a Lindsay es asunto suyo y solo suyo. A mí no me incumbe para nada. Lindsay me cae bien, pero solo es una desconocida. Yo aquí no pinto nada. Se trata de la vida

privada de dos personas que no conozco. No debería afectarme.

A pesar de las confusiones, todo parecía ir bien hasta que he descubierto la fotografía, y eso lo ha empeorado todo. No puedo permitirlo. No soy de meterme en la vida de nadie, igual que no soporto que se metan en la mía. Debo mantenerme al margen.

Pero… No puedo negarme que me incomoda vivir con alguien que tiene tan pocos escrúpulos y tan pocos valores. Claro que, es el amigo de Alexander, y tengo que vivir aquí durante unos meses…

—¡Ginevra! —me apremia—. ¿Vas a cenar o no?

Debo hacer un esfuerzo.

—Sí, voy en seguida— le anuncio utilizando mi voz más dulce.

Cuando me encuentro con él en el salón, está sirviendo unos sándwiches no muy apetecibles, pero tengo hambre.

Nos miramos fijamente. Él dibuja una sonrisa suave y yo le respondo con otra un poco menos suave. Me ha costado. No sé cómo actuar ni si voy a ser capaz de callarme lo que sé. Una cosa es que no sea asunto mío y otra muy distinta que me convierta en alguien muy prudente y mi impulsividad desaparezca sin más.

Me quedo de pie frente a la mesa mientras espero sus instrucciones. Está batallando con una salsa con la que pretende bañar los sándwiches y me entran ganas de reír al ver su destreza culinaria.

—¿Necesitas ayuda?

—No te dejes llevar por la imagen, este sándwich es mi especialidad —me dice volviendo a su suave sonrisa. Está intentando ser amable y tengo que seguirle la corriente.

Escucho el sonido de mi móvil vibrando en mi bolsillo.

Agradezco tener una distracción. Estaba empezando a sentirme demasiado incómoda.

Consulto el mensaje.

Ese maldito número de nuevo…

Mi nuca sufre un sudor frío…

Eres muy desconsiderada. Me haces viajar mucho.
Ahora la isla de Wight…
Estabas preciosa cuando has bajado del ferri. Hoy no nos hemos rozado, pero ha faltado poco.

Siento que las piernas me flaquean. No me lo puedo creer.

Me falta el aire.

Sé que Dylan me está observando y se ha dado cuenta de que algo no va bien, pero necesito desaparecer.

Me doy media vuelta y me refugio de nuevo en el baño.

Capítulo 18

Ginevra

Ravensholt. Así se llama el castillo que protagoniza el proyecto Eldergrove. Y ahora estoy flotando sobre él.

Flotando…

Sí, esa es la sensación que me invade después de recorrer cada estancia de la mano de Logan.

Hemos visitado la sala del trono, el lugar que se va a convertir en mi refugio durante los próximos meses. Todavía no está terminada la parte de restauración, pero ya se pueden apreciar las combinaciones de piedra original y las zonas renovadas con facilidad.

En cuanto ultimen unos detalles del techo y retiren la lona que lo cubre, podré entrar a trabajar. Cuento con un pequeño equipo de dos personas, Sarah y Arthur, que se unirán a mí para darle vida a esta sala ceremonial y así poder revivir la época de su mayor esplendor: justo al comienzo del siglo XIII, durante el reinado del Rey Juan.

—Esta será tu base de operaciones —me ha dicho Logan—. Todos los elementos están en la sala contigua, como has podido ver. Dista un poco de tu propuesta, pero así funcionan las cosas.

—Sí, me he dado cuenta.

—Tu proyecto solo era una presentación. La elección final pasa por historiadores y otros profesionales. Aun así, hay varios elementos que podrás afirmar que llevan tu firma. Se han respetado.

Soy consciente de todo ello, pero Logan ha querido animarme.

Este mundo es muy complejo y muy amplio y yo solo soy un granito de arena en un desierto, pero mi sueño era poder dar el primer paso y lo estoy haciendo.

Nunca me imaginé que podría pisar este castillo y trabajar codo a codo con todos estos profesionales.

Y… esa referencia que ha hecho a mi huella… Me ha emocionado. Logan sabe seleccionar las palabras.

Por lo que he podido comprobar, es muy respetado y querido por los equipos de decoración, incluso por otros trabajadores que se encuentran en el recinto.

Han sido cuatro horas lo que ha durado la presentación y el recorrido. He retenido todos los detalles mientras tomaba notas y he salido satisfecha.

Nos dirigimos a su despacho tras haber intercambiado impresiones sobre el recorrido, que ya hemos dado por finalizado.

—Puedes aprovechar para acabar de instalarte —me indica después de decirme que no me incorporo hasta el día siguiente, lo que significa que tengo la tarde libre.

Estoy a punto de protestar, pero decido ser prudente.

—Ya estoy instalada.

—No me queda mucho más por mostrarte en el recinto, solo unos edificios anexos al castillo, pero ahora sería complicado acceder a ellos por las excavaciones.

—Prefiero evitar las excavaciones.

Se echa a reír.

—No siempre va a ser como ayer. Es cierto que es una zona especialmente delicada y no debemos acceder, pero no significa que lo tengas prohibido. No tengas en cuenta lo que pasó ayer con Dylan.

—Ya está olvidado. Ayer se disculpó, así que no tiene importancia.

—Vaya, me alegro de escucharlo. Supongo que pudiste comprobar que solo tenía un mal día y te tocó a ti. Es algo quisquilloso con los accesos a la excavación, pero es comprensible.

—Sí, lo entiendo.

—Me alegro de que haya quedado aclarado.

—Y yo, de lo contrario, hubiera sido muy violento compartir casa con él.

—¿Compartir casa? —me pregunta sorprendido.

—Sí, los dos vivimos en una casa barco que hay en el puerto.

Me mira sopesando algo que solo él sabe. No sé por qué le ha sorprendido tanto. ¿He dicho algo que no debía?

—Pero… ayer, tuve la impresión de que no lo conocías.

—Y así era. El barco, o la casa barco, como quiera que sea más adecuado decirlo, donde vive él, es propiedad de mi cuñado, ellos son amigos. Yo sabía que iba a compartir la casa con alguien, pero como no nos conocíamos… Una casualidad.

Logan guarda silencio de nuevo. Debe estar sopesando lo que le he contado. Creo que la historia suena algo extraña y es lo que debe estar pensando.

—Así que compartís la casa. Tú… debes ser familia de Alexander, por lo que has dicho.

—Sí, ¿le conoces?

—Sí, le conozco. Es amigo de Dylan y hemos coincidido muchas veces. ¿De verdad no os conocíais? Tú y Dylan…

—No, lo vi por primera vez ayer, cuando se enfadó en la excavación, pero, como te he dicho, no sabía que era la persona con la que iba a compartir la casa.

—Es muy curioso… Es una casa muy bonita. Yo diría que es de las mejores del puerto.

—Sí, es preciosa. Veo que la conoces.

—He visitado alguna vez a Dylan.

Logan da por terminada la conversación indicándome que debe realizar unas llamadas y salgo de su despacho satisfecha.

He tenido suerte. Por lo que he podido comprobar, va a ser fácil trabajar con él.

Cuando salgo al exterior, dispuesta a dirigirme a mi coche, veo la figura de Dylan en el otro extremo del aparcamiento, conversando con alguien y cargando con unas bolsas que ha extraído del maletero.

No quiero cruzarme con él, así que me apresuro en entrar rápidamente en mi coche.

No sé por qué estoy tan alterada. Siempre que lo tengo delante, aunque sea a esta distancia, siento escalofríos. ¿Siempre va a ser así?

Mientras emprendo la marcha pienso en lo maravilloso que habría sido el comienzo en este lugar, si no fuera por… la persona con la que tengo que convivir.

Me fascina observarlo, pero me cae mal, y además no puedo apartar de mi cabeza la clase de persona que debe ser si le envió un mensaje tan cruel a su novia.

Conforme me acerco al puerto, más segura estoy de que en este lugar no voy a estar cómoda.
¡Todo no podía ser prefecto!
Vaya meses que me esperan…

Capítulo 19

Dylan

Definitivamente, esa mujer no es normal. Ayer desapareció cuando estábamos a punto de cenar y no volví a verla.

Tuve que preguntarle si se encontraba bien. Estuvo dentro del baño más de veinte minutos, otra vez. Me contestó que estaba agotada y que cenara sin ella, que tenía intenciones de irse directamente a la cama.

Por poco me vuelvo loco…

Me he levantado con un humor de perros. Por suerte, he salido antes que ella y no nos hemos cruzado.

No entiendo esos vaivenes. Tan pronto se muestra dispuesta a un trato cordial como sale corriendo y se refugia en el baño. Ayer lo hizo constantemente.

No me gusta lo que está ocurriendo. Yo vivía tan tranquilo en la casa barco y sé que eso se ha terminado.

Por suerte, mi humor ha ido mejorando. El nuevo segmento de la excavación ha quedado preparado para que el equipo empiece esta misma tarde, antes de que la falta de luz sea un problema.

Necesito un pequeño descanso. Podría refugiarme en mi despacho, pero prefiero visitar a Logan. No le he visto en toda la mañana. Aunque… si soy sincero, mis intenciones son que me proporcione información sobre Ginevra. Quiero saber qué tal está yendo su primer día. Aunque no parece ser que la convivencia vaya a ser muy fluida, me sigo sintiendo culpable por la elección de su proyecto. Antes o después tendré que hablar con Logan, de hecho, ya tendría que haberlo hecho, pero no he encontrado el momento. Tendré que darle muchas explicaciones, lo sé, pero antes o después se enterará de que vive conmigo.

Nada más entrar, compruebo que está solo, algo no muy habitual, y me dejo caer frente a él.

Me mira de un modo extraño, como si algo le preocupara, pero se mantiene en silencio.

Le hablo de mis logros durante la mañana, pero siento que no muestra interés como otras veces.

—¿Qué tal ha ido con la nueva? —le pregunto directamente.

—De momento, solo le he hecho una presentación. Veremos a ver cuando empiece.

—Alguna impresión te habrá dado…

—Me ha dado buena impresión, pero es pronto para saberlo. Parece entusiasmada… Ya te lo iré contando. ¿Como compañera de casa es buena? Me ha dicho que compartís la casa barco.

El tono irónico y las palabras que ha utilizado me dejan claro lo que le ocurre. Tendría que

haberle hablado de ello antes. Es justo lo que me temía.

—Así que ya lo sabes…

—Sí, ya lo sé, y no por ti. Ahora sé que es tu compañera en la casa y que es cuñada de Alexander…

—Sí, lo es.

—Eso me hace pensar —me indica disgustado— que tu insistencia en elegir su proyecto no es una casualidad.

—Logan…

Se levanta.

—Insististe en que seleccionáramos el de esa chica, chica que olvidaste mencionar que conocías, que era familiar de Alexander, tu gran amigo y el que, si no recuerdo mal, también ha aportado algunos fondos para la financiación de la excavación.

—Es una cantidad pequeña, simbólica. Y eso no tiene nada que ver.

—Suficiente para que tú te dejaras llevar.

—No es cierto, Logan, no es así como lo planteé… Te estás equivocando.

—¿A qué venía la escenita de ayer? ¿Qué pretendías?

—¿Qué quieres decir?

—No parecías muy amable con tu nueva compañera…

—Yo no sabía quién era ella, no la había visto en mi vida. La vi en la excavación a punto de hacer un estropicio y por eso me enfadé. No fue hasta después que me di cuenta.

—Sí, eso me ha dicho ella también, las versiones coinciden.

—¿Qué te ha dicho exactamente? ¿Qué le has dicho tú?

—Nada, Dylan, a ella no le he dicho nada, es a ti a quien tengo que decírtelo. Si ella viene bien recomendada, mejor para ella, pero no es culpa suya. Pero tuya, sí. Yo quería el proyecto de aquel chico irlandés, y tú coincidiste conmigo que era el mejor. Ese chico parecía tener un talento excepcional, que es lo que yo quiero en mi equipo, pero de la noche a la mañana me dices que has cambiado. ¿Lo recuerdas?

Como para olvidarlo. Asiento con la cabeza; no me queda otra que dejar que se desahogue, ya tendré tiempo de explicarme.

—Así no trabajamos, Dylan, nunca lo hemos hecho.

Se vuelve a sentar y se gira hacia la ventana.

—Alexander me lo pidió, sabes que siempre se ha portado bien conmigo y que me ha permitido vivir en su casa sin ninguna condición. Era muy importante para él… Me sentí comprometido.

—Me mentiste y eso es lo que más me ha dolido.

—No pretendía inmiscuirme en tu trabajo, Logan, nunca lo he hecho. Solo quise atender la petición de un amigo, sentí que se lo debía.

—Es tu amigo, Dylan, y estamos hablando de mi trabajo. Deberías haber sido sincero conmigo. Creo que yo también soy tu amigo.

—Logan, no me siento orgulloso… Lo siento.

—¿Y no pensabas decirme que vivías con ella? Claro, no querías que sacara conclusiones.

—Pensaba contártelo.

—No sé por qué estamos discutiendo. Tú eres el jefe del proyecto; a ti te asignaron, pasando por encima de mí, la elección de la mejor candidatura en decoración y… es lo que has hecho. No hay nada más que hablar. No sé por qué me quejo.

—Sabes que no se trata de eso…

—Ha sido sucio, Dylan. De eso sí se trata.

Logan sale de la sala dando un portazo, algo que me sorprende mucho; no es propio de él.

Me siento sucio, tal y como él lo ha expresado.

Tiene toda la razón, no debí mentirle. Me asignaron la elección de esa candidatura por esa manía que tiene Tavistock y el resto de los miembros de Patrimonio de centralizar responsabilidades, pero no debería haberlo hecho.

Sé que Logan se sintió herido cuando le impuse la candidatura de Ginevra…

Y al final se ha enterado de la peor manera…

Me sentí tan comprometido con Alexander… Me lo pidió tantas veces…

¿Cómo podía negarme con todo lo que él y su abuelo han hecho por mí?

¿Cómo no pensé que algo así podía suceder cuando se enterase de que Ginebra vivía en el barco?

¿Qué se supone que iba a hacer? ¿Pedirle a Ginevra que no dijera nada? ¿Prohibirle el acceso a Logan al barco? ¿Seguir mintiéndole…?

Todo sucedió tan rápido que es evidente que no calculé las consecuencias. No soporto la idea de haberle fallado así a Logan…

Necesito salir del recinto. Necesito refugiarme en el barco y estar solo.

Ahora no habrá nadie; Ginevra no debe terminar hasta las cinco.

Pero algo ha fallado, ¿cómo no?

En cuanto llego al barco, me la encuentro deambulando por la cubierta.

Capítulo 20

Ginevra

No esperaba que el arqueólogo volviera tan pronto. Tenía entendido que el horario de trabajo en el recinto es hasta las cinco de la tarde, el mismo al que yo me acogeré a partir de mañana.

—Hola —le digo en cuanto baja la escalinata.

Ni siquiera me contesta, solo me hace un gesto con la cabeza y entra en el interior del barco a toda prisa.

¿Qué le pasa?

Le sigo. Tengo curiosidad. No he podido evitar sentir un escalofrío al verlo, pero tengo que acostumbrarme.

Cuando entro, se está sirviendo un vaso de agua.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta con un tono de voz áspero y frío.

—Vivo aquí.

—Gracias por recordármelo —me dice de forma tan despectiva que me hierve la sangre.

—Es evidente que nos entusiasma a los dos por igual —le ataco.

—El turno acaba a las cinco.

—No tengo por qué contestarte, no es asunto tuyo, pero ya que parece interesarte tanto y has sido tan amable preguntándomelo… Hasta mañana no empiezo el turno completo. Logan me ha dado la tarde libre. ¿Satisfecho?

—Vaya, veo que tienes buena relación con Logan.

—¿Buena relación? Le acabo de conocer, pero desde luego sí puedo decir que es infinitamente más amable que otros que conozco más o menos desde el mismo tiempo. En cualquier caso, ¿te molesta?

—En absoluto, pero cuando hables con él, limítate a hablarle de ti, no involucres a los demás. Seguro que tienes muchas cosas que contar.

—¿De qué estás hablando?

—¿Es necesario que le digas que vives aquí, o que eres la cuñada de Alexander? ¿No crees que eso te lo podías haber ahorrado o haberlo comentado conmigo antes?

—¿Qué? ¿Es que supone algún problema?

—¿Eres de esas personas que van contando su vida con detalles a todo el mundo?

—Pero ¿qué coño estás diciendo?

—Que llegaste ayer y ya le has contado a Logan donde vives, quién es tu cuñado…

—Eso no tiene importancia, surgió el tema…

No doy crédito a lo que está diciendo. Mucho menos en el tono tan despectivo que está utilizando. Pero ¿de qué va este tío?

—Pues la próxima vez que quieras contarle algo a la gente que me incumba a mí, piénsatelo.

Háblales de tu vida, lo que quieras, hasta hartarte, pero a los demás déjanos a un lado. ¿Es mucho pedir?

—¿Se puede saber qué importancia tiene eso? ¿Es que querías ocultar que yo vivía aquí? ¿Te refieres a eso?

—Dejémoslo… No estoy de humor.

—Lo dices como si alguna vez lo hubieras estado. No es la primera vez que te comportas de esa forma tan borde, y hace apenas un día que te conozco.

—¿Tienes quejas sobre mí? ¿Tú? ¿La que no dejó de decir estupideces en toda la noche…? ¿La que en mitad de una conversación desaparecía y se refugiaba en el baño durante horas? ¿La que me dijo que no esperaba que el barco flotara o que yo fuera un hombre?

¿Yo dije eso? ¿A qué se refiere? ¿Me está dando quejas?

—¿Se puede saber de qué va todo esto? —le pregunto tan indignada que hasta tengo ganas de lanzarme a su yugular y morderla.

—Te he dicho que lo dejemos aquí… —me dice mientras me deja claro que tiene intenciones de desaparecer por el pasillo.

—No, de eso nada —Salgo a su encuentro y le sujeto del brazo—. No puedes hablarme así, acusarme de… no sé qué y largarte sin más. ¿Qué delito he cometido?

—No tenías que decirle a Logan que vives aquí, tú no. Se lo quería decir yo, a mi manera.

—¿Y eso que más da? ¿De eso se trata? ¿Esa estupidez es la que ha hecho que te pongas de ese modo?

—¿Estupidez? ¿Eso crees que es? ¿Una estupidez?

—Sí, un poco infantil, además.

—Elegí tu puñetera candidatura pasando por alto la elección de Logan. ¿Lo entiendes? Y lo hice porque Alexander me lo pidió y no quise fallarle. Y para ello tuve que mentirle a Logan, que estaba interesado en otra mucho mejor que la tuya. Y hoy se ha enterado de que vives conmigo, que eres la cuñada de Alexander y ha deducido por qué seleccioné tu proyecto. ¿Lo entiendes ahora? Yo se lo habría explicado de otro modo, pero tú te has adelantado. Ahora ya sabe la verdad: que te «recomendé» para el puesto porque eres la cuñadita de mi amigo.

El golpe que recibo en el centro del pecho es demasiado fuerte.

No puedo creerme lo que está diciendo.

Me está mirando con curiosidad y no deja de peinarse la cabeza con las manos.

Me siento en la primera silla que encuentro y le doy la espalda.

—Eso no es cierto… —lo susurro casi sin pensar, como si al decirlo en voz baja pudiera cambiar la realidad, una realidad que se me impone con demasiada rapidez y que ni por un segundo me había planteado.

Las ganas de llorar me invaden, pero no pienso hacerlo delante de este imbécil.

Me levanto lentamente.

—No lo sabía —le digo con la cabeza muy alta.

Llego a mi dormitorio y permito que mi cuerpo pierda la altivez y se haga un ovillo con la almohada.

Por fin, doy rienda suelta a mis lágrimas.

Capítulo 21

Ginevra

No sé de dónde he sacado las fuerzas para venir al trabajo, pero lo he hecho, y a estas horas puedo afirmar que he salido ilesa de la jornada, que está a punto de terminar. Pero no ha sido fácil.

Desde el primer momento en que he entrado en el recinto, he tenido la sensación de que todo el mundo me miraba, como si fuera disfrazada de oso.

Incluso mi mente, que hoy no parece que esté de mi lado, ha hecho que llegue a sentir que llevaba escrito en la frente la palabra: «favoritismo».

Sé que son imaginaciones mías. Nadie me ha dicho ni ha hecho nada que me confirme que piensan de ese modo. Ni siquiera sé cuántas personas conocen «mi trayectoria», ni «método» de selección, pero es una sensación de la que no consigo desprenderme.

Ya que el golpe parecía inevitable, habría preferido que el imbécil del arqueólogo, el arrogante de ojos grises, mi maravilloso compañero de casa y amigo de mi cuñado, hubiera esperado unos días para soltarme que estoy aquí gracias a su «recomendación»; con eso me hubiera conformado. De esa manera no habría influido tanto en mi primer día. Pero no sé de qué me sorprendo. No me puedo olvidar del mensaje que le envió a Lindsay…

¡Ese tío es un gilipollas!

No me explico que sea amigo de Alexander. Pero es mejor que deje de pensar en ello. Si el primer día de trabajo ya suele ser complicado por sí solo, mucho más cuando estoy envuelta de tantas sensaciones negativas.

¡Qué desastre!

No he estado muy acertada en toda la jornada. Parecía que no había nada que saliera bien al primer intento, como un pez fuera del agua.

Logan ha sido muy amable conmigo, pero he notado un trato distinto al de ayer, mucho más seco y hasta distante. Hoy no ha habido bromas ni ánimos, se ha ceñido a darme instrucciones; algo que ha tenido que hacer en muchas ocasiones debido a mis constantes torpezas.

—No te preocupes, Ginevra —me ha dicho en una ocasión, después de verme resoplar varias veces y, seguramente, de observar el temblor de mis manos—. Es tu primer día y necesitas familiarizarte con muchas cosas.

—Claro, es lo que estoy pensando —le he dicho intentando que viese otra actitud en mí.

—Te has incorporado a mitad de semana, así que eso también te ayudará. El fin de semana podrás descansar. Los sábados solo están reservados para algunos trabajos concretos, y pocas veces afecta a nuestro equipo.

—Sí, lo he leído en el contrato —le he dicho sintiéndome orgullosa de al menos haber prestado atención a algo.

—Este cuarto —me ha dicho refiriéndose al lugar que tanta claustrofobia me ha provocado —, contiene todos los elementos del proyecto, de tu proyecto.

Al referirse a él, me han entrado escalofríos. No he podido evitar recrear en mi mente las palabras del arqueólogo cuando me dijo que el proyecto elegido no era el que más le gustaba a Logan.

—Como te dije, no se ajusta del todo a él, pero deberás ingeniártelas con lo que hay. Necesitas hacer tu propio inventario y seleccionarlo todo según la calidad. Te advierto que muchos han vivido tiempos mejores.

Y tenía razón. Algunos son originales, pero su estado es lamentable e incluso la restauración parece una tarea imposible; otros, se han adquirido en anticuarios y subastas y no se asemejan del todo a lo que se pretendía…

—Como sabrás —me ha dicho también—, esto es una cuestión de creatividad, pero no es suficiente; es el ingenio el que te sacará de apuros. Seguro que lo haces muy bien.

Esas palabras me han subido el ánimo, pero no he conseguido centrarme en todo el día, por mucho que lo he intentado. Aun así, he conseguido poner orden en la sala de los elementos y trazar algunos esquemas de actuación, que no es poco.

—He hablado con Arthur y Thomas —me dice Sara, interrumpiendo bruscamente mis pensamientos. Me ha dado un buen susto. Llevo un buen rato sola en la sala.

Sin esperar a que le pregunte, continúa comentando el asunto de los barnices de la tarima y los tapizados que más nos preocupaban. Por suerte, las personas que ha mencionado parecen no ver problema en solucionarlo.

¡Es un alivio! No quiero inconvenientes nada más empezar.

Hay tanto trabajo…

Es tan fascinante…

No dejo de observar el trono, al que peor trato le ha dado el paso del tiempo, y las tarimas, el cofre de joyas, los espejos, los escudos, las armaduras, las telas de cortina, los tapices…

Todo me parece mágico, incluso las paredes desnudas. En otro momento, como me ha pasado en otros pequeños proyectos en los que he trabajado, me basta con cerrar los ojos para darle vida a todos los objetos de decoración. Sería capaz de recrear la escena, de ambientarla en mi cabeza y hasta sentir los sonidos propios de lo que podría haber sido un día cualquiera en el siglo XIII en este castillo, pero hoy no es el día; hoy estoy bloqueada.

Por suerte, no me he cruzado con mi querido compañero de casa en todo el día. Sé que no es lo habitual, que solo podría suceder si visito las salas comunes de descanso, o la cafetería y el restaurante que se han improvisado en un lateral del patio de armas del castillo. Sarah me ha sido tan amable que me ha traído un té caliente que me ha sentado muy bien. Ella y Arthur me han propuesto que les acompañara a la cafetería, pero he declinado la oferta.

Definitivamente, hoy no es mi día, pero la jornada está terminada y necesito salir de aquí. Quiero acercarme a Yarmouth y hacer algunas compras; no puedo seguir recurriendo a lo que contiene el frigorífico: le pertenece a mi querido arqueólogo.

Entro dentro de mi coche y consulto mis mensajes: son de Kenna y de Denzel.

Ayer por la noche llamé a Alexander para pedirle explicaciones sobre esa «recomendación». Me pidió disculpas y me dijo que solo pretendía ayudarme. No me lo contó porque temía que no aceptara trabajar en el proyecto en esas condiciones.

¿Qué puedo hacer? No me ha gustado que me lo ocultara, pero no puedo hacer nada para borrarlo. En cualquier caso, le agradezco su ayuda, aunque me hubiera gustado ser seleccionada de otra manera.

Me centro en los mensajes de Kenna. Por tercera vez, me escribe lo mucho que lamenta lo ocurrido y me confiesa que no sabía nada, que Alexander se lo ocultó. Es obvio que fue así. No solo se lo ocultó porque no habría estado de acuerdo, sino porque sabe que su mujer es incapaz de guardar un secreto: todo se le escapa.

Le contesto que no debe preocuparse. La conozco y siempre lo lleva todo al extremo. Es agotadora.

A Denzel, que se queja de que solo le envío mensajes cortos, también le contesto prometiéndole que le llamaré mañana.

Me quieren, los quiero, pero son un poco pesados.

Fin de mensajes. Al menos no he vuelto a recibir ninguno de ese maldito acosador.

Unas compras para poder subsistir, una ducha, una cena ligera, un sueño profundo… Todo eso es lo que necesito.

Y… encontrarme con el arqueólogo, es todo lo que «No» necesito.

Solo pensarlo, me estremezco.

Capítulo 22

Dylan

No he podido dormir en toda la noche. No he dejado de dar vueltas. He tenido pesadillas de todo tipo: desde caerme por un precipicio, hasta encontrarme a Lindsay en mitad de la excavación, mientras me sonreía al tiempo que extraía algo que le hacía sonreír de debajo de la tierra.

¡Menuda noche!

Solo ha faltado tener pesadillas con Ginevra… Claro que, tenerla todo el día en la cabeza ha sido algo parecido.

Ayer me dejé llevar por la rabia que sentía al haberme tenido que enfrentar a Logan y no calculé mis palabras.

Alexander me pidió que no lo comentara nunca con ella, y he tardado solo veinticuatro horas en hacerlo.

Pero… hay un matiz.

La petición de Alexander creí que se debía a que ella no se sentiría cómoda comentándolo, no a que lo desconociera. Siendo sincero, no es algo que me detuviera a pensar.

A juzgar por lo que pasó ayer, no tengo dudas de que ella lo desconocía. Puede que me equivoque, pero su reacción así me lo hizo entender.

Entonces, ¿Alexander lo hizo a sus espaldas?

¡Qué más da!

El caso es que todo ha adquirido un cariz muy incómodo. No he podido concentrarme en el trabajo y he tenido que escuchar a todo mi equipo preguntarme mil veces si me encontraba bien.

Y lo peor ha sido no poder hablar con Logan. Me ha esquivado en todo momento, y, por supuesto, no ha acudido a nuestra cita diaria en el refugio de la excavación para tomar un té ni para comentar los avances.

He decidido darle su espacio, pero no dejo de pensar en que lo he fastidiado todo.

¡Maldita sea! ¿En qué momento me interpuse en su camino y no fui claro con Alexander?

En el momento que me di cuenta de que nunca me ha pedido un favor, y él me ha ayudado mucho, especialmente el último año, el que pasé en Nueva York, aunque fuera desde la distancia.

Cuando abandono el recinto Eldergrove, recibo una llamada de Alexander.

¡Es lo que faltaba para rematar un gran día!

—¿Cómo se te ocurre decírselo a Ginevra, Dylan? —me dice en un tono poco conciliador.

No hay que ser muy listo para deducir que ha hablado con Ginevra.

—Buena pregunta —le digo expulsando aire al tiempo que batallo con mi móvil para que se sujete bien sobre el soporte del salpicadero.

—Te pedí que no lo hicieras —me reprocha manteniendo el tono distante.

—Ella no tenía ni idea, ¿verdad? —me animo a aclarar.

—¿Qué clases de pregunta es esa?

—Creí que me pediste que no lo comentara porque a ella no le gustaría, pero no sabía que no tenía ni idea. ¿Cómo me pediste algo así y se lo ocultaste?

—Porque no me hubiera dejado —Esta vez lo dice calmado—. Es tozuda y orgullosa y no hubiera entendido que eso que tanto deseaba no era tan fácil de conseguir.

—Entendí que no se sentía cómoda con el tema, no que no tuviera ni idea.

Tozuda y orgullosa… Va mejorando mi imagen de ella.

Evito decirle que solo ella tenía derecho a elegirlo, no quiero empeorar la situación, pero es eso lo que pienso.

—Pero ¿qué pasó? —me pregunta disgustado.

—¿No te lo ha contado ella?

—No, ella solo me llamó ayer por la noche para reprocharme lo que acababa de descubrir. Estaba muy enfadada, mucho.

—Le contó a Logan que vivía en el barco conmigo y que tú eras su cuñado.

—¿Y qué?

—Pues que eso le aclaró a Logan que el motivo de que yo insistiera en que el proyecto elegido fuera el de Ginevra se debía a que era mi… amiga.

—¿Qué pinta Logan en todo esto? Tendrás que explicarte mejor —me recrimina. No me gusta su tono de voz, aunque… podría llegar a entenderlo, pero hoy no me toca «ser comprensivo».

Le cuento con detalles lo sucedido y soy consciente, muy a mi pesar, de que he empleado un tono bastante cercano al reproche.

—Lo siento, Dylan, no sabía que te había puesto en un compromiso. Creí que… esa elección era cosa tuya.

—Y lo era, pero solo porque así me lo asignaron. Logan prefería otro proyecto y yo se lo impuse. Es su campo… no el mío.

Le vuelvo a contar más o menos la misma versión, aportando algún detalle nuevo, pero esta vez de una forma más calmada.

—Llegados a este punto, es mejor que lo sepa —reflexiona con cierto dramatismo—. Espero que esto no le impida disfrutar del trabajo.

Evito decirle que me importa poco si disfruta o no, que lo que espero es que haga un buen trabajo porque no me gustaría que Logan me lo recordara cada día.

—Estaba convencido de que os llevaríais bien —me comenta de nuevo en ese tono dramático del que no se ha acabado de despegar. Alexander es así, o bien parece que el mundo se le queda grande cuando se expresa, o bien parece que está totalmente bajo su dominio—. No esperaba esto.

—Alexander, esto no implica que nos llevemos mal —le animo no muy seguro de mis palabras—. Ya se arreglará.

—Si os caéis tan mal, va a ser complicado.

—¿Quién ha hablado de caerse mal? Esto no tiene nada que ver con lo sucedido.

Alexander guarda silencio. Es evidente que esa expresión la ha escuchado por boca de Ginevra. Seguro que ayer arremetió contra mí, no solo por la discusión que desencadenó el que yo le desvelara el «secreto» de su contrato, sino que, probablemente, le habló de nuestro encontronazo en la excavación y… cualquiera de los roces que hemos tenido en los escasos dos

días que hace que nos conocemos.

Me siento incómodo, como un intruso.

—Solo espero que todo se arregle —me confiesa—. Volveré a hablar con ella para que no esté tan molesta conmigo.

—Alexander, puede que lo mejor sea que ella se quede en el barco. Buscaré otro alojamiento —le planteo copiando su tono dramático. Confieso que estoy rezando para que no me dé la razón.

—¡De eso nada! Quiero que los dos estéis cómodos y confío en que lo solucionaréis. ¿Me equivoco?

—En absoluto.

Aunque la conversación con Alexander ha sido algo incómoda por momentos, me siento algo mejor.

Cuando llego a la casa, compruebo que Ginevra no se encuentra en ella.

Siento una extraña decepción que no consigo explicarme.

Capítulo 23

Ginevra

Todavía no me hago a la idea de que vivo en un barco…

He podido comprobar que es estable, que el concepto es más próximo al de una casa, que al de un barco, pero me inquieta bajar estas escalinatas y saber que voy a estar flotando.

En cualquier caso, es amplia y tiene todo lo que quiere una casa para ser cómoda y acogedora.

Solo falla el inquilino que la ocupa, pero eso no puedo remediarlo.

Ahora se encuentra tras la isla que hace de separador entre el salón y la cocina, preparando algo que lo tiene muy concentrado.

—Hola, Ginevra —me dice alzando la vista y mirándome fijamente. No sabría interpretar su tono de voz, pero su expresión es serena.

—Hola —le susurro.

Me dirijo al frigorífico y decido colocar la comida que acabo de comprar.

—¿Has hecho la compra?

Asiento con la cabeza y observo el interior del frigorífico, intentando decidir si debo hacerme mi propio hueco o consultarlo con él. Me siento incómoda…

—Creo que nos iría mejor si hiciéramos todo esto más cordial —me recrimina saliendo de la isla y colocándose frente a mí.

—¿Qué es «todo esto» y qué es para ti «cordial»? —le pregunto molesta.

Me mira fijamente. En uno de esos impulsos míos, los de la categoría «no pienso, solo actúo», me dirijo rápidamente a la salida, salgo de la casa cerrando la puerta tras de mí y vuelvo a entrar rápidamente.

—Hola, Dylan, ¿cómo estás? ¿Qué tal ha ido hoy el día? —le digo con una sonrisa tan forzada que hasta me duele la comisura de los labios—. ¿Mejor así? ¿Es esa tu definición de cordial?

—Supongo que no hace falta aclarártelo, pero me refería a algo más natural; tanta ironía sobra. —Hace una breve pausa mientras se peina el cabello con los dedos y se acomoda con una actitud muy chulesca en un sillón.

—¿Prefieres algo más de intimidad? Ratitos de té, una charla sobre trabajo, una película… ¿Te gustaría ser mi amiga, señor arqueólogo?

—Ya que antes me has preguntado cómo me ha ido el día, te contestaré; creo que es a lo único que merece la pena contestarte. Pues bien, ha sido un día de mier… un día espantoso. Y lo ha sido porque yo en esta «historia», por llamarla de alguna manera, no gano nada, más bien estoy recibiendo por todas partes y creo que hay algún disparo equivocado.

»Logan, que es mi mejor amigo, está molesto conmigo porque no le di la oportunidad de

seleccionar el proyecto, oportunidad que se merecía y le correspondía por encima de todo. Y lo hice por complacer a otro buen amigo, que me pidió un favor y no supe negarme. Y hoy me lo recrimina… Me recrimina que te lo haya dicho porque te has enfadado con él. Y ahora tú entras cabizbaja, envuelta en ese drama, y te burlas de que te plantee que deberíamos tener un trato más cordial por el bien de nuestra convivencia.

—¿Drama? ¿Cabizbaja? ¿Te parece que yo estoy montando un drama?

—Eso he dicho. Veo que al menos me estás escuchando.

—Me has contado tu día de mierda, ahora te voy a contar yo lo que tú tan amablemente has bautizado como «drama». Y no me interrumpas —le digo mientras alza las cejas en un gesto de sorpresa, supongo que por la manera en que le he dado la orden.

Espero alguna réplica, pero como no llega, me decido a hablar utilizando un tono calmado, pero que denota claramente lo nerviosa que estoy. Me viene muy bien la diferencia de alturas, él sentado y yo de pie, me da más fuerza.

—Trabajé en el proyecto Eldergrove durante muchos meses después de que Elliot, el abuelo de Alexander, me hiciera saber que existía. No sé cómo quedó el proyecto, si era una obra de arte o una porquería, pero trabajé mucho en él y di lo mejor de mí. ¿Sabes por qué lo hice? Porque era un sueño, uno que alimenté durante mucho tiempo, quizás toda mi vida.

»Soy escocesa; me crie rodeada de castillos, aunque nunca visité ninguno de ellos, pero crecí sintiendo que me abrazaban y que me esperaban. Y así surgió el sueño. Estudié arquitectura y después me especialicé en edificios históricos y en decoración de interiores históricos. Toda mi carrera en busca de… castillos. Esa es la parte más tierna de la historia —Hago una pausa y trago saliva. Tal y como le he pedido, no me interrumpe—. El proyecto, como sabrás, se paró y cuando volvió a ponerse en marcha, dos meses después, los requisitos de la candidatura eran mucho más amplios. No tenía tiempo material para diseñarlos; no podía entregarlo en el tiempo establecido, pero lo intenté. Aun así, a pesar de trabajar durante muchos días y muchas noches, no conseguí terminarlo a tiempo. Alexander me dijo que disponía de un día más porque había hablado con un buen amigo suyo y podía presentarlo fuera de plazo. Lo celebré, lo acabé y lo envié a través de Alexander. Esa, y solo esa, es toda la ayuda que yo conocía de Alexander.

»Me encontraba en Nueva York, en una aburrida conferencia, cuando recibí una llamada en la que me informaron de que me habían seleccionado a mí y a mi proyecto para ocupar la plaza de ambientación en el Eldergrove. Di saltos de alegría, hice piruetas por los pasillos y sentí que mi sueño, mi… sueño se había cumplido. Me convocaron tres días después, así que corrí todo cuanto pude para viajar hasta Londres. Me ayudó Alexander.

»Y… también me ayudó informándome de que no tenía que preocuparme por el alojamiento porque su casa de Yarmouth estaba a mi disposición. ¡Qué suerte la mía! Los nervios hicieron que no le escuchara debidamente y entendí que tenía que compartirla con una amiga suya, amiga, acabado en «a», femenino.

»Llegué a Londres y… como sabrás, en el aeropuerto te vi por primera vez. Y si lo menciono es porque más adelante me servirá para que lo entiendas, no por ningún otro motivo —Esta vez me apoyo en el borde de la mesa. Su expresión es confusa, pero sé que me escucha atentamente y no se está perdiendo detalle de mi discursito.

Mi tono de voz sigue siendo calmado, propio del que está contando una historia y quiere darle un aire de misterio.

—Cuando llegué a Yarmouth, decidí acudir rápidamente al recinto, no podía pasar más tiempo sin ver el castillo. Y allí me colé en tu preciosa excavación, y tropecé con tu valiosa carretilla, y recibí un trato humillante por tu parte, por parte de un hombre que había visto la

noche anterior en el aeropuerto. No entendía nada…

»Logan se refirió a ese imbécil con el nombre de Dylan. Lo de imbécil fue cosa mía. Y me contó que tenía un mal día y que normalmente era una preciosidad de persona…

»Cuando me marché dispuesta a alojarme en mi nueva casa, descubrí que estaba equivocada, que lo había entendido mal. Descubrí que Megan era la recepcionista del puerto, y no mi compañera, como yo había creído leer en el mail que me envió Alexander. Y luego descubro que la casa del puerto es un barco que flota sobre una plataforma, y no la casita en tierra firme que yo creía. Y no me gusta el mar. Y después llegas tú…

—El imbécil…

—Ese mismo —Hago una breve pausa, quizás el insulto me lo podría haber ahorrado—. Yo creí que venías a disculparte, pero es que eras mi compañero de casa, además del borde de la excavación y el que vi en el aeropuerto. Y eso es lo que me trastornó, lo que me impidió tener una conversación normal contigo y lo que hizo que me refugiara en el baño mil veces intentando procesar todo ese maldito lío. ¿Entiendes ahora lo del baño? Podría haber tenido una necesidad fisiológica constante de acudir a él, pero no es así. Ya que fuiste tan grosero que lo referiste… aprovecho para sacarte de dudas.

»Bonita historia, ¿verdad? Pues es mucho mejor cuando el chico borde, me suelta que Alexander le pidió que aprobara mi candidatura como un favor personal, para ayudar a la pobrecita de Ginevra a cumplir su sueño. ¡Qué majo es Alexander! Y tú muy generoso al aceptar. Esa es la única razón, la única, de que yo esté desempeñando un cargo en el castillo, porque también me dejaste claro que mi proyecto no era del agrado de Logan.

»Y hoy, cuando he entrado en el recinto, me he sentido como si fuera una atracadora, como si me colara dentro, como si me dejaran una ventana entornada para que me refugiara y no pasara frío. Y eso —pronuncio subiendo el tono—, no espero que lo entiendas, «señor arqueólogo enemigo de los dramas», solo espero que lo respetes. Voy a seguir trabajando, por supuesto, e intentaré dar lo mejor de mí, por supuesto, pero algo ha cambiado, algo se ha roto. Ya no es magia, he visto el truco y todo se ha desmoronado.

»Esa magia era importante para mí. Una vez miré hacia arriba y sentí que mi abuelo estaría orgulloso de mí, el mismo que me inspiró para ser arquitecta.

Camino en pequeños círculos y me vuelvo a apoyar de nuevo en el respaldo de una silla.

—Lo que tú llamas drama se llama estar jodida, decepcionada, un poquito rota y dolida. Ahora ya me conoces un poquito más, ahora ya sabes cuál es mi «drama» y ahora ya sabes con quién vives.

»Si quieres un «Buenos días», lo tendrás, pero no me hables de convivencia, de cordialidad ni de estupideces, de esas porque me caes mal y dudo que eso cambie algún día. Aprovecho para decirte que he empezado a buscar alojamiento, algo que te alegrará mucho. Y… solo me queda decirte «gracias». Elegiste mi candidatura, y es lo menos que puedo decirte. ¿Quieres añadir algo? ¿Alguna duda? Ya he acabado.

Guarda silencio un buen rato. Quiero desaparecer, pero espero. Se levanta despacio e intuyo que quiere hablar él también.

—Ya que lo has mencionado, yo también recuerdo haberte visto en el aeropuerto de Londres… —dice mientras se dirige al frigorífico y termina de colocar mi comida en el interior.

¿Qué hace?

¿Eso es todo lo que me va a decir?

Es la segunda vez que siento ganas de llorar con este energúmeno, y la segunda, también, que me refugio en mi dormitorio para hacerlo.

Capítulo 24

Dylan

—¡Buenos días! —le digo a Ginevra nada más verla entrar en la cocina.
—¡Buenos días! —me contesta fríamente.

Dudo entre ofrecerle o no una de las tortitas que estoy preparando. Es algo a lo que no he renunciado, a pesar de llevar muchos años en Inglaterra. Puede que no le gusten; al fin y al cabo, Logan siempre bromea con ello.

Mis dudas se despejan cuando veo su forma de actuar. Se está moviendo a toda prisa, como si dispusiera de apenas dos segundos para desayunar.

Busca en la despensa y en el frigorífico. Unta unas galletas con mermelada y, antes de servirse un té, me mira, como si quisiera pedirme permiso. Hoy lo he preparado en su honor; yo prefiero el café, pero he pensado empezar el día mejor que acabó ayer.

Alzo una mano en señal de invitación, y llena una taza de las más grandes que ha encontrado.

Me siento incómodo. Ayer, durante su discurso, entendí cómo se sentía después de haber descubierto que Alexander había obrado a su espalda. También la entendí cuando me habló de ese sueño y de cómo se había decepcionado, pero no parecía interesada en mejorar la tensión entre nosotros.

Hasta me dijo que quería marcharse…

Eso es algo que quisiera hablar con ella y no voy a esperar.

Observo que tiene intenciones de salir de la cocina. Va cargada con la taza y con las galletas que ha envuelto en una servilleta de papel.

—En cuanto a lo que mencionaste ayer sobre lo de marcharte de aquí…

—Necesito un poco de tiempo, no sufras —me interrumpe—. Ya tengo localizados varios sitios y tengo que elegir. Entiendo que es lo que más te interesa de todo lo que te dije ayer, pero no puedo correr tanto como te gustaría.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto molesto.

—Que me acabas de recordar el ridículo espantoso que hice ayer intentando explicarte esa historia. ¿En qué estaba pensando? Como si te importara algo… Claro que, no tiene que importarte. Me quedó la boca seca, sin saliva, respirando apenas para contarte algo que pudiera hacerte entender cómo me sentía y dejaras de… juzgarme o de reprocharme cosas. Pero te llamó la atención que nos hubiéramos visto en el aeropuerto y, tal y como ahora me has dejado claro, que me vas a perder de vista. ¿Y te atreves a hablarme de convivencia y cordialidad?

—También recuerdo que me dijiste que te caía mal y que te caería siempre, y que solo estabas dispuesta a darme los buenos días. ¿Me quieres decir que tú estabas pensando en cordialidad y convivencia? ¿Qué pretendías que te dijera?

—No quiero empezar el día discutiendo. Lo que más te interesaba es saber si me voy a marchar o no y ya te lo he aclarado.

—Bien, pues me alegro. Yo no pienso moverme de aquí, a menos que Alexander así lo decida; él es el dueño de la casa.

Me mira con un odio que hasta me estremece.

—Claro que, si le lloriqueas un poco, igual consigues que me eche. Ya nada me sorprendería —le suelto enfadado. Es que me saca de quicio.

—¿Sabes, arqueólogo? Pensaba que eras más listo. Creo que he sido muy generosa contigo al creerlo —Hace una pausa y adopta una expresión desafiante que hasta da miedo—. Si yo le lloriqueo a Alexander, como has sugerido, puedes tener por seguro que acabas durmiendo en la caseta de Megan, pero no me conoces de nada y voy a tranquilizarte diciéndote que no es mi estilo. A pesar de que eres un gilipollas, eres su amigo, vives aquí desde hace tiempo y tienes todo el derecho a seguir aquí. La intrusa soy yo y por eso me voy a marchar. No quiero sentirme también aquí una intrusa: me basta con hacerlo en el castillo.

El sonido de sus pasos se escucha a lo largo del pasillo.

Las tortitas acaban en el cubo de la basura y mi estómago empieza a rugir. No es por hambre, es por el vacío que me queda cada vez que discuto con ella.

Solo hace un par de días que la conozco, pero tengo la impresión de que se trata de meses, o años… Parecemos un matrimonio desgastado.

¿Era necesario que me llamara gilipollas? No es la primera vez.

Camino del recinto Eldergrove, no dejo de recrear su discurso en mi cabeza, ni el de esta mañana, ni el de anoche.

¿A qué se refería cuando dijo que se había criado en Escocia y nunca había visitado un castillo? Sé que Kenna es escocesa y que vino hace muchos años a Inglaterra a estudiar…

En Escocia debe haber más de trescientos castillos bien conservados, y hasta dos mil si hablamos de fortalezas, torres, palacios y ruinas. ¿Nunca ha visitado uno? Puede que yo lo entendiera mal.

Lo que tengo claro ahora es el motivo de sus visitas al baño. Al menos, el embrollo de malentendidos que me explicó quedó algo más despejado.

Pero no puedo dejar de pensar en que se va a marchar, o al menos con eso ha amenazado. Eso podría ser un problema. Sé que voy a tener que darle muchas explicaciones a Alexander. Incluso le voy a poner en un compromiso si considera que es ella la que debe quedarse…

Estuve a punto de interrumpirla para decirle que cuando la vi en el aeropuerto, me impactó y me dejó una sensación extraña que me duró bastante tiempo… Hasta que la volví a ver, en la excavación.

Con tanto embrollo, no había vuelto a pensar en ello, pero recuerdo aquel instante y me parece mentira que aquella mujer que tanto me impresionó en el aeropuerto, sea la misma que tantos dolores de cabeza me está trayendo.

Esos ojos verdes me van a complicar mucho la vida, lo presiento.

Esto solo acaba de empezar.

Capítulo 25

Ginevra

Antes de entrar en contacto con los desperfectos de una tarima que sirve como base de uno de los tronos, necesito hacerle unas preguntas a Logan, pero no lo he visto en la media hora que hace que he llegado.

Sigo teniendo una sensación amarga y no logro desprenderme de ella, pero me estoy esforzando por hacerlo. Siento que las miradas se siguen clavando en mí, que me observan como si estuviera fuera de lugar… Como si me acusaran de algo.

Sé que solo está en mi mente, que ni siquiera si pensaran de ese modo lo mostrarían de forma tan descarada, pero no puedo evitar tener esas malditas impresiones.

Sarah me indica que Logan está en su despacho y me dirijo hacia allí. Ayer dejamos bien organizada la jornada de hoy, pero tengo unas dudas respecto a los barnices que no puedo solventar yo sola. Ni siquiera Sarah me ha podido ayudar.

El despacho de Logan está algo alejado de la sala del trono, igual que del resto de estancias que se están decorando. Hay que atravesar dos pasillos, hacer varios giros, pasar por debajo de tres lonas que no siempre están bien fijadas y subir dos escalones que antaño sirvieron para separar la zona privada del ala de invitados. Ahora, esas antiguas divisiones apenas se distinguen entre el polvo y las telas colgantes, pero serán la segunda fase del proyecto, que según tengo entendido empezará en unos días. Deduzco que Logan tendrá que cambiar de despacho.

Conforme me acerco, distingo la silueta de alguien que se ha adelantado y ha entrado antes que yo. La puerta siempre está abierta, así que me detengo un momento a escuchar para saber si debo o no continuar mi avance.

Doy un paso con cautela y vuelvo a ocultarme tras la esquina. Desde aquí, alcanzo a ver a una mujer de espaldas que luce una coleta alta, rubia y lisa, y a Logan, también de espaldas, concentrado en algo en la pared del fondo.

No parece que estén hablando ninguno de los dos. Solo estoy a pocos metros, así que lo escucharía.

Dudo un momento y decido marcharme, pero cambio de opinión al escuchar la voz de Logan: alta y clara.

—¿Quieres algo, Rachel o vas a seguir mirándome la espalda?

—Es evidente que quiero algo, no es una visita de placer y no tengo ningún interés en tu espalda.

—Rachel… tengo mejores cosas que hacer. ¿Qué quieres?

No parece que haya mucho *feeling* entre ellos.

—Voy a ir a Londres el lunes a recoger unos conservantes en el laboratorio, y Dylan me ha pedido que te pregunte si quieres que recoja los tiradores que tenías encargados, para aprovechar el viaje.

—No están preparados todavía, así que no hace falta. ¿Por qué te envía a ti Dylan? ¿No me lo puede preguntar él?

—Pregúntaselo a él. Yo solo sigo instrucciones. Aunque, bien pensado, debe enviarme a mí porque sabe lo mucho que me gusta verte.

—¿Cómo vas a Londres? —le pregunta Logan ignorando su provocación.

—En tren. ¿Te interesa el medio de transporte que voy a utilizar?

—¿Y volverás en tren también o te irán a buscar en coche como el otro día?

—Logan, ¿tienes algún problema en que Dylan me fuera a buscar al aeropuerto la otra noche?

—Solo te he hecho una pregunta, Rachel, las conclusiones son tuyas.

—¿Qué problema tienes?

—Ahora mismo, mi problema es que me estás haciendo perder el tiempo… Si no quieres nada más…

Me siento satisfecha de saber que el arqueólogo y yo no somos los únicos que nos somos amigos en este castillo.

—Eres un… —dice la chica, pero no termina la frase.

De repente, la tal Rachel pasa por mi lado. Parece dispuesta a seguir, pero se detiene un par de segundos, los suficientes para decirme:

—¿Qué pasa? ¿Estabas escuchando? —me pregunta malhumorada y continúa su camino sin esperar respuesta.

Antes de que pueda reaccionar, aparece Logan, que ha debido escuchar lo que esa mujer me decía.

—Ginevra…

—Yo… quería hablar contigo, pero igual no es un buen momento —le confieso incómoda.

—Si lo dices por Rachel, no te preocupes, es que… no es mi mejor amiga —me dice mientras entra en su despacho—. ¿Qué ocurre? ¿Te has encontrado con algún problema?

—Sí —le digo mientras despliego un plano sobre su mesa.

Antes de explicárselo se me cruza algo por la cabeza, algo fugaz, algo que me impide empezar mi explicación con Logan y hace que él me observe atentamente.

Esa coleta alta…

Ese comentario sobre el aeropuerto y Dylan…

La otra noche…

¡Joder! Esa es la novia del arqueólogo, la que se le tiró al cuello en el aeropuerto de Londres.

Capítulo 26

Dylan

Rachel baja la escalera principal del castillo a toda prisa. Por un momento, me da la sensación de que va a rodar por los escalones.
Casi se choca conmigo.

—¡Eh! ¡Eh! —le apremio—. ¿Tienes prisa?

Un operario de restauración pasa por nuestro lado con un listón de madera de grandes dimensiones y Rachel, malhumorada, le suelta:

—Un poco más de cuidado —se queja sin motivo en un tono de voz.

El operario le lanza una mirada despectiva.

—¿Cuidado con qué? —le dice como si quisiera atravesarla con el listón.

—No pasa nada, Tatcher —intervengo yo intentando que no se cree una discusión.

—¿Qué coño te pasa? —le pregunto a Rachel molesto.

—¿Estás aquí? —me pregunta como ignorando la situación—. Pues podías haber sido tú el que le dijeras a ese estúpido de Logan lo del encargo de Londres; a mí no me vuelvas a pedir que hable con él por nada del mundo.

—Cálmate un poco, ¿quieres?

—No lo soporto.

—¿A Logan? Eso no es nada nuevo.

—Es muy borde, me habla como si fuera el dueño del mundo…

—¿Te ha pedido que le recojas los tiradores o no?

—¿Es que solo te preocupa eso? ¿No me estás escuchando?

Resoplo.

—Rachel, no me interesan los detalles de vuestras disputas.

—Somos amigos, ¿no? Es normal que te lo cuente.

—Somos amigos, sí, y él también lo es —le digo tajante en un tono casi de burla.

No es la primera vez que me tengo que enfrentar a una situación como esta. Logan también me ha dado alguna vez quejas sobre ella, pero no suele hacerlo con frecuencia, solo comentarios puntuales. Rachel, por el contrario, si no fuera porque suelo cortarla, estaría horas y horas hablando sobre ello hasta dejarme sin vida.

—Yo no me vuelvo a acercar a él, que sepas que me digas lo que me digas…

—Rachel, ya sabes lo que opino. No voy a entrar en esas disputas vuestras. Y si te digo que le des un recado, tendrás que hacerlo.

—Si hasta me ha reprochado que fueras a buscarme al aeropuerto. ¿Eso te parece bien?

—Rachel… precisamente voy a hablar con Logan y tengo prisa. Acaba de organizar el viaje del lunes —me alejo escaleras arriba y escucho, ¿cómo no?, su réplica. Ella siempre tiene que

tener la última palabra.

—Está con una chica en su despacho. Una nueva. Una que no sé quién es, pero que parece que le gusta cotillear por…

Ni siquiera me molesto en seguir escuchándola. Al decir que es una chica nueva, me viene a la cabeza Ginevra.

La voz de Rachel se ha vuelto lejana, pero no desiste de seguir hablando.

Desconozco por qué me apresuro en llegar al despacho de Logan ni qué hace que suba las escaleras de tres en tres.

Tal y como me ha indicado Rachel, la voz de Ginevra sale del interior de su despacho.

Me detengo en la esquina y agudizo el oído. Me llama la atención escuchar a Ginevra con una jerga distinta a la que yo he conocido hasta ahora. Claro que, no tendría sentido que le dijera a él que le cae mal, o que es un gilipollas, o que… Eso está reservado exclusivamente para mí.

—Si crees que el hueco puede perjudicar a la tarima, improvisaremos un relleno —le sigue diciendo a Logan antes de que este le dé instrucciones sobre lo que están comentando.

No sé si debo o no marcharme, quizás no es bueno que alguien me descubra escondido detrás de una esquina.

Espero unos pocos segundos y veo que Ginevra se despide. ¿Me voy? ¿Me espero y me cruzo con ella?

Mientras lo decido, la voz de Ginevra vuelve a llamarme la atención. Todavía tiene algo que decirle a Logan.

—Logan, yo… No sé cómo decir esto, pero tengo la necesidad de hacerlo. Yo no lo sabía, no tenía ni idea de que... —Se detiene. Presiento a qué se refiere—. No sabía que habían seleccionado mi candidatura de la forma que…

Ginevra se detiene, no parece tener intenciones de acabar la frase.

—Sé a qué te refieres, tranquila —le dice Logan en un tono muy serio, pero dispuesto a echarle una mano. Parece que Ginevra se siente muy incómoda hablando de ello.

—Yo creía que mi proyecto había cautivado a alguien y que por ese motivo estaba aquí. Entré pensando que… —Hace una pausa—. Lo siento, no creo que deba hablarte más de esto. Solo quería aclararte que me he enterado hace un par de días.

—¿Quién te lo dijo?

—Eso no importa, Logan. Yo solo quería aclararte que no lo sabía, que yo no lo pedí, ni estaba al corriente. Tenía un concepto distinto del proceso que tuvo mi proyecto.

—Lo mejor que puedes hacer es seguir trabajando y aparcar todo eso. Te agradezco que hayas sido sincera, pero el mejor sitio en el que puedes demostrar lo que vales es dentro de esas salas. Si te sirve de algo… ¡Bienvenida, de nuevo! Y ahora… a trabajar, señorita Mackenzie.

—Gracias —escucho decir a Ginevra antes de que se produzca un silencio.

Afectado por lo que he escuchado, me encuentro cara a cara con Ginebra.

Se debe haber dado cuenta de que he podido escuchar su conversación: mi posición no deja dudas.

—Señor Myers… —me dice sin detenerse.

—Señorita Mackenzie… —le sigo la corriente. No sé si es un comentario irónico o su forma de decirme que todavía va a marcar más distancia entre nosotros; más de la que ya hay.

Logan aparece frente a mí. Me mira sin expresión ninguna, como si su rostro se hubiera congelado.

—¿Llevas mucho rato escondido en esa esquina? —me pregunta cruzándose de brazos.

Por un momento, siento ganas de reír, me siento como un alumno travieso al que su profesor ha sorprendido en medio de una travesura.

—Esperando en esta esquina, llevo unos minutos… Escondido, ninguno.

—¿Ella no sabía nada? Es algo confusa esta historia.

—Cuando quieras te la cuento.

Se da la vuelta y me quedo con el sabor amargo de saber que sigue dispuesto a mantener la distancia.

Vuelve poco después, con su abrigo en la mano.

—¿Querías algo? Voy a tomarme un descanso y un café.

—Quería decirte que te tomaras un descanso y un café conmigo.

—Pues vamos a ello —me dice mientras vuelvo para cerrar la puerta, incluso utiliza la llave.

—No quiero más curiosos…

—Haces bien.

—No te emociones, sigo cabreado contigo, pero también quiero que me cuentes esa historia…, señor Myers —me dice con una media sonrisa de lo más cínica.

Expulso aire sintiendo alivio. No me gustaba nada esta situación con Logan. Sé que era cuestión de días, pero estar rodeado de tanta tensión me estaba empezado a afectar demasiado.

Capítulo 27

Ginevra

—Esa modificación la he hablado esta mañana con Logan —le replico a Arthur, el encargado de modificar la tarima, intentando convencerlo.

—Pero no está autorizada, Ginevra, así que no puedo tocarla. Pide la firma y ven a buscarme, estaré en el patio. Mientras, no la toco.

—Pero… Logan no está —intento protestar, pero veo que no va a servir de nada. Arthur ya se ha marchado.

—Así funciona todo, Ginevra —me aclara Sarah que está arrodillada sobre una bobina de tela. ¿Me ayudas?

Me acerco a ella y lo sujeto por un extremo para que pueda desprender el envoltorio y pueda hacerlo rodar.

—Esto supone un problema. James me ha dicho que el barniz está preparado, si le digo que no puede usarlo…

—¿Cuál es el problema? —me dice mirándome desde abajo con esa cara de ratita de biblioteca que tanta gracia me hace.

—Te lo acabo de contar.

—Si no está Logan, ve a buscar a Myers. Tardarás unos cuantos minutos.

—¿A Myers?

—Sí, en la excavación, él te lo firmará. Si no está uno, firma el otro.

—¿Estás segura?

Sarah me mira confundida.

—Llevo unos cuantos meses aquí, Ginevra… ¿Dónde está el problema? Si no tuviera prisa por cortar los tres velos, iría yo misma…

—No, claro que no, ya voy yo… Dime cómo acceder más rápido —le pido temiendo volver a meterme donde no debo.

Tardo poco en llegar, siguiendo las instrucciones de Sarah, accediendo por la parte trasera del castillo. Continúo por los diferentes pasillos que un miembro de la expedición de arqueología me indica, y desemboco en una amplia sala cubierta por una gran carpa blanca.

Me gusta este lugar. Aunque se parece a la sala que utilizamos en el castillo para las reuniones, es mucho más luminosa.

No hay nadie, lo que significa que el arqueólogo no va a poder ayudarme. Incluso siento alivio; no me apetece tratar con él, pero, por otro lado, no voy a poder avanzar sin esa dichosa firma.

¿Por qué tiene que firmar él? ¿Es que no hay ningún jefe en este proyecto? Seguramente no

estén permanentemente en el recinto.

Una voz familiar me llama la atención. Descubro una puerta abierta de cuyo interior procede la voz del arqueólogo. Aunque me anima la idea, conforme me acerco, deduzco que debe estar reunido con alguien por lo que mi firma se va a hacer esperar.

Se mueve de izquierda a derecha detrás de una mesa rectangular mientras sostiene su móvil en la mano.

Me descubre y se detiene, pero reanuda la conversación y me indica con la mano que espere.

Lo hago. Me quedo plantada delante de él y siento que me estoy poniendo nerviosa.

Lo observo.

Es condenadamente guapo y atractivo.

Mi cuerpo reacciona y me enfado con él. Le riño en silencio. «¿Qué haces?». «¿Por qué sientes estos escalofríos?» «Sí, es guapo, podría pasar horas observándolo sin cansarme, pero es un tío bode y arrogante, y desde que he llegado solo me ha dado disgustos». Me digo a mí misma, pero mi cuerpo parece ignorarme.

Logan también es muy atractivo, pero no produce estas sensaciones en mí.

Será que sus ojos me impactaron aquel día en el aeropuerto y por eso mi cerebro reacciona de forma que…

«Cállate, Ginevra», me digo consciente de las estupideces que estoy diciendo.

La conversación no se termina. Decido colocar el documento sobre la mesa y le hago una señal con la mano para que lo firme.

Me mira, mira el documento, y me vuelve a pedir que espere; esta vez indica la silla que tengo justo a mi lado.

No, no pienso sentarme, quiero que sea consciente de que solo necesito dos segundos de su tiempo.

Está hablando de las dimensiones de algo que no entiendo y cada dos segundos propone algo diferente. La conversación da vueltas y vueltas sobre unos seis centímetros de algo que parece ser un conflicto de… lo que sea.

Seis centímetros… Casi lo que yo necesito que alcen la tarima. Si no me lo preparan hoy, no lo barnizarán, y eso supone para mí una tragedia. Yo llevo un ritmo distinto; he conseguido despertar de mi trance hoy; no puedo volver atrás.

Sigue hablando…

Estoy desesperada.

Por un momento, he pensado que está alargando la conversación para fastidiarme.

Me entretengo en observar su escritorio. Contiene dos pilas de documentos. Cada una debe contener al menos quinientas hojas de papel, sueltas, sin protección. Y están tan bien alineadas… Tal y como he comprobado en la casa, es ordenado y meticuloso.

En este momento, entra un hombre joven cargado con una escalera de pocos peldaños en el hombro, mientras sujeta una bobina pequeña de plástico con la mano.

El arqueólogo se gira y le sonríe al tiempo que le indica donde depositar la escalera y continúa con su conversación, que parece que se está tornando más acalorada. Con quien quiera que hable no parece estar de acuerdo.

Al manipular la escalera y pasarla a posición vertical, uno de los pies de los largueros arrastra una de las pilas de documentos y todos acaban desperdigados en el suelo.

Yo emito un pequeño gemido, pero el operario ignora la situación y sale de la sala con total impunidad.

Miro al arqueólogo y veo que está tan anonadado como yo.

—¡Eh! Simon —le grita—. Pero el tal Simon ya debe estar en la torre más alta del castillo.

Cuelga el teléfono, prometiéndole a quien quiera que haya al otro lado que le llamará en breve, y se acerca al estropicio.

Yo me arrodillo e intento recoger los documentos, pero él me lo impide.

—Déjalo —me ordena con frialdad.

—Yo no he sido —le aclaro. No sé qué parte de la escena ha presenciado, pero no estoy dispuesta a asumir la torpeza de Simon.

—Ya lo sé —me dice malhumorado mientras apoya las manos en el escritorio y resopla.

—¿Te ayudo?

Niega con la cabeza y clava una rodilla en el suelo, dispuesto a recoger los documentos.

—Logan no está y necesito que me firmes esto.

Me ignora. En este momento entra la mujer que discutía con Logan esta mañana, Rachel, creo que se llamaba, la que me ha acusado de escuchar su conversación, la que iba a ir a Londres. Su novia. La que se columpió en su cuello en el aeropuerto.

—Hola—me dice regalándome una sonrisa que no me espero, mucho menos después de la manera en que me ha hablado esta mañana—. ¿Qué ha pasado aquí?

El arqueólogo no le contesta. Ella me mira y se encoge de hombros. Después se arrodilla a ayudarle.

Me siento invisible y pequeñita.

—Sé que estás ocupado, pero necesito tu firma. —Mi tono es casi suplicante, más de lo que me habría gustado que lo fuera.

—Ginevra, después te atiendo… Vuelve después, ahora no puedo. ¿No ves lo que tengo entre manos?

—Es que es urgente…

—Seguro que no tanto como recuperar tres horas de trabajo.

Su tono ha sido suave, casi en forma de lamento, pero de nada me sirve si lo que me está diciendo es que me marche.

Rachel me mira y me muestra una mueca de resignación que no comprendo.

Salgo de la sala con ganas de hacerle tragar cada uno de esos documentos. Los quinientos. Uno a uno. Enteros. Y a su novia también, aunque me haya sonreído.

Cuando entro en la sala del trono, lo hago en forma de huracán.

—Nada. No tengo firma. Ya me puedo olvidar de la tarima —le suelto enfadada a Sarah—. No tiene tiempo para firmarme… Me ha dicho que vuelva más tarde, ¿te lo puedes…?

Me detengo cuando descubro a un hombre que no conozco a su lado.

—Ginevra, este es el señor Tavistock, de Patrimonio —me dice ella con tranquilidad.

—Hola —le tiendo la mano—. Ginevra Mackenzie, encantada de conocerlo.

—Encantado de conocerla, señorita Mackenzie. Usted debe ser la arquitecta que se ha incorporado hace pocos días. Sarah me estaba explicando en qué están trabajando.

Busco la mirada de Sarah para poder entender qué clase de situación es esta; no sé qué debo hacer ni decir. No sé quién es ese hombre.

—Creo que tiene algún problema, por lo que ha mencionado al entrar.

—Solo es una autorización para modificar una tarima.

Sarah le pone al corriente del problema con la tarima y el barnizado, y la ausencia de Logan.

—¿El señor Myers no le ha autorizado? ¡Qué contratiempo!

—Es que ha sufrido un accidente con unos documentos y me ha pedido que vuelva más tarde, pero…

—Yo puedo autorizarle, no se preocupe. Muéstreme sobre plano los cambios que desea hacer.

Los siguientes minutos se los dedico a Tavistock, y él a mí. Me ha acompañado a hablar con Arthur y con James para dejar solucionado el asunto del alza de la tarima y el barnizado. Ninguno ha protestado y se han puesto manos a la obra de inmediato.

Mientras observamos cómo mis compañeros se coordinan, Tavistock aprovecha para explicarme su labor en el proyecto. Me ha contado que representa a Patrimonio Histórico, la entidad con más poder de decisión en Eldergrove, ya que su departamento ha asegurado una parte importante de la financiación.

Me proporciona también otros detalles que ya conozco, pero finjo escucharle con atención. Ya conozco el organigrama financiero del proyecto y también todas las entidades públicas y privadas que participan en él. También sé quién me contrató y quién saca más beneficios de este proyecto, pero no se lo digo porque parece muy interesado en contarme esta historia.

—Controlamos hasta los detalles más mínimos —dice con una sonrisa irónica— y por ello me verás con frecuencia por aquí.

Cuando termina, se acerca a la tarima. Arthur está incómodo, es evidente.

Tavistock la observa con atención y le sonríe.

Se despide de mí y desaparece.

—La tendrás en unos minutos… Ya tienes lo que quieres.

Esas palabras están cargadas de reproche y me refugio en Sarah, que me aclara que Tavistock no es muy popular, al menos en el buen sentido.

—Nosotros no solemos tener muchos problemas. Logan sabe llevarlo bien, pero en la excavación están un poco hartos. Incluso lo he escuchado discutir con el constructor que dirige las obras del castillo infinidad de veces.

—¿Por qué Arthur se ha enfadado conmigo?

—Porque cree que has recurrido a Tavistock para obligarle a hacer la tarima hoy. Antes de que llegaras, me ha dicho que hoy no pensaba hacerla, que estabas tardando mucho en conseguir la autorización.

—El arque… —Me detengo, no es forma de llamarlo—. Myers no me ha querido firmar.

Le explico lo ocurrido con detalles y Sarah se echa a reír. También me tranquiliza con respecto a Arthur.

Dos horas después, tras recibir la tarima modificada y barnizada, sonrío satisfecha por primera vez en… mucho tiempo.

Mañana podré seguir mi trabajo y espero que el día sea algo menos accidentado.

Cuando me dirijo a mi coche, me encuentro a mi compañero de casa, que se acerca a toda prisa hacia mí. No parece de buen humor. Ha debido tener que emplear mucho tiempo en esos documentos.

—Espero que sea la última vez que hablas con Tavistock de algo que tenga que ver conmigo —me reprocha de muy mal humor.

—¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

—¿No podías esperar? Lo primero que ha hecho es venir a restregarme que él se ha ocupado

de solucionar un problema que yo he ignorado. «Uno importante», ha dicho. Claro, debía ser muy importante, aunque no sé de qué se trataba.

—Necesitaba tu firma para…

—No me interesa ya, Ginevra. Ahora me da igual qué necesitabas. Si Logan no está y yo no puedo atenderte, te esperas.

—Sí podías atenderme.

—Tenía que encargarme de darle orden a unos documentos que he tardado horas en clasificar.

—La firma te hubiera llevado dos minutos, quizás menos.

—Las firmas se realizan después de comprobar los cambios o lo que sea que estuvieras pidiendo que te aprobara. No se estampa una firma sin más.

—Pues no lo sabía, pensaba que con explicitártelo era suficiente, es algo que ya había comentado con Logan.

—Pues haber esperado a Logan.

—Logan no ha venido en toda la tarde y necesitaba esa firma para que un compañero terminara un trabajo que necesito urgente. No solo tú has pasado horas trabajando en algo.

—¿Y por eso vas a buscar a Tavistock?

—Yo no he ido a buscarlo, me lo he encontrado allí y se ha ofrecido.

—Para eso tendrías que haberle contado qué estaba pasando, o es que además de ser un imbécil empedernido es adivino.

—No pienso seguir discutiendo contigo… Haberme atendido, no te costaba nada.

—¿Crees que puedes actuar de esa forma? Has entrado aquí con una recomendación, pero tu puesto no está asegurado.

—¿Y no lo está porque he hablado con Tavistock? ¿Vas a dar quejas sobre mí?

—No necesito dar quejas, Ginevra. Necesito dos segundos para que abandones el recinto y no vuelvas más; no tengo que dar explicaciones a nadie.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿Tú puedes despedirme?

—No sé en qué mundo vives… ¿Crees que porque eres familia de mi amigo te lo voy a tolerar todo?

—Pero ¿de qué hablas? ¿Tolerarme? ¿A eso te refieres, a darle quejas a Logan? Pues hazlo, ya le explicaré lo que ha ocurrido. Él es mi jefe, a ti no tengo que darte explicaciones. Si he acudido a ti es porque Logan estaba fuera y me han dicho que en esos casos tú puedes firmar una autorización.

—Y así es, Ginevra, te han informado muy bien. Pero lo que creo que aún no tienes claro es que si yo puedo firmar es porque soy el coordinador y director del proyecto Eldergrove, de todo el proyecto, además de dirigir la excavación. Logan es tu jefe, y yo soy el jefe de Logan. ¿Lo entiendes ahora?

Empiezo a sentir frío en la nuca y siento que me van a flaquear las piernas.

No puede ser verdad lo que está diciendo.

Lo miro horrorizada y me meto en mi coche. Por suerte, permanece quieto y callado.

Abandono el recinto a toda prisa con una sola idea en la cabeza: hacer las gestiones para largarme del barco. No pienso vivir con el jefe de todo, el jefe supremo.

Capítulo 28

Ginevra

Cuando paso por delante de la caseta de Megan, me hace una señal con la mano para que me acerque.

—Buenas tardes, señora Tulliver.

—Llámeme Megan, señorita Mackenzie.

—Llámeme Ginevra, Megan. Y tutéame, por favor.

—Lo mismo le pido… Te pido —sonríe de una forma cercana—. No es lo habitual, pero alguien ha llamado preguntando por ti. Quería saber si te encontrabas en el barco. Al parecer no podía localizarte.

—¿Quién? ¿Han llamado aquí?

—Sí, pero, por supuesto, le he dicho que no estaba autorizada a proporcionarle ningún tipo de información. Este lugar es una urbanización privada y, como sabes, cuenta con muchas medidas de seguridad.

Estoy desconcertada. Miro mi móvil en busca de una explicación. Hoy solo he recibido un mensaje de Kenna y otro de Alexander, pero ya les he respondido.

—¿Era un hombre o una mujer? ¿Qué ha dicho? No le encuentro sentido…

—Era una voz masculina.

—¿Puedes decirme el número del que han llamado? ¿Queda registrado?

Megan me observa con curiosidad, ha debido notar mi preocupación, una que no puedo ocultar.

—Puedo intentarlo… ¿Ocurre algo, señorita Mac… Ginevra?

—No… es que… me sorprende. Quien quiera ponerse en contacto conmigo, me llamaría a mí. ¿No ha dejado un nombre?

—No, ha sido una conversación breve. En cuanto le he dicho que no podía darle información de ningún tipo, ha colgado. He sentido el deber de informarte.

—¿Solo quería saber si estaba en el barco?

—Esa ha sido su pregunta.

Megan consulta algo en la pantalla de su teléfono.

—Si te sirve de algo… —me dice mostrándome el número—. Pero no es un número habitual.

Como siempre, se trata de una cifra muy larga, con un prefijo que me resulta desconocido.

—Gracias, Megan —le digo sonriente—. Ya se resolverá el enigma.

Me alejo de la caseta muy nerviosa. Siento un nudo en el estómago que cada vez se hace más intenso.

Reproduzco la conversación con Megan y la sensación de que algo no va bien se va haciendo más intensa.

Mientras recorro la pasarela que conduce hasta el barco, observo como el cielo se empieza a teñir de rojo. Es un color que me produce escalofríos, especialmente cuando se refleja en el agua.

A mi alrededor, el puerto se va quedando en silencio. Solo se escuchan algunos ecos y voces lejanas, y el golpeteo del agua sobre las rocas del otro lado del puerto, donde acaban las casas barco.

Doy un salto cuando escucho el chillido agudo de una gaviota, y soy consciente de que estoy excesivamente nerviosa.

Cuando finalmente llego a la cubierta, miro de nuevo a mi alrededor. Siento que me observan por todas partes; uno de ellos, debe ser ese hombre, el de los malditos mensajes. Sé que ha sido él el que se ha puesto en contacto con Megan y que lo que pretendía era justo lo que ha conseguido: atemorizarme.

Antes de entrar, miro la fachada de la casa. Sigo admirando la plataforma sobre la que está construida.

¡Un momento!

En la parte alta, donde el tejado hace aguas, hay una pequeña ventana. Sin duda, se trata de una buhardilla.

¿Por dónde se accede?

¿Por qué el arqueólogo no me habló de ella cuando me mostró la casa?

Para el caso que le estaba haciendo…

Igual hasta me habló de ella y no le escuché.

No tengo remedio, una vez más me ha pasado.

Entro rápidamente y me dedico a buscar algo que me indique cómo subir a esa bohardilla. ¿Y si está sellada?

El sonido de otro mensaje hace que desista en mi búsqueda. Presiento que algo no va bien.

Otra vez un número de esos…

Dudo si debo o no leer el mensaje.

Me armo de valor y lo hago.

Ya estás en casa… como a mí me gusta.
Así puedo observarte mejor.
Buenas noches, Ginevra.

Esta vez es diferente, esta vez el miedo se apodera de mí. Corro hacia el baño y vacío el contenido de mi estómago.

Estoy realmente asustada. Los mensajes no se limitan a Manchester, a mi entorno de trabajo, o a mi apartamento…

Han llegado hasta la isla…

Y me siento sola, muy sola.

Me encierro en mi dormitorio y llamo a Denzel. Necesito hablar con él. Necesito a mi amigo.

Capítulo 29

Dylan

La mejor compañía que puedo tener hoy no es a través del teléfono, mucho menos de Alexander, pero ya que Logan ha acudido a uno de los anticuarios de Ryde, a más de una hora en coche, tendré que conformarme.

Prefiero hablar con él a seguir pensando en la actitud de Ginevra cuando me ha desafiado y le he recordado que podía despedirla. ¿En qué mundo vive esta chica?

Necesito distraerme, pero…

No es que no me guste hablar con Alexander, pero tal y como están las cosas no sé con qué puede sorprenderme y hoy necesito un poco de paz. Aun así, decido atender su llamada.

Durante unos minutos, que he aprovechado para desviarme hacia Yarmouth y dirigirme a uno de mis pubs favoritos, Alexander me ha explicado anécdotas relacionadas con Kenna y su trabajo, incluso con un antiguo amigo de la universidad. Pero, como era de suponer, el tema «Ginevra» ha salido a relucir.

—¿Cómo van las cosas con mi cuñada?

Me resulta incómodo hablar de ese tema porque desconozco qué tipo de conversaciones ha tenido con ella y qué ha podido contarle Ginevra.

—¿Te ha dado alguna queja? —No era mi intención ser tan directo, pero no se me ocurre otra manera de dejar de dar vueltas.

—No, en absoluto. No he vuelto a hablar con ella, solo he intercambiado algún mensaje. Sé que está bien, al menos es lo que dice. A Kenna también, aunque con ella habla más, pero tampoco da muchos detalles. Aún debe estar enfadada, hay que darle su tiempo. Ginevra es…

—¿Cómo es? —le pregunto cuando deja la frase a medias. Reconozco que siento curiosidad.

—Es sencilla, pero muy compleja al mismo tiempo. Tan pronto sabes lo que está pensando, cómo ni en un millón de intentos lo acertarías. Sé que no debí ocultárselo, ahora me arrepiento. Pero creí que era una buena oportunidad para ella, que siempre sueña con esos proyectos. Mi abuelo le tiene un cariño especial.

—¿Elliot? ¿A qué se debe?

—Mi abuelo y su abuelo eran grandes amigos. Incluso estuvieron trabajando un tiempo juntos. También era arquitecto. Cuando murió, mi abuelo continuó su amistad con su mujer, con Giovanna, la abuela de Ginevra. Son buenos amigos, de ahí que yo conociera a Kenna.

Me viene a la cabeza cuando Ginevra mencionó que su abuelo estaría orgulloso de ella.

Vaya, ahora no puedo dejar que Alexander se detenga. Siento la necesidad de saber más de ella.

—Bonita historia.

—Somos una pequeña familia. Me siento mal por lo ocurrido y me tranquilizaría que ella, a pesar de haber descubierto que obré a sus espaldas, está disfrutando de su trabajo. Ha pasado unos meses algo decaída y… quisiera que esto la animara.

—¿Qué le ocurrió?

—Asuntos amorosos. Se llevó una desilusión.

Me habría encantado que aportara más detalles, pero entiendo que no lo va a hacer: no es oportuno. Claro que, conozco bien a Alexander y todavía puedo exprimirlo un poco; con mucha sutileza, eso sí.

—Por lo que yo sé, está bien, Alexander. Logan me ha dicho hoy mismo que está muy entusiasmada y parece estar cómoda. Si hubiera algún problema, te lo contaré.

No me siento cómodo. Si fuera honesto, tendría que contarle una larga lista de enfrentamientos que hemos tenido, pero no lo voy a hacer.

—Eso me tranquiliza, Dylan.

—Alexander, no quiero engañarte. En el trabajo parece que está bien, pero no es que seamos muy buenos amigos fuera de él. Nos limitamos a compartir espacio. Ya sabes que se creó un poco de tensión entre nosotros, pero sé que poco a poco lo iremos solucionando. Acabaremos teniendo muy buena relación.

Se me atragantan las palabras. Sé que no va a ser así, pero Ginevra solo va a trabajar unos pocos meses en Eldergrove, así que no hay necesidad de no hacer feliz a Alexander.

—Espero que haya superado ese desengaño amoroso; no quisiera haber contribuido a empeorar su estado de ánimo —le planteo sin mucha confianza de que eso funcione y le haga hablar más.

—No, claro que no. Un clásico. Lo encontró en la cama con otra. Pero llevaban un año saliendo y fue duro para ella.

—¿A eso lo llamas tú un clásico?

Alexander se echa a reír.

—Puede que haya exagerado… Esto… espero que no comentes nada, quizás no debería habértelo dicho.

—No, Alexander, no soy tan bruto. Pero eso me ayuda a conocerla más. Seguro que algún día hasta ella me lo cuenta.

—No, no cuentes con eso. Es muy reservada para esas cosas.

Le preguntaría mil cosas más, pero creo que esta conversación debe terminar. He notado que Alexander se ha arrepentido de haberme confiado esa parte de la vida de Ginevra y se siente incómodo. No quiero que se prolongue.

Me dedico a bromear un rato más sobre temas relacionados con las aventuras amorosas que tuvimos en la universidad y consigo que se olvide.

—Cuídala, Dylan, te lo pido. Solo será un tiempo.

—Me parece el tipo de persona que sabe cuidarse muy bien solita.

—Sí, pero…

—¿Ocurre algo?

—No, solo cuídala, por favor.

Conozco a Alexander y sé cuando oculta algo. Sé que no me lo está contando todo, pero también sé que no le voy a sacar nada más.

Nos despedimos y salgo del pub dispuesto a volver a casa. Sigo enfadado con ella por lo que he tenido que aguantar por parte de Tavistock, pero no me queda más remedio que intentar poner

un poco de paz.

¿Así que encontró a su novio en la cama con otra mujer?

Capítulo 30

Ginevra

Denzel ha escuchado mi historia atentamente. Le he contado con detalles todo lo ocurrido desde que salí de Nueva York, incluso la historia de Lindsay.

Después de hora y media hablando sin parar, creo que no me he dejado detalles.

Él me ha interrumpido poco, solo para soltar algún sonido que dejaba clara su sorpresa o para hacerme alguna pregunta porque no le había quedado claro algún punto.

Necesitaba desahogarme con él, compartir todo lo que me estaba pesando durante estos días. Con Kenna no he podido hacerlo, me resulta complicado hablarle del arqueólogo. No puedo olvidar que es el amigo de Alexander, ni tampoco que tiene por costumbre contárselo todo a su marido. No quiero conflictos, ni preguntas, ni nada que me haga sentir más incómoda aún.

—Si te soy sincero, conocía la parte de esa recomendación.

—¿Qué?

—No, Ginevra, no me refiero a que yo estuviera al corriente, sino a que tu hermana me llamó y me lo contó. Quería saber si me lo habías contado y cómo estabas en ese sentido, algo que, por cierto, me molestó tener que saber por ella.

—¿Es que todavía no has deducido que no he tenido tiempo apenas para nada? Entre adaptarme al trabajo, pelearme con mi compañero y darle trescientos millones de vueltas a las cosas… Te dije que te llamaría.

—Eso fue hace dos días.

—¿Es todo lo que voy a obtener de ti? ¿Reproches?

—No, no seas tonta, claro que no. Me parece que han sido días muy intensos y que el amigo de Alexander, o sea… ¿Dylan? Ha aparecido en tu vida de una forma un poco accidentada. ¿Estás segura de que era el mismo del aeropuerto?

—Claro. Él mismo lo comentó.

—¿Y estás segura de que era el novio que dejó a esa chica del avión?

—El mismo. Ya te he dicho que hasta tiene una foto de ella en su dormitorio.

—¿Y por qué te llamó la atención en el aeropuerto?

—Me miró, era guapo… Tenía unos ojos preciosos…

—¿No sería que estaba mirando a esa chica del avión? Has dicho que no la esperaba. ¿Y si la vio y se quedó en shock?

—No, no pudo verla, estoy segura… Lindsay pasó muy rápido, lo he pensado muchas veces. Él estaba con su novia, concentrado en ello. No fue hasta después, que me miró. Y Lindsay ya estaba lejos.

—Pues ya sabes que no puedes enamorarte de él, que juega sucio.

—¿Enamorarme? Joder, Denzel, ¿eso es todo lo que se te ocurre? Te estoy contando la

historia más estúpida del mundo, con todas esas casualidades raras y tú me dices que no me enamore… ¿No has escuchado la parte en que te he dicho que me cae mal? ¿La parte en la que te he dicho que era un gilipollas, un arrogante y además el puto jefe supremo del proyecto?

—¡Eh! Solo bromeaba. Creo que es mejor que te busques otro alojamiento. No creo que mejore tal y como me lo has pintado. Y… mientras, no metas la pata. Si él es el jefe, es el jefe. Ahora ya lo sabes, así que no le provoques.

—¿Cómo es posible que yo no supiera que era el jefe del proyecto Eldergrove? —Reflexiono en voz alta—. Empiezo a preocuparme seriamente, Denzel. ¿Me lo explicó Logan y no me di cuenta? ¿No le escuché? ¿Alexander lo mencionó alguna vez? ¿Me lo dijo cuando le llamé enfadada por el tema de la recomendación? Si es así, juro que no lo recuerdo…

—¿Por qué no me sorprende? A veces, te evades en tu mundo, Ginevra, y no escuchas.

—Hasta donde yo sabía —continúo con mi reflexión, ignorando su comentario, ese que tantas veces he escuchado de él y de mi hermana—, el señor Dylan Myers era el jefe de la excavación, o de la expedición arqueológica, como también he escuchado llamarla. Y Logan el de mi departamento. Sé que hay otros superiores como arquitectos y constructores en las obras del castillo, pero Logan me dejó claro que no interactúan con nuestro trabajo. ¿Cómo no me había dado cuenta, Denzel? ¿Por qué otro motivo su firma iba a ser importante? Me siento ridícula. Ha debido disfrutar restregándomelo, o… ha debido alucinar al comprobar que me sorprendía.

Denzel dedica varios minutos a relajarme como solo él sabe hacer. El mundo, de repente, es más bonito, más calmado, más ideal.

Me aconseja, de nuevo, que busque otro lugar y que disfrute del trabajo. Pero… cuando me pregunta si he vuelto a recibir más mensajes, es cuando me rompo otra vez y le confieso lo ocurrido esta tarde con Megan y con el mensaje que he recibido después.

Entonces soy yo la que debo calmarlo y me lleva un tiempo.

—Ginevra, debes hablar con el hermano de Alexander, tienes que hacerlo.

—Eso es absurdo, ya lo hablamos.

—Pero él te dijo que, si tenías problemas, intentaría hablar con unos colegas suyos.

—Pero también me dijo que no era fácil y que tenía que pedir varios favores, y ni siquiera me garantizaba nada.

—No pierdes nada.

—Denzel, no es buena idea, no quiero que Alexander y mi hermana se enteren.

—Pídele que no diga nada.

—No, no voy a hacerlo. No es la vía, créeme.

—Entonces denuncia.

—De momento, no.

—Estás en peligro, Ginevra, ese tío cada vez se acerca más. Si hasta sabe dónde vives ahora…

—Ahora no puedo hacer nada más. Si recibo otro, lo denunciaré.

—De acuerdo, pero ten cuidado. Dime otra vez el número y volveré a intentarlo.

—No vas a conseguir nada.

—Colabora un poco, Ginevra. Esto no puede seguir así…

—No puedo hacer otra cosa, solo denunciar. Ya lo haré, pero sé que no servirá de nada.

—Tienes que protegerte.

—¿Y qué hago? ¿Me voy? ¿Vuelvo a Manchester y me escondo en mi apartamento? ¿Contrato un guardaespaldas?

—Escúchame, sabes que mi trabajo lo puedo hacer desde cualquier parte… Si es necesario, me voy a la isla.

Denzel trabaja desde casa. Aunque varias veces al mes acude a la sede de Liverpool, su despacho lo tiene instalado en casa y opera desde allí. Trabaja en la sede que una importante empresa americana de Software tiene en Inglaterra.

Me lleva un rato convencerlo de que no es una buena idea. Aunque he pensado muchas veces lo importante que sería para mí poderle dar un abrazo más a menudo, sé que en la isla solo voy a permanecer un tiempo y no voy a permitir que él cambie su vida por mí. Sé que si se lo pidiera lo haría, así que, en adelante, tendré que ser más cautelosa con lo que le cuento.

Pero tiene razón, tengo que hacer algo con esos mensajes, no puedo seguir viviendo así. Hasta ahora no eran tan frecuentes…

¡Ya se me ocurrirá!

Salgo de mi escondite algo más animada que cuando he entrado. El poder balsámico de Denzel ha vuelto a hacer efecto.

Sé que el arqueólogo acaba de llegar. He escuchado el sonido de la puerta.

Por un momento, siento que me invade la angustia. He deducido que se trataba de él. ¿Y si no lo es?

Me dirijo al salón con cierto temor hasta comprobar que, efectivamente, se trata de él.

Aunque odio tenerlo delante, me alivia saber que no estoy sola.

Capítulo 31

Dylan

Le dedico una sonrisa falsa y rápida y ella me la devuelve, pero la suya es más falsa aún que la mía.

—Ginevra… creo que debemos hablar —le propongo en un tono muy conciliador. Y lo mejor de todo es que es sincero.

—Mi intención es prepararme una ensalada y desaparecer. No está en mi lista conversar con usted, señor arqueólogo jefe de la expedición y del proyecto en su totalidad.

—No entiendo a qué viene esa ironía, todavía no comprendo que te haya sorprendido. ¿No te han contado el organigrama de Eldergrove? Yo no he provocado esa situación, fuiste tú quien se mostró un poco desafiante. Tenía razones para estar molesto.

—No tengo intenciones de discutirlo. Conociera o no el organigrama, ahora lo tengo claro. Aquí no eres mi jefe, solo mi compañero de barco. Y, para tu información, lo serás por poco tiempo, estoy trabajando en ello. Y ahora, en este momento, lo único que quiero es prepararme una ensalada y desaparecer. ¿Te parece bien? ¿O me vas a despedir por ello?

Si le sigo la corriente voy a acabar estallando; esta mujer tiene el don de sacar lo peor de mí. Necesito pensar un poco y establecer una estrategia de acercamiento. Y si es cierto que pretende marcharse, tengo que disuadirla. No es una situación a la que me quiera enfrentar con Alexander.

¿Es ese el único motivo por el que no quiero que se vaya?

¡No! Me niego a pensar en esa traidora y cruel idea que mi mente acaba de fabricar.

—Me voy a dar una ducha, y después solo te pido que me escuches durante unos minutos, solo eso.

No espero su respuesta y me dirijo hacia el baño. Para mi sorpresa, no hay réplica. No espero que muestre entusiasmo, pero al menos no ha reiterado que no tiene intenciones de hablar conmigo. Voy bien encaminado, intentando poner algo de paz, pero antes necesito cubrirme de agua caliente y que toda la tensión del día desaparezca por el desagüe.

Mientras me desvisto, recreo mi conversación con Alexander. Ha hecho que sienta curiosidad por conocerla y también que se me pase el enfado por el episodio con Tavistock.

¿De verdad encontró a su novio en la cama con otra? Menudo trago.

También ha dicho que era compleja… Claro que, eso ya lo he notado yo solito.

¿Y esa forma de pedirme que la cuide? Sé que son familia, pero hay algo que no acaba de encajar. Ginevra parece una persona independiente, autónoma… No es que me parezca muy madura, pero Alexander lo plantea de una forma que… No sabría definirlo, pero parecía muy preocupado. Quizás solo sea una percepción errónea.

Cuando estoy a punto de entrar en la ducha, completamente desnudo, la puerta se abre bruscamente. He olvidado cerrarla con el pestillo.

Ginevra me observa de arriba abajo y después se da la vuelta.

—Joder, perdona. Es que alguien está tocando el timbre de la puerta…

Me cubro rápidamente con una toalla intentando salir de mi asombro. Me cubro con una toalla lo más rápido que puedo.

—¿Por qué no compruebas quién es? —le pregunto sorprendido de su tono de voz. Parece aterrorizada.

Me sitúo delante de ella y, efectivamente, su expresión también expresa terror.

Maldigo la interrupción de quien quiera que sea la visita. Solo pueden acceder personas autorizadas, y solo tengo dos en la lista. Puede que se trate del personal de puerto…

¿Será Logan?

Habrá vuelto de Ryde. Pero él siempre me avisa, nunca se presenta aquí sin hacerlo. No es muy amante de los barcos.

Espero que no.

Me visto rápidamente cuando ella sale del baño.

—¿Puedes comprobarlo tú? —le pido intentando ver su reacción.

—No —me suelta escueta.

Corro hacia la puerta, descalzo.

Me encuentro a Rachel, sonriente. Mi mundo se desploma.

Necesito trabajar en el acercamiento con Ginevra y esto lo fastidia todo.

—¡Hola! ¡Sorpresa! ¿Tomamos una cerveza?

—Rachel… no es buen momento.

Entra de todos modos ignorando lo que he dicho. Debería haber franqueado mejor la puerta.

Ginevra está en el centro del salón, callada, menos aterrorizada, pero sorprendida también.

—¿Quién…? —me mira Rachel interrogándome para después mirarla a ella—. Yo te he visto en el castillo.

—Rachel, esta es Ginevra, mi compañera de casa.

—¿Compañera? ¿Tú vives aquí? ¿Tú no eres la que estaba escuchando esta mañana mi conversación con Logan? ¿La que ha entrado esta tarde en su despacho? —Le pregunta señalándome, sin dejar de mirarla fijamente.

¿Por qué no la habré enviado hoy a Londres en vez del lunes?

—La misma —le contesta con una sonrisa forzada Ginevra.

—¿Interrumpo algo? —pregunta Rachel en un tono que me molesta, cargado de su más que habitual sarcasmo.

No sé por qué no he intervenido hasta ahora. Quizás porque la situación me ha dejado algo bloqueado.

—Rachel… —empiezo a decir intentando buscar las palabras adecuadas para que decida marcharse sin que resulte demasiado violento.

El sonido del móvil de Ginevra me sobresalta y provoca que me detenga. No es para menos, es un sonido chirriante, muy molesto. Ella observa el móvil con recelo. Tiene la misma mirada aterrorizada que ha mostrado cuando ha entrado en el baño.

Pero… después sonríe. Debe satisfacerle mucho comprobar quién es la persona que le ha enviado un… mensaje.

Después, me mira fijamente.

Después, mira a Rachel.

—Yo voy a salir un rato, no interrumpes nada —le dice a Rachel contestando a la pregunta que ha hecho hace mil horas—. Os dejo intimidad.

Esa frase me retumba en la cabeza.

Debe pensar que Rachel es…

Ginevra desaparece unos segundos y Rachel me mira fijamente.

—¿Qué está pasando aquí? —me pregunta molesta.

No le contesto. Solo puedo observar a Ginevra que aparece con su bolso y su abrigo en la mano y sale como un rayo por la puerta.

No sé qué me hace sentir peor, si la sonrisa bobalicona de Ginevra al mirar su móvil, el hecho de que se haya marchado, o tener que aguantar a Rachel.

Es preocupante, sobre todo porque las dos primeras opciones no deberían existir.

Capítulo 32

Ginevra

Dos horas después de la visita de la novia del arqueólogo y el jefe de todo, yo sigo refugiada en el interior de mi coche, la única zona segura que he encontrado después de tener la brillante idea de salir de casa.

No ha sido muy inteligente por mi parte, mucho menos después de estar tan asustada con las noticias de ese maldito acosador, pero las ganas de desaparecer me han podido, y ha sido el mensaje de Lindsay el que me ha ayudado a decidirlo.

¿No ha sido un poco irónico recibir un mensaje de ella preguntándome si podíamos charlar mientras tenía delante a su exnovio y a su actual novia?

Sí, ha sido de lo más surrealista. Igual que nuestra conversación.

Durante más de una hora, hemos hablado un poco de… nada y un poco de… «El desgraciado», como ella lo ha llamado en varias ocasiones.

Al principio, no parecía tener intenciones de hablar de él. Me ha preguntado por mi trabajo y me ha comentado su búsqueda de empleo y de apartamento. Pero yo la he animado a hacerlo.

Sí, he sido yo.

No solo para matar el tiempo y alargar la conversación, sino porque sentía curiosidad.

Ha sido cuando me ha confesado que su amiga, con la que actualmente vive, se ha quejado porque está cansada de escuchar cómo se lamenta de su ruptura. No hace tantos días como para que se lo recrimine, pero no puedo saber el hartazgo a la que la ha sometido a al pobre. Cuando alguien tiene un problema, a veces no es consciente de lo mucho que se puede llegar a repetir hablando de ello una y otra vez.

—No deja de decirme que me olvide de él, que lo saque de mi cabeza. Lo intento, pero no es tan sencillo, Ginebra —me ha dicho con su voz dulce.

Ese ha sido el comentario que he utilizado para que se animara a desahogarse conmigo.

—Quizás si hablas de él conmigo, que no lo conozco, te ayude a ir poniendo las cosas en su sitio. Dime qué echas de menos y qué no, puede que eso te ayude.

Me he basado en lo que me contó una compañera del estudio, una que se estaba divorciando. Su psicóloga la animaba a hacer una lista de todo lo bueno de su exmarido y de todo lo malo.

Ha sido algo sucio por mi parte. No solo porque no le he contado que conozco a su exnovio, al tal «desgraciado», sino que también soy consciente de que la he utilizado para saber más sobre él.

¿Por qué lo he hecho?

No me lo he planteado ni lo voy a hacer. Es solo curiosidad.

Con esa conclusión queda sentenciado el tema.

—Lo mejor de él es que es divertido, tiene mucho sentido del humor y siempre me hacía reír

—me ha confesado con nostalgia.

¿¿¿Cómo???

Ese hombre no es el mismo. Hemos hablado de dos personas distintas. ¿Y si ha habido una confusión y doy por hecho que es…? No, no la ha habido. La foto de su dormitorio es la prueba inculpatoria, como diría un abogado.

¿Divertido? Joder, es la última virtud que habría destacado de ese hombre. O ha cambiado, o conmigo muestra su peor versión.

—Es pésimo cocinando, pero se esfuerza. La mayoría de las veces preparaba cosas un poco difíciles de digerir, pero yo valoraba su esfuerzo. Es algo desordenado…

¿Desordenado? Eso no es lo que yo he podido apreciar en el barco.

—Y es un obseso de los olores.

Tras ese comentario no he podido mantenerme al margen.

—¿Obseso? —le he preguntado sin disimular mi curiosidad.

—Sí, Dylan es muy especial con los olores. Le gusta que todo huela bien, que la casa esté perfumada, y se fija mucho en el olor de las personas. Le da mucha importancia a eso.

Vaya, vaya, así que el arqueólogo es meticuloso con el olor…

¿Habrá algo en mí que le repudie? ¿Por eso es tan borde conmigo? ¿Oleré mal para él?

Me descubro oliéndome la ropa al recordarlo y me siento ridícula.

No puedo apartar de mi cabeza la conversación que hemos tenido. Mucho menos la parte en la que ha destacado lo «fantástico» que era en la cama.

Mientras Lindsay lo estaba comentando, no he podido apartar de mi cabeza la imagen del baño, cuando lo he visto desnudo…

Y ahora, vuelve a venirme a la cabeza.

No puedo permitírmelo.

«¡Pobre Lindsay!», digo en voz alta intentando distraer mi mente, pero no lo consigo. Solo puede ver ese cuerpo desnudo una y otra vez…

¡Fuera! Se acabó. Solo me faltaba que esa imagen se me fuera cruzando por la cabeza.

Apenas conozco a Lindsay, pero me ha dejado un sabor amargo hablar con ella, mucho más cuando soy consciente de que mientras ella lamentaba su pérdida, yo me lo imaginaba desnudo…

¡Pobre Lindsay! No está bien, le va a costar mucho superarlo. La lista de las «cosas malas» de él no la ha mencionado. Lo peor que ha dicho de él es que es desordenado.

Todavía no es capaz de centrarse en otra cosa que no sea en la forma en la que la dejó. Es normal que eso le siga doliendo a rabiar.

En el avión, me sorprendió, pero ahora ya no tanto. Después de ver que ni siquiera le ha contado a su novia que vive conmigo. Vaya sorpresa se ha llevado Rachel.

¿A qué juega ese tío?

Me agarro al volante con fuerza y me preguntó qué demonios estoy haciendo aquí. He salido del barco buscando intimidad para hablar con Lindsay, también para dársela a ellos, pero no tiene sentido que siga aquí metida mucho más tiempo.

Tengo que volver, pero me produce escalofríos deambular por el puerto con esta oscuridad, a pesar de la buena iluminación que hay.

Al abrir la puerta del coche, el aire húmedo y frío del puerto me golpea en la cara. Está más oscuro de lo que imaginaba, y la línea entre el mar y el cielo apenas se distingue.

Avanzo unos pasos y siento escalofríos al escuchar el sonido de mis botas golpeando sobre

la pasarela de madera.

Llego al barco con el corazón acelerado, como si alguien me persiguiera. Aprieto el móvil con fuerza, que lo sostengo con una mano, mi única salvación en caso de necesitar ayuda. De repente, empieza a sonar una llamada y me sobresalto. Me llevo un buen susto. Antes de poder ver quién me llama, el teléfono se me resbala y se estampa contra el suelo, deslizándose a lo largo de la cubierta, vibrando con cada timbrazo mientras parece acercarse cada vez más al borde. Contengo el aliento, sin saber si lograré rescatarlo o tendré que ver cómo el mar se lo traga.

Capítulo 33

Dylan

Mientras espero que Ginevra atienda mi llamada, escucho un sonido en el exterior que hace que salga a toda prisa.

Lo último que esperaba es encontrarla de rodillas, en la cubierta, gateando lentamente hacia el borde.

—¡Para! No te muevas —me dice casi en un susurro.

—¿Qué? Te estaba llamando —le digo mientras me doy cuenta de que no he colgado la llamada.

—¿Eres tú? ¡Cuelga, joder! Que está vibrando… ¡Cuelga!

Le hago caso, pero sigo confundido. Me lleva unos cuantos segundos entender qué está ocurriendo.

Esta chica, definitivamente, no es normal.

Me acerco lentamente.

—¡Para! No te muevas —me susurra de nuevo; lo hace como si su voz pudiera alterar la posición del móvil.

—Alarga la mano y cógelo, no se va a caer —le sugiero.

—¿Cómo lo sabes, listillo?

—Porque hay más base dentro que fuera.

—¿Quieres dejar la física para otro momento y callarte? —vuelve a susurrar mientras se acerca más.

—¿Quieres que lo alcance yo?

—Me estás poniendo nerviosa, ¡cállate!

Lo alcanza con algo de torpeza y el móvil se desliza hacia el borde, desapareciendo de nuestra vista.

—¡No! —grita—. ¿Es que no podías estar calladito? Me has puesto nerviosa.

Con toda la calma que es posible tener en un momento tan surrealista como este, me acerco al borde, abro el bloqueo de la barandilla y bajo los tres escalones que me llevan hasta la plataforma inferior, la que hay debajo de la plataforma que sostiene la casa barco.

Recupero su móvil.

Me mira con la boca abierta y se asoma a través de los barrotes de la barandilla.

—¿Hay más suelo ahí abajo?

—Hay otra plataforma. ¿Todavía no te habías dado cuenta, arquitecta?

Se levanta lentamente y se sacude las rodillas con la mano.

Entra en una actitud algo altiva y la sigo desconcertado.

—¿Me estabas llamando? ¿Eras tú? Es que no te tengo entre mis contactos. ¿Tienes mi

número?

—Sí, hace siglos que lo tengo, cuando Alexander me anunció que llegabas a la isla —le digo con ironía.

Resopla.

—¿Para qué me llamabas?

—Para decirte que podías volver cuando quisieras, que no hacía falta que estuvieras… donde quiera que estuvieras.

—¿Qué sentido tiene eso? Por supuesto que iba a volver cuando yo quisiera.

—Si no recuerdo mal, te has marchado por la llegada de Rachel.

—Me he marchado para dejarte intimidad con tu novia, pero sobre todo porque me ha dado la gana.

—¿Mi novia? Rachel no es mi novia.

—Pues lo que sea.

—Una amiga. Y no hacía falta que te marcharas.

—Quería perderte de vista, y la llegada de tu novia ha sido la oportunidad perfecta.

—Te vuelvo a decir que no es mi novia.

—Pues sois igual de bordes, hacéis buena pareja.

—Lo estoy intentando, Ginevra…

—¿Intentando qué? —me pregunta en un tono diferente, más calmado.

—Intentando que haya un poco de calma.

—Pues no lo parece. ¿O soy yo la que crea los conflictos?

—¿Soy yo?

—No, claro que no. Fui yo la que te di la bienvenida a gritos en la excavación, y la que luego te soltó todas las molestias que me había tomado en seleccionar tu proyecto a pesar de ser una basura, o la que te recriminó que le dijeras a Logan que compartíamos casa, y la que te ha echado de mi despacho esta tarde cuando me has pedido una firma, o la que te ha increpado porque se la has pedido a Tavistock… O la que ha amenazado con despedirte recordándote que yo era el jefe de todo Eldergrove… ¿He sido yo?

—Acepto que se hayan producido esos conflictos, pero tu forma de narrarlo añade detalles que no son reales. Yo no te dije que tu proyecto fuera una basura, ni te he echado del despacho, ni te he amenazado con despedirte. Has distorsionado la realidad, y eso cambia mucho el resultado de lo sucedido.

—Detalles, arqueólogo, detalles… Pero no soy yo la que ha creado esos conflictos.

—Quiero que intentemos hablar y solucionar esta situación.

Parece que está algo más receptiva. Me mira, expulsa aire y se deja caer en una silla.

—Solo quiero que haya algo de buena convivencia. Es muy incómodo para los dos estar en una situación así. Ya llevamos unos cuantos días —le digo, siguiendo con mi intento de obtener algo de paz—. Me gustaría hablarte de todo lo que ha pasado. Puede que… si me escuchas, no lo interpretes de la misma forma.

—Me va a explotar la cabeza… —me confiesa expulsando aire de nuevo—. Pero, está bien, te escucho.

—Puede que te relaje una buena ducha…

—¿Por qué?

—Has dicho que te dolía la cabeza…

—Me ducharé después.

—Al menos, quítate la gabardina —le sugiero—, está hecha un asco; te has arrastrado por la

cubierta.

Me mira de un modo que me desconcierta, pero me hace caso.

—¿Una cerveza?

Asiente con la cabeza y desaparezco en dirección a la cocina. Agradezco poder tomarme unos segundos de descanso.

—Creo que te gustará, ¿la conoces? —le digo mientras le ofrezco una botella. Al mismo tiempo, me dirijo a una esquina del salón y enciendo un par de velas.

—¿Qué haces?

—Me gustan estas velas, dejan un olor estupendo. ¿No te gustan?

Algo ha pasado. Me mira de una forma que no sabría descifrar. Parece ausente, pero al mismo tiempo me está mirando con el mismo odio que antes. ¿Qué ha cambiado?

Se levanta bruscamente y deja la cerveza sobre la repisa de la chimenea.

—Creo que no es buena idea hablar de nada.

—Pero ¿qué coño te pasa? Joder, Ginevra, me estoy esforzando.

—Pues deja de hacerlo.

—¿Quieres seguir con este ambiente cargado de tensión? ¿Tan grave es?

—Quiero seguir ignorándote y que me ignores, será por poco tiempo. En cuanto pueda, me largo.

—Bien, pues me parece una idea genial. Te aseguro que mis intentos se han terminado. Si quieres seguir así, pues así será.

—Veo que lo has entendido.

Me adelanto a su salida, que presiento debe ser de las triunfales, y paso por delante de ella como un rayo para salir del salón. Antes de entrar en el baño, la escucho protestar.

—Me iba a dar una ducha.

Le respondo dando un portazo.

Estoy harto de esta mujer.

¿Qué coño le ha pasado? ¿Cómo se puede cambiar de humor en cuestión de segundos de esa manera?

¿Acaso creía que las velas eran para darle un toque romántico?

Ha sido encenderlas y cambiarle la expresión. Solo me gusta el olor que desprenden. ¿Qué problema tiene? Si no le gustaba, bastaba con decirlo.

¡Se acabó! Se terminó el intentar un acercamiento con ella.

Capítulo 34

Ginevra

No voy a poder terminar la maleta. Tengo que dejarla a medias.

Solo dispongo de veinte minutos para acudir a la cita que tengo con el agente inmobiliario que me mostrará los únicos tres apartamentos de alquiler de los que dispone. No puedo quejarme, es domingo y no ha tenido inconveniente en trabajar hoy.

Es amigo de Sarah. Ayer la llamé para preguntarle si conocía algún alojamiento en Yarmouth y, sin hacer preguntas, se comprometió a hablar con su amigo.

La llamé después de pasar un día infernal. La discusión del viernes por la noche con el arqueólogo me dejó trastornada. En un principio, estaba dispuesta a aceptar ese acercamiento, pero en cuanto encendió las velas, me acordé de Lindsay y algo hizo que quisiera salir huyendo de la situación.

Ese hombre es falso, es condenadamente atractivo, pero falso. Basta con recordar lo que le hizo a Lindsay, la forma que eligió para poner fin a una relación de tanto tiempo…

Y también basta con recordar las disputas que hemos tenido en el trabajo.

Si ni siquiera le había mencionado a su novia, que dice que no lo es, que vivía conmigo… ¿Quién hace algo así?

No quiero vivir con alguien así, mucho menos trabajando en el mismo lugar; mucho menos siendo el jefe de Eldergrove.

Lo mejor es que me marche.

Ayer, que en principio debía ser un sábado de relajación, no dejamos de lanzarnos dardos cada vez que nos encontrábamos.

Cuando yo entraba en la cocina, él se marchaba. No importaba lo que estuviera haciendo en ese momento ni si era importante. Y al revés, también.

Su ducha duró al menos media hora más de lo que un ser humano aguanta bajo el agua caliente, pero lo hizo para fastidiarme. Y yo hice lo mismo.

Ocupó la terraza gran parte de la mañana, y me la cedió cuando aparecieron las primeras gotas de lluvia.

Si él abría el frigorífico, aprovechaba para apartar o colocar lo que era mío. Y si lo abría yo, me encargaba de devolverlo todo a su sitio.

Sé que nos comportábamos como niños, pero ni él ni yo parecíamos dispuestos a dejar el juego.

No quiero analizar las razones, solo quiero disfrutar de mi sueño en el castillo, a pesar de haber perdido un poco de magia.

He tenido suerte. El agente inmobiliario está dispuesto a mostrarme tres apartamentos. Uno

de ellos está en Freshwater, a unas cuatro millas de Yarmouth, cualquier cosa menos aguantar a ese arrogante obsesionado con los olores.

Me ha dicho que todos están listos para entrar a vivir y que, si alguno es de mi agrado, hoy mismo podría mudarme. A más tardar, mañana.

Tengo que salir cuanto antes o llegaré tarde.

Cuando me dispongo a salir de mi dormitorio, me doy cuenta de que el jefazo se encuentra en la puerta, observándome.

—¿Te vas de viaje? —me pregunta sin apartar la mirada de mi maleta, que descansa sobre mi cama.

—No es asunto tuyo, pero para que veas que soy buena persona, te voy a hacer un poquito feliz. Sí, me voy, me marcho a otro lugar. Voy a visitar varias opciones ahora mismo y cuando haya elegido, vendré a buscar mis cosas. Si todo va según lo previsto, esta noche volverás a estar tranquilo en el barco: todo para ti solito, señor jefe de todo.

—¿Un domingo? —me pregunta con ironía.

—Ya sabes que a mí me dan trato de favor en algunos sitios.

Se echa a reír y me desconcierta.

—¿Varias opciones has dicho? ¿En Yarmouth?

—Eso he dicho.

—Ya… Pues que tengas mucha suerte.

—Supongo que estarás contento.

—Mucho. Es lo que llevo esperando varios días.

—Entonces, ¿por qué intentaste ese acercamiento?

—Solo era una cuestión de conciencia… Ya sabes, por Alexander.

Salgo algo molesta del barco, pero no entiendo muy bien por qué. Desconozco qué ha hablado con Alexander de este asunto. ¿Le habrá contado cómo es nuestra relación? Eso me molesta porque cada vez que él me envía un mensaje yo siempre le digo que todo va fenomenal, igual que a Kenna. Y siempre me queda la duda de lo que conocerán o no por boca de mi compañero de casa.

Bien, pues esa es otra de las razones por las que debo marcharme.

Cuando salgo del barco, me siento extraña, casi envuelta en una nostalgia que no logro comprender.

Puede que le haya cogido cariño a la casita flotante…

Respiro hondo y me dirijo rápidamente a mi coche.

Hoy no está Megan en la caseta, sino un hombre de mediana edad que me sonríe con amabilidad.

«¡A por tu nuevo hogar, Ginevra!», me digo en voz alta.

Capítulo 35

Dylan

Ginevra ha pasado todo el día fuera de casa. Se me ha hecho largo, y hasta he sentido que la echaba de menos.

He buscado la forma de entretenerme, incluso repasando varios documentos relacionados con la excavación, pero no lo he conseguido.

Rachel me ha llamado para intentar solucionar lo ocurrido la otra noche. Para ello, me ha propuesto pasar el día en Newport, una de las ciudades más importantes de la isla, pero me he negado.

A pesar de hacerle saber que no estaba enfadado, he buscado mil excusas para no pasar el día con ella.

Discutimos la noche en que se presentó por sorpresa. No dejó de reprocharme que no le hubiera hablado de Ginevra, como si tuviera que contarle todo lo que ocurre en mi vida. Tampoco me gustó la manera en que se dirigió a ella cuando entró en casa.

Tuve que recordarle que no tengo que darle explicaciones de todo lo que hago y que la amistad tiene unos límites. Le recordé sus patéticos modales con Ginevra y la frené cuando estaba dispuesta a hablar mal de ella sin apenas conocerla. ¿Qué le pasa?

Sé que ha pasado una temporada muy dura tras su ruptura con Tom, pero eso no justifica su comportamiento.

Rupturas…

Eso me recuerda a Lindsay, aunque no quiero.

No quiero pensar en ella.

Eso me recuerda que debo guardar la foto en la que aparecen ella y Luke. Quiero conservarla, pero ya no tiene ningún sentido que adorne mi dormitorio.

Han cambiado tantas cosas desde aquel momento…

«Rupturas», me digo de nuevo.

Alexander también me habló de la de Ginevra…

¿Por qué me viene a la cabeza?

Ese pensamiento, afortunadamente, se interrumpe cuando escucho el sonido de la puerta de la entrada.

Ginevra ha vuelto.

Paso delante de su dormitorio y veo la maleta; sé que tardará poco en deshacerla.

Salgo al salón a recibirla, no puedo perderme este momento.

—¿Qué tal te ha ido?

—Tengo que decirte que… he decidido quedarme.

—Vaya, has cambiado de opinión.

—Sí —afirma mostrando una mueca infantil que me llama la atención—. Es que he estado pensando mucho. Yo no tengo que marcharme. Esta es la casa de mi cuñado, de Alexander; él me la ofreció.

—Eso es cierto… —le digo siguiéndole la corriente.

—¿Me voy a tomar todas esas molestias teniendo una bonita casa que disfrutar? No. Me parece injusto. Yo no tengo que marcharme y hacerte un favor. Tengo más derecho que tú a estar aquí.

—Eso es cierto, también.

—Si no te gusta vivir conmigo, vete tú.

—Yo no me voy. Ya te dije que solo lo haría si me echa Alexander.

—Sería más digno que lo decidieras tú solito.

—Yo no tengo dignidad, Ginevra, así que me quedo.

—Pues yo también me quedo, y yo sí tengo dignidad; que conste…

—¿Y vas a renunciar a unos de esos apartamentos que has visitado? Seguro que eran preciosos.

—Lo eran, y te aseguro que me ha costado mucho tomar la decisión, pero me he dado cuenta de que no debía hacerlo. Esta es mi casa ahora, y aquí me quedo.

Guardamos silencio. Sé que miente. Ahora mismo, en la isla hay varios eventos de temporada, como ferias y festivales, o el mercado medieval de Carisbrooke. Los hoteles y hostales están repletos hasta dentro de dos meses. También hay cientos de turistas que exploran rutas de senderismo muy populares en los últimos años y los fines de semana es imposible encontrar sitio.

Además, el motivo principal es que la isla cuenta con muchos estudiantes que algunas universidades y centros de investigación envían aquí para estudios arqueológicos o históricos, también académicos. Eso ha hecho que muchos alojamientos estén ocupados por grupos de investigación o estudiantes en prácticas durante esta temporada. Y… por supuesto, son muchos los que trabajamos en Eldergrove. La isla es pequeña para todo el movimiento que tiene. Sé lo difícil que es encontrar alojamiento y los que pueda haber no tienen muy buena calidad; seguramente los que le han mostrado. Ya he oído hablar de ellos.

—No has encontrado nada, ¿verdad?

—¿Qué estás diciendo? ¿Es que no me has escuchado? Dos de ellos eran espectaculares. Incluso tenían jacuzzi. Y el precio era bastante bueno, pero…

—No has encontrado nada, ¿verdad? —le insisto.

—Nada —me dice con una mueca infantil, como si estuviera recibiendo una regañina.

Se me escapa una carcajada y ella sonríe, aunque lucha para que no me dé cuenta.

Sigue su camino hacia el dormitorio.

Sigo sonriendo. Me doy cuenta de lo mucho que me alegra que no haya encontrado alojamiento y eso me inquieta.

Capítulo 36

Ginevra

Tres días. Tres días de paz. Tres días en los que el aire ha fluido de una forma mucho más natural por mis pulmones.

Ese es el tiempo que ha trascurrido desde que volví al barco con la decisión de quedarme.

No fue fácil la decisión. Y no me refiero al hecho de resignarme a no buscar alojamiento, sino al hecho de enfrentarme a mi entusiasmo por haberme visto obligada a quedarme.

Los tres apartamentos que visité eran prácticamente inhabitables. El amigo de Sarah me explicó las razones por las que era complicado encontrar un alojamiento para varios meses en la isla y solo quedaban esas opciones. Lo que no entiendo es como las consideran opciones: eran ratoneras. Dos de ellos estaban pendientes de reformas, de muchas reformas, y el tercero era algo así como un apartamento «clandestino» que no cumplía con las nuevas normativas impuestas por el gobierno estatal, ni siquiera el local, y que cualquier día podía recibir una inspección y dejar al inquilino en la calle: aparte de ser espantoso.

Ya me lo había advertido Sarah, e incluso Alexander me comentó en alguna ocasión que la suerte estaba de mi parte al poder contar con una casa en la isla. Pero nunca pensé que se debiera a la falta de alojamiento, sino a la comodidad del mismo.

Debo confesar que conforme visitábamos esos apartamentos, no me sentía decepcionada, sino pletórica. La idea de abandonar el barco se fue convirtiendo en un nudo que se instaló en mi estómago y no desapareció hasta que volví y le anuncié al arqueólogo que volvía a tener compañía, aunque tuviera que tragarme mi orgullo, que tuve que hacerlo.

Fue duro escuchar sus carcajadas, pero al mismo tiempo sé que hicieron algún efecto constructivo en mí. También en él, ya que desde ese preciso instante la preciada y ansiada paz se ha instalado en la casa barco.

Sí, eso es lo que ha ocurrido, por extraño que parezca.

Desde esa noche y los tres días siguientes, el barco ha cambiado de energía. De la tensión, las discusiones, los dardos y las absurdas disputas infantiles, hemos pasado a la correcta convivencia.

Algo de silencio, sonrisas cordiales, «buenos días», «buenas noches», duchas que duran un tiempo razonable… Esa es la vida actual en el barco.

Hasta nos hemos ofrecido algún sándwich y alguna ensalada que hemos preparado para la cena, pero nunca hemos compartido espacio; a eso no hemos llegado todavía.

Si soy sincera, no todo es paz en esa casa. Algún dardo revolotea por el aire, pero han adquirido un carisma distinto. Él se queja de mi desorden cuando preparo alguna cena o desayuno, y yo me quejo de que se queje de mi desorden, pero todo acaba en un esfuerzo por parte de ambos.

No comprendo muy bien a qué se refería Lindsay cuando me dijo que era desordenado, pero es el único adjetivo negativo que le dedicó.

Lindsay…

Ese es un conflicto que debo confesar que llevo dentro. Quizás ese sea el motivo por el que sea yo, la mayoría de las veces, la que inicia el lanzamiento de algún dardo con el arqueólogo; me refiero a los que van cargaditos de veneno.

Siempre se produce cuando recuerdo algo de lo que he hablado con Lindsay. En esos momentos me transformo y arremeto contra él, algo que no le pasa desapercibido, pero suele ignorarme o reírse de forma cínica.

Cuando le veo encender las velas me acuerdo de ella y siento un nudo en el estómago. Y huelen bien…

He vuelto a hablar una sola vez con Lindsay, pero la mayor parte de la conversación giró en torno a las anécdotas relacionadas con su búsqueda de empleo. A él apenas lo mencionó. Solo fue en una ocasión, para decirme que le estaba costando mucho hacerse a la idea de la ruptura y también para contarme que se acuerda mucho de él cuando se prepara algo que contenga mostaza. Al parecer, el chico es alérgico a ella.

Me produce sensaciones agridulces. Me alegro de haberla conocido. Es una buena chica, me hace reír y me gusta hablar con ella, pero todo lo que hay detrás… ¡Prefiero no pensar en ello!

Quiero centrarme en mi trabajo y disfrutarlo, tal y como he estado haciendo los últimos tres días. También quiero seguir disfrutando de la paz que reina en el barco.

Salgo del recinto satisfecha. Me subo en el coche y decido responder a Kenna, que me ha enviado unas fotografías con las últimas reformas que ha hecho en su clínica; ella es odontóloga. Me alegra comprobar que las paredes de su despacho las ha pintado en diferentes tonalidades de azul, tal y como yo le aconsejé. Por fin, algo de color, aunque sea en su trabajo.

Es evidente que la paz también ha vuelto a nosotras. En cuanto la llamé, hace dos días, para decirle que estaba bien y que tenía una buena relación con el arqueólogo, parece que todo empezó a fluir de nuevo. Incluso Alexander se sumó a la conversación para ponerme al corriente de algunos cambios que se han hecho en el estudio y para contarme un cotilleo sobre una nueva pareja que ha surgido del departamento de estructuras.

Planeo hacer unas compras y hacer dos llamadas. La primera, a Denzel, no puedo posponerla más. Está algo preocupado porque le conté que no encontraba alojamiento. Él sigue creyendo que mi guerra con el arqueólogo continúa y me está perjudicando; quiero aclararle que ahora la convivencia es buena. Sé que le inquieta que no esté disfrutando de este proyecto que tanto he deseado. Entre los malditos mensajes y el mal ambiente con el arqueólogo, todo parecía estar cubierto por una niebla.

La segunda llamada será a mi abuela. Ha vuelto de su viaje a Italia y me muero por hablar con ella. Aunque he recibido muchos mensajes, no son comparables a escuchar su voz. Esa que tanto me hace sonreír y me anima a comerme el mundo.

La echo de menos. Últimamente, siempre está de viaje. No para quieta. Y cuando no viaja, está metida en alguna terapia nueva de… mil cosas: belleza, meditación…

Esa es mi abuela.

La madre de mi madre.

Y… mi madre también, en muchos aspectos.
La que hace diez años me salvó la vida y me enseñó a plantarle cara al miedo.

Capítulo 37

Dylan

—¿Lo que me acabas de contar se limita estrictamente a… lo que me acabas de contar, o debo leer algo entre líneas? —me pregunta Logan al tiempo que alza las cejas.

Nos encontramos en la pequeña cafetería y restaurante que han habilitado en el ala norte del castillo. Es un espacio provisional al que tienen acceso todos los trabajadores del proyecto, incluso los que trabajan en el exterior y en seguridad.

Las mesas y las sillas son simples, no demasiado cómodas, y a través de las ventanas se pueden observar los andamios que se encuentran en el patio interior contiguo. No es lo más acogedor que se pueda diseñar, pero tenemos acceso a termos de café y té de excelente calidad y también a buena comida.

Acabo de contarle a Logan mi «historia» con Ginevra. Aunque él conocía una parte, principalmente el asunto de la recomendación y la disputa por la firma de Tavistock, la he ampliado, a petición suya, empezando por el momento en que la vi por primera vez en el aeropuerto, hasta llegar a los últimos cinco días, en los que la tensión, sorprendentemente, ha ido desapareciendo.

Logan se ha mantenido en silencio gran parte del relato, pero en alguna ocasión me ha interrumpido para preguntarme por situaciones que no acababa de entender.

—¿Qué quieres decir? —le pregunto haciendo un esfuerzo por entender su pregunta. La versión enigmática de Logan me suele sacar de quicio. Y suele ser frecuente.

—Intento conectar el principio con el final.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto molesto.

—Creo que te gusta esa chica.

—¿Gustarme? Joder, Logan, lo estás llevando por el camino equivocado. ¿Esa es la conclusión que has sacado de todo lo que te he contado?

—Si te «hipnotizó», como tú has afirmado, cuando la viste en el aeropuerto y ahora habéis resuelto vuestras diferencias, deduzco que te sigue gustando. Si apartamos los conflictos, volvemos al punto de partida.

—Deja de decir tonterías. Yo te he hablado de convivencia, de estar cansado de discutir con ella, de que hay un buen ambiente en la casa, de no tener que sentirme mal por no llevarme bien con la cuñada de Alexander… ¡Eso es el resumen!

—Bien, te creo.

—¿Ya está? ¿Es todo lo que me vas a decir?

Se toma su tiempo para responder.

—Es una historia demasiado intensa para los pocos días que hace que os conocéis. ¿Cuándo llegó a Eldergrove?

—Hace nueve o diez días. Pero sé a lo que te refieres…

—Parece el resumen de una vida juntos.

—Esa es la sensación que tengo. Empezamos mal, lo sé, y en gran parte fue por mi culpa. Yo he provocado algunos enfrentamientos, pero te aseguro que su forma de actuar me desconcertaba cada vez que intentaba razonar con ella. Además, no podía olvidarme de Alexander.

—Entiendo… —me dice pensativo. De repente, se evade en sus pensamientos y tengo que llamarle la atención.

—Logan…

—Puede que esa sea la razón por la que trabaja de esa manera…

—¿A qué te refieres? ¿Hay algún problema?

Me aterroriza su respuesta y contengo la respiración.

—No, en absoluto. Ginevra parece desenvolverse bien en su trabajo y hasta el momento lo ha hecho muy bien. Su equipo está contento, pero…

—Pero ¿qué?

—A veces parece insegura, como si no se atreviera a tomar decisiones. Como si trabajara con cierto temor. Puede que lo que me has contado respecto a lo mucho que le afectó enterarse de que Alexander había movido los hilos para que la contrataran sea la explicación. Ella misma me confesó que no lo sabía…

—Por la forma en que me lo dijo —le confieso mientras recuerdo la noche en que me soltó aquel relato interminable—, sí que le afectó.

—Hablaré con ella… —propone Logan—. No quiero que eso le afecte, no tiene sentido.

—Déjamelo a mí.

—¿Qué quieres decir? —me pregunta molesto.

—No pretendo inmiscuirme, Logan. Me siento responsable de la forma en la que se lo dije. No tuve ningún tacto, y aunque hemos enterrado el hacha de guerra, no hemos hablado de ello con naturalidad. Tampoco debió ayudarle que le reprochara su trato con Tavistock.

—Eso fue un fallo, Dylan. Ella hizo lo que tenía que hacer.

—Lo sé. ¿Te ha hablado de ello?

—No, claro que no.

—Hablaré con ella yo, ¿te parece bien?

—Claro, si eso le ayuda a trabajar más cómoda. Yo no tengo queja, que conste. De hecho, su base arquitectónica, nos puede aportar mucho.

—¿A qué te refieres? —No oculto mi curiosidad.

—No puede ocultar que es arquitecto. Su forma de observar y de trazar mentalmente una línea a seguir siempre empieza por un análisis de todas las estructuras que la rodean.

—También ha trabajado en la decoración de interiores de edificios históricos. Alexander me lo contó; además aparece en su *curriculum*.

—Ya que lo mencionas, eso fue lo que más me molestó cuando te inclinaste por su proyecto. Su experiencia era mínima en ambientación y decoración, solo unas pocas colaboraciones.

Guardo silencio. Entiendo cómo debió sentirse cuando insistí en elegir el proyecto de Ginevra.

—¡Eh! No te estoy atacando —me aclara al ver mi expresión de incomodidad—. Solo ha sido un comentario. De hecho, me sorprende cómo se desenvuelve a pesar de su falta de

experiencia en el terreno.

—Eso me alegra escucharlo.

—Sigo pensando que te gusta…

—Déjame en paz —le suelto malhumorado, pero acabamos riendo.

—Una escocesa y un americano… ¡Me dan escalofríos!

Suelto una carcajada por la mueca de terror que me ha regalado y acabo contagiándolo.

Cambiamos de tema, por suerte para mí, y nos centramos en otros temas de trabajo. Como siempre, nos dedicamos a quejarnos y también a destacar los logros conseguidos. Después, para finalizar, como siempre, Logan comparte conmigo sus diferencias con uno de los arquitectos de las reformas del castillo. Tavistock es mi pesadilla, y el arquitecto, la suya.

En este momento, la llegada de Rachel nos interrumpe.

—Hola —dice sonriente apoyando las manos en la mesa en la que nos encontramos Logan y yo.

—Me marcho —suelta Logan levantándose.

—Es evidente que te vas porque he llegado yo… —le recrimina Rachel.

—Pues iba a darte una excusa educada, pero ya que te has dado cuenta del motivo, ¿para qué desmentirlo?

—No te preocupes, ya me voy yo —dice molesta al tiempo que vuelve por donde ha venido.

Yo he permanecido callado. Es lo que suelo hacer cuando hay esas disputas entre ellos, que suelen ser siempre que se encuentran.

—Quizás también te iría bien a ti firmar la paz con alguien —le digo mientras me levanto lentamente de la silla.

—Yo no tengo ninguna guerra, Dylan.

—No estoy de acuerdo, pero no pretendo inmiscuirme.

Mientras nos dirigimos al interior del castillo, le pregunto:

—¿Por qué la detestas tanto? Confieso que cada vez tengo más curiosidad —le digo en un tono desenfadado, casi cómico.

Nos detenemos cuando estamos a punto de tomar direcciones distintas. Él debe subir a la primera planta y yo bordear el castillo por uno de los patios para acceder a la excavación.

Su expresión se vuelve sombría y me llama mucho la atención.

—No me gustan las personas que necesitan estar al corriente de la vida de los demás, ni que necesiten meterse en ellas. No me gustan las personas dañinas. Y como amigo, te sugiero que no le dejes entrar demasiado en tu vida.

—Logan… —empiezo a decirle intentando salir en defensa de Rachel.

—Sí, sé lo que me vas a decir, que es buena chica, que es tu amiga, que nunca has tenido problemas con ella… Pero si te sirve de algo, todo el mundo sabe en el recinto que compartes casa con Ginevra.

Esas palabras me llegan como un dardo, sé que lo siguiente no me va a gustar.

—Hasta donde yo sé —continúa diciendo enfadado—, eso forma parte de tu vida privada y de la de ella, de Ginevra. No entiendo por qué todo el mundo tiene que saber con quién vives o dejas de vivir por boca de alguien que no seas tú o la otra persona implicada. Y… a saber qué va contando por ahí.

»No te olvides de que diriges este proyecto; no creo que sea bueno para ti que ella vaya aireando detalles de tu vida, sean del tipo que sean. Porque… ten por seguro que lo hará. «Menuda sorpresa me he llevado cuando he ido a visitar a Dylan a su casa barco y me he

encontrado allí a la nueva», esas son exactamente las palabras que escuchó una persona de mi confianza para contármelo. Y… te aseguro que esa persona y Rachel no son amigas. Era una puta tertulia de té, en un descanso. Y… había muchas más personas. Y de esto hace varios días. ¡Ten cuidado!

Logan me golpea suavemente en el hombro y desaparece de mi vista.

Le he preguntado por qué la detestaba tanto y ya tengo la respuesta, o al menos una idea bastante aproximada.

Sé que en Dover ocurrió algo que hizo estallar esa mala relación, pero nunca he querido meterme en ello. Cuando yo me marché de Dover se llevaban bien; fue durante los ocho meses restantes que pasaron juntos cuando algo debió suceder.

En cualquier caso, sigue sin interesarme. Si Logan quiere contármelo algún día, ya lo hará. O quizás no hay un hecho concreto, sino una faceta de Rachel, como la que me ha contado ahora, que fue creando ese rechazo en él.

No esperaba que se abriera y me contara tantos detalles. Esta conversación la hemos mantenido otras veces y nunca ha pasado de cuatro comentarios sin importancia.

Yo también conozco la faceta «cotilla» de Rachel, pero la forma en la que lo ha descrito Logan, y lo que me ha contado, ha hecho que me sienta realmente mal. No sé si furioso sería la palabra, pero no estaría muy alejado.

Rodeo la parte trasera del castillo en dirección a mi zona, cuando veo a Ginevra y a Rachel hablando al pie de la escalera que conduce a la sala del trono.

Me produce un sabor amargo y saltan varias alarmas en mi interior.

No puedo mantenerme al margen.

Conforme me acerco, me doy cuenta de que lo que pretendo en este momento es proteger a Ginevra.

Capítulo 38

Ginevra

—Quería disculparme contigo —me acaba de decir Rachel abordándome cuando volvía a mi sala, después de almorzar con Sarah y Arthur bajo uno de sus pórticos favoritos desde el que las vistas a una parte del foso son espectaculares.

—¡Ah! —Es todo lo que le digo.

—Te hablé de forma inadecuada cuando estuve en la casa de Dylan y también alguna vez anterior. Me gustaría empezar de cero. Lo siento, he tenido unos días algo complicados.

—Muy bien, pues… disculpada estás.

—¿Qué tal te va el trabajo? ¿Estás en ambientación?

—Sí, ahí estoy.

—Yo formo parte de la expedición de excavación.

—¡Ginevra! —escucho decir a mi espalda. Se trata del arqueólogo. Lo miro confundida.

—¿Tienes un momento? Quiero comentarte algo.

—Claro —le digo mientras observo a Rachel que no deja de mirarlo de forma misteriosa.

—Hola, Dylan —le dice recalcando las palabras, como si le reprochara que no se haya dirigido a ella.

—Hola, Rachel. Te esperaba en la excavación… —le suelto dejando claro que se trata de un reproche.

—Me estaba disculpando con Ginevra. No empezamos bien y…

—¿Ya has acabado?

Rachel arruga la nariz mientras le lanza un misil con la mirada al arqueólogo. Desaparece en silencio mientras me saluda con la mano.

—Has disgustado a tu novia, señor Myers.

—No es mi novia, ya te lo dije. Y… Dylan estaría bien para dirigirte a mí.

—¿Qué quieres?

—Que me sigas a mi despacho.

Lo sigo con el corazón en un puño. No parece molesto, pero algo me dice que esta conversación va a ser extraña. Le he visto almorzando con Logan en el restaurante hace un rato. ¿Le habrá dado quejas sobre mí?

He trabajado mucho estos días y he conseguido avanzar mucho en la sala. Logan me ha felicitado, no solo por los resultados, sino por la resolución de todos los obstáculos que se han presentado, que han sido muchos.

Cuando llegamos, me acuerdo de la última vez que estuve en este lugar: el día que me negó la firma.

—Siéntate, por favor —me pide en un tono muy suave.

—Me gusta estar de pie.

—Como quieras.

—¿Y bien? ¿He hecho algo?

—No, que yo sepa. ¿Has hecho algo?

—Muchas cosas, pero todas bien. ¿Me equivoco?

—No lo sé, nadie me ha informado de lo contrario.

—Pues te informo yo.

—Veo que estás satisfecha con tu trabajo, de lo contrario no dirías que has hecho muchas cosas y todas bien.

—Es que las he hecho, y si te han dicho lo contrario, me gustaría saberlo.

—Ya te he dicho que no…

—Pero… ¿Se puede saber qué quieres? —le digo a punto de estrangularlo.

Él parece divertirse, apoyado en el borde de la mesa, con esa sonrisa cínica, pero a mí me está entrando un ataque de nervios.

—Hay algo que quería decirte desde hace días y no quiero que sea en casa.

—Si me vas a declarar tu amor, prefiero que sea junto a la chimenea, sobre la alfombra roja —le suelto sin pensar.

¡Ay! ¡Dios! Espero que haya captado que estoy bromeando. ¿Por qué no pienso antes de hablar? Y… ¿Por qué bromeo?

Se echa a reír a carcajadas y eso me relaja. No sé por qué me he tomado tantas confianzas. Una cosa es joderle la ensalada echándole azúcar, y otra muy distinta provocarle en su despacho.

—Si algún día te declaro mi amor, lo tendré en cuenta. Pero la alfombra que hay junto a la chimenea es verde.

—¿En serio?

—En serio. Luego puedes comprobarlo.

—Es roja. Tengo una memoria fotográfica increíble y sé que es roja.

—Creí que eras muy despistada.

—Y lo soy, pero es porque no escucho, me evado. Pero mi memoria es buena, y también mi oído. Es de una naturaleza digna de estudio.

—¿De verdad? Tendré que andar con cuidado.

—Sí, debes hacerlo. Creo que es mi deber informarte. Cuando estés en el baño… recuerda que lo oigo todo. Esté en la parte de la casa que esté. Aunque… puede que si me encuentro en la cubierta… no lo oiga bien.

Me mira horrorizado.

—¿En el baño…? ¿Te refieres a…?

—Sí, a eso. —Intento mantener la serenidad y no reírme. No debería, lo sé, pero me he dejado llevar por el momento. ¿Me voy a meter en un lío?

—¿Te refieres a las necesidades… fisiológicas? —me pregunta arrugando la frente.

—A esas.

Guarda silencio.

—Nunca antes en mi vida había tenido una conversación con… nadie sobre necesidades fisiológicas.

Me echo a reír.

—Era una broma. Tengo un buen oído, pero no tanto.

Por un momento, creo que he metido la pata y que me he excedido, pero me sorprende

echándose a reír de nuevo.

Este hombre, además de ser guapo, tiene una risa seductora.

—¿De qué querías hablarme? —le pregunto pasando a un semblante serio, como si fuera un robot y hubiera desconectado mi modo «diversión». Es que cuando pienso en él de una manera que no debo, me vienen toneladas de imágenes que me recuerdan que debo frenarme. Una cosa es el buen ambiente en casa, e incluso las bromitas o los darditos, y otra que nos acerquemos y pretendamos ser amigos.

Hay muchas cosas de él que no me gustan.

—Quería decirte desde hace días que espero que la conversación que tuvimos sobre el tema de tu recomendación no te siga afectando.

—Tendrás que explicarte mejor.

—Me refiero a cuando discutimos porque te dije que Alexander me pidió que seleccionara tu proyecto.

—Eso lo he entendido, pero no la parte en que hablas de afectarme. ¿Debería haber dejado de afectarme?

La tensión se vuelve a palpar en el aire. La línea es muy frágil.

—Ginevra, ese proyecto solo es una carta de presentación. Te diría que hasta es un simple formulismo. Tu proyecto puede ser más o menos espectacular, más o menos ingenioso, pero al final, aquí, eso es lo menos importante. No es él el que va a hacer que hagas un buen trabajo. Te vas a encontrar cientos de obstáculos. Los presupuestos suelen dirigirlo todo.

»No importa si diseñaste una silla de roble, con detalles tallados de motivos heráldicos y garras en las patas; con un respaldo curvado hacia los lados y decorado con tapices antiguos o cojines de terciopelo de color rojo intenso. Seguramente así sería el trono que perteneció a Juan I en el castillo Ravensholt, según nos cuenta la historia. Pero deberás elegir entre algunas sillas parecidas que se han encontrado en el anticuario o dejarte la vida en rehabilitar lo poco que hemos encontrado original.

Lo escucho embobada; es la primera vez que me enfrento al arqueólogo profesional. Su forma de describir el trono y hacer referencias a la historia tiene toda mi atención.

Sigue nombrando objetos; muchos de ellos pertenecen a la sala y están en mi proyecto; muchos otros solo son simbólicos y se refieren a otras zonas del castillo.

—No importa cómo entraste aquí a trabajar, Ginevra. Tu proyecto era bueno, pero esquivando obstáculos y utilizando tu ingenio es como obtendrás los resultados.

Guardamos silencio.

—¿Por qué me dices todo esto?

—Porque quiero que te sientas segura trabajando. Y esos detalles pueden entorpecerlo. Logan no tiene quejas sobre ti, y te aseguro que es un perfeccionista insoportable. Quería que lo supieras.

—Gracias —le digo afectada por sus palabras.

No me lo esperaba. Sin embargo, algo me dice que detrás de todo esto está Logan. Soy muy despistada, pero también soy capaz de retener mucha información si observo adecuadamente. Si no recuerdo mal, Logan me dijo ayer algo referente a la importancia de no dudar constantemente y seguir el instinto. En cualquier caso, el arqueólogo ha recalcado que Logan está satisfecho con mi trabajo, o al menos lo ha insinuado. Eso es lo que importa.

Siento que se me abre el pecho: una sensación que hace mucho tiempo que no siento.

Observo a mi compañero de casa y me pregunto cómo puede haber cambiado todo tanto en tan pocos días, o en tan pocas horas.

—¿Querías algo más? —le pregunto.

—Aclararte el tema de Tavistock. Es una persona molesta que suele buscar errores donde no los hay. Aporta poco, pero molesta mucho. Ese fue el motivo por el que me enfadé contigo, pero no tenía razones.

—Eso me han dicho, pero yo no lo sabía. Fue una situación que no busqué.

—Lo sé, solo quería aclarártelo.

—Y disculparte, ¿cierto?

—Ya lo intenté, pero no me dejaste hablar, ¿cierto? —imita mi pregunta.

—Ya que estamos aclarando y pidiendo disculpas, falta una. Por lo que me dijiste en la excavación, cuando pisé tu carretilla.

—Ya me disculpé.

—Y falta una disculpa por haberme mirado en el aeropuerto.

—¿Cómo? —me pregunta alzando las cejas.

Me echo a reír y él niega con la cabeza, sumándose también a mi buen humor.

—Tú también deberías disculparte por algunas cosas, ¿no crees? Si no recuerdo mal me llamaste gilipollas y algún que otro adjetivo de esos tan cariñosos.

—Te pido disculpas por llamarte gilipollas. ¿Algo más?

—¿Qué hacías en el aeropuerto? Comentaste algo de una conferencia…

—Acababa de llegar de Nueva York… —Me detengo y suspiro. La imagen de Lindsay me cae como un jarro de agua fría.

Guardamos silencio mientras él me observa. Por suerte, decide darle un giro a la conversación.

—¿Quieres ver la excavación? ¿Tienes tiempo?

—Tengo unos minutos, pero si es el jefe supremo el que me retiene, supongo que no habrá problema.

—Veo que lo tienes claro, así me gusta.

Ambos sonreímos. Es todo tan extraño…

—¿Estás seguro que me quieres mostrar la excavación? ¿Y si te estropeo otra carretilla?

—Entonces acabarás haciéndole compañía, dos metros bajo tierra, a un torque de bronce que hemos encontrado. ¿Sabes lo que es?

—Un collar, arqueólogo. ¿Celta?

—Impresionado —me dice sonriendo mientras busca algo entre la montaña de dosieres de su escritorio—. También me impresionará el día que encuentres la buhardilla.

¡Vaya! Se me había olvidado.

Ese es un tema que ha surgido en varias ocasiones en los dos últimos días.

Le comenté el descubrimiento de la buhardilla y me retó a encontrar el acceso. Algo que todavía no he podido hacer, bien por falta de tiempo, bien porque se me ha olvidado.

El acceso no es visible, por lo que tendré que dedicarle un tiempo para que deje de bromear con ello.

—Se me había olvidado. ¿Crees que no lo voy a encontrar?

—Te confieso que me preocupa que una arquitecta aún no haya observado cómo acceder hasta la buhardilla.

—Es que no lo he intentado. Siempre que me lo recuerdas, no puedo dedicarme a ello, como ahora, y cuando vuelvo a casa se me ha olvidado completamente. Tengo una memoria extraña.

—Sería más humilde aceptar que no la has encontrado.

—La encontraré.

—La casa la diseñó Elliot, pero la buhardilla es obra de Alexander. Se añadió posteriormente. Tú mejor que nadie deberías conocer la forma de trabajar de Alexander.

—No llevo tanto tiempo con él, solo un año. Y… la encontraré. No es posible que esté tan oculta, no hay tantas opciones.

—Estoy deseando de verte por ahí arriba.

—¿Qué hay en la buhardilla?

—Tendrás que comprobarlo por ti sola. ¿Nos vamos? —me pregunta dando por finalizado el reto de la puñetera buhardilla.

Ya la encontraré, ya lo creo que la encontraré. Debe tratarse de alguna escalera oculta, quizás de mano o desplegable insertada en alguna parte.

Nos dirigimos a la excavación.

—¿Has recibido el correo electrónico que te he enviado? ¿Has activado el correo que se te ha asignado? —me pregunta durante el trayecto.

—Sí, lo he hecho, pero no recuerdo haber recibido nada —le digo mientras consulto mi móvil.

—Solo se trata de una nueva normativa de confidencialidad, una más de las muchas que hemos firmado.

—¡Ajá! —le digo cuando lo localizo. Pero no es ese correo el que hace que me detenga y suelte un suspiro que no le pasa desapercibido.

Esta vez ese maldito acosador se comunica conmigo por correo electrónico. Ya lo había hecho otras veces, pero hacía tiempo que utilizaba los mensajes directos.

El arqueólogo se detiene y me mira, seguramente con curiosidad.

Yo me olvido del mundo y abro el correo con temor.

Querida Ginevra,
¿Recibiste el recado de la señora Megan Tulliver?
Seguro que sí.
¿Y qué me dices de esa sonrisa que le has regalado hoy al señor Dylan Myers?
Me ha roto el corazón.

El corazón está a punto de atravesarme el pecho. Siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

—¿Estás bien? —me pregunta el arqueólogo con preocupación.

—Lo estoy —le digo mientras soy consciente de la situación que se ha creado y hago un esfuerzo por recuperar el control.

Reanudo el paso con dificultad mientras lucho por recuperar el control.

Antes de entrar en la excavación le reenvío el mensaje a Denzel. No quiero preocuparlo, pero esta vez puede que al tratarse de un correo electrónico pueda averiguar algo más, aunque no tengo mucha esperanza.

No quiero vivir con esto.

Es miedo lo que siento, en estado puro. No lo quiero de nuevo en mi vida.

Tengo que hacer algo.

Capítulo 39

Ginevra

«¡Menuda tarde!», digo en voz alta mientras tengo dificultad para poner mi coche en marcha. Le ha costado arrancar y el sonido que ha emitido no me ha gustado, pero parece que se ha solucionado.

Suelto un suspiro de alivio que me reconforta y salgo del recinto casi una hora más tarde de lo habitual; el mismo tiempo que he dedicado a visitar las excavaciones.

Me he disculpado con Logan, pero no parece haberse molestado. Al contrario, me ha animado a que me marchara a la hora habitual e incluso ha bromeado diciendo que soy una privilegiada por poder deambular por la excavación.

—A pocos le permiten hacerlo, mucho menos guiados por Myers.

Myers…

La verdad es que las palabras que me ha dedicado en su despacho me han animado. Puede que tuviera razón y estuviera trabajando con algo de inseguridad. Después de confesarle a Logan que desconocía cómo se había tramado mi contratación, me sentí mejor, pero seguía sintiendo una sensación incómoda a la hora de trabajar. Y el arqueólogo arrogante se ha encargado de hacerla desaparecer.

Sus palabras y la visita me han llegado en forma de energía y han hecho que la última parte de la tarde en la sala del trono se convirtiera en un hervidero de ideas revoloteando por mi cabeza. También la disculpa de esa chica, Rachel, la que no es novia del arqueólogo. Parecía sincera, pero hay algo en ella que no me acaba de gustar.

Mientras me dirijo al puerto, decido desviarme hacia el centro de Yarmouth para hacer una pequeña compra en el supermercado. El único que permanece abierto una hora más tarde de lo habitual. Hoy quiero preparar alguna cena diferente, más nutritiva, más elaborada. Quiero mantener mi mente ocupada y… en cierto modo, premiar al arqueólogo por el regalo histórico que me ha hecho.

Ha sido toda una lección de historia. Su entusiasmo me ha arrastrado a un mundo subterráneo y olvidado también, a uno que apenas imaginaba. Es como si hubiese estado recorriendo una dimensión secreta del castillo Ravensholt.

Cuando hemos llegado a la zona de excavaciones, el panorama que se desplegaba ante mí era impresionante. Había varios equipos trabajando en distintos puntos del terreno, a lo largo de las siete excavaciones abiertas. Unos trabajaban directamente sobre la tierra, otros catalogaban objetos sobre una amplia mesa de madera rectangular; otros estaban concentrados en fotografiar…

Era un escenario caótico para mis ojos, pero todo el mundo parecía saber muy bien lo que tenía que hacer.

El arqueólogo, Dylan, para la mayoría que se dirigía a él, me ha ido explicando cada sección.

Me han llamado la atención algunos objetos pertenecientes a los siglos XIII y XIV, como pequeñas monedas desgastadas y botones de latón. Objetos posteriores al reinado de Juan I, el periodo que estoy trabajando en el castillo.

Cuando mi compañero de barco y jefe de la expedición, ha observado mi interés por algunos objetos, me ha informado, muy a mi pesar, que nunca llegarán a las manos de mi departamento para formar parte de la ambientación del castillo. Al parecer, se va a habilitar una sala para exponer todos los objetos hallados en las excavaciones. La exposición mostrará, a través de ellos, las diferentes épocas que ha vivido el castillo: desde sus inicios hasta sus últimos ocupantes.

Nada más entrar en Yarmouth, escucho un ruido extraño al cambiar de marcha. El coche hace alguna que otra convulsión y noto la dirección más rígida. Aunque no se detiene, algo no va bien.

Me detengo al final de una calle antes de dirigirme al supermercado, y decido comprobar qué está ocurriendo.

No entiendo nada de mecánica, pero sí el amable señor de mediana edad y su espabilado nieto que, tras observarme desde la casa de enfrente, me han sugerido que me dirija cuanto antes al taller del señor Pitmenbull, el artista mecánico de Yarmouth, y el único… La otra opción, dado que Yarmouth solo cuenta con unos mil habitantes, está en Newport, a unas seis millas: demasiado para que mi coche las recorra.

Tres cuartos de hora después, no me puedo quejar, mi coche se ha quedado en las instalaciones del mecánico y el taxi, que también ellos se han encargado de llamar, me ha llevado hasta el puerto.

De camino a la casa barco, me he entretenido a contarle mi odisea a Megan, y lo he hecho de forma tan animada que la he hecho reír a carcajadas.

No he podido hacer la compra planeada, así que tendré que improvisar con lo poco que hay en el frigorífico. Otro sándwich u otra ensalada va a ser insoportable para mi estómago.

Cuando me acerco al barco es cuando empiezo a sentir el peso del correo electrónico que hoy he recibido. He intentado por todos los medios apartarlo de mi cabeza y no permitir que me impida seguir con lo que estaba haciendo durante la tarde en el castillo, pero ahora es distinto.

Al no tener coche, no puedo comprobar si el arqueólogo ha llegado: no puedo saber si su coche está aparcado donde lo hacemos siempre.

La casa está iluminada en el exterior, pero siempre suele estar así cuando anochece: es un sistema automático.

Entro despacio. Las tres lámparas del salón tampoco me dan ninguna pista de si mi compañero está en el interior, pero creo que estoy sola.

Cuando lo confirmo es cuando más inquieta me siento.

No puedo vivir así.

Le envío un mensaje a Denzel para anunciarle que estoy en casa y le pregunto si ha averiguado algo.

Tarda dos minutos en llamarme.

—Ginevra, esta vez tengo algo para ti —me suelta nada más descolgar. Él es así. Suele ir al

grano.

—Dispara —le digo sintiendo que estoy empezando a temblar.

—Solo ha cometido un pequeño error de cifrado, muy pequeño, pero nos ha permitido a mí y a John —Se refiere a su compañero y amigo— deducir que ese mail se ha enviado desde la isla. Pero no puedo precisar más. La isla no es muy grande, pero está ahí, Ginevra.

Se me cae el techo del barco encima en cuanto escucho esas palabras.

—Eso me preocupa más, Ginevra —continúa diciendo—. Ese tío está ahí, joder. Te sigue a todas partes.

—Eso es lo que intenta decirme, está claro. Pero… ¿Cómo me va a seguir a todas partes, Denzel? En Manchester tenía un sentido, pero venir hasta aquí…

—En Manchester y en todas partes. Cuando salías de Manchester también lo sabía, ¿no te acuerdas?

—Y en el aeropuerto, y en Londres… Tienes razón.

Me estoy angustiando cada vez más.

—Ginevra, tenemos que hacer algo. Supongo que sigues negándote a hablar con el hermano de Alexander. Él te dijo que si seguías teniendo problemas, lo intentaría.

—También me dijo que era muy complicado y me aconsejó no estar sola. Solo serviría para que mi hermana se entere de todo y no quiero volver a vivir lo mismo. ¿No recuerdas lo que pasó? Me hicieron la vida imposible durante aquellos meses. Solo les faltó ponerme un guardaespaldas.

—Si es necesario…

—Denzel, denunciaré, es todo lo que puedo hacer.

—Al menos no estés sola.

—No lo estoy.

—¿El tío con el que compartes casa cuenta para afirmar que no estás sola?

—Ya te dije que todo ha cambiado y nos llevamos bien.

—¿Se lo has contado?

—No, claro que no. Pero tenemos mejor relación. En el trabajo me ha animado mucho.

Le hago un breve resumen de los cambios de mi relación con él.

—Bueno, al menos me tranquilizas un poco. No se parece mucho a lo que vivisteis los primeros días.

—Denunciaré, ¿de acuerdo?

—Siempre dices lo mismo.

—Denzel, sabes perfectamente que no servirá para nada. Precisamente tú sabes mejor que nadie que ese tipo de denuncias cuesta investigarlas, y que ese tío sabe lo que hace para no dejar rastro. Joder, tú y tus amigos no habéis podido… —le digo en un tono alto, casi al borde del llanto.

—¡Eh! Lo siento, Ginevra, no quiero verte así. Lo sé, sé que las denuncias no sirven para mucho, pero es mejor que no hacer nada. Ese mail me ha dado esperanza. John se lo ha tomado como un reto y me ha dicho que va a trabajar en ello. Le voy a pasar toda la información. Él está especializado en ciberseguridad.

—Gracias, Denzel.

—Ginevra, si hace falta me voy a la isla, ya te lo dije.

—Ni hablar. Tú tienes tu vida. Ven a visitarme cuando quieras, estoy deseando que lo hagas, pero no vas a cambiar tu vida por esto.

—Conoces la flexibilidad de mi trabajo, puedo desplazarme sin ningún problema.

—Denzel, esa no es la solución. No voy a permitir que cambies tu vida por ese loco.

—Ginevra, ese loco se está acercando demasiado.

—Lo sé, pero no vas a cambiar tu vida durante unos meses por ello. Además, ni siquiera sé el tiempo que voy a estar aquí. Puede que sean dos meses, quizás tres, o incluso más. Logan hoy me ha hablado de que se está planteando la posibilidad de restaurar un ala antigua que se había descartado en el proyecto inicial.

—¿Te ha ofrecido trabajar en ella?

—No, pero la manera en que lo ha expresado me ha dejado entrever que, si mi trabajo aquí resulta satisfactorio, no iniciarán una nueva rueda de candidaturas, sino que contarán con el personal actual. En cualquier caso, si existe la posibilidad, lucharé por ella. Me gusta este trabajo.

—Eso sería fantástico, Ginevra. Ese es tu sueño y espero que no se limite a tu trabajo actual, sino que se te abra otra puerta y puedas dedicarte a ello.

—Eso es lo que deseo, Denzel, y no puedo parar mi vida por ese loco.

—Pero tomar precauciones no es parar tu vida. Debes denunciar y, mientras se averigua algo más, aunque haya pocas posibilidades, puedes plantearte la posibilidad de que me traslade allí. No me importaría, créeme. Al menos, piénsatelo.

—No hay nada que pensar —le digo en un tono más relajado y cómico—. Además, no vivo sola, ¿recuerdas?

—¿No hay sitio para mí? Seguro que tu compañero está encantado de no tener que aguantarte solo. Siempre es mejor compartir las penas. Además, estoy dispuesto a vivir en una de esas pocilgas que visitaste.

—Créeme, no sabes lo que dices.

Nos echamos a reír y celebro que la conversación haya dado un giro. Necesito reírme con Denzel, no seguir hablando de ese loco.

Denzel bromea durante un rato sobre la posibilidad de vivir en la pocilga y me sigue haciendo reír. Mezcla situaciones imaginarias con otras ya vividas en el pasado, cuando vivíamos juntos en Manchester, en su apartamento, y consigue que me olvide de todo.

—¿Cuándo vendrás a verme?

—¿Por qué no vienes tú?

—Porque yo conozco Manchester perfectamente y tú no has estado nunca en la isla Wight.

—Mi viaje no sería turístico, así que recurre a otro argumento.

—¿Cuándo vendrás?

—Me habría gustado hacerlo el próximo fin de semana, pero lo veo complicado. Tengo que pasarlo en Liverpool: hay unas reuniones de trabajo.

—¿Lo ves? Estás ocupado, es lo normal; sin embargo, me propones vivir aquí.

Se echa a reír.

—Lo primero es lo primero.

Mientras me cuenta en qué consisten esas reuniones tan importantes, recibo un mensaje.

Se trata de ese infinito número.

No soy capaz de seguir con la conversación, pero tampoco quiero hablarle de ello a Denzel; no podría soportar volver a lo mismo.

¿Qué le ha pasado a tu coche?

Todo lo que te ocurre, me preocupa.

Miro a mi alrededor, como si pudiera encontrarse dentro de la casa.

—Ginevra… ¿me escuchas? —oigo decir a Denzel.

Pero es una voz lejana.

—¡Ginevra! ¿Pasa algo?

—Sí, te escucho, algo ha pasado con la línea… —Por fin, reacciono y decido mentirle.

—Me has dado un susto…

—No pasa nada, no seas paranoico —me esfuerzo por aparentar normalidad—. Solo se trata de la línea telefónica. Aquí en el puerto falla con frecuencia. Voy a colgarte, quiero hacer una cena nutritiva con lo poco que tengo en el frigorífico.

—¿Cena para uno o para dos?

—¿Te refieres a Dylan?

—¿Has dicho Dylan? —me pregunta soltando una carcajada que me sorprende. Es tan sonora que hasta tengo que apartar el teléfono del oído.

—¿Por qué te ríes?

—Ya no es el arqueólogo, ahora es Dylan —se echa a reír de nuevo.

Me uno a él. Estoy tan nerviosa que ni siquiera he sido consciente de ello.

—Ha sido un lapsus.

—A ti te gusta… —me suelta canturreando de forma infantil.

—¿Qué? Menuda estupidez —No puedo ocultar mi risa—. Conoces la historia perfectamente… Solo…

—Ya, ya… Creo que hay algo que no me estás contando —me interrumpe mientras sigue riendo.

Durante un rato no deja de bromear y consigue que se me olvide el dichoso mensaje.

—Todo se arreglará, Ginevra —me dice sentenciando la conversación, antes de colgar. Cuando ya se ha hartado de fastidiarme con el dichoso tema de «Dylan».

—Lo sé —le digo en un tono de resignación—. Lo denunciaré esta misma semana.

—No olvides que debes intentar no estar sola mucho tiempo y pensar en lo que te he propuesto. Cuando John averigüe algo, te lo contaré. Si vuelve a escribirte, me lo envías rápidamente para que se lo haga llegar a John. Toda información es poca.

Nos despedimos como si viviéramos separados por tres océanos sin la posibilidad de volver a vernos en cien años, pero ambos estamos afectados y nos echamos de menos. Sé que nuestros abrazos siempre han sido importantes para los dos. Denzel es como un hermano, como un amigo que me conoce mejor que yo misma. Lo único que no conoce es una parte de mi vida que… quiero olvidar. Esa no he sido capaz de compartirla con nadie, solo ellas la conocen y nunca hablamos de ello.

Capítulo 40

Dylan

El sábado no parece tener fin. Las horas transcurren más lentas de lo habitual. Nunca antes había tenido esta sensación. Me gusta trabajar el sábado, hay menos personal en el recinto y se respira una calma que otros días no es posible. Sin embargo, hoy no dejo de mirar el reloj a pesar de no haber habido ningún contratiempo. Claro que, se ha alargado más de lo habitual, hace dos horas que debería haber salido.

Si fuera sincero conmigo mismo me diría que el motivo de esta batalla con el tiempo se debe a Ginevra, pero como no lo soy, voy a evitar que me pase por la cabeza.

Tampoco me voy a decir que estoy disfrutando de su compañía. Eso jamás lo haría.

Como ayer por la noche… Cuando me encontré, que ella había preparado una cena y estaba dispuesta a compartirla conmigo. No es la primera vez que ocurre estos días, pero sí es la primera vez que compartimos la mesa al mismo tiempo. Y también que no se trataba de una variedad de sándwich o de ensalada.

Preparó algo… que no tiene nombre, que surgió de la improvisación y de la escasez de recursos en el frigorífico, pero comestible. Una mezcla de patatas, atún enlatado, especias orientales y mermeladas de diferentes tipos. Y algún que otro ingrediente que no me atreví a preguntar.

Cenamos bien.

Cenamos cómodos.

Cenamos sin dejar de hablar.

Me pidió que siguiera hablándole de la excavación y lo hice. Acabé por confesarle mis intenciones al taladrar una de las excavaciones más preciadas por mí, la única que ella no conoce.

—Estamos taladrando en busca de una o varias cámaras ocultas. Creemos que podrían encontrarse bajo unos pocos metros de tierra y piedra —le confesé orgulloso de tener toda su atención—. Hemos detectado espacios vacíos justo debajo de lo que fue la base de una de las torres, la más antigua; probablemente de una época anterior a la normanda. Podrían ser estructuras de los primeros habitantes del castillo construidas como recurso defensivo en caso de ataque. Eso ampliaría nuestro conocimiento sobre el castillo y su conexión con la isla.

El resto de la velada trascurrió entre un debate entre civilizaciones y posibles hallazgos.

Me sorprendió su conocimiento de historia y también de las arquitecturas propias de edificios históricos sin límite de época.

A pesar de habernos sumergido en la conversación y haber terminado con una botella de vino, me sorprendió su actitud con el móvil. No sé si esperaba alguna llamada o algún mensaje importante, pero lo estuvo mirando de reojo en muchas ocasiones.

Cuando por fin recibió un mensaje, o eso interpreté por el tipo de sonido, me miró fijamente, escribió algo rápido y me aclaró que se trataba de una amiga.

No sabría explicar qué ocurría, pero la notaba inquieta, como si estuviera esperando noticias importantes. Por momentos parecía completamente sumergida en el tema del que estábamos tratando, y por momentos parecía tan ausente que no sabía si me estaba escuchando o no. Incluso se sobresaltaba con cualquier sonido que provenía del puerto, como algún tintineo de cadenas, algunos pasos sobre la pasarela exterior…

Puede que no esté acostumbrada, pero su forma de sobresaltarse me llamó la atención.

No es la primera vez. Incluso ayer por la tarde, antes de mostrarle la excavación, su móvil también debió darle alguna información que la hizo palidecer.

Desde que la conozco, he observado algún comportamiento extraño, que aparece de repente, y la hace estar ausente o reaccionar de forma extraña: desaparecer con prisas, respirar de forma agitada.

Sigo pensando que hay algo extraño en su comportamiento, pero no consigo saber a qué se debe.

Puede que simplemente sea rara…

Rachel está a punto de interrumpirme, lo presiento. Se dirige hacia mí a paso ligero. Espero que no se trate de ninguna complicación. Claro que, tampoco me gustaría que se tratara de una conversación cordial. Sigo molesto con ella por lo que me ha contado Logan. Ella debe intuirlo porque desde ayer no me ha mencionado ni un solo tema que no sea estrictamente relacionado con el trabajo.

—Creo que es el momento de aclarar lo que sea que te pase. ¿O te vas a marchar sin decir adiós? —me dice en una actitud algo desafiante para mi gusto.

—Rachel, estoy cansado, quiero marcharme a casa. Ya hablaremos en otro momento.

—Pero… ¿Qué te pasa? Me pediste que me disculpara con la nueva y lo he hecho.

Sé que esta conversación podría alargarse demasiado, y sé que Rachel no se va a conformar con una respuesta. Va a seguir dándole vueltas a todo y, por supuesto, acabará saliendo Logan en algún momento.

Abro la puerta de mi coche.

—Debe haber alguna persona en el recinto que todavía no sabe que Ginevra es mi compañera de casa. Ve a contárselo como has hecho con todos los demás o… márchate y aprovecha la tarde del sábado; todo el mundo se ha marchado ya. Ya seguirás el lunes contándole mi vida a todo el mundo.

Palidece y abre la boca.

—¿Creías que no me iba a enterar? —continúo—. En adelante, cuenta tu vida, no la mía, a mí, ni me menciones. Te estoy hablando muy en serio. No traspases esa línea, Rachel.

Me meto en el coche rápidamente y su voz se convierte en un murmullo exterior.

Salgo a toda prisa del recinto, molesto por tener que llegar a este tipo de situaciones.

Podría haberle dado la oportunidad de hablar o de defenderse, pero no tengo ninguna duda de que es verdad lo que me contó Logan. Yo mismo lo he comprobado. Una persona del equipo

de construcción, con la que tengo una muy buena relación, me lo ha comentado entre risas: «Nos ha dicho Rachel que tu compañera de casa es muy guapa». También me ha llegado de forma más discreta, bajo la advertencia de un miembro de mi propio equipo que también lo escuchó por boca de Rachel en un descanso para almorzar. Exactamente como lo describió Logan.

No tengo que ocultar con quién vivo o dejo de vivir. En el recinto hay muchas personas que comparten apartamento, albergue o hasta casa y es algo natural comentarlo. Pero las intenciones de Rachel eran alimentar los cotilleos que tanto le gustan y eso no se lo voy a permitir.

Aparco el coche en el recinto portuario y descubro que el coche de Ginevra no se encuentra en la plaza asignada.

¿Por qué me siento tan decepcionado?

Es evidente que tenía ganas de llegar a casa para verla, por mucho que quiera negármelo.

Resoplo varias veces y atravieso la pasarela sabiendo que me espera una tarde aburrida.

¿Dónde habrá ido?

No me gusta lo que me está ocurriendo. No me gusta nada.

Mi móvil interrumpe mis «profundas» reflexiones.

Se trata de un teléfono que no conozco. No está entre mis contactos.

Antes de entrar en el barco, decido contestar.

—¿Dylan? Si mi hermana está cerca de ti, no menciones mi nombre. ¿Puedes hablar?

Me quedo clavado al suelo cuando entiendo que la que me está llamando es Kenna, la mujer de Alexander y… la hermana de Ginevra.

Su voz parece angustiada.

Capítulo 41

Ginevra

Estoy intentando buscar algo que me entretenga, pero creo que las ideas ya se me han agotado.

En lo que va de día, he dedicado un tiempo a limpiar algunos rincones del barco, a diseñar unos bocetos para la sala del trono, a hacer la compra en el supermercado de Yarmouth, a cocinar una sopa para la cena y a hablar con mi hermana y con mi abuela, que estaban juntas.

He logrado hacer la compra gracias a la paciencia de esperar la llegada del taxi, aunque solo me ha llevado desde el puerto hasta el supermercado. Megan, que también se encontraba allí, se ha ofrecido a traerme de vuelta. Ella vive en el puerto, pero en la última sección, donde termina la línea de casas flotantes y comienzan las viviendas fijas.

Me desespera no tener coche. Aquí no es fácil moverse sin él. Hoy habría aprovechado para conocer mejor Yarmouth, que apenas lo he visitado en los doce días que llevo en la isla. Y también otros rincones que me llaman la atención. Pero el dueño del taller me ha dicho que estaré cinco días sin coche. Cinco.

No sé cómo lo voy a hacer. Y hasta el lunes no puedo conseguir uno de alquiler…

Ya lo pensaré mañana. Hoy he tenido bastante con mantener mi mente ocupada para no acordarme de los mensajes.

Sé que debo hacer algo, pero me paraliza pensar en ello y me llena de frustración.

Denzel tiene razón, debo denunciar, pero tengo que acudir a Newport para hacerlo, así que tendré que esperar a tener coche. No creo que tres días más cambien algo en esta historia.

¿Dónde se ha metido el arqueólogo? Ayer tuvimos una velada muy agradable, pero yo seguía un poco afectada por el asunto de los mensajes.

Lindsay también se interpuso en nuestra conversación y le dije que la llamaría más tarde. Lo hice antes de irme a dormir, aprovechando que el arqueólogo decidió permanecer un rato más en la terraza, donde nos habíamos tomado unas copas de vino después de la cena al tiempo que charlábamos de trabajo y más trabajo.

No sé por qué la llamé. Cada vez que hablo con ella siento el mismo sabor amargo al terminar. Me alegro de que se esté recuperando, aunque creo que son más palabras que hechos.

También me siento mal por estar atenta a todo lo que pueda decir sobre el arqueólogo: es un juego sucio. Por un lado, estoy siendo demasiado falsa, por otro, me preocupa que me interesen los detalles de la personalidad del arqueólogo.

Ayer solo me confesó que echaba de menos su desorden, de nuevo. ¿A qué desorden se referirá?

A mí me parece ordenado. Claro que, a mi lado, cualquiera pude parecerlo.

Se me ocurre entrar en su dormitorio para comprobarlo. Desde el primer día que entré en esta casa no he vuelto a hacerlo, aunque confieso que… ayer, solo durante unos segundos, solo unos segundos, soñé algo relacionado con su dormitorio y con él…

¡No me puedo creer que soñara con él desnudo!

Debe ser por la imagen de aquel día en la ducha. Todavía mi subconsciente se ha negado a borrarla.

Una cosa es que tengamos buena relación, como buenos compañeros y otra… pensar en él de esa manera. ¡Qué locura es esa! Si ni siquiera me caía bien hace unos días. Me hizo la vida muy difícil los primeros días en la isla, y también se la jodió a la pobre Lindsay, aunque apenas la conozca.

No me parece un tío muy legal.

Entro sigilosamente en su dormitorio esperando que no aparezca justo en este momento.

«Solo es curiosidad», me obligo a decir en voz alta para justificar mi presencia aquí.

La fotografía que vi el primer día ha desaparecido. Ya no reposa sobre la estantería.

¡Qué interesante!

El resto de la estancia no contiene nada que llame mi atención. Está ordenado: solo hay unos pantalones vaqueros sobre una silla. Es lo único que hay fuera de lugar.

Abro los armarios pensando que puedo encontrarme una montaña de ropa y objetos, pero todo está ordenado. Los cajones… también.

Siento escalofríos cuando encuentro una caja de preservativos en una de las mesitas de noche: sé que ahora me va a costar detener mi mente. Pero me equivoco.

Al salir del dormitorio, me llama la atención la columna de la esquina. No puede tratarse de un pilar, no tiene sentido.

Es rectangular y está decorada con colores vivos, pero es la forma en que resta espacio a la estancia innecesariamente la que me llama la atención.

Mi mente de arquitecto me dice que ese elemento está fuera de lugar. Ni siquiera tiene una función decorativa.

Me viene a la mente la buhardilla, así que sigo observando hasta que deduzco que justo al otro lado de la pared debe estar la solución al gran enigma.

¿Cómo no se me había ocurrido buscar hoy la buhardilla? Con todo el tiempo que he tenido libre…

Salgo rápidamente del dormitorio y calculo la altura del hueco al otro lado de la pared. Me encuentro que hay dos armarios con puertas correderas, los dos destinados a utensilios y herramientas del barco. Miro a mi alrededor, no hay muchas posibilidades, es un espacio pequeño. Tiene que estar aquí.

Hay un ángulo que no me acaba de convencer. No logro identificar el hueco de la columna…

Sé que los armarios tienen la respuesta…

¿Quién coloca un acceso a una buhardilla dentro de un armario? ¿Qué hay en la buhardilla, lingotes de oro?

Claro que tratándose de Alexander…

Uno de los armarios está ligeramente desproporcionado en la esquina. Esquina que contiene un panel falso y una rejilla falsa.

Sonrío. He visto antes este tipo de rejilla.

Presiono sobre la parte inferior, disimulada por una de las rendijas, y el panel se abre hacia dentro mostrando un hueco estrecho.

Entro despacio, pulso el interruptor, y no solo se ilumina vagamente el pequeño espacio, sino que el sonido de un pequeño motor me anuncia que hay una escalera desplegándose por la pared.

El acceso a la buhardilla.

Muy ingenioso, muy propio de Alexander.

Parece segura. Miro hacia arriba y veo la trampilla que, sin lugar a dudas, dará acceso al interior de la buhardilla. Subo despacio, con cautela, pero compruebo que los peldaños son firmes. Me siento orgullosa y sonrío triunfante por mi hallazgo.

Debo entrar ligeramente inclinada para no golpearme con el techo. Solo la parte donde hace agua la buhardilla permite estar completamente estirado. Alguien muy alto tendría dificultades.

La buhardilla está iluminada por una ventana de techo que deja entrar luz natural, filtrada a través de una cortina de color claro. El suelo, formado por paneles de madera oscura, muestra una amplia esterilla de yoga rodeada de alfombras de diferentes colores. Es una sala acogedora, destinada a la meditación, a juzgar por todos los cojines y velas que contiene en los diferentes rincones.

El perímetro está cubierto de pequeñas macetas de cerámica que contienen plantas artificiales que imitan a la perfección la lavanda y el romero.

Me acerco a una de ellas y me invaden los recuerdos de mi abuela escocesa y de todo lo que me enseñó sobre hierbas y plantas.

Siento cierta nostalgia que no quiero sentir y sacudo mi cabeza para olvidarme de ello.

En un lateral hay estanterías repletas de libros gastados sobre meditación y técnicas de yoga. Y en otro lateral, una mesa en la que descansa un amplio kit de utensilios para té.

Me recuerda también a aquellos atardeceres de Escocia…

Siento escalofríos de todos los recuerdos que este lugar me está despertando y decido salir.

Antes de bajar, escucho la voz del arqueólogo. Está hablando con alguien. ¿Será a través del teléfono o está acompañado?

No puedo verlo, pero puedo calcular por su voz su trayectoria.

Quizás se dé cuenta de que la puerta del armario empotrado está corrida…

Espero.

Nada.

Su voz se aleja, calculo que hacia su dormitorio. No dice nada. No parece que esté acompañado. ¿Habrá colgado?

¿Me descubrirá?

Me siento emocionada, como una niña. Estoy deseando de que descubra que he ganado el reto.

Silencio.

De repente, su voz es más nítida. Está en el salón, muy cerca de donde me encuentro. Bajo con cuidado por la escalera. Sigue hablando con alguien, pero él apenas pronuncia alguna que otra afirmación.

Espero a que termine su conversación. Quiero darle una sorpresa y que me vea encaramada en estos peldaños.

—Kenna, no sabes cuánto siento lo que me estás contando. No te preocupes, te lo vuelvo a decir, claro que lo entiendo —le escucho con claridad.

¿Kenna?

Vaya, está hablando con alguien que se llama como mi hermana…

—No, te aseguro que ella no me ha contado nada. No, claro que te entiendo. Puedes estar tranquila. No, claro que no.

No sé con quién habla, pero hay algo que me está empezando a inquietar. Hay una alarma que empieza a sonar en mi cabeza.

Bajo el último escalón para escuchar mejor y me olvido de la sorpresa. Algo me dice que la que se va a llevar una soy yo.

La alarma sigue sonando en mi cabeza.

Agudizo el oído, aunque no es necesario: su voz es clara y nítida. No sabe que estoy cerca, lo presiento.

—Ginevra no me ha dicho nada, Kenna. No, yo… no sabía nada y no he notado nada raro, pero es que nosotros… digamos que no hablamos demasiado sobre nosotros; solo hace unos días que nos conocemos, ¿me entiendes?

La alarma me estalla en la cabeza.

Estoy a punto de desmayarme. Se trata de mi hermana, es ella. ¿Cuántas Kenna y Ginevra conoce él? ¿De qué coño están hablando? ¿Mi hermana y el arqueólogo? ¿Quién ha llamado a quién?

—Es normal que estés preocupada —Una pausa—. Yo… lo ignoraba. Alexander no me dijo nada —Otra pausa—. Claro, me parece un tema muy serio, no tienes que insistir en ello —Otra más—. Estoy muy sorprendido —Y otra más—. ¿No lo ha denunciado?

No puedo saber lo que le está diciendo ella, pero… ¿Denunciado?

Ahora solo escucho silencio. Quien quiera que esté al otro lado del teléfono le está contando algo que se está alargando. ¿Por qué dudo? ¡Es Kenna!

—Ginevra es tu hermana, es normal que pienses de ese modo. Yo… haré lo que pueda, claro está.

Ya no hay dudas.

Me gustaría seguir escuchando, pero me siento mareada. No soy capaz de pensar con claridad. Mi cabeza va demasiado deprisa. No quiero creerme lo que me ha cruzado por la mente… No tiene sentido. ¿Preocupada? ¿Denunciado?

Camino lentamente hacia él, ya no puedo permanecer más tiempo escondida. Quiero respuestas.

Tarda en reparar en mi presencia.

Palidece en cuanto me descubre. Estoy parada delante de él con una expresión congelada que no deja de observar.

—Tengo que colgarte —le dice a Kenna.

Ella debe insistirle en algo porque él se ve obligado a aclarárselo.

—Sí, ha llegado.

Nos miramos fijamente. Él baja la mirada y vuelve a alzarla varias veces.

No entiendo mi reacción, pero estoy clavada al suelo, como si estuviera flotando. Como si fuera a emprender el vuelo de un momento a otro. Mi cabeza está gastando tanta energía que no deja que el resto de mi cuerpo reaccione.

—¿Es mi hermana la que te ha llamado? —Le pregunto, por fin, con una voz calmada, casi adormecida.

Sigue mirándome.

—Creí que no estabas en casa. ¿Llevas mucho tiempo…?

—Suficiente para saber que hablabas con mi hermana, solo me queda saber de qué…

No me contesta, está sopesando las palabras.

—¿Te ha llamado ella? —le pregunto con mucha calma, aunque esta vez empiezo a sentir que la parálisis me empieza a abandonar.

—Sí.

No parece dispuesto a proporcionarme detalles. Solo necesitaba la confirmación de que se trataba de Kenna, de que ha sido ella la que ha llamado y… solo falta saber si lo que creo es real. Será el golpe definitivo.

—Sé que hablabais de mí…

—Sí, así es —me dice completamente derrotado.

—Dime qué te ha dicho, Dylan —le pido en un tono de súplica que hace que mire fijamente con una expresión distinta.

Estoy muy confundida, pero necesito escuchar la verdad; una verdad que intuyo, aunque espero equivocarme.

—Ginevra, tu hermana está preocupada por ti. Me ha contado el… problema que llevas sufriendo desde hace tiempo con alguien que se dedica a acosarte. Con mensajes.

Trago saliva. Necesito saber más; al fin y al cabo, ya no puede dolerme ni impactarme más. De momento, el corazón se ha instalado en mi garganta, pero puedo hablar todavía.

—¿Qué más?

—Ginevra…

—¿Qué más? —alzo ligeramente el tono de voz.

—Un amigo tuyo, no recuerdo su nombre, le ha contado que sigues recibiendo mensajes. Kenna me ha dicho que creía que eso ya había terminado… Está muy preocupada.

—¿Un amigo mío? —le pregunto sabiendo la respuesta.

—Eso ha dicho.

—¿Denzel?

—No estoy seguro, pero creo que ese es el nombre que ha mencionado.

—Ya…

Siento como si me hubieran partido por la mitad y me estuvieran preparando para hacerme dos pedazos más. ¿Cómo ha podido hacerme algo así?

—¿Qué tiene que ver eso contigo? —le pregunto con frialdad. Sé que es una forma de no derrumbarme.

—Quiere que esté al corriente, que… te eche una mano, te ayude si hace falta. Solo me ha pedido que esté pendiente de ti. No sé bien qué decirte, Ginevra… Es una situación extraña para mí. Pero lo que me ha contado me parece muy serio y…

—No digas nada más, por favor —le pido volviendo a la súplica.

Recupero mi móvil camino de mi dormitorio y llamo a mi hermana.

—Ginevra… —le oigo decir, pero no me detengo.

Capítulo 42

Dylan

Debería haber mantenido toda la conversación con Kenna fuera del barco. ¿En qué momento se me ha ocurrido entrar?

Lo he hecho con cautela, pero estaba tan seguro de que Ginevra no se encontraba en el interior, que me he confiado.

El hecho de que su coche no estuviera en el aparcamiento me ha despistado. ¿Dónde narices lo ha aparcado? No hay opciones, las plazas están asignadas. Alexander se encargó de que hubiera una más para Ginevra.

¿Dónde estaba? Aunque he entrado confiado, he recorrido toda la casa…

Si hubiera estado más pendiente, me habría dado cuenta de que su abrigo está colgado en la percha de la entrada, y de que el armario de la buhardilla está abierto…

Ahora lo entiendo todo.

Esta situación me desborda. Lo que me ha contado Kenna es terrible. Ahora entiendo muchas de sus actitudes y de sus reacciones con su teléfono móvil.

La puerta de su dormitorio está abierta. No sé si debo intentar acércarme a ella o esperar.

Me imagino cómo se siente, aunque no conozco la historia en profundidad. El tal Denzel estaba al corriente de esos mensajes y se lo ha contado a Kenna. Si lo ha hecho, debe ser porque considera que es alarmante. ¿Por qué Ginevra se lo ha ocultado a su hermana?

Las respuestas me empiezan a llegar cuando escucho su voz. Está hablando con alguien. Puedo escucharla perfectamente. No sé si ha dejado la puerta abierta para que así sea, o simplemente no se ha dado cuenta. Parecía estar en shock.

Siento que esto me está afectando mucho porque solo deseo entrar en su dormitorio y hablar con ella.

—Entonces, ¿por qué no me has llamado a mí? ¿En qué momento has creído que era una buena idea contarle mi vida a Dylan? —Hace una pausa. Su tono es cada vez más alto. No es una conversación muy pacífica—. No, escúchame tú, yo ya he escuchado bastante por hoy. Si no te lo he contado es porque no quería volver a vivir lo mismo que aquellos meses. Me sentía encerrada. Me llamabas a todas horas, me pedías explicaciones constantemente de dónde estaba, qué hacía, a qué hora llegaba…

»¿Crees que fue fácil? Entendía tu preocupación, pero sabes que discutimos mucho sobre ello. Incluso metiste a la abuela. Por eso no te he contado nada, por qué me niego a sentirme así de nuevo. ¿Qué pretendes contándoselo a Dylan? ¿Qué has hecho, pedirle que se convierta en mi guardaespaldas? ¿No teníais suficiente con pedirle que me consiguiera un trabajo en el castillo?

¿Ahora también queréis que se convierta en mi escolta? ¿Es que no ves que no puedes inmiscuirte en mi vida de esa forma, Kenna? Es mi vida, Kenna, mi puta vida.

Se me está encogiendo el corazón. ¡Dios mío! Cómo me está afectando escucharla…

Sé que Kenna está preocupada, pero entiendo perfectamente lo que Ginevra le está transmitiendo. No tengo ni idea de cómo es Kenna, hasta donde yo conozco, ellas tienen una buena relación, pero las palabras de Ginevra denotan una protección que no parece ser muy sana.

Ahora entiendo las palabras de Alexander cuando me pidió que la cuidara…

—Denzel lo sabía porque él no me atosigaba como tú y Alexander. Él me escucha, y ha intentado ayudarme, pero me ha dejado respirar. Pero no tenía ningún derecho a contártelo. Y si lo ha hecho, y a ti te ha conmocionado tanto, como dices, entonces deberías haberme llamado a mí. ¿Es que no te das cuenta, Kenna? Haré lo que considere que tengo que hacer, te agradezco tu preocupación, pero esto pienso solucionarlo a mi manera. Parece mentira que no comprendas, tú precisamente, que quiero huir de vivir como en una cárcel, que quiero huir del maldito miedo…

»¿Es que no tienes memoria? ¿Ya no recuerdas las veces que hemos hablado de libertad? No quiero que mi vida gire en torno al puto miedo, a sentirme encerrada, acorralada… —Hace una pausa y baja el tono de voz—. No quiero que llores, pero quiero que te mantengas al margen de esto. No vuelvas a meterte en mi vida así. Yo decido a quién le cuento mis miserias y a quién no, ¿lo comprendes? Y dile a Denzel, que se puede ir a la mierda de mi parte, no pienso molestarme en llamarlo ni siquiera.

Entiendo que ha colgado por el silencio que se ha creado.

Estoy sobrecogido, afectado por la historia y por su forma de hablar.

No sé qué debo hacer.

Me dirijo al salón. Necesito pensar con claridad.

Ginevra es una desconocida, pero a juzgar por lo afectado que estoy con todo esto, no lo parece.

Me late el corazón con fuerza y no dejo de recrear lo que Kenna me ha contado.

Alguien lleva más de un año enviándole mensajes de acoso. Sabe dónde está, cómo va vestida, qué hace, sus horarios… Y lo peor es que le ha dejado claro que está en la isla; eso es lo que me ha dicho.

Ginevra entra en el salón despacio y se detiene en la cocina. Parece un robot, como si estuviera impulsada por un mando a distancia.

Se llena un vaso de agua y se bebe la mitad.

Me mira por fin. Se apoya en la isla de la cocina y las lágrimas empiezan a descender por sus mejillas a toda velocidad.

No pienso, solo salgo corriendo a su encuentro y la abrazo.

Se deja abrazar. Se aferra a mi cuerpo con fuerza y hasta siento sus uñas clavadas en mi espalda.

Rompe a llorar de una forma que me atraviesa el alma.

La sujeto con más fuerza y la pego a mi cuerpo. Y ella se pega al mío como si estuviera a punto de caer por un precipicio.

Permanecemos abrazados tanto tiempo, mientras ella llora desconsoladamente, que sería incapaz de afirmar si te trata de unos minutos o unas semanas.

La impulso entre mis brazos. Se agarra a mi cuello y apoya en él su rostro. Siento la humedad de sus lágrimas y la llevo lentamente hasta el sillón, donde la dejo caer suavemente, como si fuera de cristal, y me siento a su lado. Acerco su cuerpo al mío y ella me abraza la cintura y se apoya en mi brazo.

Guardamos silencio.

Su llanto empieza a desaparecer.

Siento que ha nacido algo entre nosotros.

No sé qué, ni quiero saberlo.

Me asusta, pero quiero que deje de asustarme.

Me duele y me alivia.

Me vuelve a asustar.

Siento que un escalofrío me envuelve de forma salvaje. Y es el mismo que me envolvió en el aeropuerto, cuando entones solo era una simple imagen… una desconocida.

Capítulo 43

Ginevra

Creo que he perdido la noción del tiempo; no sabría decir cuánto tiempo llevo abrazada al arqueólogo ni cuántas lágrimas he derramado. Me escuecen los ojos.

Me ha invadido una especie de tormenta que ha arrasado con todo; cualquier intento por contenerme habría fracasado. En ese instante, no me importaba dónde estaba ni con quién; simplemente, he explotado.

Siento como si todo lo que he guardado en silencio durante mucho tiempo hoy encontrara su vía de escape.

Soy consciente de que estoy abrazada a él, que su calor me reconforta y que quiero seguir como estoy.

Ni siquiera quiero pensar en lo extraña que es esta situación.

Después de unos minutos más de silencio, siento el movimiento de su cuerpo. Se gira levemente, baja la cabeza y siento que busca mi mirada: está perdida en algún lugar que no sé precisar.

Yo me animo a alzar la cabeza y a encontrarme con sus ojos. Siguen produciéndome escalofríos, como la primera vez que los vi, pero esta vez están más cerca. Es lo más cerca que los he tenido.

Silencio y las miradas clavadas la una en la otra. No hay nada más.

No quiero hablar, no quiero contarle nada; ni contestar a sus preguntas, las que probablemente tendrá; ni separarme de él.

No quiero nada que no sea este abrazo y…

Sus labios. Sí, esos sí los quiero. Los mismos que se están acercando peligrosamente a los míos.

El movimiento es a cámara lenta. La distancia es pequeña, pero parece que se haya propuesto tardar un siglo en llegar hasta ellos.

Y disfruto de cada segundo y cada milímetro que avanza.

Y me recorre un escalofrío nuevo, más parecido a un cosquilleo, que parece no tener intenciones de abandonarme.

Y disfruto de lo que imagino que va a ocurrir. Y lo deseo con todas mis fuerzas, tanto que hasta me duele la espera; la dulce espera.

Y llega el contacto, suave, casi como una caricia. Sus labios abrazan mi labio superior y yo abro ligeramente la boca en señal de bienvenida.

Las descargas continúan. Pasan de un cosquilleo, de nuevo a un escalofrío. Desde la nuca hasta los pies. Y no se detiene. Aumenta de intensidad.

Un simple roce que me está haciendo desvariar.

Y el roce se convierte en caricia, y aumenta su sed.

Solo son unos labios, solo se están frotando, pero siento que he abandonado una dimensión para entrar en otra.

Se detiene. Tengo ganas de gritar. Ganas de cogerle la cara y recriminarle su crueldad.

Llega su voz.

—¿No es una locura? —me susurra sin dejar de mirarme, mientras me acaricia una mejilla con la mano que no me abraza.

—Una pequeña locura…

—Es que yo… estaba pensado en una gran locura… —me dice sin dejar de acariciarme la mejilla.

—Pues hazla —le animo sin siquiera pensar en lo que digo. La culpa la tiene el deseo, habla por mí.

—Después nos arrepentiremos…

—Eso será después.

Como si hubiera escuchado el pistoletazo de salida, se inclina sobre mí y cuando quiero darme cuenta, estoy en el aire, sujeta por sus brazos en mi cintura. Me deja caer lentamente y se detiene a la altura de su cintura, la que yo abrazo con mis piernas. Me lleva hasta la pared más próxima y me apoya de espaldas sobre ella.

—¿Cómo te gustan las locuras, Ginebra?

—De las que me pueda arrepentir mucho.

Sonríe, mostrando esos perfectos dientes que me recuerdan a las teclas de un piano.

Me besa de una forma distinta, dejando claro que compartimos el ansia, la prisa.

Los besos continúan, mientras me lleva hasta su dormitorio. Cruzamos el pasillo en llamas, mientras una de sus manos juega por debajo de mi falda.

Me deja caer en la cama. De pie, se empieza a desvestir.

Yo intento lo mismo, pero me detiene.

—Déjame a mí, no me prives de esto, por favor.

Me voy a desmayar. Esa voz, esas palabras… No voy a sobrevivir a esto.

Cumple con lo prometido. Él se ha desnudado en dos segundos y medio; a mí me dedica al menos cinco minutos.

Cada prenda que desaparece de mi cuerpo va acompañada por un roce que me hace estremecer, que me lleva a serpentear entre las sábanas.

Solo queda mi ropa interior. Se dedica a ella con tanto cuidado que creo que no voy a poder soportarlo. Me incorporo, me pongo de rodillas separándolo de mi cuerpo bruscamente y termino yo lo que él no parece dispuesto a terminar en un buen rato.

Se echa a reír, echando la cabeza hacia atrás y, mientras, observo su erección hipnotizada. Produce en mí el mismo efecto que sus ojos.

El arqueólogo me empuja hacia atrás y se dedica durante un par de placenteros siglos a recorrerme todo el cuerpo con la lengua, a mordisquear algunas zonas y a entrar dentro mí, que espero desesperada la invasión.

Se produce en medio de fuegos artificiales, o no artificiales, no lo sé. Pero es fuego, de eso estoy segura. Y no quema, de eso también.

Iniciamos un ritmo de movimientos que me llevan a sentir que el techo no está a dos metros de altura, sino solo a unos centímetros. Los motivos marítimos que lo adornan se me clavan en las pupilas. Puedo ver el ancla, la sirena y hasta el faro tan cerca que por un momento creo que

me los voy a tragar.

Los gemidos nos pertenecen a ambos, pero parecen guiados por un director de orquesta que nos va dando la orden de salida. Primero él, luego yo, después yo, después yo.

Y el grito final es en equipo. Ensordecedor, divino, de otro mundo. Caemos rendidos el uno al lado del otro, con dificultades para recuperar la respiración.

Los gemidos se van aparcando.

La respiración termina por ser controlada.

Silencio.

Él me pasa la mano por encima de los hombros y me acerca a su cuerpo.

Más silencio.

Observo la estantería donde antes descansaba la fotografía de Lindsay; ahora vacía.

Sí, esto es una locura.

Capítulo 44

Dylan

«De las que me pueda arrepentir mucho». Esas son las palabras que ha pronunciado cuando hemos hablado de locura. Y ese debe ser el motivo por el que se ha marchado del dormitorio sin decirme nada, separándose de mí de una forma más bien brusca.

Media hora después, sigo sin ser capaz de moverme, en la misma posición en la que ella me ha dejado, pero consciente de que el otro lado de la cama está vacío.

Yo no sé si estoy arrepentido o no, pero lo que no estoy es recuperado del *shock*. Si alguien hubiera entrado en el dormitorio hace una hora y nos hubiera interrumpido, creo que me habría vuelto loco. Me habría convertido en un animal salvaje defendiendo su territorio. La deseaba con tanta intensidad…

No logro explicármelo. Me sentía como si el mundo se fuera a acabar y me hubieran ofrecido la última oportunidad de disfrutar del sexo.

¡No! Esa podría ser una buena descripción de cómo me sentía, pero si estoy aquí tumbado, sin ser capaz de decir qué debo hacer a continuación, con mi cabeza desbordada de imágenes y pensamientos, es porque sé que no se trataba solo de sexo. No era eso lo que deseaba, sino a ella…

¿Una locura?

Solo puede ser eso, no encuentro otra explicación. Hace tan solo unos días, era impensable que esto pudiera ocurrir. Ginevra me atrajo en el aeropuerto, y no negaré que durante todos estos días he sentido cierta «sensación» cuando me miraba, como si mi mente quisiera recordarme continuamente aquel instante y lo que fui capaz de sentir con tan solo un contacto visual de unos segundos, pero… dejando a un lado esas sensaciones y ese recuerdo, he llegado a detestarla.

Los primeros días me volvía loco su actitud, sus cambios de humor, sus idas y venidas al baño; a pesar de que llegué a comprenderlo cuando ella me contó cómo se sentía al descubrir lo que me pidió Alexander. Pero no llegué a conectar con ella. Creí seriamente que algo no funcionaba bien en su cabeza.

Llegué a desear que se marchara, que me devolviera mi tranquilidad y mi preciada soledad en el barco, pero… me alegré cuando decidió quedarse, después de su frustrado intento por encontrar alojamiento.

Me doy cuenta de que son contradicciones.

Por momentos, quería perderla de vista; por momentos deseaba su compañía, o simplemente tenerla cerca.

Llegué a maldecir el momento en que Alexander la puso en mi camino. La culpé de mi enfrentamiento con Logan y del episodio con Tavistock, pero ahora todo eso me parece tan

lejano, como si se tratara de otra persona.

Tan pronto me he enfadado con ella, como la he comprendido. Ha sido un proceso corto, solo se ha producido en unos pocos días, solo hace once o doce días que ha llegado, pero tengo la sensación de que llevamos meses el uno en frente del otro.

Esta tarde, tras la llamada de Kenna, es como si algo se hubiera transformado de una forma tan rápida que no consigo explicarme. He visto su fragilidad y su fuerza. La he abrazado como nunca recuerdo haber abrazado a nadie, con el deseo casi doloroso de hacerle desaparecer eso que tanto le estaba doliendo.

Yo he deseado que me abracen de ese modo, solo una vez, pero nunca he sido yo el que ha necesitado abrazar a alguien con tanta ansia para consolarla.

Me llena de curiosidad todo lo que le ha dicho a su hermana. «Quiero huir de vivir en una cárcel». ¿Así se ha sentido?

Lo que me ha contado Kenna es más serio de lo que había creído en un principio, a pesar de haberme impresionado desde el primer momento. Tengo que hablar con ella de ese asunto, pero no sé cómo planteárselo.

¿Por qué se ha marchado tan bruscamente? ¿Se habrá arrepentido de lo que ha ocurrido?

Harto de divagar sobre ello, me levanto de la misma forma que lo ha hecho ella y me dirijo al baño a darme una ducha que acabe de devolverme a la realidad.

Solo necesito veinte minutos para estar listo.

La encuentro en la cocina, en un lado de la isla. Está removiendo algo dentro de una olla que no logro identificar.

Me sitúo al otro lado de la isla, frente a ella. Estoy perdido.

Lentamente va alzando la mirada.

—¿Ya te has arrepentido? —le pregunto apoyando las manos en la isla.

—Todavía no —contesta bajando de nuevo la mirada.

—Eso significa que antes o después lo harás.

—Eso significa que, de momento, no.

—Entonces ¿por qué te has marchado tan bruscamente?

—Porque odio profundamente esos silencios en los que no sé qué decir ni qué hacer.

—Hay muchas opciones.

—¿De verdad?

—Ahora mismo podemos hacer varias cosas. Podemos ignorarnos, como al principio. Podemos cruzarnos por la casa y no decirnos ni una sola palabra, o podemos seguir jugando a ver quién fastidia más a quién.

—¿Hay más opciones?

—¿Esas no te gustan?

—No me convencen.

—Podemos fingir que no ha pasado nada en el dormitorio y seguir donde lo habíamos dejado.

—Complicado.

—O sea que también quieres que sea fácil… ¡Veamos! Podemos romper el hielo y comentar lo que ha pasado dentro del dormitorio. Podemos halagarnos mutuamente, criticarnos, comentar los puntos débiles, los fuertes, analizarlo…

—Demasiado cutre.

—O sea que… tampoco tiene que ser cutre. Ni ignorarnos, ni fingir que no ha pasado nada,

ni comentar lo que ha pasado…

—Eso mismo. A ver si te ocurre algo mejor —me reta sonriendo.

—No te lo vas a creer, pero… se me ha ocurrido que quizás podríamos dejarnos llevar…

—Vaya, eres todo un genio, explorador.

—¿Qué tal si propones tú algo?

—Vale. Hablemos de mi sopa.

Me echo a reír y con ello consigo que sonría ella también, de una forma que me atraviesa por completo.

—¿Eso es sopa? —le digo acercándome a ella.

—¿Qué creías que era?

—Creía que estabas elaborando jabón o algo de ese estilo. Por la forma en que lo remueves…

Frunce el ceño y alza la cuchara, como si me quisiera atizar con ella. De nuevo me echo a reír.

—¿La has preparado ahora? —le pregunto volviendo a mostrarme serio, no quisiera ofenderla.

—Esta mañana. Comida escocesa. A fuego lento. ¿Has probado la comida tradicional escocesa, señor americano?

—No.

—Pues hoy puede cambiar tu vida. ¿Cenamos?

—Una pequeña descripción, me vendría bien, solo para no llevarme sorpresas.

—¿Quieres una descripción breve o la historia de la sopa?

—La versión completa. No quiero que te bloquees otra vez y no sepas qué decir.

Sonríe y menea la cabeza.

—Es una sopa que mi abuela Ealasaid, mi abuela escocesa, solía prepararnos a Kenna y a mí cuando éramos niñas. Es una versión del *cullen skink*. Lleva pescado, patatas, cebolla…

Observo el líquido denso, ligeramente opaco, con trozos de algo desmenuzado flotando y trago saliva.

—Dame una razón para que la pruebe…

—Porque me he esforzado en hacerla, porque está calentita, porque hoy me apetece hacerle un homenaje a mi abuela y porque es perfecta para después del sexo. Y… porque mi abuela decía que…

Se detiene. Es como si se hubiera dado cuenta de que estaba hablando de algo que no debía.

—¿Qué decía tu abuela?

—Que servía para combatir las malas energías. ¿Puedes llevar esos platos a la mesa?

—Sí, puedo llevarlos, pero… yo creo que aquí no hay malas energías… las hubo. Y en el dormitorio me ha parecido que había una energía… ¿Divina? No te la vayas a cargar ahora con la sopa.

Sonríe de nueve y me planta los dos platos en el pecho.

Tres minutos después, estamos sentados frente al plato de sopa caliente, intentando que la temperatura sea la adecuada para no abrasarnos la lengua.

—Hablemos de energías malas, Ginevra, de las de verdad, de las que… me ha hablado Kenna.

—Ahora no.

—Entonces podemos hablar de…

—¿De qué? —me interrumpe desafiante.

—De la buhardilla. ¿Ya las has descubierto?

—Ajá —contesta satisfecha. Parece que este tema le apetece más.

—¿Cómo la has descubierto?

—Observando. Entré en tu dormitorio.

—¿Para qué entraste?

—Para observar.

Niego con la cabeza y sonrío.

—Y el pilar, te dio una pista…

—No es un pilar, es una columna.

—¿Hay alguna diferencia? —la provoco.

—Una decora, el otro soporta.

—Como tú y yo…

Me lanza una servilleta y la cojo al vuelo riéndome.

—Es una columna, arquitecta, continúa…

—Observé y vi que había algo fuera de lugar —me dice satisfecha—. Seguí observando hasta llegar al otro lado de la pared y… ya sabes. El armario, la rejilla… La huella de Alexander estaba en ese invento; eso me ayudó a reconocerla.

Parece dispuesta a conversar. Cuando se ha levantado de la cama, temía que hubiéramos vuelto atrás, a aquellos tiempos en los que la tensión se podía cortar con un cuchillo… O, simplemente, a tratarnos como dos desconocidos, que es lo que somos. Temía que se creara una nueva distancia.

—¿Has llegado a subir a la buhardilla o solo la has descubierto?

—He subido. Es un bonito paraíso de meditación.

—Lo es.

—Tiene la huella de Elliot.

Se nota que lo conoce bien.

—¿Dónde está tu coche? —cambio de tema.

—Antes de contestarte, espero una felicitación por mi hallazgo, y una disculpa por haberme dejado caer que era un desastre de arquitecta.

—Enhorabuena, la has encontrado. ¿Dónde está tu coche?

—Falta la disculpa.

—No lo voy a hacer, nunca te dije nada ofensivo respecto a tu condición de arquitecta…

—En el taller mecánico de Yarmouth —me contesta dando por finalizado el tema. Me va a volver loco—. Ayer se ahogaba cuando volvía de Eldergrove y lo dejé allí.

—¿Se ahogaba? Eso es lo que me está ocurriendo a mí con la sopa.

Frunce el ceño y yo hago un esfuerzo por comer dos cucharadas más.

¡Dios mío! ¡Qué espantoso es este brebaje! Sabe a pescado crudo. Pero no se lo voy a decir. Si he podido comerme lo que cocina Logan, esto no es nada.

—El coche sufría convulsiones, el sonido del motor era ronco, el embrague no respondía…

—Justo lo que me va a pasar a mí si me acabo esto…

Por un momento, siento que se va a ofender, pero se echa a reír.

—Déjala, ya. A mí tampoco me gusta.

—¿Y por qué te la estabas comiendo?

—Por orgullo.

—Yo he sido mejor persona, lo he hecho por consideración, pero ya no puedo más. ¿Un

poco del sándwich de tres pisos que quedó ayer?

—Vale, acepto.

Me echo a reír por la forma en que retira el plato.

—¿Ya no podremos espantar los malos espíritus?

—Las malas energías…

—Vale… ¡Cómo te gusta corregir!

—Es que nadie ha hablado de espíritus.

—¿Qué es lo que tiene el coche? —le pregunto cambiando de tema—. ¿Te lo dijo el mecánico?

—Una enfermedad grave de cuyo nombre es difícil acordarse; una que requiere una nueva pieza y por mi parte mucha paciencia. No me pareció que una de las habilidades de ese hombre fuera la rapidez.

—Pero es muy bueno, lo conozco y es meticuloso con su trabajo. Pitmenbull es el padre de un miembro de mi equipo. Nos ha resuelto varios problemas mecánicos con alguna maquinaria de excavación.

—¿Cómo sabes en qué taller está?

—Solo hay un taller en Yarmouth…

—Sí, eso me han dicho —dice con resignación.

—Yo… no sabía que tu coche estaba en el taller cuando he entrado aquí, simplemente pensaba que no estabas…

Necesito hablar de ello y solo se me ha ocurrido plantearlo directamente, aprovechando el asunto del coche.

—¿Qué habría cambiado? Supongo que no me hubieras contado la conversación que has tenido con Kenna.

—Lo habría hecho de otra manera. Háblame de ello… Ya no es un secreto.

Guarda silencio. Sé que está decidiendo si hacerlo o no.

—¿Qué ocurre, Ginevra? Cuéntamelo.

—Ya lo ha hecho Kenna.

—Me interesa lo que tú me cuentes.

—¿Por qué?

—Porque es un tema importante, porque te he escuchado hablar con tu hermana, porque vives aquí, porque he visto como te rompías… Porque ahora me caes bien y me gustaría ayudarte, si puedo.

Guarda silencio. Se levanta y se dirige al sofá.

—Hablemos —me dice consiguiendo que respire aliviado.

Ese asunto no puede quedar al margen. Kenna estaba demasiado angustiada. ¿De qué otra forma me hubiera llamado directamente a mí, que nunca hemos hablado sin la presencia de Alexander? Tanto Kenna como ese amigo suyo, están preocupados por ella, muy preocupados.

Y ahora… yo también. Necesito conocer la historia con detalles.

Capítulo 45

Ginevra

No entiendo por qué tengo esta necesidad de contárselo. Es como si necesitara unos oídos distintos, unos que no sean los de mi hermana y los de Denzel.

No sé si es un buen momento para hablar de ello. Necesitaría poner en orden mi cabeza con todo lo que ha pasado en las últimas horas y en los últimos días. Pero no quiero separarme de él en este momento. Ni tampoco quiero pensar por qué.

Me ha ofrecido un licor dulce, que me parece espantoso y delicioso a la vez. Agradezco tener algo en la mano.

Se ha sentado frente a mí, en uno de los sillones pequeños que hay junto al sofá. Está ligeramente inclinado hacia mí, como si estuviera animándome a empezar mi relato.

—Todo comenzó hace un año aproximadamente. Me llegaban mensajes de un número muy largo; a veces lo hacía mediante un correo electrónico.

—¿Qué dice en esos mensajes?

—Siempre es más o menos lo mismo. Que me ha visto, que estoy muy guapa, que le gusta mi vestido. Siempre deja claro que ha estado cerca. Sabe dónde voy; a veces me ha descrito cómo voy vestida, o con quién me encuentro. Se encarga de recalcarlo para que me quede claro que está cerca de mí.

—¿Conservas los mensajes?

Asiento con la cabeza.

Me levanto lentamente y recupero mi móvil, que descansa en uno de los sillones más alejados.

No entiendo por qué en este preciso instante el arqueólogo me parece más atractivo que nunca. Está descalzo, y luce unos vaqueros oscuros y una camiseta de manga larga con dibujos abstractos y coloridos.

Le entrego mi móvil después de seleccionar el archivo que contiene los mensajes.

—Están todos en ese archivo —le digo mientras me recojo el cabello en un moño desenfadado—, excepto los últimos.

Los lee con atención. De vez en cuando me mira y alza las cejas.

—¿Con qué frecuencia recibes estos mensajes? —me pregunta mientras se levanta y sirve más licor para los dos.

—Uno o dos al mes. Ahora son más frecuentes.

Le explico la llamada que recibió Megan y le muestro los últimos mensajes.

—«¿Qué le ha pasado a tu coche? Todo lo que te ocurre, me preocupa» —lee en voz alta mientras siento que se me aflojan las piernas al escucharlo de nuevo—. ¿Por qué te pregunta qué

le ha pasado a tu coche? Es como si no lo supiera. Normalmente te deja claro todo lo que sabe.

—No lo sé —le contestó sorprendida de su observación—. También me envió un mail. ¿Recuerdas cuando me preguntaste si había activado el nuevo correo? Fue en ese momento. Ahí lo descubrí.

—Sí, lo recuerdo. Te confieso que me pareció extraña tu actitud.

Busco el mensaje y se lo muestro en la pantalla.

—Querida Ginevra, ¿recibiste el recado de la señora Megan Tulliver? Seguro que sí. ¿Y qué me dices de esa sonrisa que le has regalado hoy al señor Dylan Myers? Me has roto el corazón… —Lee de nuevo en voz alta—. ¿También me nombra a mí? ¿Y a Megan?

—Sí, es su forma de decirme que conoce lo que me rodea. Como habrás leído, en los primeros también nombra a mi hermana y a Denzel.

—Denzel es el que se ha chivado, ¿cierto?

—Sí.

—¿Por qué se ha chivado? ¿Conocía tus deseos de que Kenna no estuviera al corriente?

—Sí, lo sabe perfectamente. No sé por qué lo ha hecho, no tiene sentido. Él sabe que no quería que mi hermana se preocupara.

—A mí me ha dicho que tu amigo creía que no te lo estabas tomando en serio.

—¿Eso es lo que le ha dicho Denzel a Kenna? Parece mentira que él haya podido decir algo así. Sabe perfectamente que denuncié dos veces en Manchester, incluso sabe que hablé con el hermano de Alexander…

—Entonces… ¿Por qué lo ha hecho?

—No lo sé. Cada vez que hablamos de este tema, me pide que lo vuelva a denunciar o que vuelva a hablar con el hermano de Alexander. ¿Lo conoces?

—Sí, conozco a Frederick, es un buen tipo.

—Sí, lo es, pero él también me dijo que esto era muy complicado de rastrear. Además, él ya ni siquiera es policía.

—¿No quieres volver a denunciar?

—No tengo ninguna esperanza. En Manchester me dijeron que mi denuncia se sumaría a cientos más que reciben diariamente. Acoso, amenazas… La mayor parte es a través de las Redes Sociales, pero no todas. Están sobrecargados de denuncias por fraudes y no pueden seguir el rastro. Y Denzel también lo ha investigado.

Le cuento todo lo que sé a través de las investigaciones de Denzel. Le hablo de su profesión y de todo lo que ha hecho por investigar.

—Parece que ese cabrón sabe lo que hace…

—Sí, lo sabe. Sabe perfectamente cómo no dejar huella. Los mensajes no se pueden rastrear, y los correos están… encriptados o algo parecido. El hermano de Alexander me aconsejó que no estuviera sola y que intentaría averiguar algo, pero que era muy difícil. ¿Qué más puedo hacer? ¿Crees que no me lo tomo en serio? Claro que sí, yo soy la más afectada, pero no puedo detener mi vida por ello.

—¿Nunca has sospechado de alguien?

—De todo el mundo. Hubo una época en la que miraba a todos los que me rodeaban con recelo y me fijaba en lo que decían como si estuviera al acecho. Era horrible.

—Nadie puede tener tanto tiempo libre para seguirte a todas partes. Debe ser alguien de tu trabajo…

—No, los mensajes empezaron antes de entrar en el estudio.

—De otros trabajos.

—No, créeme. Cada mensaje que llegaba, según lo que decía, me hacía descartar a una persona u otra. Sospeché de un vecino de mi apartamento de Londres, pero lo descarté. Y de un compañero de trabajo que conocí en la facultad. De un vecino de mi abuela… y hasta de Denzel o de mi cuñado.

—¿De ellos?

—No, claro que no, es solo una forma de hablar. Pero hubo un momento en que todo el mundo me parecía sospechoso. Era una locura. En aquella época mantenía una relación con… alguien y… hasta creí que podría ser él.

—¿Y lo descartaste?

—Sí, descartado.

—¿Por qué se lo ocultas a tu hermana?

—Porque durante mucho tiempo me sentí muy agobiada, vigilada y controlada a todas horas. Desde que se lo consultamos a Frederick y me aconsejó que no estuviera sola, me sentí como si estuviera prisionera. No quiero eso en mi vida nunca más.

Mientras él todavía sostiene mi móvil en la mano, entra una llamada de Denzel.

Me apodero del móvil y descarto atender la llamada.

—¿No vas a hablar con él?

—Hoy no.

—Pues… algo tenemos que hacer, Ginevra.

—¿Tenemos?

—Ese cobarde también me ha mencionado a mí; ya formo parte de esto. Ahora trabajaremos en equipo.

De repente, me siento confundida, aturdida. Todo esto es demasiado para mí. Seguramente Kenna le ha pedido que no me deje sola ni un solo minuto.

Por un lado, me gustaría que fuera así. No puedo evitar sentirlo de esta manera, pero no quiero un guardaespaldas que tenga un compromiso con Alexander.

Esta situación es absurda. No tendría que haberse producido de ninguna de las maneras.

El arqueólogo al que tanto detestaba está delante de mí intentando formar equipo conmigo en la búsqueda de mi acosador, con una sonrisa de esas que ofreces a alguien cuando te da lástima…

Me siento agobiada y no puedo pensar con claridad.

—Necesito estar sola. Me voy a… dormir —le digo observando su sorpresa cuando me levanto bruscamente del sofá.

—¿Estás bien? —me pregunta sorprendido.

—Estoy bien, muy bien.

—¿Ya te has arrepentido? —me pregunta mientras me alejo, pero no soy capaz de contestarle.

Desaparezco camino de mi dormitorio. Me lanzo sobre la cama e intento pensar con claridad.

«No, no me he arrepentido», me digo contestando a su pregunta.

Las imágenes de su cuerpo sobre el mío impiden que sea capaz de pensar en otra cosa. Y son muchas las que tengo que ordenar…

Lo intento de nuevo, pero las imágenes vuelven a imponerse, dejándome claro quién tiene el control.

Me levanto temblando. Me desvisto y me visto con una camiseta de manga corta. Mi preferida para dormir. Es ajustada y suave: la adoro. Mientras lo hago, recuerdo el momento en el que él me ha desvestido.

En mi cabeza todo es un caos.

Las dichosas imágenes me atormentan.

Siento escalofríos.

Oigo sus pasos delante de la puerta, pero se alejan en dirección a… ¡La terraza! He reconocido el sonido chirriante de la puerta de acceso.

Espero.

Intento concentrarme. Intento pensar. Intento no pensar. Intento dormir.

Las palabras y las imágenes se suceden como diapositivas, sin orden.

La conversación con Kenna, la traición de Denzel, sus besos…

Sus caricias, los mensajes del acosador, su forma de tocarme…

Su forma de morderme, sus besos, el acosador, sus caricias, sus gemidos…

Doy un salto de la cama. Esto es como una tortura. Corro hasta la terraza.

Se sorprende al verme entrar y se levanta bruscamente de la silla en la que parecía haberse acomodado. Me recorre con la mirada. Soy consciente de mi escasez de ropa, pero me siento deseada y eso hace que me olvide de todo.

—Te he mentido en dos cosas.

Me mira confundido.

—¿En qué?

—La sopa no era para ahuyentar la mala energía, era para ahuyentar los miedos.

—¿No ha funcionado verdad?

—No.

—Y la otra mentira…

—Cuando te he dicho que estaba bien… No quiero estar sola esta noche.

Creo que es fuego lo que veo en su mirada, pero no puedo asegurarlo por la distancia que hay entre nosotros.

Se acerca a mí rápidamente y cuando quiero reaccionar, nuestros labios se juntan para no separarse en… ¿Horas? Quizás solo han sido unos segundos, pero yo habría jurado que se acercaba a una eternidad.

Con los labios desgastados, se separa de mí y me abraza la cintura por la espalda. Me envuelve con sus brazos mientras me sujeta las manos. Me guía lentamente hacia el final de la terraza. Nos detenemos frente al gran ventanal.

Desde aquí, el mar se extiende ante nosotros, y el reflejo de la luna sobre él parece que trace un pasillo para invitarnos a caminar.

Siento sus brazos abrazándome con fuerza, su respiración y el reguero de besos que ha iniciado en mi cuello.

Esto es… demasiado romántico.

Hace tiempo, me habría reído de una escena como esta. La habría tachado de empalagosa, pero hoy… hoy me dejo envolver por ella y deseo que el tiempo se detenga aquí.

—No vas a estar sola —me susurra al oído.

Siento su erección en la parte baja de mi espalda y creo que me voy a desmayar del deseo tan animal que se despierta en mí. Su mano se hace paso entre mis muslos y las piernas me flaquean

ligeramente.

—¿Quieres seguir observando el reflejo de la luna o…? —me susurra de nuevo al oído.

—Elijo lo que viene después de ese «o» —le digo provocándole una carcajada.

—¿Seguro? —me tortura preguntando al tiempo que detiene el avance de su mano.

Echo la cabeza hacia atrás en señal de respuesta.

La luna…

Me bastan unos pocos minutos más para sentir que la estoy tocando.

Joder, este hombre está calando en mí a una velocidad vertiginosa y peligrosa, muy peligrosa.

Capítulo 46

Ginevra

Me siento como si me hubiera despertado después de una larga noche de fiesta, solo que en este caso la resaca es emocional.

Cuando me he despertado estaba sola, ni rastro del arqueólogo. El lado de la cama que ha ocupado él durante toda la noche estaba vacío.

Se me ha dibujado una sonrisa nada más recordar todo lo que vivimos en la terraza, y después sobre la alfombra del salón, pero se me ha desdibujado en cuanto he observado el dichoso hueco de la estantería que ocupó la dichosa foto con Lindsay.

Me he encontrado una nota en la cocina, junto a toneladas de tortitas de dos tipos: quemadas y sin quemar. En ella me decía que había acudido a la cabina del puerto para resolver algo relacionado con el barco.

Demasiado íntimo…

Demasiado cercano…

La nota, las tortitas, la noche que vivimos ayer…

Joder, pero me gusta esta sensación. Solo que no la comprendo y siento que puedo darme un buen golpe si ignoro lo que sé de Lindsay.

Sí, es cierto, apenas conozco a esa chica, y ni siquiera he escuchado la otra versión, pero vi con mis propios el mensaje que le envió y cómo tuvo que darse la vuelta en el aeropuerto para intentar recuperar una vida que había dejado para estar con él. En ese mensaje le decía que había conocido a otra persona…

Pero niega que Rachel sea su novia…

¿Habrá otra persona y yo…?

¿Sería una excusa?

Si no es cierto, ¿por qué se lo dijo? Es más doloroso que te digan que hay otra persona…

¡Basta! No puedo seguir pensando. Quiero pasar el domingo libre de un dolor de cabeza.

Y no solo el domingo, todos los días. En vez de pensar tanto, debería dejarme llevar. Esto es una aventurilla, un polvo, un lío de esos que otras veces he tenido.

Va a ser difícil convencerme de algo así a mí misma. Lo que viví ayer con él no me parece un polvo más, de esos de una noche o… de unas pocas noches. De los que te olvidas a las pocas horas. No es así. Ni es cualquier cosa lo que sentí al abrazarlo, cuando me rompí después de hablar con Kenna.

¡Me estoy metiendo en un lío! Lo presiento.

«Mi lío» aparece poco después, mientras yo intento poner algo de orden en el salón.

Vuelvo a sentirme insegura nada más verlo.

—Solucionado —dice de buen humor.

—¿Ocurre algo?

—No, solo me han avisado de que revise los generadores y los amarres de la plataforma.

—¿Por qué?

—Porque esta noche se espera una gran tormenta y el suministro eléctrico podría interrumpirse. Es algo habitual.

—¿Y los amarres?

—Hay que asegurarlos, para… Para que todo vaya bien.

—¿Una tormenta? Pero… ¿Qué puede pasar?

—No te preocupes, es algo que ocurre de vez en cuando. Es más impactante cuando la vives dentro de un barco, pero basta con tomar unas cuantas medidas. William vendrá más tarde a darle un repaso a los amarres. Él es uno de los miembros del equipo de mantenimiento. Sé que no te gusta mucho el mar, pero no debes preocuparte.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he vivido varias tormentas.

—No me refiero a eso, sino a que no me guste el mar.

—Me lo dijiste tú aquel día que «te ofendiste» porque te dije que estabas haciendo un drama…

—Tenía razones para ofenderme.

—Eso es discutible, Ginevra.

—Pues discutámoslo.

—¿Por qué quieres discutir? —me pregunta molesto.

—Porque creo que me sentiría más segura. Todo esto que ha pasado en los últimos días… Ayer… Creo que me desenvolvía mejor llamándote gilipollas, odiándote un poquito, provocándote… Intentando sacarte de quicio…

—Sí, yo también lo echo de menos.

—¿En serio? —le pregunto molesta.

—¿Por qué no puedo echarlo yo de menos? Tú me has dicho lo mismo.

—Yo no te he dicho que lo echara de menos, sino que me desenvolvería mejor, pero tú tendrías que haber dicho que no debo echar de menos eso, que ahora podemos hablar y es infinitamente mejor, que lo pasamos bien, que follamos muy contentos…

—¡Eh! ¿Qué te pasa? —me dice mientras se acerca a mí—. Solo bromeaba. Podría haberte dicho eso y mil cosas más del mismo estilo, pero he optado por quitarle importancia.

Me acaricia la mejilla y me levanta la barbilla para que lo mire.

—Es que me siento rara…

—Yo también, Ginevra.

—Entonces, ¿qué hacemos? —le pregunto deseando de escuchar palabras de esas «mágicas» que te hacen volar.

No sé por qué necesito escucharlas; yo no soy así. ¡Ay! Esto es tan raro…

—Creo que es mejor olvidarlo —sentencia.

Siento presión en el estómago y daría cualquier cosa por abrazarme a mí misma, pero necesito mantenerme erguida y digna. ¡Qué pronto ha abandonado la causa!

—Sí, yo también lo creo —le digo esforzándome mucho—. Es mejor que lo olvidemos y no volvamos a liarnos, es demasiado…

—¿Eso quieres? —me pregunta muy alterado—. Vaya, yo me refería a olvidar que nos

sentimos raros y… a dejarnos llevar. A no darle importancia y no pensar en ello.

¡Dios mío! ¿Por qué me siento tan aliviada? ¿Por qué casi se me para el corazón cuando lo he interpretado de otra manera?

Yo tengo razón. Esto es peligroso, pero voy a ver si me descalabro un poco más; de momento puedo aguantarlo.

—Pues haberte explicado mejor.

—Pues haber meditado un poco más. Tampoco has luchado mucho por quitármelo de la cabeza.

—Estaba pensando en suplicarte, pero me has interrumpido.

Se echa a reír y se acerca todavía más a mí. Me acaricia el pelo y me desarma.

—Esta discusión es absurda, ¿no te parece?

—Lo es.

—¿Qué tal si zanjamos el tema dispuestos a seguir sintiéndonos raros, pero sin detenernos?

No voy a preguntarle qué significa detenernos, ni tampoco que me explique con detalle lo que significa para él esa propuesta. En cualquier caso, la prefiero infinitamente a la de olvidarlo todo, como he creído hace un minuto.

Sé que no es razonable, ni debo aceptar a la ligera, pero es lo que deseo.

—Vale —le digo con una frase tan profunda que hasta me da vergüenza.

Me aprieta contra su cuerpo y me besa.

—¿Por qué no te gusta el mar?

—Sí que me gusta, pero prefiero contemplarlo desde la orilla.

Me mira fijamente y sonríe. Parece que la conversación anterior se queda en olvido.

—Me ha llamado Alexander —me suelta, de repente—. Están muy preocupados por lo que ocurrió ayer. Kenna lo está pasando muy mal. Quieren hablar contigo. Me ha pedido que te diga que les llames. Ellos lo han intentado, pero…

Me separo de él y me acerco a una de las ventanas. Se acabó el momento mágico.

—Ya hablaré con ellos otro día.

—Tu hermana lo está pasando mal.

—¿Estás intentando convencerme de que los llame?

—Más o menos.

—Pues busca un argumento mejor. De momento no me parece lo suficientemente trágico. ¡Necesito un respiro!

—¿Y si te digo que creo que a ti también te iría bien?

—Proceso las cosas con cierta lentitud, necesito «mis tiempos». Kenna lo sabe. No sé a qué viene tanta prisa.

—Vale, pues a ver si te convences con este otro argumento. Si no les llamas ahora, emprenden el viaje ahora mismo para venir hasta aquí. Teniendo en cuenta que tienen unas seis horas de viaje… Puedes tenerlos aquí hacia las cuatro de la tarde.

—No me lo pudo creer… ¿Es que para todo tienen que ser tan intensos, tan exagerados? Solo estoy dolida, o enfadada. Claro que les llamaré, y hablaremos, pero no pueden presionar de esta forma.

—O llamada o visita…

Me dirijo a mi dormitorio soltando en voz baja todas las maldiciones que conozco.

No puedo permitir que vengan a visitarme y sé que son capaces. Tengo muchas ganas de ver a mi hermana, y el enfado se me pasará en cuestión de unas horas, pero ahora no es el momento.

Necesito tranquilidad.

Respiro hondo, intento calmarme, pero mi cabeza está más pendiente de lo que me ha dicho el arqueólogo.

Dejarnos llevar…

Eso es lo que ha dicho…

Eso es lo que ha hecho que mi corazón latiese a una velocidad peligrosa.

Esa frase siempre me ha parecido incompleta, algo vacía. Era la que yo le decía muchas veces a Tyler cuando me proponía que viviéramos juntos. Era mi forma de decirle que no quería, aunque me costó un tiempo entenderlo. Necesité ver a una mujer raptando por debajo de su cama y un par de meses de indignación, rabia y desánimo para entenderlo.

Ahora sé el significado que tenía para mí cuando yo la pronunciaba… Y ahora sé lo que se siente al escucharla. Me aterroriza la idea de que el arqueólogo, mi jefe, mi compañero de casa, la haya pronunciado con el mismo sentido que lo hacía yo con Tyler.

Esto va demasiado deprisa, al menos para mí.

Tengo que frenar esto, antes de que el golpe sea descomunal.

Voy a hablar con Kenna. Ojalá pudiera contarle lo que siento, en vez de hablar de esa maldita situación con el acosador.

Capítulo 47

Dylan

Llevo más de una hora esperando a que Ginevra salga de su dormitorio; espero que haya podido solucionarlo con su hermana.

La entiendo, sé que está dolida, pero, sinceramente, la idea de recibir esa visita hoy me ha acojonado.

No quiero visitas, solo pasar un buen día con ella e ingeniármelas para que denuncie lo ocurrido, tal y como ha insistido Alexander cuando he hablado con él. Espero que sean ellos los que la convenzan. Yo no la veo muy dispuesta, ni siquiera lo ha comentado.

Alexander me ha dicho que el tal Denzel también estaba preocupado porque se niega a atender sus llamadas, pero ahí no pienso interferir. Eso es asunto suyo.

Por fin, sale del dormitorio.

La observo con mucha atención, intentando buscar en su expresión algo que me indique el resultado de esa llamada.

—Todo solucionado.

—¿Has hablado también con Alexander?

—He hablado con los dos, al mismo tiempo. Ya sabes cómo son. Todo lo hacen juntos, lo planean juntos, lo piensan juntos…

—¿Eso no es bueno?

—Es empalagoso.

Me echo a reír. Sé a lo que se refiere.

—Dylan yo…

—¿Dylan?

—Estoy hablando en serio… —Me coge del brazo y me lleva hasta el sofá.

—Bien, bien. Pero… es normal que me sorprenda, ¿no lo crees?

—Siento que te hayan metido en esto —me dice ignorando lo que acabo de decirle. Está muy seria y parece afectada.

—No tienes que sentirlo.

—Alexander te pidió que eligieras mi proyecto y luego Kenna, o los dos, te piden que seas mi guardaespaldas. Lo siento, de verdad, esta situación me supera.

—Ginevra, te lo voy a aclarar de una vez. Conocí a Alexander en la universidad y nos hicimos muy amigos.

—¿Qué tiene que ver eso con lo que te acabo de decir?

—Ya lo entenderás cuando acabe.

—Bien, disculpa. ¡Continúa!

—Cuando terminamos la carrera, yo quería continuar con otros estudios y con mi residencia en Inglaterra, pero mi presupuesto y un gran número de trámites burocráticos que exigen en Reino Unido me lo impedían o más bien me lo ponían muy difícil. Elliot me ayudó. Él hizo que fuera posible que continuara estudiando, no hace falta entrar en detalles. Y pude hacerlo. Gracias a eso estoy donde quiero estar y trabajo en lo que quiero trabajar. Que Alexander me pidiera que te ayudara a cumplir tu sueño, me parece justo. Me parece una tontería al lado de todo lo que ellos me dieron. Nos hemos ayudado de diferentes maneras. Tu valía en el trabajo la estás demostrando tú sola, yo solo te abrí una puerta. A veces, es necesaria. Sabes que el mundo es así. Y en cuanto al otro tema, nadie pretende que me convierta en tu guardaespaldas; nadie me lo ha pedido, te lo aseguro. Kenna solo se dirigió a la persona que ahora está más cerca de ti: o sea, yo, porque estaba preocupada por lo que le había contado tu amigo. Yo habría hecho lo mismo.

—¿Por qué querías estudiar y trabajar aquí? —me pregunta sorprendiéndome su interés en este momento de la conversación.

—Porque me gusta la historia de este país y la de Europa en general. Lo mío es la historia; la arqueología llegó después y no sé si quiero dedicarme a ella exclusivamente. En Nueva York es diferente. Allí esta carrera tiene un enfoque distinto, y otras oportunidades. La arqueología también. La historia es menos historia, ¿me comprendes?

Asiente con la cabeza.

—¿Por qué volviste a Nueva York? Me dijiste que estuviste un año… si no recuerdo mal.

Esa pregunta me ha sorprendido con la guardia baja y me lleva un tiempo responderle.

—Quería pasar un tiempo allí, probar, convencerme de que esto es lo que deseaba de verdad. Pero solo aguanté un año. Volví hace seis meses y es definitivo.

—Pero supongo que volverás de vez en cuando…

—Puede ser, pero no está en mis planes, de momento.

—¿Y tus amigos, tu familia, tu novia?

—Respondiendo a esas preguntas, en ese mismo orden, te diré que mis amigos los tengo aquí; llevo mucho tiempo en Inglaterra; no tengo familia, y… ¿Por quién me tomas? ¿Novia? ¿Crees que estaría aquí contigo teniendo novia? Joder, ¿qué concepto tienes de mí?

—Era una preguntilla sin importancia —me sonríe de tal manera que me deshago.

Guardamos silencio. Se ha creado una situación un poco molesta, así que decido romper el hielo.

—En Escocia no tienes familia, ¿o sí? Tus padres…

—¿Por qué me lo preguntas? —me suelta a la defensiva—. Mis padres, ¿qué?

No le ha gustado la pregunta, está claro, pero no entiendo su reacción.

—No recuerdo que Alexander haya mencionado nunca a los padres de Kenna. Deduzco que… ¿He metido la pata?

—No, no te preocupes. En Escocia vive… —Parece pensarse la respuesta—. Mi madre. Mi padre… murió.

—Vaya, lo siento.

No parece querer hablar de ello y lo comprendo. Yo mejor que nadie soy la persona adecuada para entenderlo.

Se ha creado otro silencio incómodo y decido darle un giro completo a esta situación y abordar el tema que me interesa directamente.

—He pensado que… podríamos pasar la noche fuera, en Portsmouth.

—¿En Portsmouth? ¿Por qué?

—Voy a ser directo con esto. No he querido asustarte, pero la tormenta puede ser una mala

experiencia. Yo estoy acostumbrado, pero el tipo de tormenta que habrá este atardecer puede resultar muy inquietante para alguien que nunca la ha vivido sobre un barco y que le tiene mucho respeto al mar.

—¿Y si salimos del barco?

—Eso he pensado, pero puede durar horas. Aquí no hay alojamiento… No es aconsejable que pasemos la noche aquí.

—¿No es algo exagerado?

—Mira esto —le digo seleccionando un video de una tormenta que grabé hace meses—. Es algo así, aunque puede ser más suave, pero no lo sabemos con certeza.

Abre la boca cuando contempla los relámpagos y la lluvia golpeando en la cubierta.

—No sé si quiero estar aquí…

—Entonces, ¿pasamos la noche en Portsmouth? Conozco un hotel y… me he adelantado a consultar la disponibilidad, por si te parecía buena idea cuando te lo propusiera. Podemos embarcar en el ferri de primera hora de la tarde y volver mañana a primera hora a tiempo para ir a Eldergrove.

Parece confundida y rezo en silencio para que acepte. Espero que la tormenta que ha visto a través del video, la convenza. No puedo decirle la verdad, pero espero haberla impresionado.

—Está bien —acepta, pero sigue confundida.

—¿En qué piensas, Ginevra?

—De momento, en saber quién me está llamando —me dice mientras corre hacia su dormitorio al escuchar el sonido de su móvil.

Vuelve con el aparato en la mano.

—Es Denzel, pero no voy a hablar con nadie más hoy. Ya he tenido bastante. No quiero volver a darle más vueltas al mismo tema.

No seré yo quien la anime a contestarle; no soporto la idea de que se esconda de nuevo en el dormitorio y le dedique tiempo a alguien más que no sea yo. Esa llamada podría estropear mis planes.

Su teléfono vuelve a sonar. Temo que cambie de idea, pero esta vez su expresión es distinta.

Me mira asustada.

—¿Quién es? —le pregunto bruscamente.

—No lo sé.

Me muestra la pantalla. Es un número corto, no del tipo que utiliza el acosador.

Le animo a atender la llamada y a que active el altavoz.

—Hola… —dice tragando saliva. Está asustada y me acerco a ella.

—Señorita Mackenzie, espero no molestarla, soy el señor Pitmenbull.

Ginevra suelta el aire y respira aliviada.

—Señor Pitmenbull, ¿qué desea?

—Disculpe que la moleste, soy consciente del día que es, pero si desea que su vehículo esté listo cuanto antes, me temo que tendrá que hacerme una visita. Hay algo que debemos aclarar.

—¿Qué ocurre?

—Será mejor que venga hoy mismo, si es posible. He visto algo inusual y quiero que me lo aclare antes de seguir con la reparación.

Me mira asustada y yo asiento con la cabeza.

—Está bien, yo… llegaré en seguida.

—Vamos —le digo dirigiéndome a la puerta—. Algo está pasando, lo intuyo.

Me doy la vuelta y la veo clavada al suelo.
Corro a su encuentro y le cojo la mano para guiarla hasta la salida.
Ese contacto hace que me sienta como hace mucho tiempo no me había sentido.

Capítulo 48

Ginevra

Subo las escaleras de dos en dos, cargada con las dos botellas de agua que he comprado en el restaurante del hotel, para llegar cuanto antes a la habitación donde se encuentra el arqueólogo. Ni siquiera he contemplado la opción del ascensor.

Nos encontramos en un pequeño hotel del centro de Portsmouth. Un hotel céntrico y acogedor. Nada más entrar, he comprendido por qué es el favorito del arqueólogo: un hotel con un encanto histórico, de estilo georgiano; de esos en los que se respira un ambiente de otra época, de los que te envuelven de elegancia clásica.

Estoy furiosa, por varios motivos, pero uno de ellos lo voy a solucionar con el arqueólogo.

Entro como un huracán y lo encuentro en el centro de la habitación, junto a la cama, donde están desplegadas las dos pequeñas maletas.

—¿Se puede saber por qué Megan estaba muerta de risa cuando le he preguntado por la tormenta? —le digo soltando las botellas sobre el escritorio de cualquier manera.

—¿Megan? ¿Por qué se ha reído? —me dice fingiendo sorpresa—. Estas cosas son muy serías.

No me puedo creer que siga burlándose de mí.

—He hecho un ridículo espantoso —le recrimino desde el otro lado de la cama, a la que tengo ganas de saltar para lanzarme a su yugular—. ¿Tormenta? ¿Por qué te has inventado lo de la tormenta?

—¿No hay tormenta? Vaya, no son muy fiables las previsiones meteorológicas… —Niega con la cabeza y eso hace que me sienta más furiosa todavía.

—Deja de burlarte de mí. Cuando le he preguntado por la tormenta, parecía como si le estuviera hablando de platillos voladores. Y cuando le he dicho que me lo habías contado tú, se ha partido de risa. «Jajaja, las bromas de Myers» —lo pronuncio con desprecio.

—Megan me tiene cariño desde hace un tiempo, lo sé. Mis bromas le gustan —me suelta sin alterarse absolutamente nada, como si estuviéramos hablando del color de las paredes.

—Eres un gilipollas, Myers… ¿Crees que me parece gracioso?

—Tiene una explicación…

—¿Una explicación? —le digo mientras empiezo a lanzarle algunas prendas de mi maleta.

Empieza a esquivarlas, pero se detiene y coge un par de ellas al vuelo. Estoy pensando si debo abandonar las prendas y seguir con el frasco de perfume: es redondo, de vidrio, pesado… ¿No le gustan tanto los perfumes?

—¡Eh! Si me lanzas un tanga como este, no voy a poder ponerme serio.

—¿Eso es todo lo que se te cruza por la cabeza decirme? Si lo que querías era follar, no

hacía falta que nos subiéramos a un ferri y condujéramos dos horas. En el barco se folla muy bien. No hacía falta inventarse lo de una tormenta y jugar con el miedo que le tengo al agua. Eso es sucio, rastrero y creo que… hoy no era el día de gastar bromitas o lo que quiera que pretendieras con este absurdo viaje.

Su expresión cambia. Ya no tiene ganas de reír.

Le da la vuelta a la cama e intenta acercarse a mí, pero yo levanto las palmas de las manos, dejándole claro que se detenga.

—Déjame explicártelo.

—Es lo que llevo esperando un buen rato…

Intenta acercarse de nuevo, pero consigue el mismo resultado.

Se sienta en el borde de la cama y yo permanezco de pie, frente a él. Me cruzo de brazos, a la defensiva.

—Lo pensé esta mañana. Quería traerte hasta aquí para convencerte de que habláramos con un amigo mío que trabaja en la comisaría sur de la policía de Portsmouth. Ayer no parecías muy receptiva a denunciar, y quería que una vez aquí te resultara más fácil.

—Te dije que denunciaría…

—En Newport, pero es una ciudad pequeñita, Ginevra, y allí poco van a poder hacer.

—¿Por qué no me lo has dicho tal cual? Tengo derecho a decidirlo. Que me traigas aquí engañada, solo me hace pensar que eres como mi hermana y como Denzel, que me tratan como si fuera tonta o una niña desvalida.

Se levanta y me sujeta las manos antes de que pueda levantarlas. Después me acerca a su cuerpo.

—Eso no es cierto. Ha sido torpe por mi parte, lo reconozco, pero solo pensaba en hacértelo fácil. Lo creas o no, pensaba aclarártelo antes de salir, pero cuando nos ha llamado Pitmenbull y nos ha contado lo que ha visto, he temido que estuvieras demasiado afectada y no quisieras viajar. Así que he continuado con la tontería de la tormenta. Una vez aquí, me resultaba más fácil que te animaras a dar ese paso y denunciaras, mucho más después de lo que hemos escuchado sobre el coche. No pretendo tratarte como una niña, solo me he equivocado en la forma de hacerlo. Lo siento, Ginevra, pero te aseguro que las intenciones eran buenas.

—No hacía falta inventar esa tontería, Dylan, bastaba con hablarme claro.

—¿Hubieras accedido a venir?

—No lo sé…

—Pues considero que es suficientemente importante como para no correr riesgos. ¿Por qué no quieres denunciar? ¿Sigues pensando de ese modo?

—Quiero denunciar, pero tengo pocas esperanzas y no quiero volver a explicárselo todo a un desconocido. He pasado dos veces por esto… No tengo esperanza en que me ayuden a encontrarlo.

—¿Lo que nos ha dicho Pitmenbull no cambia nada?

—Sí, claro que sí —le digo más calmada.

Me libero de sus brazos y me siento en el borde de la cama.

—¿Me has traído aquí para denunciar en la comisaría de tu amigo?

—Y para follar… —me dice sentándose a mi lado.

No puedo evitar sonreír.

—Pues claro que te he traído para eso. No estoy tan desesperado. Ahora mismo te comería entera, pero no es el momento. Y en el barco me gusta más, por cómodo que sea este hotel. Nada

como ese ligero balanceo mientras…

Me hace reír de nuevo.

—Vale, te he entendido —le digo dejando claro que ya no estoy enfadada.

Reconozco que estoy peor de lo que pensaba. Con todo lo que ha pasado, todavía soy capaz de deshacerme por dentro cuando escucho que me comería entera.

—¿Quién es ese amigo tuyo?

—James Asher. Es inspector de policía. Lo conocí cuando trabajé en Southsea Castle, está cerca de aquí, a menos de una milla de aquí.

—Sé dónde está, aunque no lo he visitado nunca.

—Lo conocí hace dos años. Él supervisó la operación dedicada a controlar las protestas por la restauración del castillo.

—¿Protestas?

—Es algo que generó mucha controversia entre los defensores del patrimonio local y los que estaban a favor de comercializar el castillo. Es algo habitual. En Eldergrove también tuvimos problemas.

—¿Hasta el punto de haber presencia policial?

—El ambiente estaba muy cargado; duró varias semanas. En una de ellas, recibí una piedra en la cabeza que me hizo una buena brecha.

—¿Por qué?

—Porque trabajaba allí y recibí. Fue al azar. Podría haberle pasado a cualquier otro.

—Vaya forma de protestar…

—No es la mejor, pero los entiendo.

—En Eldergrove, tengo entendido que también ocurrió. Me lo contó Sarah.

—Sí, fue hace un par de meses, cuando llegué. Todavía aparece alguna vez algún grupo. Seguramente lo verás con tus propios ojos muy pronto.

—¿Cuánto tiempo llevas en Eldergrove?

—Más de dos meses.

Eso me sorprende. Lindsay me dijo que había cambiado recientemente de trabajo. Incluso en el mensaje lo mencionaba.

El recuerdo de ese mensaje es como un golpe de realidad. En él dejaba claro que ya no vivía en Londres; sin embargo, me acaba de decir que lleva más de dos meses fuera de allí. También le decía que había conocido a alguien…

Trago saliva; no quiero pensar en ello ahora. Quiero centrarme en el tema de su amigo policía, pero el recuerdo de Lindsay, una vez más, me deja un sabor amargo.

—Ginevra… —me llama la atención—. ¿Estás bien?

—Sí, solo pensaba en lo que me has contado. Me estabas hablando de tu amigo. ¿Es así como lo conociste?

—Sí, James y yo conectamos bien a raíz de aquel incidente. Las revueltas terminaron y nosotros continuamos el contacto. Tiempo después, me pidió un favor para ayudar a su hermano. En aquellos momentos era estudiante de ingeniería y quería realizar prácticas para tener algunos méritos en su proyecto de final de carrera. El ingeniero jefe, después de hablar con él, lo aceptó y estuvo unos meses trabando en la estructura de una de las torres dobles.

—Vaya, entonces no soy la única que has recomendado…

—Lo tuyo es diferente.

—¿Por qué?

—Porque solo eran unas prácticas de estudiante: no me pidió que viviera con él en el barco.

Lo tuyo era más serio.

Le doy un codazo y se echa a reír.

—¿Para qué has hablado con Megan? —prosigue.

—Me ha llamado ella. Ha recibido una nueva llamada… Ha vuelto a preguntar por mí. Le ha dicho que me deje un recado.

—¿Qué recado?

—Que seguirá intentando localizarme.

Pasea en círculo por la habitación. Después se agacha delante de mí y apoya sus manos en mis rodillas.

—Ginevra, tenemos que ir a ver a James.

—Sí, está claro que sí. ¿Has hablado con él?

—Sí, esta mañana. Hoy está de servicio. Nos atenderá en cuanto vayamos a visitarlo. Está cerca de aquí…

—Lo tenías todo planeado…

—No, Ginevra, no es así. Cuando le he llamado solo contemplaba la posibilidad de planteártelo de algún modo; lo de la tormenta ha sido una tontería, por mi parte, lo siento. Cuando me he convencido de la urgencia ha sido cuando hemos hablado con Pitmenbull, cuando nos ha dicho que ha encontrado un dispositivo de rastreo en los bajos de tu coche.

Capítulo 49

Ginevra

Reconozco que mi vida hasta hace tan solo dos semanas era más bien aburrida, algo plana. Apenas había alguna que otra curva poco pronunciada que me hacía salir de una rutina algo tediosa.

El trabajo en el estudio, mi vida con Tyler, mi ruptura con él, las conferencias que Alexander me hacía soportar, creyendo que eso me mantendría ocupada, mis salidas nocturnas con Denzel para intentar animarme… No había nada más. Era una rutina aburrida, faltaba alguna chispa, por pequeña que fuera, y no la tenía.

Sin embargo, en las dos últimas semanas, en los doce días que hace que pisé la isla por primera vez, cuatro de ellos en paz con el arqueólogo, y uno de ellos actuando como si fuéramos una «pareja», el aburrimiento es una palabra impensable.

Cómo ha cambiado mi vida en tan poco tiempo...

Mi nuevo trabajo…

El arqueólogo…

Si no fuera por ese maldito psicópata que se empeña en atemorizarme…

Pero mi explorador preferido ha hecho que el duro trago al que hoy tenía que enfrentarme haya sido más fácil.

La visita al inspector, James, como me ha pedido que lo llamara, se ha alargado durante varias horas.

En todo momento, he observado la buena relación que hay entre ellos. Ese debe ser el motivo por el que James ha sido tan considerado y cauto durante toda la conversación. Me ha hecho infinidad de preguntas, pero siempre ha mantenido una actitud calmada que ha hecho que me sienta cómoda y segura.

Ha consultado las denuncias que interpuse en Manchester; incluso ha hecho alguna llamada relacionada con ellas; ha consultado con detenimiento los mensajes recibidos, uno a uno, los correos electrónicos y el dispositivo de rastreo que le hemos entregado, el que encontró el señor Pitmenbull en los bajos de mi coche.

Se trata de una pieza tan pequeña que yo jamás podría haber descubierto. No es que suela mirar los bajos de mi coche, pero ni siquiera habiéndolo hecho con detenimiento habría podido localizarla.

James ha sido sincero al hablarme de la dificultad que supone localizar al remitente de los mensajes.

—Parece que domina bien la tecnología y que sabe cómo actuar.

El momento de responder a las preguntas ha sido molesto, especialmente porque me sentía

algo incómoda estando delante del arqueólogo, aunque haya sido a petición mía que se sentara a mi lado.

Jame me ha preguntado quién tenía acceso a mi móvil y a mi coche, dónde lo aparcaba, de quién sospechaba, si había recibido alguna vez algún objeto físico, como flores o cualquier otro regalo… Me ha preguntado por mi entorno más cercano: familia, amigos, compañeros de trabajo, vecinos…

Hasta ha bromeado pidiéndole al arqueólogo que confesara que había sido él y así poder detenerlo y cerrar el caso.

No han faltado las bromas, ni por parte de James ni del explorador, como también me gusta llamarlo, especialmente porque sé lo mucho que le fastidia. Supongo que ambos querían que me sintiera cómoda.

Hemos hecho una denuncia formal, pero James me ha confesado que todo lo que va a intentar conseguir va a ser de forma no oficial. De lo contrario, se quedaría en una simple denuncia como las que realicé anteriormente.

Me ha explicado con muchos detalles el motivo por el que resulta tan complejo localizar a este tipo de acosadores, y también me ha informado de todos los tipos de denuncias diarias que reciben.

Hemos salido satisfechos. Cansados, pero satisfechos. Y también algo angustiados.

El peor momento se ha producido cuando su compañero, que llevaba más de una hora inspeccionando mi móvil, ha irrumpido en el despacho para anunciarnos algo que me ha helado la sangre.

Aunque me ha costado comprenderlo, me ha quedado claro que mi móvil tenía instalado un «software espía»; así lo ha llamado.

—¿Quién ha tenido o tiene acceso a tu móvil, Ginevra? —me ha preguntado James.

—Nadie.

—¿Siempre lo llevas contigo? ¿Se los has prestado a alguien? ¿Lo has perdido alguna vez?

—No. Siempre lo llevo encima, excepto si estoy en casa, o en casa de algún amigo, o algún familiar… ¿Por qué? ¿Eso se instala dentro del móvil? —le he preguntado angustiada.

—Se puede instalar directamente. Alguien puede hacerlo directamente en el dispositivo o a través de un enlace que pudiste descargar sin darte cuenta. Este tipo de software ha permitido al acosador acceder a toda tu actividad en tiempo real: tu ubicación a través de un sistema GPS, mensajes, correos, aplicaciones...

—Ginevra, podría ser alguien cercano a ti. Alguien que haya tenido acceso a tu móvil…, es una posibilidad.

—¿Denzel? —me ha preguntado Dylan.

—¡No! —exclamo con rotundidad. Él es un genio de la informática, sí, eso es cierto, pero os aseguro que él no es. Hubo un tiempo que sospeché de él, aunque fuera descabellado, pero os aseguro que hubo muchas circunstancias que lo descartaron. Lleva un año intentando saber quién me envía esos mensajes.

En ese momento, me he desilusionado, lo confieso. Si James cree que Denzel está implicado, entonces sé que esta denuncia no va a servir para nada. Perderán el tiempo.

¿Cómo explicarles que Denzel es lo más parecido a un hermano que he tenido nunca y que gracias a él mi vida se convirtió en una vida mejor? Lo único que él no conoce es mi pasado en Escocia; solo lo conocemos unas pocas personas.

—Lo veo complicado, Ginevra, pero antes o después cometerá algún error. De momento, no se puede saber de dónde procede. Intenta protegerte y ponme al corriente de cada nuevo mensaje

o cualquier noticia que te llegue. Y… mientras intento averiguar algo, te pido que no comentes nada con nadie, ni siquiera tu familia y tus amigos. No hables de esta visita, mucho menos de los hallazgos en tu coche y en tu móvil.

Esas han sido las últimas palabras de James antes de despedirse de nosotros y de prometerme que hará todo lo que esté en su mano.

Me ha devuelto el móvil. Al segundo inspector le ha llevado más de una hora liberarlo de esa aplicación espía, pero lo ha conseguido.

Nos hemos dirigido prácticamente en silencio al hotel. Solo una vez he expresado lo que sentía.

—Ese cabrón sabía todo lo que hacía y lo que había en mi móvil…

—Lo encontraremos, Ginevra. Ahora ya no puede acceder a él ni a tu coche.

Cuando hemos llegado a la habitación del hotel, nos hemos encontrado una cubitera con *champagne* francés y dos copas, que hemos tardado solo unos segundos en llenar. No he preguntado si era cortesía del hotel o un encargo del arqueólogo, pero ha sido bien recibido.

Dylan parecía no saber cómo actuar. Me miraba y parecía pensar en qué debía decir o hacer.

—No quiero hablar en toda la noche de ello. Quiero olvidarlo —le he aclarado para echarle una mano.

El silencio respecto a la denuncia se ha cumplido. Los protagonistas del resto de la noche han sido la cena que hemos recibido en la habitación, el *champagne*, el sexo bajo las sábanas, el sexo bajo la ducha, las risas, los retos infantiles, las torpezas para salir y entrar de la cama, y las cinco horas que hemos dedicado a dormir antes de despertarnos abrazados.

La magia ha terminado después de comprobar que teníamos que correr de forma desesperada si pretendíamos llegar a tiempo a la isla y a Eldergrove.

Una locura de noche, pero sigo adorando esta locura y todavía no me he arrepentido.

Capítulo 50

Dylan

Llevo todo el día esperando este momento: el de abandonar el recinto y volver a casa con Ginevra.

No es lo habitual en mí, normalmente pierdo la noción del tiempo en el trabajo y algunas veces soy el último en abandonar la excavación, pero hoy estoy cansado. Han sido demasiadas emociones en pocos días y necesito algo de calma.

Ayer fue un día intenso. No solo por todo lo que averiguamos tras la visita a James, sino por los momentos que vivimos en el hotel.

Como he hecho durante todo el día, prefiero no pensar en ello. Ni en lo que siento cuando estoy con ella, ni en todo lo ocurrido en la comisaría con James.

Aún no me creo que tuviera un rastreo en el coche y otro en el móvil…

Reconozco que la profesión de su amigo me causó algunas sospechas, incluso a James, pero hoy Ginevra, durante el trayecto, me ha hablado de su relación con él y por muy fácil que parezca sospechar de él, no creo que sea el culpable. Aun así, James me dijo a espaladas de Ginevra, mediante un mensaje que me envió por la noche, que investigaría a su amigo.

La puerta se abre bruscamente y aparece Ginevra. La he esperado en el aparcamiento del recinto. Su coche todavía no está reparado.

Durante el trayecto, me cuenta de forma entusiasmada todo lo que ha hecho durante el día y me hace reír con sus comparaciones y sus ocurrencias.

Yo dedico también algo de tiempo a contarle el caos que hemos sufrido con las dichosas perforaciones, y llegamos al puerto bromeando con las tormentas; su tema preferido para provocarme alegando que le mentí.

Cuando nos acercamos a la entrada, donde se encuentra la cabina de seguridad donde suele estar Megan, Ginevra se detiene en seco y me mira confundida.

—¿Qué ocurre?

Pero no me contesta. Se acerca lentamente a un hombre que se encuentra plantado a un lado de la cabina y se echa a correr para luego abrazarse a él.

¿Quién es ese tío?

Por la forma en que se abrazan deben ser buenos amigos. ¿Será el tal Denzel? ¿Su exnovio? Ayer lo mencionó en la comisaría un par de veces.

Me doy cuenta de que la intensidad con la que hemos vivido los dos últimos días no incluye ningún dato de su vida. No la conozco: es un hecho.

No debería sorprenderme, pero acojo la idea con cierta tristeza.

Podría describir cada centímetro de su piel, cada peca, cada poro, cada mechón rebelde en su

siempre despeinado recogido, pero apenas sé nada de ella.

Sé que es escocesa, que vino a Inglaterra a estudiar, que lo hizo en Londres, en Westminster, y… lo poco que mencionó Alexander sobre ella, que no era mucho.

No sé nada. Y eso, de repente, me angustia.

Esto que me ocurre no es normal.

Después de mis malditas deliberaciones, Ginevra y el desconocido se acercan a mí. Ella tiene los ojos llorosos, él una sonrisa que le borraría encantado.

—Dylan, este es Denzel, ya te he hablado de él.

¡No me lo puedo creer! ¿Qué hace aquí? Espero que se haya buscado un buen hotel y que esté de paso.

Si no hubiera ignorado las llamadas, tal y como le aconsejé…

—Hola, Denzel, encantado de conocerte —le digo aceptando la mano que me ofrece para estrecharla.

—Hola, Dylan, lo mismo digo.

Nos dirigimos al barco mientras Ginevra me explica que ha venido desde Manchester porque estaba preocupado por lo ocurrido con Kenna y no tenía forma de contactar con ella.

La estrangularía… Yo tenía razón.

Entramos en el barco mientras ellos hablan del viaje, de las prisas, de los reproches por no haber atendido sus llamadas…

Me aburro, y si ese hombre no desaparece dentro de un rato, después de dar por finalizada su cordial visita, me voy a tirar por la borda.

Ginebra le guía por el interior del barco y yo me refugio en el baño, para darme una buena ducha.

Cuando salgo, media hora después, están hablando sin parar en el salón. Ginevra parece contenta con su visita y él no deja de abrazarla y de cogerle la mano.

Me siento fuera de lugar.

—¿Qué tal si cenamos fuera, en Yarmouth? ¿Os apetece? —propone el amigo sonriente.

Ginevra me mira, pero no hay expresión alguna en su rostro. No sé interpretar qué está pensando.

—Creo que lo mejor será que lo hagáis vosotros, seguro que tenéis mucho de qué hablar —respondo haciendo un gran esfuerzo por sonreír.

La mirada de Ginevra sigue clavada en mí.

Se crea un silencio incómodo. Denzel se dirige al baño, no sé si con la intención de proporcionarnos intimidad o simplemente es que tiene una necesidad.

—¿No quieres venir? —me pregunta con ternura.

Intento no sucumbir a ese gesto, que me está deshaciendo. No voy a acompañarlos, pero necesito que ella ni siquiera sospeche la frustración que siento en este momento. Si ni siquiera soy capaz de comprenderme yo…

—No, es mejor que no —le digo sonriendo—. ¿Ya lo has perdonado?

—¿Cómo no hacerlo? Ha pasado el día viajando.

—¿Dónde se aloja?

—No tiene sitio. ¿Te importa que duerma aquí?

—¿Aquí? No, claro que no, pero ¿dónde? ¿En el sofá?

—No, Dylan, en mi dormitorio.

Es la segunda vez que me llama Dylan. ¿Ya no soy el arqueólogo, o el explorador? Desde

que ha llegado este tío, hace tan solo unos minutos, he recuperado mi identidad.

¿En su dormitorio? ¿Eso es lo que ha dicho?

Joder, no creo que el pobre Denzel acabe por caerme bien. No tiene la culpa, pero su visita no ha podido ser más inoportuna.

—¿Contigo? —le pregunto sin pensar.

Ginevra tarda en contestarme. Sé que mi pregunta le ha descolocado.

—Yo… he pensado que…

Denzel la interrumpe con su presencia y ella guarda silencio. ¿Qué es lo que iba a responderme? ¿Qué clase de amigos son? ¿Duermen juntos alguna vez?

Esta vez es Ginevra la que desaparece.

—¿Así que tú eres el que la traicionó?

Juro que no sé cómo he sido capaz de preguntarle algo así.

Denzel baja la cabeza, pero en seguida muestra una media sonrisa. Él se está esforzando, yo soy el que me estoy comportando como un energúmeno. No me siento orgulloso.

—Estaba preocupado por ella, Dylan. Yo no lo llamaría traición.

—Claro, claro, es normal que te preocupes —me esfuerzo por recuperar el control de la sensatez, pero mi tono de voz no resulta tan amable como debería.

—¿Ha vuelto a tener noticias de ese…? Sé que estás al corriente de todo.

—Es mejor que lo hables con ella —le suelto de forma seca.

Sé que está pensando que soy un tío borde, y que es consciente de la ilusión que me ha hecho su visita, pero no puedo actuar de otra manera.

—Este barco es precioso —Se sigue esforzando por mantener una conversación cordial.

—Lo es —Es la frase más larga que soy capaz de pronunciar.

Sé que debería ser mejor anfitrión y ofrecerle que se siente y disfrute de algún refrigerio, pero no me apetece.

Estoy hasta enfadado conmigo mismo por comportarme así, pero no tengo ganas de hablar con este tío; me ha jodido la noche.

Después de crear un silencio incómodo, que no me molesto en resolver, aparece Ginevra y me anima a acompañarles a cenar de nuevo.

—No, te lo agradezco, pero tengo trabajo retrasado y… seguro que estaréis mejor hablando de vuestras cosas.

Denzel me da la mano y se dirige a la salida.

Ginevra se ha cambiado de ropa, está guapísima y yo me siento como un auténtico adolescente con una rabieta que no logro entender.

Me acerco al oído y le digo:

—Recuerda lo que te dijo James. No hables de nada con nadie, incluso con tu entorno.

Asiente con la cabeza, pero parece triste al tener que escucharlo.

Desaparecen de mi vista y yo siento un vacío que me preocupa de verdad.

Me siento en el sofá derrotado, sin fuerzas.

Esto se me está escapando de las manos…

¡Joder! Se ha marchado y ni siquiera me ha dicho dónde piensa dormir ella.

Capítulo 51

Ginevra

—¿Dónde vas a dormir tú? —me ha preguntado Denzel cuando le he acompañado hasta mi dormitorio, tras descubrir que solo hay dos de ellos en la casa.

—No te preocupes por mí, tengo dónde dormir.

Al principio, se ha sorprendido, pero después ha sonreído sin decir nada. Creo que se debe a que ha adivinado mis intenciones.

Le he hablado del arqueólogo durante la cena, pero me he limitado a contarle que nos hemos acostado alguna vez. Se lo he dicho de una forma desenfadada, restándole importancia.

—Puro entretenimiento —le he confesado.

—¿Puro entretenimiento? ¿Seguro?

—Eso es todo —le he dicho con mucha sequedad.

No es la clase de información escueta que está acostumbrado a que comparta con él, pero he sentido que era mi manera de dejarle claro que hay unos límites; creo que lo ha captado porque no ha hecho ninguna referencia más en toda la noche. Aun así, me he sentido muy mal cuando me ha relatado los dos días tan angustiosos que ha vivido mientras yo ignoraba sus llamadas, después de que Kenna le pusiera al corriente de nuestra discusión. He sentido mucho también que se viera obligado a viajar desde Manchester para verme…

—Necesitaba saber que estabas bien, explicarte por qué lo había hecho. No soportaba la idea de que pensaras que era un maldito traidor, que te había fallado.

—No pretendía que te sintieras así, Denzel, solo necesitaba unos días para tranquilizarme, solo estaba reivindicando mi derecho a estar enfadada por haberme sentido traicionada —le he dicho mientras observaba lo mucho que le afectaban mis palabras.

A pesar de haber resuelto el conflicto, no hemos hablado del tema de los mensajes. No estaba dispuesta a cometer el mismo error. Sé que él me ha ayudado mucho, pero quiero mantenerlo al margen de este tema porque sé que, antes o después, cuando el episodio del otro día quede en olvido, volverá a presionarme.

Para su tranquilidad, le he dicho que lo he denunciado, pero no le he dado oportunidad de que lo comentemos con detalle. Solo en una ocasión me ha preguntado si había recibido algún mensaje más y lo he negado secamente, recordándole que no quería hablar del tema.

Y lo más irónico de este asunto es que durante la cena he recibido otro mensaje. En cuanto he visto la extensión del número que mostraba la pantalla, he fingido que el mensaje me lo enviaba Kenna y me he obligado a sonreír, pero no lo he leído en ese momento porque Denzel se hubiera dado cuenta de que algo me preocupaba; no habría podido disimularlo. Aun así, he tenido que hacer un gran esfuerzo para ocultar la inquietud que he sentido.

Lo he leído hace unos minutos, cuando Denzel se ha encerrado en mi dormitorio.

Hoy estás más guapa que nunca.

Ni siquiera te has dado cuenta de que nos hemos rozado de nuevo.

Solo tenías ojos para ese nuevo acompañante. ¿Denzel?

Puede que este sea el peor de todos los que he recibido, y no por su contenido, sino por el hecho de que no se detenga ni habiendo hecho desaparecer los rastreos. No los necesita. Sabe dónde estoy y con quién. Es su forma de decirme que eliminar los rastreos no es un inconveniente para él. Haga lo que haga seguirá estando ahí.

No quisiera tener esta necesidad, ni relacionarla con los dichosos mensajes, pero necesito el contacto con el arqueólogo. Si antes tenía pensado dormir con él, ahora mucho más.

Debe encontrarse en su dormitorio. No hay rastro de él en toda la casa y su coche estaba en el aparcamiento del puerto.

No creo que esté dormido; seguro que nos ha escuchado hacer algún ruido cuando hemos entrado. La puerta de la entrada no es precisamente silenciosa al cerrarse.

Sé que no le ha gustado la visita de Denzel, pero puedo entenderlo. Para él es un desconocido y ha debido sentir que invadía nuestra intimidad. En cuestión de dos semanas, dos desconocidos invaden su espacio…

A Denzel no le ha pasado desapercibido.

—Creo que a tu compañero no le ha gustado mi visita.

—Tendrás que preguntárselo a él —le he dicho en un nuevo intento de marcar la distancia con ese asunto. Si algo tenía claro cuando me he ido a cenar con Denzel es que no iba a compartir los detalles de lo que estoy viviendo con él. No solo por evitar comentarios por su parte que no quiero escuchar, sino porque es complicado explicar algo que ni yo misma entiendo.

Espero que no haya cerrado la puerta con pestillo.

Compruebo que no es así y entro despacio en su dormitorio, casi a hurtadillas. La poca luz que se ha filtrado al abrir la puerta me ha permitido comprobar que está durmiendo, o al menos en la posición de hacerlo.

Cierro la puerta suavemente y me enfrento a una oscuridad absoluta. No sé con cuantas cosas voy a tropezar, pero salgo victoriosa y consigo llegar a la cama.

Me siento en el borde y me desvisto lentamente. Él se incorpora: lo noto en el movimiento de la cama, a mi espalda. Me meto entre las sábanas y me coloco de rodillas entre sus piernas, haciendo algunos malabarismos para conseguirlo. Le acaricio el abdomen y después acerco mi boca a su erección. La acaricio con la lengua…

Es solo el comienzo de una larga noche.

—Joder, Ginevra… —me dice para darme la bienvenida.

En este momento, me olvido del mensaje. Ya no necesito su abrazo o su contacto. Le deseo de una forma irracional.

Capítulo 52

Dylan

—¿Cuándo se va? —le pregunto a Ginevra nada más entrar en el coche, en el momento en que nos dirigimos a Eldergrove.

He esperado a que estuviéramos solos, ya que su amigo ha decidido desayunar con nosotros.

Me he despertado feliz, después de una noche inolvidable junto a Ginevra, pero la presencia de ese hombre impidiendo nuestra guerra de tortitas ha sido muy dura.

Pero no me puedo quejar: no esperaba la visita de ayer por la noche de Ginevra. No estaba dormido como ella podía haber pensado, llevaba más de dos horas dándole vueltas a… todo, no me quedó nada por analizar.

El caso es que el tío es guapo, simpático, educado… No puedo negarlo, y se esfuerza por mostrarse cercano a mí, pero su visita me ha caído como un jarro de agua helada. Hay algo en él que no me gusta y no puedo evitarlo. Y no es solo su presencia.

Pero no le puedo echar. No es mi casa. Además, Ginevra parece muy contenta con su llegada. Se nota que le quiere mucho.

—Pues no me ha hablado de ello. No lo sé —me contesta tan tranquila—. No sé cuándo tiene intenciones de marcharse, supongo que pronto.

—¿Por qué no se lo has preguntado?

—Porque no me parece oportuno.

—¿Y qué se supone que va a hacer mientras estamos trabajando?

—Trabajar. Él lo puede hacer con su ordenador portátil desde cualquier parte. Trabaja en su casa.

—Ya…

Eso hace que las tortitas quemadas que me he comido en el desayuno empiecen a centrifugarse en mi estómago. Joder, no tiene la obligación de incorporarse al trabajo… ¡Esto es una tragedia!

—Sé que no te gusta la idea de que se quede en el barco solo, lo comprendo, pero puedes confiar en él.

—Confiar es una palabra muy seria. Supongo que no le habrás hablado de nada de lo ocurrido.

—No, claro que no. Solo le dije que había denunciado.

Me sube la temperatura corporal unos mil grados.

—¿Qué? Eso tampoco debías decírselo, Ginevra. ¿Es que no escuchaste a James? Podría ser alguien de tu círculo más cercano. No deberías decir tan tranquilamente que se puede confiar en él —le digo enfadado.

—¿No creerás en serio que puede ser Denzel?

—Yo no descarto a nadie, ni tú tampoco deberías.

Aparcamos en el recinto.

—Esto ya es demasiado —me dice en un tono alto—. No le he contado nada, absolutamente nada, pero entenderás que él conoce este tema desde el principio. No puedo apartarlo sin más. Él me ha ayudado mil veces con esto, al menos lo ha intentado. Sé que tu amigo puede sospechar de él, pero te aseguro que, si eso es todo en lo que se va a centrar, estoy perdida, porque te aseguro que Denzel no tiene nada que ver con ese maldito acosador. Me enfadé con él porque se lo contó a Kenna, pero eso no cambia que sigue siendo mi gran amigo, el que me ha escuchado, apoyado e intentado ayudar incondicionalmente. Hace diez años que le conozco y gracias a él pude salir de… una mala época —Se detiene ahí haciendo una breve pausa—. No le he contado nada, absolutamente nada más.

—Vale, me alegro, solo quería recordarte lo que James nos dijo —le digo de mala gana.

—Solo le dije que había denunciado, para su tranquilidad —me dice algo más calmada, pero sé que sigue enfadada—, pero no le dije dónde ni cuándo ni de qué manera. Y si no se lo dije, no fue porque crea que puede ser él, sino para que no me hiciera preguntas. Él siempre me ha animado a denunciar, así que ayer lo contenté. Eso fue todo. Es la conversación más superficial que he tenido con él en todos los años que hace que nos conocemos. Solo hablamos de lo ocurrido con Kenna y escuché mil veces lo mucho que se arrepentía. Y… respecto a ti, para que también lo sepas, solo le dije que follábamos de vez en cuando. Eso es todo.

Esas palabras hacen que mi estómago reciba una nueva sacudida. ¿Así definió lo que hay entre nosotros?

—¿Eso le dijiste?

—¿Te molesta?

—No, claro que no. Es una definición perfecta.

—¿No lo es? ¿Acaso le mentí?

Se crea una tensión que hasta podríamos sujetarla con la mano. Ginevra respira de forma agitada y nuestras miradas están clavadas la una en la otra como si contuvieran un misil fulminante.

—Ayer recibí un mensaje mientras cenaba con él —me dice consultando su móvil y mostrándome la pantalla.

Lo leo y resoplo. Golpeo el volante de la rabia que siento.

—¿Te convences? Estábamos cenando cuando lo recibí, aunque no lo leí hasta que llegamos al barco.

—Eso no indica nada. Yo no descarto nada —le digo sin pensar. Todavía estoy dolido por la etiqueta que le ha puesto a lo que hay entre nosotros.

Se baja del coche bruscamente, sé que eso le ha dolido.

—Le pediré que se marche cuanto antes, puedes estar tranquilo, pero no lo hagas tú también, Dylan. Me enfrenté a mi hermana y a Alexander, y también a Denzel por esa sensación de presión y de agobio. No lo hagas tú también… por favor.

Se aleja mientras yo me quedo clavado al asiento. Sus últimas palabras me lo han removido todo por dentro, y no solo las tortitas.

¡Maldita sea! No entiendo qué coño me está pasando.

No puede ser que, en tan solo unos pocos días, me importe tanto todo lo que tiene que ver con ella y… ella.

Logan me sugirió que Ginevra me gustaba mucho, pero se quedó muy corto. Esto es mucho

más que una simple atracción.

Capítulo 53

Dylan

Las nuevas perforaciones no nos han traído ningún problema hasta ahora, por lo que debería estar más contento. En otras circunstancias, estaría pletórico, pero estoy de mal humor y me quedan pocas esperanzas de que el día acabe mejor.

Apenas he tenido contacto en todo el día con Ginevra. Solo ha sido en tres ocasiones, todas breves. La primera, cuando he cometido la torpeza de enviarle un mensaje pidiéndole que le reenvié el último mensaje del acosador a James. Su respuesta ha sido: «Ya lo he hecho». La segunda, cuando ella y Logan han pasado a pocos metros de la tierna escena que se estaba produciendo entre Rachel y yo, y me han sonreído.

Rachel me ha pedido por quinta vez que le dedicara unos minutos para que pudiéramos hablar. Lo he hecho. Nos hemos encontrado cerca de la cafetería y de pie, el uno frente al otro, hemos resuelto nuestras «diferencias». Ella se ha disculpado, me ha recordado la difícil etapa que está viviendo por la enfermedad de su padre y por su ruptura reciente, y se ha echado a llorar.

Me ha roto verla en ese estado y le he dado un abrazo para consolarla.

Solo es una amiga, pero me ha incomodado que Ginevra y Logan, que no tengo ni idea de dónde han salido en aquel momento, hayan presenciado la escena.

Eso me recuerda la pregunta que me ha hecho Ginevra esta mañana, nada más despertarnos:

—Me pareció ver una fotografía en la que aparecías junto a otras personas. Creo que la vi el primer día. ¿La has quitado? ¿Quiénes eran? —me ha dicho con total tranquilidad señalando una estantería.

—Unos amigos de Nueva York —le he mentido—. La guardé; a veces soy un poco nostálgico.

—¿No mantienes contacto con ellos? —me ha preguntado con curiosidad.

—Sí, de vez en cuando.

He sido escueto en mi respuesta, pero no quería seguir hablando de ello.

Esa fotografía implica una parte de mi vida de la que no quiero hablar. Ni siquiera Logan conoce la historia completa, solo parte de ella.

La fotografía con Lindsay, el abrazo con Rachel… Antes Ginevra creía que era mi novia. Incluso algunas personas en el recinto también me lo habían preguntado.

Reconozco que eso me molesta. Y en parte es culpa de Rachel. Ella es demasiado cercana en el trabajo, se lo he dicho alguna vez; y si a eso le añadimos su puñetera manía de hablar de más…

Pero eso ahora no me preocupa. Me preocupa el tercer contacto que hoy he tenido con Ginevra, hace solo dos minutos. Cuando me ha dicho que no volvía conmigo a casa, sino con su amiguito Denzel, que ha venido a buscarla en su flamante «carruaje». Claro que eso lo he dicho

yo, no ella.

Su tono me ha dejado claro que estaba enfadada.

Pongo el coche en marcha y salgo del recinto con la cabeza echándome humo. En el cruce me detengo.

Decido desviarme hacia Yarmouth, no puedo volver a casa todavía. Necesito distraerme un poco.

Una hora después, tras hacer unas pequeñas compras, pasear por la calle principal y saludar a algunos compañeros, me dirijo a al barco.

Desconozco si ellos se encontrarán allí, pero estoy dispuesto a reconducir esta situación. Seguramente esta mañana no he sido un buen apoyo para ella; más bien le he atacado con el tema de su amigo. Y mi actitud con su amigo, durante los pocos momentos que hemos compartido no ha sido de mucha ayuda tampoco.

No puedo presionarla y decirle cómo debe actuar con su amigo. Me preocupa lo que nos aconsejó James, y ese hombre no me gusta, pero Ginevra parece segura de lo que hace; eso me ha parecido esta mañana, a pesar de mi actitud, y de la suya.

Me encantaría entrar y descubrir que Denzel se ha marchado, pero no creo que tenga tanta suerte.

¿Y si Ginevra le ha pedido que lo haga, tal y como me ha comentado esta mañana?

Espero que, si se ha marchado, sea por su propia decisión, no porque Ginevra se haya visto obligada a pedírselo.

Cuando entro en el barco, tardo poco en descubrir que se encuentran en el interior. No estoy de suerte. Denzel, el simpático, todavía no tiene intenciones de marcharse.

Se encuentran en la terraza, con unas cervezas sobre la mesa.

Ginevra me sonríe, pero conozco esa sonrisa y sé que es algo forzada. Me siento incómodo, no sé qué han podido hablar. Quizás Ginevra ha roto la barrera del silencio y le ha contado a él todo lo que estaba ocurriendo. Espero que no, al menos en lo que respecta a la investigación.

—Dylan, ¿nos acompañas? —me dice con mucha alegría el bueno de Denzel.

—Claro —acepto con un falso entusiasmo que casi me cuesta la vida.

Denzel es el que se toma la molestia de ir a buscar una cerveza a la nevera, como si estuviera en su casa, y vuelve sonriente con ella en la mano. Mientras, Ginevra evita mirarme y finge estar entretenida con su móvil.

Sigue enfadada.

Se crea, para mi sorpresa, y parte de mi colaboración, una conversación agradable en la que todos hablamos de nuestro trabajo y de la vida en un barco. Una hora después, el ambiente está relajado. Denzel y yo nos permitimos bromear con Ginevra y ella parece contenta. Pero hay algo en su mirada que no logro interpretar. Creo que está enfadada conmigo todavía, pero no es esa la expresión que acabo de ver en su rostro.

Me ofrezco a preparar algo de cena y Ginevra anuncia que se va a dar una ducha y a llamar a su abuela y a su hermana. Denzel, se ofrece a ayudarme.

Mientras preparamos unos sándwiches, más elaborados de lo habitual, aceptando las sugerencias del amigo simpático, que además de dominar la informática también parece

desenvolverse bien delante de los fogones, se anima a abordar un tema delicado.

—Dylan, creo que empezamos un poco mal, pero hoy hemos roto un poco el hielo.

—Denzel, yo no te conozco de nada. La primera vez que oí hablar de ti fue relacionada con una… «traición», con algo que le hizo llorar mucho a Ginevra. Así que cuando te vi ayer, no me mostré muy cordial; estaba algo descolocado.

Baja la cabeza y asiente con la cabeza.

—Lo entiendo. Estaba muy preocupado por ella y solo se me ocurrió involucrar a Kenna, pero ahora estoy arrepentido. Sé que ella no quiere sentirse asfixiada y que necesita seguir adelante sin que le recordemos continuamente que hay un loco suelto obsesionado con ella.

Esas palabras me impactan; puedo que eso sea lo que yo he hecho esta mañana.

—Sufrí mucho cuando no podía ponerme en contacto con ella. Me dolía no poder pedirle perdón o intentar explicarme. Cuando me llamó Kenna y me dijo lo que había ocurrido, fue cuando me di cuenta de que le había hecho mucho daño. Para mí Ginevra es como una hermana, la quiero mucho y no soportaba la idea de perderla por esta estúpida situación.

—Creo que eso ya lo habéis solucionado…

—Sí, ya está hablado y… olvidado; eso espero. Lo importante es que tras esa denuncia puedan parar esa locura. A ver si ahora se molestan en hacer algo más que archivarla.

No sé si es una estrategia para sacarme información, pero no sabe con quién está hablando.

—Sí, espero que sí, seguro que antes o después esa pesadilla se acabará —finjo estar muy afectado, pero en realidad estoy alerta. Diga lo que diga Ginevra, yo no me fío de este tío.

—Aprovecho también para darte las gracias por permitirme quedarme.

—Esta casa no es mía —le digo sonriendo—, pero no tienes que dármelas. Espero que te sientas cómodo.

Se me están atragantando las palabras, no puedo ser más falso porque es imposible. Pero ¿cómo le voy a decir que su visita me ha sentado como una patada en los cojones, que estoy deseando de que se vaya, y que no me fío de él?

—No pude avisar, por eso me presenté de este modo. Ginevra no quería hablar conmigo y yo estaba desesperado.

—¿Y decidiste viajar desde Manchester? Se nota que la quieres mucho.

Estoy siendo realmente simpático y creo que se lo está creyendo.

—Estuve a punto de venir el día anterior, pero decidí esperar un poco y seguir intentándolo. El lunes por la mañana ya no pude más. Por suerte, no vine el día anterior. Me hubiera encontrado con la puerta cerrada.

Me echo a reír, pero soy consciente de que lo que ha dicho significa que Ginevra le ha contado más de lo que me ha dicho esta mañana. El domingo no estábamos en casa, sino en Portsmouth.

En este momento, si pudiera, iría a hablar con ella y se lo reprocharía con mucho gusto, pero decido seguirle la corriente al amiguito simpático.

—Pues hubiera sido difícil que te alojaras en alguna parte. No sé si te ha dicho Ginevra que es muy complicado —le digo mientras rebozo en huevo los tres sándwiches, antes de pasarlos por la freidora.

—Eso me contó. Yarmouth es pequeño y…

Bla,bla,bla.

El señor ingeniero informático continúa sus explicaciones mientras coloca los platos en la mesa principal. Me relata el viaje que hizo desde Manchester y de algunos lugares que llamaron su atención. Al parecer, nunca antes había estado en la isla. Yo sigo con mi falso interés y hasta

añado algún comentario tonto, a la altura de su conversación.

Ginevra aparece sonriente, pero sigo viendo esa expresión extraña.

Denzel le pregunta por Kenna y por su abuela y ella, antes de contestar se sienta en la mesa alabando la comida.

Ha evitado mirarme. Sé que está enfadada, pero yo también lo estoy, así que no entiendo por qué nos dejamos llevar por esta estúpida pantomima.

Me retiro antes que ellos.

Ginevra ha anunciado que no tardará en irse a dormir, pero no me sigue.

Espero y espero.

Esta noche duermo solo, lo presiento.

Y así es.

Me duele.

Me destroza no poder tocarla porque el ansia que siento, a pesar de estar algo molesto con ella, está por encima de todo.

Una noche sin ella… ¡Qué larga va a ser!

Y su amigo no ha nombrado la fecha de su marcha.

Capítulo 54

Ginevra

Soy consciente de que no tengo muy buen aspecto, pero no me detengo demasiado a reparar mis ojeras; no me apetece. Necesito salir cuanto antes de casa. La noche ha sido muy larga.

Denzel aún no se ha levantado y he hecho todo lo posible por no coincidir con Dylan en el desayuno. Sé que eso le ha molestado, pero necesitaba evitarlo a toda costa.

Solo me he dirigido a él para decirle que necesitaba llegar media hora antes de lo habitual al recinto para solucionar unos temas urgentes y no me ha puesto ninguna objeción. Todavía no tengo reparado el coche.

Hacemos el trayecto de la pasarela exterior del barco en silencio y de la misma manera entramos en su coche.

Lo pone en marcha. Parece enfadado, por eso sus palabras me sorprenden.

—Te he echado de menos esta noche… —me dice sin mostrar ninguna emoción.

—He dormido en el sofá, necesitaba estar sola.

Se aparta en un lateral de la carretera, en una pequeña explanada que se suele utilizar para hacer un cambio de sentido.

—Ginevra, estoy aquí para apoyarte. Siento haberte presionado ayer, pero quiero que esto salga bien. Entiendo que Denzel es tu amigo, pero…

—No sigas, Dylan, por favor —le pido sin aclarárselo. Me está costando mucho.

—Bien —me dice molesto—. Entonces, lo único que te pido es que, ya que le has contado a Denzel nuestra escapada a Portsmouth, al menos espero que no hayas incluido la visita a la comisaría.

Lo miro desconcertada.

—¿Por qué dices eso?

—Porque está claro que se lo has contado, él mismo me lo dijo.

—¿Qué… qué te dijo? —tartamudeo.

—Que se alegra de no haber decidido venir el domingo porque no estábamos en casa. Al parecer, estuvo a punto de hacerlo. Como no le atendías las llamadas… La pobre criatura estaba desesperada.

Esas palabras me parten en dos, pero guardo silencio: no puedo hablar todavía.

—Me parece muy bien, Ginevra —continúa diciendo— que te hayas animado a contarle lo que sea que quieras contarle sobre tu vida. Y si le has hablado de nuestra noche en el hotel, me parece perfecto también, a pesar de que dijiste que no ibas a compartir nada con él, pero te recuerdo que James insistió mucho en que «nada de nada» de ningún movimiento, por insignificante que parezca. Dijo que no compartiéramos nada ni con familia, ni con amigos, por absurdo que nos pareciera. ¿Es que lo has olvidado? Ya sé que te fías de él, y lo entiendo, pero al

menos espera un poco porque James está trabando en…

Se detiene bruscamente y me observa con detenimiento.

—¿Qué ocurre? —me dice mientras me toca la mejilla.

Las lágrimas me corren por ellas sin posibilidad de controlarlas.

—Ginevra… Yo no pretendía…

—Yo no le he contado nada, Dylan, absolutamente nada de esa noche. Ni siquiera la he mencionado.

Abre mucho los ojos.

—¿Qué?

—Yo no le he dicho nada, te lo repito, ni a él ni a nadie. No ha cambiado nada de lo que te dije ayer.

—¿Entonces cómo sabe que no estábamos en casa?

Me enjugo las lágrimas y él me ayuda a hacerlo.

—No lo sé. Ayer por la tarde, después de venir a buscarme a Eldergrove, fuimos a Yarmouth porque yo quería comprar algunas cosas. Él sabía que mi coche estaba en el taller. Me vi obligada a contárselo, aunque tampoco es que le diera importancia. Pero solo le dije que había golpeado un retrovisor y lo tenían que cambiar.

Hago una pausa para coger aire; suspiro mientras me tiembla el pecho al hacerlo.

—¿Qué pasa, Ginevra? ¿Qué quieres decirme?

—De camino a Yarmouth le dije que tenía muchas ganas de que me arreglaran el coche, solo eso. Cuando salíamos de Yarmouth en dirección al barco, dio una vuelta muy grande y se detuvo delante del taller de Pitmenbull. Me dijo «¿Qué tal si le preguntas si ya está arreglado?».

—No sé si te sigo…

—¿Cómo sabe él que ese era el taller? Fue allí por su cuenta, no me lo preguntó. Fue directo.

—Ginevra, no hay muchas opciones, solo hay uno en Yarmouth…

—Pero estaba cerrado y no está rotulado. Podría ser cualquier cosa. Él no conoce la zona.

—Entiendo…

Se desabrocha el cinturón y me abraza. Me echo a llorar de nuevo.

—Algo está pasando, está claro —me dice muy afectado mientras me acaricia la cabeza—. Si no le has dicho nada de nuestro viaje, no puede saberlo. Solo puede saberlo si te rastreó con móvil, ya que el coche se encontraba en el taller cuando fuimos allí. Y eso significa que… Joder, Ginevra, no me atrevo ni a pronunciarlo, me dan escalofríos.

—No puedo creerlo, Dylan. Y lo del taller tampoco tiene explicación. Cuando lo llevé para repararlo, todavía tenía el dispositivo en los bajos; por eso sabe dónde estaba el coche…

—Tanto un dispositivo como el otro le estuvieron dando pistas del viaje y del taller.

—Dime que hay una explicación, Dylan para estas sospechas.

—De momento, no, Ginevra. Lo del taller lo veo algo más frágil, puede que se informara por la razón que sea, pero el viaje no. ¿Por qué no me lo contaste ayer?

—No quería dormir contigo porque me hubiera derrumbado, lo hubieras notado y no quería que nos escuchara y correr riesgos. Tenía que alejarme de ti. Por eso te he evitado esta mañana.

—¿Por eso has querido acudir media hora antes al recinto?

—Sí, necesitaba privacidad para hablar contigo de esto.

—Te eché mucho de menos, pero lo has hecho muy bien, Ginevra. Has tomado las mejores precauciones. Tenemos que llamar a James. No es que tengamos mucho, pero él nos dirá qué hacer. Espero que estemos equivocados, Ginevra. No me cae bien, pero no querría que tuvieras que pasar por esto, aunque si es él… se acabará ese infierno.

Capítulo 55

Dylan

Hemos acordado con James hablar durante la hora del almuerzo.

Ginevra y yo hemos salido del recinto durante media hora y le hemos contado mediante videollamada, lo que hemos descubierto.

Nuestra sorpresa ha llegado cuando no se ha sorprendido de lo que le hemos dicho. Aunque no tiene datos concretos ni nada que pueda incriminarle directamente, ha investigado el dispositivo que había en los bajos del coche y no está al alcance de cualquiera. Hay varios proveedores, pero todos ellos trabajan para el gigante en el que trabaja Denzel.

También nos ha hablado de los mensajes.

—El remitente ha usado números virtuales de otros países, probablemente a través de servicios en línea que le permiten registrar y luego descartar el número sin dejar rastro. Los correos están cifrados desde servicios anónimos y fueron enviados a través de una red de encriptación, haciendo casi imposible rastrear su origen —nos ha dicho en un lenguaje que pudiéramos entender. Hasta ha bromeado afirmando que a él le cuesta mucho entender ciertos conceptos.

No hemos avanzado mucho. James nos ha dicho que no se puede detener a alguien por esa información, y que la mayor parte de su investigación ha sido extraoficial. Al parecer, cambiaría mucho que los mensajes contuvieran amenazas de muerte, pero al no ser así, el procedimiento es mucho más débil.

Pero también ha habido buenas noticias. La primera, que es un delito en toda regla y que, de demostrarse su autoría, puede enfrentarse a un juicio penal con cargos por acoso, intimidación y otros tantos delitos relacionados con los daños emocionales causados a Ginevra.

La segunda buena noticia es que debemos seguir al pie de la letra sus instrucciones, y a eso nos vamos a dedicar en cuerpo y alma Ginevra y yo.

No va a ser fácil, principalmente porque ahora nos interesa que Denzel permanezca en casa, al menos hasta conseguir lo que James nos ha dictado.

—Me alegro de que esto pueda estar llegando a su fin, pero sé lo que supone para ti —le he dicho al finalizar la llamada con James.

—He salido de otras más graves, podré con esto —me ha contestado intentando no volver a llorar.

Capítulo 56

Ginevra

¿Por qué? Esa es la pregunta que me he hecho durante los tres últimos días, los mismos en que hemos seguido las instrucciones de James.

Ya no tengo la menor duda de que Denzel sea el autor, no solo por lo que ya hemos podido confirmar, sino por todo lo que he repasado mentalmente durante el tiempo que he estado recibiendo los mensajes. He podido ver luz donde en todo este tiempo había permanecido a oscuras. Todo ha recobrado sentido según lo he ido recordando y comparando. He recordado muchos momentos, muchos mensajes que coinciden perfectamente con la información que él barajaba. He dado por hecho que el acosador me seguía, de ahí que conociera muchos detalles de mi vida, pero esos mismos detalles los conocía Denzel también porque yo misma los había compartido con él. Hubo una época en que, después de mi ruptura con Tyler, solíamos hacernos videollamadas. Él bromeaba diciendo que, si no me veía la cara, no se creía que estaba bien. Y esa era la manera de saber muchas veces qué aspecto tenía en cuanto a mi vestuario o a mi peinado. Ejemplos como ese he recordado muchos. He examinado los mensajes, las fechas; los he situado en un contexto… ¡No tengo dudas!

Nunca jamás me habría cruzado por la cabeza que Denzel pudiera estar detrás, nuca. Y de eso se ha valido muchas veces.

Ha sido duro convivir con él estos días. El arqueólogo y yo hemos tenido que interpretar un papel muy complejo, especialmente yo. Los momentos en que estábamos trabajando no suponían un problema, pero los momentos junto a él, en el barco, han sido una pesadilla. Fingir buen ambiente, sonrisas, conversaciones de todo tipo… Hasta le pedí que se quedara unos cuantos días más, que me hacía mucho bien su presencia. Hasta se lo pidió el arqueólogo…

No sé ni cómo hemos podido hacerlo.

Al menos, durante la noche, he ido encontrando consuelo en los brazos de mi arqueólogo, pero no podíamos hablar del tema por miedo a estar siendo espiados.

Ha sido como vivir el rodaje de una película, pero sabiendo que era real y llevando encima el dolor de tener delante a alguien que tanto quería y que tanto daño me ha estado haciendo.

Incluso no se ha conformado con los mensajes, sino que ha querido interferir con el arqueólogo.

Lo ha hecho con esa psicología destructiva, pero enmascarada, la que él tanto domina, por lo que ahora he podido comprobar.

Lo hizo en el pasado, sin que me diera cuenta, con todas las aventuras que tuve, y también con Tyler; aunque en ese caso tenía razón.

En este otro, puede que también la tenga, pero no quiero pensar en ello, sino en las

intenciones de sus palabras.

—Ginevra, te estás enamorando de ese hombre —me ha dicho esta mañana mientras Dylan estaba fuera del barco—. Y no quiero que te haga daño. Ten cuidado. Recuerda lo que me contaste de su exnovia, la del avión. Si ese es su *modus operandi*… Si lo hizo con ella, ¿por qué no lo puede hacer contigo?

Confieso que esas palabras me han partido en dos porque es algo que no quiero tener presente, pero no me puedo permitir pensar ahora en ese tema. Ahora no. Solo me queda un pequeño paso y, si todo va bien, podremos acabar con esta pesadilla.

La primera instrucción de James fue dejar mi móvil al alcance de Denzel durante una hora para que pudiera operar en él. Para eso fingí olvidármelo en la mesita de noche del arqueólogo.

Le llamé desde el teléfono de Dylan y le pedí que me lo trajera al trabajo en cuanto pudiera, sin prisa, y se comprometió a hacerlo cuando terminara un asunto importante de trabajo en el que estaba sumergido.

Me lo trajo dos horas después.

El equipo de James accedió a mi móvil, siguiendo las instrucciones que me dieron y, efectivamente, se había vuelto a instalar la maldita aplicación espía.

La segunda instrucción, el mismo día, fue recrear una situación real en la que Denzel creyera que he cambiado de número de móvil.

Costó mucha planificación porque teníamos que tener en cuenta que él podía estar espiando mis movimientos una vez instalado ese software de nuevo, así que he tenido que realizar la gestión de forma real y adquirir un nuevo número para después convencerle de que solo unas pocas personas lo tendrán, los más allegados. También le he convencido de que el anterior número estaba en desuso y que ya lo había proporcionado a varias personas: familia, trabajo… ¡Ha sido la parte más dura! Intentar hacerlo de forma natural, sin proporcionar detalles que nos descubrieran.

—Hoy he recibido una oferta de trabajo de Logan para alargar dos meses más mi trabajo en el castillo —le mentí mientras cenábamos los tres. Formaba parte del plan—. Pero… si ese energúmeno vuelve a contactar conmigo en el número nuevo… no aceptaré la oferta. Volveré a Manchester; allí me siento más segura.

Dylan interpretó su papel intentando convencerme de que no detuviera mi vida y renunciara a mi sueño, y Denzel dijo que le parecía una decisión sensata, aunque lamentaba que eso pudiera ocurrir.

Tal y como sospechaba Dylan, eso es lo que él desea y ha deseado siempre. Esas palabras fueron las que probablemente le animaron a enviarme un mensaje utilizando el nuevo número.

No puedes engañarme. Siempre estaré a tu lado.

Nadie conocía ese número, excepto Dylan, Denzel y yo. A Kenna y Alexander les llamé desde el teléfono de Dylan, que no se ha separado de él ni para dormir, para decirles que mi teléfono se me había caído al mar y que estaría dos días incomunicada. Ha sido la manera de que ellos eviten llamarme. Denzel debía creer que había varias personas que conocían mi nuevo número, incluidas las del trabajo.

Cualquier detalle podía estropearlo todo, pero hemos intentado que no quedara nada bajo control y creo que lo hemos conseguido.

Dylan se ha encargado de hablar con James, que ha venido personalmente a la isla, aunque

en este caso, a pesar de haber interpuesto la denuncia en Portsmouth, existe un asunto de jurisdicciones que le obliga a trabajar con la policía de Newport.

Desconozco los detalles. Dylan solo me ha ofrecido un resumen debido a mi estado de nervios.

No sé cómo he conseguido trabajar en el castillo estos días; ha sido toda una proeza dadas las circunstancias.

Antes de que la policía hable con él, le he pedido a James que me permita hacerlo a mí. Me ha puesto algunas condiciones, pero lo he conseguido.

Denzel está delante de mí, acaba de salir del baño; después de darse una larga ducha. Cree que Dylan no estará esta noche, no sabe que se encuentra en su dormitorio, junto a James y el otro policía. Estoy temblando de pensar que se le ocurra entrar en su dormitorio, aunque no hay razón para ello.

Entiendo que teman por mi seguridad y que debe haber unas normas, pero si algo tengo claro es que Denzel no se mostrará tan fuerte si se enfrenta a mí cara a cara. No me hará daño, al menos físico. El otro daño ha superado con creces cualquier otro.

—¿Por qué, Denzel? —le pregunto cuando sale de la ducha y se encuentra conmigo en el salón.

—Por qué, ¿qué? —me pregunta con una expresión que no sé interpretar.

—¿Por qué has estado acosándome durante más de un año?

Capítulo 57

Ginevra

—¿De qué estás hablando? —me pregunta mientras mira a su alrededor.

—No hay nadie más, no necesito a nadie para enfrentarme a ti. Necesitaba estar a solas contigo, que me mires a los ojos y me respondas.

—¿Enfrentarte? ¿Qué estás diciendo? —Se intenta acercar a mí, pero le detengo con la mano.

—Responde de una puta vez a mi pregunta, deja de dar vueltas; sé que eres tú el maldito hijo de puta que me ha estado enviado los mensajes. Ahórrate la interpretación, bastante has jugado ya.

Sé que esta no es la actitud que debo tener, según me ha aconsejado James. Debía ser relajada y debía mostrarme frágil y serena, pero no puedo hacerlo. Además, yo conozco a Denzel: sé cómo debo hacerlo reaccionar. Si algo odia es que le alcen la voz.

—Me parece que te está afectando demasiado todo esto; haré como que no he escuchado esa acusación. —Finge estar ofendido, pero esta vez sé ver detrás el cinismo que encierra esa expresión.

¡Qué fácil es interpretarlo todo cuando dejas de estar ciega!

—Solo tú, Denzel, solo tú tenías ese número nuevo. Has caído en la trampa. Has estado más de un año torturándome con esos mensajes, me has colocado un dispositivo en el coche, otro en el móvil… ¿Cómo has podido hacer algo así?

—Estás enferma —me dice con total impunidad.

—Deja de fingir, maldito hijo de puta —grito—. Eras mi amigo, mi gran amigo, una de las personas que más quería en este mundo, por la que hubiera dado incluso la vida… Eras un hermano, un confidente… ¡Todo! Te respetaba, te admiraba, ¡maldita sea! Te quería… Eras mi amigo, Denzel, mi gran amigo…

—Tu gran amigo hasta que dejé de interesarte. Fui tu gran amigo desde que llegaste de Escocia como una flor marchitada —dice alterado—, no sabías nada de nada, parecía que habías vivido en una cueva… Eras una pueblerina ignorante que no sabía nada de la vida. Yo te ayudé en todo, en todo… Sí, tienes razón, éramos grandes amigos. Vivimos la mejor etapa juntos, la universidad, la vuelta a Manchester… Éramos inseparables…

»Y ahora, me dices que éramos grandes amigos, que me querías mucho. ¿Hasta cuándo? Hasta que dejé de serte útil. Cuando empezaste a salir con Tyler dejé de importarte. Ya lo hiciste antes, cuando salías con esos estúpidos que te acostabas dos o tres veces, pero duraba poco y yo… me conformaba. Pero, Tyler, ese impresentable, hizo que te alejaras por completo. Necesitabas intimidad para follar con él, por eso me dejaste tirado y te buscaste un apartamento.

Ya no te importaba.

»Te salió mal la jugada, muy mal. Pensaba que reaccionarías antes, pero necesitabas verlo en la cama con una puta para entenderlo. Y entonces volví a ser importante para ti. Las obras de tu apartamento, tu tristeza… Denzel estaba allí para consolarte. Solo te acercabas a mí cuando lo necesitabas, cuando estabas mal, cuando necesitabas que te escucharan.

Se detiene y yo no puedo estar más perpleja. Su visión de la realidad es retorcida y totalmente distorsionada. Tengo que aguantar el tipo, no puedo derrumbarme.

—Eso es mentira… Claro que necesitaba intimidad, como cualquier persona. ¿Querías que viviéramos juntos eternamente? Esa es una excusa lamentable. Los mensajes llegaron en cuanto me independicé. ¿Qué pretendías?

—Se me ocurrió aquella noche que saliste con tus compañeros de estudio, tus nuevos amigos. ¿Lo recuerdas?

—No.

—Te fuiste de fiesta con ellos, pero bebiste demasiado y quisiste marcharte antes que ellos a casa. Querías coger un taxi, pero no estabas muy centrada. Empezaste a caminar por el barrio y te perdiste. No era un barrio muy aconsejable para ir sola, de noche. Me llamaste, estabas asustada. Me pediste que te fuera a buscar. No llamaste a tu novio, me llamaste a mí. Solo acudías a mí cuando estabas en apuros.

»Nos costó un buen rato que me proporcionaras tu ubicación. Habías bebido demasiado, estabas borracha, pero conseguiste leer el nombre de una calle y te encontré. Ahí se me ocurrió que… si estabas lo suficientemente asustada, volverías a mí, te sentirías más segura a mi lado, en casa, el lugar de donde no tendrías que haberte marchado. Éramos felices, eso creía, pero dejé de importarte.

—¿Y creías que enviándome esos mensajes y asustándome volvería a vivir contigo? ¿Lo has hecho por eso?

—Tenía la esperanza, equivocada, de que me querías tanto como yo a ti. Pero ahora entiendo que eres una egoísta y que solo piensas en ti.

—Por muchos mensajes que me enviaras nunca hubiera vuelto… ¿Es que no te dabas cuenta? ¿Es que no te importaba hacerme daño? ¿Por eso metiste a Kenna en todo esto?

—Ella estaba más asustada que tú. Durante mucho tiempo la convencí para que te pidiera que volvieras a vivir conmigo, que estabas más segura, y lo creyó. Pero la apartaste de todo esto y me lo pusiste más difícil. Cada vez que recibías un mensaje, te apoyabas en mí, me escuchabas, dejabas que te cuidara, como antes… Pero aceptaste este maldito trabajo y lo complicaste todo.

—Estás enfermo, Denzel, eres un maldito psicópata.

—Solo soy alguien que te ha querido como no te mereces, no hagas un drama de todo esto. Estás indignada, pero yo también. Me he dado cuenta de que no merece la pena todo lo que he hecho. Antes fue Tyler, ahora Dylan… ¡No vales nada! Nunca me verás más que como el recurso para ahogar tus malditas penas.

—¿Eres consciente de que puedes ir a la cárcel por esto?

—No seas ingenua. ¿Crees que la policía te va a ayudar? ¿Estás grabando la conversación? ¿Se la vas a llevar a la policía? Necesito tres segundos para borrarla.

—Has cometido errores, Denzel. El dispositivo del coche, el software espía, comentarios en los que has bajado la guardia, el volver a introducir ese software en mi teléfono… El último mensaje… ¿Quién crees que borró esa aplicación espía? ¿No te diste cuenta?

—Eso lo hiciste tú sin darte cuenta, buscando un antivirus nuevo que consiguió bloquearlo. Torpezas de un inculto en la materia.

—¿Por eso viniste a la isla? El silencio te estaba matando. Necesitabas saber qué estaba pasando…

—Así es. Y ahora que está todo aclarado, me marcho de tu vida. Puedes seguir con ese estúpido arqueólogo y con tus juegos de castillos.

—En tu portátil está todo lo que has hecho.

—Menuda estúpida amenaza. Mi portátil está bien escondido.

—Lo tiene la policía. Lo he encontrado.

—Eso no es cierto. Y si lo es, devuélvemelo.

—Yo no lo tengo.

—La policía no puede tenerlo sin una orden de registro. Nadie se toma tantas molestias por una estúpida denuncia.

—Dylan lo ha autorizado, no hace falta una orden.

Denzel se gira mirando hacia atrás; algo empieza a hacerle desconfiar.

—Después de tanto tiempo planeándolo, tu mayor error ha sido darte una ducha, Denzel.

Se queda helado, pálido.

Y sí, ha sido un farol, pero lo necesitaba.

James, Dylan y el otro inspector salen del dormitorio.

Denzel me mira consternado.

Esto es digno de una película. No puedo entender cómo ha bajado la guardia, ha confesado, y ha creído que saldría impune de todo esto.

—Señor Denzel Chesney, debe acompañarnos a comisaría para que le interroguemos.

Me mira de nuevo, esta vez derrotado. Yo sigo perpleja; no entiendo cómo ha creído que podía confesarlo sin que hubiera consecuencias.

Pero sobre todo estoy rota; me siento como si me hubieran atravesado con una espada.

No me creo que esto haya sido real.

Dylan se acerca a mí y me abraza.

Me habría gustado gritarle a Denzel, abofetearlo, decirle cuánto le odio, pero no tengo fuerzas.

Solo tengo algunas y son para llorar.

Y lo hago, abrazada a mi arqueólogo, mientras rezo para que él no sea irreal como Denzel.

Capítulo 58

Dylan

Nos ha costado seis semanas de duro trabajo empezar a ver algo de luz en las perforaciones. Ha habido demasiados obstáculos y no menos frustraciones en el proceso, pero finalmente la paciencia ha dado sus primeros frutos; también los recursos financieros, que no han vuelto a sufrir recortes, han ayudado.

Hemos llegado hasta una cavidad que, aunque aún nos llevará tiempo explorar, ya nos ha proporcionado los primeros indicios de que está conectada con el castillo. No con el castillo que conocemos ahora, sino con su versión más primitiva: una construcción medieval de defensa en sus inicios. Podríamos desvelar aspectos desconocidos de la historia defensiva, pero todavía queda mucho trabajo por delante.

El castillo sigue adelante con su rehabilitación, y Ginevra sigue entusiasmada con la sala contigua a la sala del trono, la que ahora está ambientando por encargo de Logan; el mismo que me reconoció que elegir su candidatura fue un acierto, a pesar de lo mucho que se enfadó en su momento.

Tavistock sigue siendo mi peor pesadilla, pero al menos no me ha hecho la vida del todo imposible con las perforaciones, solo un poco. Conoce mi relación con Ginevra y no ha ocultado que siente debilidad por ella… Creo que lo hace para joderme. Por suerte, él desconoce de qué forma se realizaron las selecciones de candidaturas. No le compite ni a él ni a Patrimonio. Por suerte, pertenecemos al gobierno local. Pero sus competencias, lamentablemente, son muy amplias en el avance del trabajo, especialmente en las excavaciones, que es donde más inquietudes hay en juego por parte de Patrimonio; como siempre, son cuestiones financieras.

Hace seis semanas que Denzel desapareció de la vida de Ginevra. Seis benditas semanas.

Supimos que pasó una noche entera en la comisaría, pero después lo dejaron en libertad. Está acusado formalmente de varios cargos, todos relacionados con el acoso, la intimidación y los daños psicológicos causados a Ginevra. Lo tiene complicado, pero no tenemos mucha esperanza de que, en caso de ser acusado, la pena sea superior a seis meses de prisión. De momento, el juez autorizó una orden de alojamiento que le impide acercarse o comunicarse con Ginevra mientras dure el proceso. Un proceso que Alexander y Kenna dejaron en manos de su abogado, uno de los mejores de Manchester.

Al día siguiente de que la policía se llevara a ese desgraciado, informamos a Alexander y Kenna de lo sucedido, y se presentaron esa misma noche; pasaron el fin de semana con nosotros.

Kenna y Ginevra pasaron mucho tiempo a solas, algo que fue beneficioso para ella, pero reconozco que en aquellos momentos deseaba con todas mis fuerzas que se marcharan y me dejaran a solas con ella.

Alexander me contó días después que le hicieron una visita a Denzel, en su apartamento de Manchester. En esa visita hubo un duro enfrentamiento, pero desconocemos los detalles. Ginevra no quiso escucharlos. Solo sabemos que Denzel terminó con una nariz rota, una semana después sin trabajo, y otra después se mudó a Liverpool. A veces bromeamos con la idea de quién rompió esa nariz. Sabemos que no hubo denuncias, pero no sabemos la autoría. ¿Fue Kenna, fue Alexander? O quizás fueron los dos… Esa es la teoría de Ginevra.

Nunca jamás he utilizado la violencia física para resolver ningún problema. Me considero muy pacífico, pero aquella noche habría sido yo el que con mucho gusto se la hubiera hecho añicos.

Ginevra apenas habla del tema. La primera semana se rompió muchas veces en mis brazos, y a solas también. La encontré muchas veces con los ojos enrojecidos, esforzándose por ocultar las lágrimas que derramó mientras yo estaba ausente. Los recuerdos se fueron agolpando en su cabeza y también las evidencias que nunca antes fue capaz de ver. Apareció rabia, culpa, y un dolor que poco a poco se ha ido calmando.

—Solo es un recuerdo doloroso —me ha dicho recientemente.

Quisiera creerla, pero también sé que el juicio está pendiente y eso puede volver a abrir muchas heridas.

A veces siento deseos de cubrir el vacío de complicidad, de amistad, de confidencias que tenía con ese desgraciado. A veces, no lo deseo, sencillamente porque me da miedo.

En medio de esta idílica relación en la que cada momento que vivimos juntos está cargado de risas y de placer, muchas veces me siento inseguro.

Nunca suelo frenar por iniciativa, pero sí lo hago cuando lo hace ella, que es con cierta frecuencia.

En medio de un momento mágico, a veces parece despertar de algo que la agobia. Como si tuviera algo al oído que le recordara de vez en cuando que la magia debe ser la justa, o que quizás ni siquiera existe. O… tal vez algo que desconozco de ella.

Hemos convertido nuestra convivencia en algo maravilloso, y disfrutamos del mejor sexo que he vivido en toda mi vida; exploramos la isla, buscamos placeres gastronómicos, aunque no hay muchos, y nos reímos como dos niños que siempre están dispuestos a pasar un buen rato.

Pero bajo esa capa, a veces siento que solo soy un refugio.

Se refugió en mí cuando descubrió a Denzel, pero no hemos profundizado más.

Sé por la experiencia lo que supone ese tipo de refugios y eso me atemoriza.

Ella retrocede y yo simplemente la sigo. Nunca doy un paso hacia atrás el primero, pero no me quejo si lo hace ella.

A veces, también temo que ella sea mi refugio, el que me permita salir completamente de otro que yo mismo construí con la mayor de las torpezas.

A veces la deseo con todas mis fuerzas, a veces necesito sentir que es ella la que lo hace.

Podría ser un trabajo en equipo, algo equilibrado, pero siento que somos dos conocidos unidos, muy desconocidos a la vez.

Yo no tengo pasado, ella tampoco. Solo conozco a Denzel. Pero tampoco parecemos dispuestos a abrir esa puerta.

Me quedaron grabadas algunas frases que utilizó Denzel mientras estábamos escondidos en mi dormitorio: «Cuando te conocí eras como una flor marchitada»; «no sabías nada de la vida»; «como si hubieras vivido en una cueva». Nunca le he preguntado por ello.

También recuerdo las alusiones que hizo a su novio, un tal Tyler, al que lo encontró en la cama con otra…

Eso es lo que me inquieta a veces, que somos desconocidos y ya hace más de dos meses que ella entró en… ¿El barco? ¿Mi vida?

Antes o después nuestros caminos profesionales se separarán, y me pregunto si ese día habrá algo más de luz, o se seguirá colando algo de oscuridad.

A veces necesito más de ella, y siento que ella necesita más de mí, pero nos detenemos. Ella se evade en sus pensamientos y vuelve a parecerme aquella chica rara del principio.

Logan conoce toda la historia, con detalles. Tuve que contárselo todo tras los incidentes de Denzel. No lo había visto más perplejo en todos los años que hace que lo conozco… Y no es para menos. Menuda historia. ¿Cómo se puede entender que la estuviera atemorizando durante más de un año para que volviera a vivir con él porque le había dolido que se hubiera buscado su propia casa? Ese cabrón estaba enamoradísimo de ella…

Enamoradísimo… Esa es la palabrita que Logan utiliza cada dos por tres para referirse a Ginevra: ¡es una tortura!

—Hasta que lo admitas, no voy a parar —me amenaza.

Pues si es así, voy a tener que escucharla mucho de su boca, porque lo seguiré negando. Y lo hago porque tengo pánico a descubrir que solo soy «su refugio».

Si no tuviera miedo… hasta me animaría a admitirlo. Pero lo tengo, y mucho. Y por vueltas que le doy, no soy capaz de centrarlo y enfrentarme a él. Es como si revoloteara a nuestro alrededor, amenazando con intensificarse al mínimo despiste.

Odio esa palabra: refugio.

La odio con todas mis fuerzas, porque precisamente es ese concepto el que me las roba.

Capítulo 59

Ginevra

—No puedo, Rachel. Tengo que terminar esto o acabaré volviéndome loca —le digo mientras estiro una tela sobre el suelo respondiéndole a su propuesta de almorzar juntas.

No es la primera vez que me lo propone, ni tampoco la primera que la rechazo. También he aceptado algunas veces, pero con Rachel siento la necesidad de mantener las distancias.

Conozco su historia. Conozco su relación con Dylan y con Logan y sé que le gusta hablar demasiado.

El hecho de que muchas personas crean que hay una relación entre Dylan y yo, se debe a ella. Si bien, últimamente nos hemos cruzado con algún compañero fuera del recinto que nos ha visto en actitud cariñosa y los rumores suelen volar, también es cierto que al principio no era así y tardó poco en propagarse el rumor.

Dylan suele molestarse mucho con ella y Logan suele reírse mucho con ello. «Ya te lo advertí», le suele decir.

Con Logan nos reunimos fuera del recinto, bien en Newport junto a otros amigos suyos, o también en el barco, cuando le invitamos a cenar los platos estrella de mi arqueólogo favorito.

Logan es una fuente de energía en mi trabajo. Le admiro y respeto a partes iguales. Quedan muy lejos aquellas sensaciones en las que trabajaba incómoda. Él se ha encargado de que desaparezcan por completo.

Me hace reír, bien cuando hace comentarios sobre Rachel o se enfrenta a ella, bien cuando bromea con el tema de Tavistock y su eterna disputa con el explorador.

El caso es que Tavistock conmigo suele ser muy amable y siempre encuentra un momento para comentarme o halagar algo de mi trabajo. En cambio, Dylan, es raro el día que no echa humo por la cabeza contando algún encontronazo con él.

Pero es que nuestros trabajos son muy distintos. Dylan, busca, y los resultados son necesarios para que sigan financiando la excavación. Nosotros, y los compañeros del castillo, reparamos, rehabilitamos y decoramos lo que ya está encontrado. Son intereses muy distintos. Dylan tiene una lucha que nosotros no tenemos, y muchas veces intento animarlo o calmar su presión de todas las maneras que se me ocurren. En la cama suelo inspirarme más. Las palabras entre nosotros… No siempre existen.

Es una extraña sensación a la que me he ido adaptando poco a poco. Lo que hay entre nosotros, a ojos de los demás, es una relación diferente a como creo que la enfocamos nosotros.

Desde el episodio de Denzel, él ha sido el pilar donde apoyarme, restregarme, regodearme y escalar hasta el cielo.

Denzel es una espina que cada vez puedo tocar más con las manos e imaginar que podré sacármela algún día. Han sido diez largos años y me resulta imposible todavía creérmelo. Nunca

jamás me habría imaginado que pensara de ese modo ni que sintiera que yo lo utilizaba cuando estaba triste. Mucho menos, que pretendiera que volviera a vivir con él. Me pareció el discurso de un loco, de un psicópata, de esos que justifican una atrocidad mostrando su papel de víctima, que es el que se creen de verdad.

He tenido que borrar a golpes todos los recuerdos que se empeñan en pasarme por la cabeza, especialmente las conversaciones que tuvimos el último año sobre los mensajes de acoso. Su forma de animarme a denunciar, sus falsas investigaciones, su falsa preocupación… ¡Maldito seas, Denzel! Desearía con todas mis fuerzas no tener que celebrar un juicio, pero deseo más todavía que pague por lo que me hizo. El abogado que me ha asignado Alexander, el mismo que de otra manera no habría podido costearme, ha trabajado mucho para que así sea.

Le estoy tan agradecida… Yo hubiera sido incapaz de enfrentarme aquellos días a todo lo que ese abogado necesitaba. Fueron Alexander y Elliot quienes se ocuparon de todo y solo me molestaron para pedirme algunos detalles que solo yo podía conocer.

Desde ese día Kenna y yo volvemos a tener una buena relación. No es la misma que teníamos cuando llegamos a Inglaterra, porque ella solo tiene tiempo para Alexander, pero dedicamos tiempo a hablar siempre que podemos.

También mi abuela me llama con más frecuencia, entre viaje y viaje, y siempre me cuenta todos los regalos que tengo en su casa y que debo pasar a buscar.

Ellas conocen mi relación con el arqueólogo, pero también saben que no me gusta hablar de ello y nos limitamos a bromear alguna vez, sin detalles.

El arqueólogo…

Nuestra convivencia está siendo de lo mejor que me ha pasado en la vida. Conversamos a todas horas, nos reímos, nos gastamos bromas, nos retamos, nos burlamos, nos duchamos juntos, follamos en todas partes, pero… mantenemos una distancia extraña.

Sé que muchas veces la provoco yo, pero es que las palabras de Denzel, aunque sé que tenían mala intención, se me han quedado grabadas. «Podría ser su *modus operandi*».

Lindsay y yo seguimos en contacto, aunque cada vez con menos frecuencia.

Reconozco que he seguido en contacto con ella por mi ansia de conocer detalles, aunque a veces me freno por miedo a saber algo que pueda dolerme.

Ella se limita a contarme sus avances en su empleo, en su nuevo apartamento y con sus nuevos compañeros de trabajo, con los que también sale a divertirse. En menos de dos meses su vida ha cambiado mucho, pero también tiene tiempo para hablar de Dylan: lo sigue teniendo muy presente.

Eso me provoca un conflicto, pero no puedo resistirme a escucharlo. Sé que no debería hablar con ella. Ni ella sabe con quién me acuesto, ni Dylan sabe con quién mantengo conversaciones cada semana; los jueves concretamente, el día que Dylan se queda más horas en la excavación.

Sé que la estoy utilizando, que ella me comenta detalles de él que me hacen tener ideas y que las utilizo a mi favor.

Sé que me estoy metiendo en un juego peligroso, pero no puedo renunciar a ello. Y es una locura, porque ese juego es el que me hace muchas veces retroceder.

Necesito escuchar de él algo más que me desea, pero también me da miedo escucharlo.

Me dejaré llevar. Sí, eso es lo que haré.

Dejaré de hablar con Lindsay, tengo que ir distanciándome poco a poco.

Eso puedo hacerlo, pero…

¡Maldita sea! Lo último que debo hacer es engañarme a mí misma, es lo que más odio, lo

que más hice en el pasado y lo que juré nunca más volver a hacer.

Estoy enamorada del explorador y espero que mañana sea capaz de decírmelo a mí misma sin morirme de miedo.

Capítulo 60

Dylan

Acepto que no me desenvuelvo bien cocinando y que mis *sandwiches* pueden ser algo repetitivos, pero debo hacer algo por aprender nuevas recetas del agrado de Ginevra. No puedo permitir que ella siga cocinando las interpretaciones de la cocina escocesa de su abuela. Es insoportable.

Estoy esperando que termine de hablar con Kenna. Suelen hacer una videollamada una vez a la semana. También los jueves suele hacerla, pero creo que esa es solo con su abuela, no estoy seguro; no suelo preguntarle.

Por fin ha terminado la semana laboral. Mañana empieza el fin de semana y quiero proponerle a Ginevra que visitemos Osborne House, en East Cowes, en la costa norte de la isla. Se trata de una mansión construida hacia 1850 y que sirvió como la residencia de verano de la reina Victoria.

Ginevra hace tiempo que expresa su deseo de visitar los salones abiertos al público. No es que esa decoración sea muy aplicable al castillo, pero ella afirma que le servirá de inspiración.

Cuando entra en la cocina, su expresión es sombría. Algo le preocupa, está claro.

—¿Estás bien?

—Sí. He hablado con mi abuela y… con Kenna.

—¿Ocurre algo?

—Necesito una copa de vino —me dice observando la botella que se encuentra sobre la isla de la cocina.

Me llama la atención su petición, nunca antes lo había expresado con esa necesidad.

Cuando se lanza hacia la botella, le detengo y me ofrezco a servirla yo. La última botella que abrió se engulló el corcho y estuvimos jugando con los restos de él en la boca durante toda la velada.

—¡Quieta! Que este vino tiene calidad.

—Como la cena… —Su rostro sigue siendo el de alguien preocupado, pero no parece animarse a hablar, así que bromeo.

—Desagradecida. Mientras hablabas con tu abuela, he preparado el sándwich que ganó el mayor concurso de Estados Unidos en sándwiches fríos. Hasta me atrevo a decir… —Hago una pausa cuando su expresión empeora—. ¿Qué coño pasa, Ginevra?

—Se ha muerto… mi padre.

Me quedo helado: algo no encaja.

—¿Tu padre? Me dijiste que estaba muerto.

—Se ha muerto otra vez.

Sujeta la copa de vino y se dirige al sofá, el centro neurálgico de nuestras conversaciones más íntimas.

La sigo con otra copa en la mano.

—¿Se ha muerto dos veces?

—La primera lo maté yo, esta vez ha sido… la vida.

—Eso lo aclara todo. Ahora entiendo lo que está pasando…

Me mira e intenta sonreír, pero no puede. Le da un largo trago al vino y se levanta para llenarse otra copa.

—¿Borracha te animarás a contármelo?

—No me voy a emborrachar.

—¿Qué ocurre, Ginevra? ¿Qué es eso de que creyera a tu padre muerto y hoy se vuelva a morir?

—Tengo que ir a Escocia. Mi abuela nos lo ha pedido a Kenna y a mí.

—¿Cuándo?

—Para el funeral. Murió ayer. El funeral es mañana.

—No sé si lo de «Lo siento mucho» es acertado.

—No, ahórratelo.

Me acerco, le quito la copa de las manos y le levanto la barbilla.

—¿Quieres contármelo?

—No.

—¿Necesitas contármelo?

—Puede que sí.

Ya la voy conociendo.

—¿Me lo vas a contar?

—Con vino.

—Deduzco que la historia no es muy alegre.

—Es mi historia, Dylan. De dónde vengo y de qué vengo. Es una puta historia que quisiera olvidar, pero que nunca he conseguido hacerlo. Una mierda de historia que nunca antes le he contado a nadie, ni siquiera a Denzel.

Eso hace que sienta escalofríos. ¡Por Dios! ¿Qué le ha pasado en Escocia?

—Voy a buscar más vino —le digo temiendo lo que pueda descubrir esta noche.

Capítulo 61

Ginevra

—Mi abuela, que como te conté es italiana, conoció a mi abuelo, el arquitecto, el amigo de Elliot, en Inglaterra, en un viaje. Se enamoraron, se casaron y se quedaron en Manchester. Poco después nació su única hija, mi madre.

—Tu madre se llama… ¿O se llamaba…? Ya no me atrevo a dar nada por hecho.

—Está viva. Se llama Harriet —le aclaro mientras suelto aire despacio—. Ella conoció a Fergus, mi padre. Se enamoró, dejó sus estudios de derecho en la universidad y se mudó con él a Aberfeldy. ¿Conoces Escocia?

—Solo Glasgow, Edimburgo y la zona de Inverness —me confiesa—. ¿En que parte vivías?

—Es un pequeño pueblo en la región de Perth and Kinross, justo en el límite con las Highlands. Colinas, bosques, el río Tay…

—Supongo que debe ser precioso…

—Lo es —le digo tajante.

—Cuéntame, Ginevra, ¿qué pasó en Aberfeldy?

—Te vuelvo a advertir que es una historia larga, aunque podría resumirla.

—No lo hagas. Cuéntame la historia desde el inicio… —me pide enjugándome una lágrima que desciende por mi mejilla.

—No quiero llorar, no puedo hacerlo ahora. Necesito vomitar esta maldita historia.

—Hazlo, Ginevra. Te escucho.

Necesito casi un minuto para coger fuerzas, pero lo consigo. Aspiro aire profundamente y lo suelto de forma lenta.

—Mis abuelos no querían que mi madre viviera allí, y tampoco con él, pero no pudieron hacer nada para disuadirla. Lo dejó todo para seguirlo a su mundo y dejó atrás una vida muy diferente. Al año, nació Kenna, y once meses después yo. Mi padre era pastor en la iglesia escocesa, o iglesia presbiterana, como él prefería llamarla. Su vida era para y por su comunidad. Aberfeldy es un pueblo pequeño, de unos dos mil habitantes y la mayor parte de ellos acudían a la iglesia y formaban parte de esa comunidad. Adoraban a mi padre y también a nosotras porque mi padre se encargaba de mostrarnos como una familia ideal.

—Pero no era así…

—No, ni siquiera se puede llamar familia. Crecimos sirviendo a la comunidad. Mi vida y la de Kenna trascurrían entre el colegio, las labores de la casa, las de la pequeña granja y las de la iglesia. Esas labores consistían en acudir constantemente a ayudar a los más necesitados. Las personas que necesitaban ayuda porque estaban enfermas, impedidas, o simplemente tristes porque habían perdido a alguien. Mi padre nos enviaba a llevarles pasteles, que mi madre siempre cocinaba, o a hacerles compañía, a ayudarles a hacer la compra… Esa era nuestra vida.

No jugábamos con nuestros amigos, ni siquiera teníamos tiempo para jugar entre nosotras. No viajábamos, no tenías vida fuera de la casa, excepto para acudir a la iglesia o a los eventos junto al río que se celebraban con motivo de alguna festividad religiosa.

—Joder, Ginevra, me parece estar escuchando un relato de otro siglo —me dice acariciándome la mano, que sabe lo mucho que me gusta.

—Has acertado.

—Sigue, por favor.

—No teníamos una relación de familia, no teníamos conversaciones. Todo giraba alrededor de la iglesia, del culto. Mi padre, como pastor, repetía constantemente que la vida debía ser un reflejo del servicio a Dios y a los demás. «Esto es lo que Dios espera de ti», «esto es pecado», «según las Escrituras, esto, según las Escrituras lo otro». Todas las decisiones, todas las acciones, todo, absolutamente todo, se enfocaba de ese modo. El pecado, la rectitud, el sacrificio: esas eran las palabras que marcaron nuestra vida. Seguir el camino de Dios… Desaviarte del camino…

—¿Y tu madre también era así?

—No. Ella vivió más de veinte años en Manchester. Mis abuelos eran todo lo opuesto a ese tipo de vida; se educó de forma muy distinta. Pero se enamoró de él y se convirtió en su sombra, en su maldita sombra. Un fantasma silencioso que lo seguía a todas partes. Seguía sus normas sin rechistar y nos las inculcaba a nosotras. Era cariñosa con nosotras, se preocupaba, nos consolaba y nos animaba, pero siempre sin salirse de la línea que él marcaba.

—¿También el trato era…? ¿Me refiero a si había…?

—¿Maltrato físico?

—Sí, me refiero a eso.

—No, eso nunca lo hubo, pero hay muchas formas de maltratar a alguien. Nosotras no solíamos rebelarnos, crecimos en ese mundo y creíamos en él, así que era difícil que hubiera represalias. Si protestábamos, nos soltaba discursos de horas sobre las obligaciones y la iglesia; era mejor ahorrárselas. Tuvieron que pasar unos años para que nos diéramos cuenta de la dimensión de nuestra vida: éramos niñas.

—Joder, Ginevra, no logro imaginarte en ese contexto.

—Yo tampoco, ahora me cuesta más entenderlo.

—¿Qué pasó? Algo pasó, está claro. Tú llevas diez años en Inglaterra. Me has hablado mucho de tu abuela… —reflexiona en voz alta, como si quisiera unir las piezas—. Alexander me dijo que Kenna era escocesa, que vino a Inglaterra a estudiar y se quedó con su abuela. No sé nada más.

—Mi abuelo murió cuando yo era pequeña, pero antes de ello, los veíamos de vez en cuando. Iban a visitarnos a Aberfeldy y se quedaban unos días, pero era evidente que no se encontraban cómodos. Era todo frío. Mi abuela insistía en que pasáramos alguna temporada, durante las vacaciones escolares, en Manchester, pero nunca nos lo permitían. Solo una vez. Mi madre insistió mucho y convenció a mi padre para que nos permitiera pasar dos semanas con mis abuelos. Yo tenía nueve años y me pareció estar en un paraíso. Era todo tan diferente a mi vida.

»No teníamos teléfono. Mi abuela llamaba cada semana a mi madre al teléfono de la señora MacLeod; era la única persona que mi madre podía considerar amiga, y con los años se convirtió en su cómplice, en su vía de escape.

—¿No le permitía hablar por teléfono a tu madre?

—Decía que mi abuela le metía ideas malas en la cabeza y que el teléfono era obra del mal. Creo que mi madre, a esas alturas, ya iba haciendo algunas otras cosas a escondidas, pero es

difícil recordarlo todo. Cuando mi abuelo murió, mi abuela nos visitó con más frecuencia, pero siempre era un problema que lo hiciera. Ella nos hablaba de tantas cosas bonitas de la vida… Pero siempre a escondidas. A mi padre no le gustaban sus visitas, y muchas veces presenciamos enfrentamientos entre ellos, hasta que le prohibió volver a nuestra casa. Desde ese momento, solo hablábamos con ella de vez en cuando, en la casa de la vecina, cuando mi madre nos decía que la abuela quería escucharnos, y que lo mantuviéramos en secreto.

»Incluso se negó a que fuéramos al instituto; decía que ya habíamos estudiado bastante, pero mi madre se impuso, por raro que nos pareciera, y consiguió que asistiéramos. Es la vez que más fuerte he visto a mi madre. Pero tuvo que recurrir a argumentos relacionados con las habladurías de los parroquianos y ese tipo de cosas para que él accediera.

»El instituto estaba en un pueblo cercano, a unas doce millas, ya que en Aberfeldy no había un centro de educación secundaria. Nunca participábamos en nada del instituto. No teníamos amigos, solo nos relacionábamos entre nosotras. Nuestros compañeros dejaron de contar con nosotras, tanto en el colegio como en el instituto, ya que nunca nos permitían hacer nada. Kenna estaba en un curso superior y me abrió el camino. Cuando llegué, ella ya había pasado el mal trago de sentirse un extraterrestre. Ella lo pasó peor que yo: estaba sola.

—Joder.

—Vivíamos a una hora y media en coche de Edimburgo y ni siquiera conocíamos la ciudad. Nuestra vida transcurrió durante diecisiete años entre Aberfeldy y Pitlochry, el pueblo donde estudiábamos en el instituto, a unas diez millas. Terminadas las clases, nos subíamos al autobús y volvíamos a casa a seguir con nuestras labores. Al principio, fue más duro, pero mi madre se volvió a imponer y consiguió que respetara nuestro tiempo, nuestras tareas escolares... Algo fue cambiando, pero muy poco. No era más que un hipócrita, un puto dictador que ni él mismo se creía sus normas. Mi hermana y yo le vimos en dos ocasiones con otra mujer… en la granja.

—¿Con otra mujer?

—Follando, Dylan.

—¡Ah! Pero eso ¿no era pecado?

Me echo a reír. A veces es como un niño y me encanta.

—No pretendo bromear —me aclara con mucho pesar—, solo me conformo con verte sonreír. Ese relato es… escalofriante. Vaya vida. Tu madre ¿se enteró de que le era infiel?

—Se lo dijimos, pero nos pidió que nunca lo habláramos con nadie ni que volviéramos a mencionarlo. Lo aceptaba, o sea que, lo sabía. Era un cero a la izquierda. Sé que tenía una lucha; mi abuela me lo ha dicho mil veces, pero nunca fue capaz de abandonarle y apartarse y apartarnos de esa vida.

—Supongo que ahora viene lo mejor.

—Sí. Cuando nos prohibió ir a la universidad… Nos dijo que teníamos que encontrar un marido y dedicarnos a él, a nuestra casa, a nuestros hijos y a la iglesia.

—Buen plan. Y… ¿Te casaste? No me digas que…

—No, claro que no. Kenna era mayor y fue la primera en reivindicar su deseo de estudiar. En aquel entonces quería ser médico. Él ni siquiera nos contestaba. Cuando algo que decíamos no le gustaba pasaba semanas enteras sin dirigirnos la palabra. Solo lo hacía cuando estábamos delante de otras personas.

»Una noche, invitó a uno de sus feligreses a cenar. Era algo habitual. Siempre invitaba a personas y mi madre se pasaba la vida cocinando, como Kenna. Yo ayudaba en otras cosas: la granja, la limpieza, la ropa... Además de todas las obligaciones con la comunidad, claro está.

»Ese joven era seis años mayor que Kenna, y durante la cena, mi padre le dijo a Kenna que

sería su futuro esposo.

—Joder…

—Kenna se rebeló, se negó a ello y hasta le dijo a ese joven que no se acercara a ella, pero él seguía invitándolo a cenar y hasta anunció en la iglesia que era el prometido de su hija. Fueron dos meses infernales. Yo todavía estaba en el último año de instituto, pero sufría, no solo por Kenna, sino porque sabía que mi destino era el mismo que el de ella. Y… resumiendo, a partir de ahí, Kenna empezó a planear su huida. Fue idea mía. Llamé a mi abuela con la ayuda de la señora MacLeod y le pedí ayuda. Idearon un plan que pusieron en práctica justo cuando Kenna cumplió los dieciocho años, tres semanas después. A mí me quedaba todavía un año y no quisieron arriesgarse a que él pudiera reclamarme legalmente.

—¿Te dejaron allí?

—Solo era una cuestión de tiempo. Fue muy duro despedirnos. Sentí que me moría cuando ella se marchó.

—Entiendo…

—A partir de ese momento, con la marcha de Kenna, a mí me hizo la vida imposible para que no siguiera sus pasos. Me encerraba por las noches en mi dormitorio con llave, y controlaba todos mis movimientos. Mi madre era como un fantasma a su merced. Lloraba constantemente la ausencia de Kenna, pero no hacía nada. Le dije que nos fugáramos juntas, pero nunca me escuchaba. Ella, a su manera, creo que era feliz con su vida. Solo sufría cuando se trataba de nosotras dos. Él la trataba bien, le regalaba los oídos, le decía lo buena cocinera que era, lo mucho que lo complacía, lo orgulloso que estaba de esto y lo otro… La manipulaba psicológicamente a todas horas. En la iglesia no dejaba de nombrarla y de decirle a todos lo afortunado que era por tener a una familia como la nuestra, excepto cuando Kenna se marchó… En un sermón, les dijo a todos que su familia era víctima del mal y que su hija había elegido el mal camino a pesar de sus esfuerzos por inculcarle el camino de Dios.

—¿En ese pueblo todos eran iguales?

—No, Dylan, pero es que él tenía una doble vida. Lo adoraban porque ayudaba a todo el mundo. El único infierno se vivía en mi casa, los demás tenían una vida normal y su pastor era maravilloso, siempre al servicio de la comunidad.

—¿Y dices que tu madre era feliz a su manera?

—Sí, la manipulaba a todas horas y cuando ella se imponía la castigaba sin hablarle durante meses.

—Joder. ¿Y tú te marchaste un año después?

—No, me marché tres meses después de Kenna. Una noche, hizo lo mismo que intentó con Kenna. Me presentó a Liosaidh como mi futuro esposo. Un vecino de un pueblo cercano a Aberfeldy.

—¿Y ese tío era igual que su nombre?

Me echo a reír por segunda vez.

Todo es más fácil a su lado.

No entiendo la entereza con la que le estoy contando esta historia, una que nunca le he contado a nadie.

—Peor, él era peor. Era de un pueblo cercano, igual que el que le buscó a Kenna. Esa noche fue cuando decidí marcharme. Llamé a mi hermana y a mi abuela desde la casa de la vecina, que ya hacía muchos años que era nuestra cómplice, y tres semanas después, me escapé. Mi abuela me dijo que, si me reclamaba legalmente, Elliot se encargaría de hacer las gestiones y las denuncias pertinentes.

»Dormí a mis perros, mis preciosos perros. Mi abuela escocesa, que murió muchos años antes, me había enseñado muchos brebajes con hierbas. Planeé saltar por la ventana, con una hilera de sábanas y telas que confeccioné yo misma, pero me encontré con que la puerta estaba abierta. Mi madre se había encargado de que quedara de ese modo. Ella me ayudó, en silencio, pero me ayudó. Me dijo adiós con la mano y lo arregló todo para que pudiera huir sin que me escuchara. Mi abuela y Kenna me estaban esperando cerca de allí. Cuando vi los faros del coche de forma intermitente, entendí que era libre y que nadie más me volvería a quitar mi libertad.

»Mi vida en Manchester empezó bien, pero no conocía nada del mundo, Dylan. Era como si hubiera vivido en una cueva, como dijo Denzel, y hubiera salido después de mil años. Acabé el instituto. Elliot ayudó a mi abuela para que me aceptaran a medio curso. Había algunos trámites burocráticos que solucionar por no ser mayor de edad. Ahí conocí a Denzel y él, como ya sabes, me ayudó, aunque nunca le conté esta historia. Él siempre creyó que salí de Escocia, de un pueblo en las montañas, y que no conocía apenas mundo. Esa es toda la historia.

—¿Tu miedo al agua está relacionado?

—Una vez me empujó al río y me dijo que me las ingeniara para salir. Que la fe me ayudaría. Era una cría, no sabía nadar y si no es por un vecino que acudió a socorrerme…

—¿Quería ahogarte?

—No, no lo creo, pero su fe era así de absurda. Fue un trauma para mí. Cuando llegó aquel vecino, hizo ver que no se había dado cuenta de que había caído al agua. Me dejó de hablar tres o cuatro meses, y solo era una niña de seis.

—¿Sabes nadar?

—No.

Guardamos silencio y me acurruca entre sus brazos.

—Es increíble, Ginevra. ¿Y no has vuelto a Escocia?

—No. Mi abuela habla con mi madre cuando puede. Al principio, lo hacíamos nosotras también, pero solo podíamos hacerlo cuando se ponía en contacto con mi abuela. Al independizarnos, todo se complicó. No era fácil coordinar esas llamadas que ella tenía que realizar a escondidas y solo en momentos muy puntuales. Hace años yo llamaba a la vecina para preguntarle cómo estaba mi madre, pero dejé de hacerlo. Ha sido mi abuela la que nos ha ido informando de que estaba bien. Le ofrecimos muchas veces rescatarla, pero nunca quiso. Mi madre se convirtió en alguien lejano… y él, el cabrón que nos jodió parte de la vida, el que acaba de morir.

—¿Le guardas rencor a tu madre?

—Mi abuela nos enseñó a no hacerlo. Nos dijo que era víctima de su propia debilidad, además de ser víctima de él, claro está.

—¿Por qué quieres ir a Escocia?

—Mi abuela nos ha dado la noticia hoy, y nos ha pedido que vayamos a hacerle compañía a nuestra madre. Ella también irá.

—¿Por qué quiere que le hagáis compañía?

—Cree que necesita vernos y es una buena oportunidad.

—El argumento no es muy convincente.

—Creo que por fin ha encontrado la manera de abrazar a su hija y quiere que nosotras lo hagamos también. Aunque yo… no siento que tenga una madre, hace tiempo que no lo siento.

—Es normal que te sientas así.

Guardamos silencio de nuevo.

—¿Estás bien? —me pregunta estrechándome en sus brazos.

—No —le digo mientras una lágrima desciende por mi mejilla.

Ha sido soltar la historia, sentir su calor, escuchar su pregunta y romperme.

—Siento que hayas vivido esa mierda, cariño.

Esa palabra me atraviesa el alma. Cariño…

—Siento que tengas que pasar por esto —me vuelve a decir.

Me abrazo a él como si fuera un salvavidas.

—A Denzel no le contaste la historia, ¿por qué a mí sí?

Le miro mientras me enjuga las lágrimas.

—Porque quiero que me acompañes.

Me mira como si le hubiera pedido que se tirara por la borda.

—¿Por eso me lo has contado?

—No estoy en condiciones de responderte a eso ahora.

—No quiero ser «solo» tu refugio, Ginevra. Quiero ser «también» tu refugio.

—No eres ni siquiera un refugio, Dylan. No te pido que me acompañes porque necesite compañía. No voy a estar sola. Mi abuela, Kenna y Alexander también estarán. Te lo pido porque quiero estar contigo… No para que me consueles, sino para que existas a mi lado.

Me besa suavemente. Sus labios se empapan de mis lágrimas y siento que me estrecha contra su cuerpo con más fuerza que nunca.

—Entonces vamos a planificar ese viaje.

Capítulo 62

Dylan

Desde que salimos de Yarmouth hasta que llegamos a Aberfeldy, tardamos cerca de seis horas. Optamos por la opción de vuelo desde Londres hasta Edimburgo, pero el ferri y el resto de desplazamientos sumaron muchas horas.

Llegamos ayer por la tarde. Por suerte, al tratarse de fin de semana, no tuvimos que gestionar la ausencia en el trabajo, excepto para mañana, pero ya he hablado con Logan y se hará cargo de todo.

Me resulta complicado explicar la sensación que tuve en cuanto pusimos un pie en esta tierra. Aberfeldy se encuentra en un valle muy amplio, rodeado de colinas que lo envuelven. Lo primero que me impresionó fue la amplitud del paisaje. Campos verdes que se extienden en todas direcciones, interrumpidos solo por cercas de piedra y algún camino rural que desaparece entre las colinas. A un lado del pueblo, el río Tay marca la frontera entre el pueblo y las montañas del fondo.

Es un paisaje idílico en el que poder desconectar del mundo. Pero también lo observo con cierto pesar, sabiendo que esta fue la prisión de Ginevra durante muchos años.

Kenna y Alexander llegaron antes que nosotros, hicieron el trayecto en coche y solo les llevó entre dos y tres horas. Nos reunimos con ellos en el hotel de Aberfeldy, uno pequeño y acogedor que Alexander se había encargado de reservar. Ninguna de las dos hermanas deseaba pasar la noche en la casa de sus padres, al contrario de Giovanna, que ya se encontraba en la casa de su hija, donde se estaba velando el cuerpo del difunto.

El primer momento emotivo fue el abrazo que las hermanas se dieron en el hotel, como si hiciera veinte años que no se hubieran visto. Ese abrazo significaba tanto… Escondía tanto sufrimiento y tanto sinsentido en sus vidas.

Alexander no pudo contenerse y acabó luchando por desprenderse de alguna lagrimilla que le resbalaba por la mejilla.

Nos encontramos con Giovanna, una hora después, en la puerta de la casa donde se encontraban los restos de Fergus. Ella fue la encargada de recibirnos, pero lo hizo a unos cuatrocientos metros de la casa. Era el único hueco que encontró entre las noventa o cien personas que inundaban los alrededores de la casa.

Giovanna abrazó a Ginevra con tal intensidad que me emocionó, pero es que a mí me abrazó de la misma forma.

—Gracias por acompañar a Ginevra —me dijo con un ligero acento italiano.

Es una mujer guapa, elegante, que aparenta muchos menos años de los que tiene: setenta,

creo recordar. Sin embargo, no puedo decir lo mismo de la madre de Ginevra, que parecía una anciana que soportaba la carga de muchos años a sus espaldas.

Ella desconocía que sus hijas habían asistido hasta que Giovanna la guio desde el interior de la casa hasta el destartalado jardín, donde nos encontrábamos.

Cuando las vio se echó las manos a la cabeza y después se dejó caer en el suelo, hincando las rodillas en lo que quedaba de hierba, y estalló en un llanto que nos erizó el vello a todos los presentes, incluidos todos los que nos rodeaban, que eran muchos y no quisieron perderse la escena.

Rostros sorprendidos, muestras de sorpresa, murmullos… Y Alexander y yo, con el corazón encogido por presenciar la emotiva escena en la que sus hijas se abalanzaron sobre ella para levantarla del suelo y abrazarla.

¡Menudo día el de ayer!

Cuando la tarde llegó a su fin, solo se quedaron los más allegados para velar durante toda la noche al difunto, menos nosotros cuatro que ya estábamos desesperados y necesitábamos salir de allí. Especialmente Alexander y yo, que ni siquiera entramos en la casa en toda la tarde y pasamos varias horas recorriendo la finca y charlando sobre todo lo que había acontecido en nuestras vidas en los últimos meses.

También bromeamos sobre el momento en que las dos hermanas desaparecieron con su madre hacia el interior de la casa. Ni siquiera nos presentaron a su madre.

—Mamá, este es mi marido, y este es el… ¿Qué eres tú, Dylan? —me dijo Alexander entre risas, recreando la posible escena que podría haberse representado de haber habido presentaciones.

—Alexander, no me toques mucho… ¡Ya sabes qué!

—¿Vais en serio? —me preguntó después, dejando claro que ya no bromeaba.

—Vamos bien, Alexander. No preguntes más.

—Solo quería decirte que me alegra mucho. No hay mejor candidato para mi cuñadita que mi mejor amigo.

Me debatí entre la emoción y el sabor amargo cuando le escuché pronunciar esas palabras porque no tengo claro qué es lo que hay entre Ginevra y yo.

La noche en que me contó la historia de su vida en Escocia me perforó las entrañas cuando me dijo que quería que existiera a su lado…

Claro que estoy enamorado, no sé ni por qué lo he dudado…

Ayer, cuando volvíamos al hotel, Ginevra empleó pocas palabras para definir como había sido su día.

—Un día raro, me siento extraña. Estoy deseando de que mañana se termine todo esto.

—¿Por qué no me has presentado a tu madre? —le pregunté nada más entrar en la habitación del hotel.

—No me he dado cuenta. Mañana te la presentaré.

—¿Y qué le vas a decir? Recuerda que vivimos en pecado…

Soltó una carcajada.

—Lo mejor de este día —le dije abrazándola— ha debido ser el reencuentro con tu madre, ¿cierto?

—Te equivocas, explorador. Lo mejor del día ha sido este momento, ahora. ¿Pecamos un poquito?

—Pequemos mucho…

Y pecamos…

Mucho.

Fue una descarga descomunal de caricias y placer.

Otra de risas.

Y otra de algunas lágrimas cuando a mitad de la noche se despertó con el recuerdo de la imagen de su padre fallecido.

Sé que no era dolor por la pérdida, sino un cúmulo de rabia y frustración acumulada durante años.

Otra vez lloró en mis brazos. La tragedia, una vez más, nos une. Eso me recuerda que no debería permitirlo; ya cometí el error una vez, pero en este caso, la tragedia es suya.

Quizás algún día se lo cuente a Ginevra.

Capítulo 63

Dylan

—No veo el momento de salir de aquí —me confiesa Alexander mientras descansamos sobre una piedra gigante con vistas al río Tay.

Giovanna, Ginevra y Kenna se han quedado con su madre. Hemos decidido dejarlas a solas para que puedan compartir sus dos últimas horas juntas.

—Lo comparto. Este lugar es precioso, pero para venir en otras circunstancias —reflexiono en voz alta.

—Ayer caí rendido en la cama; creí que tendrían que celebrar otro funeral conmigo.

—Eres un quejica —le provoco—, solo fueron ocho horas desde que empezó hasta que se dio por finalizado oficialmente: cuando la señora del sombrero con las plumas decidió que ya había comido bastantes pastelillos.

—No lo decidió sola, se lo pidió «amablemente» Ginevra.

Me echo a reír. Desconocía esa circunstancia.

—¿Cómo se lo pidió?

—Ya sabes que Ginevra puede ser muy sutil cuando quiere, así que le dijo: necesitamos estar a solas, llévese los pastelitos.

Me echo a reír. Reconozco a esa Ginevra.

—¡Qué día más largo el de ayer! —se sigue lamentando Alexander.

—Sigo pensando que te quejas por nada.

—Cierto, solo tuvimos que soportar el servicio de la iglesia: hora y media, con la presentación del nuevo pastor incluida, y las oraciones, los himnos, y las lecturas de…

—Escrituras, amigo, se llaman escrituras. Y solo leyeron seis, no sé por qué te quejas.

—No sé por qué me quejo, tienes razón. Después del servicio llegaron las intervenciones…

—Sí, solo una hora más escuchando a los miembros de la comunidad elogiando a Fergus.

—Y a compartir recuerdos, a resaltar su papel como pastor…

—Y el entierro… El paseo hasta el cementerio…

—A pie —recalca.

—Dos horas más —le recuerdo.

—Y lo mejor, la reunión en casa de Harriet.

—Dos horas más… —digo pensativo—. Algo falla. No sumo ocho horas. Falta una hora y media.

—La que tardamos en echar a la del sombrero…

Como dos niños, nos echamos a reír y no podemos parar en un buen rato.

—Ginevra se revolvía en el asiento de la iglesia cuando realzaban su figura como pastor, como marido, como padre. ¿A quién se le ocurrió elogiarlo como padre? —suelto intentando

entenderlo una vez más.

—A alguien que no sabía que les jodió la vida a sus hijas. Aunque me extraña, porque Giovanna me dijo que solía hacerse la víctima en sus sermones, afirmando que sus hijas habían elegido el mal camino, pero que las perdonaba.

—Qué generoso —le digo algo molesto por tanta hipocresía.

—Cuando Kenna se marchó, su padre le envió una carta manuscrita a casa de Giovanna diciéndole que para él estaba muerta.

—Eso lo desconocía.

—A Ginevra le envió la misma.

—No me lo contó.

—Era un cabrón…

Alexander parece muy enfadado. Lleva muchos años junto a Kenna y debe conocer más detalles que yo. Aun así, Ginevra me contó lo suficiente para llegar a la misma conclusión.

Ahora entiendo la conversación en la que le reprochaba a su hermana que la presionara, que ella mejor que nadie sabía lo que era vivir con miedo.

Ahora comprendo su negación a cambiar su vida cuando recibía aquellos mensajes.

La vida de Ginevra no ha sido fácil.

Hoy me he preguntado si quedan muchas heridas en ella, no solo las causadas por su padre, sino las que también ha creado Denzel. O… aquel tal Tyler.

Sigo temiendo esas heridas.

Capítulo 64

Ginevra

No sé qué hago dentro de este dormitorio, el que ocupé durante diecisiete años. Kenna no ha querido acompañarme. Ha preferido no subir a esta parte de la casa. Se ha marchado con mi abuela a visitar a la señora MacLeod, nuestra vecina y único contacto íntimo con mi madre desde hace años.

Paseo por este dormitorio mientras escucho la voz de mi madre. Está atendiendo a unos vecinos que le han traído comida para los próximos días.

Todo está igual que cuando me marché, como el resto de la casa. El tiempo parece que se detuvo diez años atrás, o un siglo, porque la casa necesita unas cuantas reformas. Esa era otra de las tantas virtudes que tenía el señor que enterramos ayer: era tacaño como no se puede serlo más. Pero solo para lo que concernía a su familia, para su comunidad, siempre se mostraba generoso.

«Los bienes materiales no son bienes», solía decir cuando nos quejábamos de alguna silla rota o algo que era inservible y ya no se podía remendar más.

Me pregunto si todas esas personas que han venido a su funeral creen de verdad que era un cúmulo de virtudes como han dicho, o si solo era un triste papel que se creían obligados a desempeñar. ¿Nadie en este pueblo conocía la forma en que trataba a su familia? ¿O a mi madre? ¿Nadie sabía que se tiraba a un montón de mujeres en la granja? ¿Nadie sabía que quería casarnos por interés con hombres que no conocíamos? ¿O que nos quería impedir estudiar? ¿Nadie sabía que jamás tuvo un gesto de cariño, o una palabra amable? ¿Qué solo hablaba de Dios y que solo nos elogiaba cuando estaba frente al atril de la iglesia? ¿Solo lo sabe la señora MacLeod?

Seguramente muchos de ellos conocieran su lado oscuro, o parte de él, pero como pastor era inmejorable y eso es lo único que cuenta. Las que callamos fuimos nosotras; nunca nos quejamos ni a él ni a nadie. Solo a mi madre, pero no cuenta. Hace tiempo que se convirtió en un fantasma que vagaba por esta casa siguiendo sus pasos y sus instrucciones.

Cuando llegamos a esta casa, me rompió el alma ver la reacción de mi madre al vernos. Quise abrazarla, consolarla y hasta quise recuperar el tiempo perdido, pero hoy, cuando la tempestad ha dado paso a la calma, soy consciente de que es una desconocida para mí.

Estos dos últimos días, ella parecía feliz interactuando con las personas que la han visitado. Esta es su vida. Y así es como nos lo ha hecho saber cuando mi abuela le ha propuesto que se vaya con ella a Manchester. Si no ahora, dentro de un tiempo, cuando ella se considere preparada o resuelva los asuntos que le puedan surgir aquí relacionados con la muerte de él.

Se ha negado.

—Esta es mi vida. No es la que habría soñado cuando era pequeña, pero ahora me gusta. Sin

él… mi vida será diferente. Pertenezco a esta comunidad y a pesar de haber sufrido mucho, creo que mi lugar está aquí. Ahora no habrá impedimentos para disponer de un teléfono para hablar con vosotras. Os he echado mucho de menos todos estos años y espero que hayáis perdonado el daño que os pudiera hacer.

Esas han sido sus palabras antes de levantarse y besarnos en la frente a Kenna y a mí, antes también de fundirse en un abrazo con mi abuela.

Kenna está desolada por su decisión de permanecer aquí, pero yo confieso que no me ha sorprendido. Son muchos años, es toda una vida. Si mi madre no tuvo valor para abandonar esa vida cuando más lo necesitaba o lo necesitábamos nosotras, ahora ya no tiene sentido.

Manchester para ella es un recuerdo lejano y su vida pertenece a estas tierras y a esta gente.

He visto cómo la quieren, igual que he notado cómo nos miraban a mi hermana y a mí, con algo de recelo.

Y no los culpo. Todavía me pregunto qué coño estaba haciendo yo en el funeral de mi padre. Una cosa era venir a ver a mi madre y acompañarla en ciertos momentos, tal y como nos contó mi abuela al pedirnos que viniéramos, y otra cosa muy distinta es estar presente en todo el funeral… Pero así lo acordamos Kenna y yo con mi abuela.

«Ya que estamos aquí…». Fue el triste argumento que utilizamos para decidir participar en el funeral, aunque solo fuera con nuestra presencia. Claro que, mi madre, aunque de forma discreta, también nos lo pidió la noche en que llegamos.

—Nada me hace más feliz que me acompañéis durante el día de mañana. ¿Os quedareis, hijas?

No la reconozco, es la sombra de… la sombra… de lo que fue. Dos sombras. Pero parece tener muy claro que su vida está aquí.

Salgo de mi dormitorio y me dirijo a la cocina. Mi madre sigue hablando con alguien en la puerta de la entrada. Kenna y mi abuela no han vuelto, y Alexander y Dylan se han marchado a pasear.

No les culpo, bastante suplicio ha sido aguantar un funeral tan largo.

Sonrío cuando me acuerdo de todos los momentos en que Dylan me ha hecho reír, algunos de lo más inoportunos. Durante los discursos, durante el paseo al cementerio, durante la reunión final… Y cuando le he mostrado la tumba de mis perros, enterrados en el jardín desde hace varios años.

Ha sido un momento duro recordar todos los momentos que viví con ellos, con mis preciosos perros, pero Dylan, que lo ha presenciado, ha decidido hacerme reír para restarle drama al asunto.

—Un momento. Ahí se lee Duncan y Fergus. ¿Así se llamaban?

—Sí.

—¿Fergus no es el nombre de tu padre?

—Sí.

—¿Quién le pone a su perro su mismo nombre?

—Mi padre.

—¡Qué grande era ese hombre! —me ha dicho riéndose.

Me encanta su sentido del humor. Es ingenioso, especialmente cuando suelta las cosas sin pensar. Se parece a mí en ese sentido. Pero él es más prudente; yo soy más impulsiva.

«Quiero que existas a mi lado…». Eso es lo que le dije.

Me centro en secar unos platos que hay sobre el fregadero y me animo a recoger todo lo que hay sobre la encimera de la cocina. Todavía hay restos de lo que servimos ayer.

No sé dónde guardar algunos platos, pero voy comprobando que no ha cambiado nada. Mi madre lo guarda todo en el mismo sitio.

Abro uno de los armarios de la cocina y compruebo que siguen estando los botes de madera y cristal que utilizaba mi abuela para guardar sus hierbas…

Era obsesión lo que tenía con ellas. Lo curaban todo, absolutamente todo. Eso decía.

Me hace sonreír el recuerdo. Ella es lo único que recuerdo con cariño de este lugar, pero se fue muy pronto, cuando yo tenía doce años. Vivía en su propia casa. Era muy cariñosa con nosotras, pero estaba al margen de todo. Nunca participó en nuestras vidas; no tenía una relación muy buena con mi padre. Excepto cuando estábamos en la iglesia y él también la nombraba como la mejor madre.

Me enseñó tantos brebajes… Sería incapaz de recordarlos.

Extraigo algunos de ellos y los observo intentando hacer un juego de memoria.

Mi madre los sigue utilizando.

Este era para el dolor de estómago… Este para la fiebre…

Vaya, todavía lo recuerdo.

Este para fortalecer los huesos…

Sigo observándolos y paso a la hilera de detrás. Muchos de ellos no recuerdo para qué sirven. Puedo ver a mi abuela preparando infusiones con ellas o machacándolas para extraer algún jugo.

Me detengo frente a uno de ellos.

Me sorprendo.

No entiendo qué hacen esas raíces aquí.

Son oscuras y se parecen a un nabo. Las reconozco.

Mi abuela las utilizó un tiempo para aliviar los dolores de las articulaciones que ella misma padecía, pero mi madre no quería que lo hiciera. Eran altamente tóxicas, muy venenosas. «El matalobos», le llamaban en una jerga coloquial.

¿Cómo se llamaba en otros términos?

Acónito…

Sí, ese era su nombre. Ya también recuerdo la flor azul que tiene la planta…

La hermana de mi abuela se las traía de las Tierras Altas, cuando venía a visitarla, pero dejó de hacerlo porque mi madre conocía su toxicidad y se enfadó con mi abuela por trastear con ellas en su cocina y por consumirlas también.

Ella sabía emplearlas en las dosis adecuadas, pero el rumor de una intoxicación letal por esa planta de un vecino de un pueblo cercano hizo que mi madre le prohibiera entrarla dentro de nuestra casa. Y mi padre la respaldó, sobre todo por el revuelo que se causó en la iglesia.

Es una planta muy tóxica, letal.

Escucho los pasos de mi madre y cierro el armario con prisa.

—Cariño, discúlpame, pero debía atender a estos vecinos, han sido muy amables —me dice mientras coloca varios recipientes dentro del frigorífico, lo más nuevo que hay en la casa.

—Mamá… No nos has dicho qué le ocurrió. Escuché algo en el funeral, pero no me quedó

claro. ¿Estaba enfermo?

—No, aunque en los últimos días estaba muy cansado. Faltó varias veces a la iglesia. Sufrió un infarto. Al parecer su corazón estaba débil, pero no sabíamos hasta qué punto.

—¿No lo vio un médico?

—No, le aconsejé que le visitara el doctor Dalrymple, pero dijo que solo era cansancio.

—Vaya… ¿Un infarto? ¿Estabas con él cuando pasó?

—No, estaba en la granja. Cuando llegué ya no tenía vida… Prefiero no recordarlo, hija. Si hubiera llegado antes a casa…

—¿Qué hubieras hecho? ¿Salvarle la vida? ¿Por qué? ¿Porque es lo que dicta Dios… o porque se lo merecía por habernos jodido la vida durante años y más años? —me enciendo sin darme cuenta.

—Hija, no hables así, él ya no está. Entiendo tu dolor, pero él ya no está y debe descansar en paz.

—¿Por qué me abriste la puerta aquella noche?

Es curioso, en diez años, las veces que he hablado con ella nunca se lo he preguntado.

—Para que te marcharas, tal y como tenías planeado.

—¿Por qué tú no lo hiciste?

—No lo sé, Ginevra. Ahora eso es parte del pasado.

Abro el armario y busco el frasco con las raíces.

—Lo hiciste tú, ¿verdad? Odiabas esta planta. No debería estar entre tus hierbas. Por muchos años que hayan pasado, tú nunca hubieras permitido que entrara en esta casa; te daba pánico.

—Ginevra, no me desordenes las hierbas, vuelve a dejar el frasco donde estaba. Creo que la abuela y Kenna están a punto de llegar. He escuchado la puerta de la valla de Catherine —me dice refiriéndose a la vecina.

Me quedo paralizada mientras sigue trasteando dentro del frigorífico.

No sé qué hacer ni qué decir, esto es una locura.

Mi abuela entra en la cocina junto a Kenna.

—Kenna, te he preparado las flores, están en el cobertizo —le dice mi madre mientras le pide que la siga.

—¿Qué te pasa, cariño? —me pregunta mi abuela cuando salen de la cocina.

—Fue ella, abuela —le susurro—. Mi madre lo mató. Lo mató con esto —le muestro el frasco y le cuento brevemente la historia de esas raíces.

Las observa mientras me escucha y respira hondo.

—No lo ha negado, abuela.

Mi abuela baja la cabeza y se pasa la mano por la frente.

—¿Tú lo sabías? —le pregunto horrorizada.

—Claro que no. No sé ni lo que es eso.

—Son raíces de una planta letal, ya te lo he explicado —le digo mientras me aseguro de que Kenna y mi madre no entren en la cocina.

—¿Se lo has preguntado?

—Sí, y no me ha contestado. Me ha dicho que no le desordene las hierbas.

—Entonces no lo hagas, cariño, no le desordenes las hierbas ni la vida. Guarda ese frasco y volvamos a casa. Olvidemos esta conversación para siempre.

—Abuela…

—Despídete de tu madre y deséale que sea feliz ahora que ya no tiene cadenas. Recuerda lo

que tantas veces me has contado sobre el momento en que saliste de aquí y Kenna y yo te estábamos esperando. Te sentiste libre y tu vida empezó ahí. Vamos a dejar que tu madre viva lo mismo.

Me echo a llorar en sus brazos.

Capítulo 65

Dylan

Han pasado cerca de dos semanas del viaje a Escocia. Aunque los días que permanecimos allí se me hicieron eternos, ahora siento que mereció la pena, por muchas razones. Una de ellas, por lo que significó en mi relación con Ginevra.

Fue un instante.

Fueron unas palabras.

Fue cuando volvíamos a casa, en el primer tramo de la carretera que nos dirigía hasta el aeropuerto de Edimburgo. Un trayecto que hicimos en coche: el que habíamos alquilado días atrás.

A pocas millas de Aberfeldy, Ginevra me pidió que nos desviáramos para mostrarme un punto en el camino.

Se trataba de un castillo, aunque solo pudimos observarlo desde la distancia, por falta de tiempo: Castle Menzies.

Nos bajamos del coche y nos situamos en el punto en que mejor se podía observar la construcción.

Conozco la historia de ese castillo, quizás de todos los que existen y existieron en Escocia, pero estaba intrigado por saber qué quería decirme sobre él.

—Te mentí —me soltó sin apartar la mirada del castillo—. Te dije que viví rodeada de castillos y que nunca visité ninguno. Pero este fue la excepción. Mis abuelos, en una de esas catastróficas visitas que nos hacían, me trajeron hasta aquí. Fue a escondidas de mis padres, claro está. Mis abuelos eran las únicas personas, a pesar de apenas formar parte de mi vida, que sabían lo mucho que me gustaban los castillos y sus historias. La única vez que pasé tiempo con ellos en Manchester, me contaron muchos cuentos e historias sobre los castillos de Escocia.

—Eres una privilegiada, estás rodeada de ellos —me decía mi abuelo. Yo era una niña; no podía decirles que mi vida transcurría dentro de una prisión de unas pocas hectáreas. Tampoco era del todo consciente de ello.

—¿Tus padres se negaban a llevarte a visitar un castillo?

—Alguna vez lo pedí, pero la respuesta consistía en una larga lista de obligaciones más importantes y en un largo discurso sobre el deber con la comunidad y... ¡Mejor no recordarlo!

Aunque soy consciente de la vida que tuvo, no solo por lo que me contó ella y también Alexander, y por lo que pude observar durante el viaje, cuando me contó esa historia, no pude evitar alegrarme del nuevo destino de Fergus, aunque el daño ya estaba hecho.

—Mis abuelos me trajeron hasta aquí, pero no visitamos el castillo: no podíamos dedicarle tanto tiempo al paseo. Yo me escapé una vez, recorrí las dos millas que hay hasta Aberfeldy aprovechando una de mis visitas a alguien de la comunidad y me acerqué a él. Era una niña, no

podía entrar sola, pero toqué uno de sus muros y sentí que algo cambiaba dentro de mí. Ahí empezó mi amor por ellos. Después, los caminos se fueron ampliando, pero el punto de partida está aquí.

—Es un buen punto de partida.

—Lo es, Dylan, aunque nunca he visto su interior, solo en fotografías.

—Ahora nada te impide visitarlo.

—No tenemos tiempo, perderemos el vuelo.

—Me refiero a otro día. Ahora ya nadie te lo puede impedir. Podemos venir algún día. Me gustaría participar en ese momento.

Se giró hacia mí y me sonrió, pero era una sonrisa triste.

—Volveré a Escocia cuando deje de recordarme mi historia, cuando deje de dolerme: todavía no es así. Volveré en ese momento, y volveré aquí para conocer otra historia, la que me cuente el castillo, la suya. Me pasaría horas observándolo, aunque fuera desde aquí.

—¿Qué sientes ahora que lo vuelves a ver? —le pregunté intrigado. A pesar de la historia que me había contado, quería introducirme en su mente a toda costa.

—Veo lo que siempre he visto, que me encantaría vivir en uno de ellos.

—¿Por qué?

—Porque son eternos, Dylan, porque son… Para siempre.

—¿Crees en el «Para siempre»? —le pregunté temiendo dónde podía llevarnos ese juego de palabras.

Me miró fijamente, le brillaban los ojos más de lo normal. Esa mirada azul se me clavó en el alma cuando me dijo:

—Creo, Dylan, creo en el «Para siempre». ¿Y tú?

—Empiezo a creer, Ginevra.

—¿En un lugar donde existir… puede ser para siempre?

—¿Es en eso en lo que crees?

—Sí.

—Me gusta más en un lugar donde existir «sea» para siempre —le corrijo.

—¿Sea? —me pregunta—. No me gusta, no es contundente.

—¿En un lugar donde existir es para siempre?

—Esa me encanta —dijo mientras me sonreía.

Cuando vi que se disponía a volver al coche, la detuve. Lo hice mientras luchaba contra un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo después de escuchar esas palabras: «pueda ser», «existir», «sea», «es». Un lugar donde existir es para siempre…

La besé delante de aquel paraíso de sensaciones.

El momento era casi perfecto, casi de cuento de hadas, de novela romántica, de… ¡Hasta cursi y empalagoso! Pero que bien sabía…

«Donde existir es para siempre», me dije de nuevo, sintiendo escalofríos de placer.

Lo disfruté hasta que Ginevra me preguntó:

—Deduzco que conoces la historia de este castillo.

—Entera —le contesté sin mostrar mi decepción por cambiar de tema.

—¿Y la del fantasma?

—Ilústrame, esa la desconozco.

—Cuenta la leyenda… —me dijo mientras volvíamos a entrar en el coche.

—¿Qué cuenta? Déjamelo adivinar. Un malvado señor del castillo, su hija enamorada de quien no debía, una torre embrujada…

—Se parece. Hay un malvado, hay una dama, y hay una torre, pero el orden cambia. ¿Te la cuento?

—Por favor, no creo que pueda dormir sin otra historia de fantasmas.

—Las de Escocia son mejores, aquí todo es más intenso.

Eso pensé mientras ella empezaba su relato.

—Hace mucho, mucho, tiempo, siglos…

—Quiero rigor histórico, dame fechas, quién ocupaba el castillo, en qué contexto histórico se encontraba…

—Calla y escucha, las leyendas no precisan tanto, listillo.

—Venga… te escucho.

—Cuenta la leyenda —empezó a decir con una voz susurrada, llena de misterio— que hace muchos años vivía un noble señor en esa imponente fortaleza, acompañado de sus dos hijos, que vivían envueltos en el dolor por la pérdida de su madre. Poco después, el señor del castillo, el padre, recibió a una joven dama, cuya belleza era incomparable a cualquier otra de toda la región. Ella era hija de un buen amigo noble también, un hombre que había caído en una guerra, dejando a su hija huérfana.

»La dama fue acogida con entusiasmo: Elira se llamaba. La joven no tardó en llamar la atención de los dos hermanos. Ambos eran apuestos y valientes y se sintieron atraídos por su belleza, su dulzura y su inteligencia y, sobre todo, porque entendían su dolor, el mismo que el de ellos: el de una pérdida reciente.

»El mayor de los hermanos, Donal, un joven de fuerte carácter, fue el primero en confesar su amor por ella. Bran, el menor, también se sumó a la causa.

»La rivalidad entre los hermanos creció cada día más. Elira, que correspondía a uno de ellos, no se pronunció para no crear más hostilidad entre los hermanos. El padre, preocupado por la tensión que se cernía sobre su hogar, le pidió a Elira que tomara una decisión. Le exigió que eligiera a uno de los hermanos para poner fin a aquella situación. Elira eligió a Donal, el hermano mayor; su sinceridad y su nobleza la habían conquistado. El corazón del hermano pequeño se llenó de rencor y odio, y juró vengarse de ambos.

»El amor entre Donal y Elira floreció, y el padre autorizó la boda. Sin embargo, antes de que pudiera celebrarse la muerte, fue a visitar al noble señor del castillo, dejando a los hermanos desolados. Poco después, el hermano mayor, habiendo olvidado ya la amenaza de su hermano, tuvo que partir a la guerra que se extendía sobre el reino. «Cuida de ella, Bran, y protégela en mi ausencia».

»El hermano menor aceptó la petición, aunque seguía inundado de ira y de envidia. Durante la ausencia de Donal, Bran no dejaba de observar a Elira. Cada vez que sonreía, él interpretaba que se reía de su dolor.

»Cuando Donal regresó de la guerra, después de una larga temporada, lo que encontró en el castillo no fue lo que esperaba. Elira había muerto, asesinada por las manos de su propio hermano.

—La maté, Donal. La maté para que nunca fuera tuya. Cumplí mi promesa de vengarme de los dos. Ella ha perdido la vida y tú la has perdido a ella. Nunca podréis estar unidos. La enterré en algún lugar del castillo, pero nunca te diré dónde. Ella eligió el lugar, le concedí el último deseo.

»Desgarrado por el dolor, Donal no pudo contenerse y terminó con la vida de su hermano, quien ya no podía arrepentirse de sus actos. Su última confesión retumbó durante mucho tiempo

en sus oídos: «La enterré donde ella eligió».

»Los pocos que sabían el secreto de Bran, los que lo ayudaron a enterrarla, fueron silenciados para siempre, así que Donal comenzó una búsqueda frenética para encontrarla. Cavó, destruyó muros y deshizo cada rincón del castillo en busca de los restos de su amada. Los días iban pasando, y las semanas, los meses…

»Terminó sumergido en la locura y murió sin saber dónde se encontraba Elira. ¿Dónde estaba Elira? Dice la leyenda que ella fue enterrada en el único lugar que él nunca pensó en buscar: en la torre más alta, un lugar al que ella nunca se atrevió a acercarse. Elira temía esa torre por ser un lugar cargado de tragedia, el lugar desde el que accidentalmente cayó la madre de su amado. Elira eligió ese lugar con el fin de que él la encontrara y descubriera que ella había vencido al miedo. Pero él nunca lo supo. Desde ese día, el fantasma de Donal vaga por el castillo buscando a su amada.

—¿De verdad no se le ocurrió buscar en la torre? ¿Después de estar meses buscándola? —le pregunto para provocarla, todavía fascinado por la forma en la que lo ha narrado.

—¿Eso es todo lo que se te ocurre decir? Llevo una hora con el puñetero cuento.

—Es que quien lo creó debió prestar más atención a los detalles.

Ginevra pone los ojos en blanco y me golpea en el brazo con el codo.

—Esa historia tiene algo que me gusta, y no sé qué es —me confiesa confusa.

No sé qué le puede gustar de ese fantasma; yo me quedo con lo que vivimos aquel instante delante del castillo, ella y yo: lo que nos dijimos, y lo que no.

Eso sí fue real.

Capítulo 66

Ginevra

He consultado el reloj varias veces con la intención de que Rachel se dé por aludida. No es que tenga prisa. Todavía puedo disfrutar de veinte minutos antes de volver a la sala donde trabajo actualmente. Pero la idea de un descanso no incluye escuchar el drama de la ruptura con su novio.

Pero ¿qué voy a hacer? Me da pena interrumpirla, aunque no es algo que me interese. No quiero más dramas, mucho menos de una persona con la que no tengo confianza. No puedo olvidarme de su tendencia a propagar todo lo que llega a sus oídos entre todo el personal del castillo. Ya también lo que inventa, que no es poco.

Dylan y Logan me advierten de que sea cuidadosa con ella, pero no me canso de decirles que no soy yo la que insiste en tener trato con ella, ni tampoco la que le contaría algún detalle de mi vida o de mi trabajo por insignificante que sea.

El drama sigue en aumento, y los detalles también. Su novio infiel, el que mantenía una relación oculta con un hombre, es el protagonista de nuevo. Había desviado el tema durante unos minutos para quejarse de algunos compañeros que, según su teoría, solo buscan destacar y estarían dispuestos a pisar a cualquiera con tal de escalar en un puesto u obtener méritos.

No me reconozco, estas situaciones las he solventado siempre muy rápido, más bien he pecado siempre de ser demasiado directa. Mi impulsividad me ha jugado muchas malas pasadas, pero ahora parece que me muestro más cauta y que me pienso dos veces lo que tengo que decir.

Recibo la llamada de mi hermana. Es el mejor regalo que me puede hacer hoy.

Se me ocurre una idea.

—Hola, Logan —le digo a mi hermana al descolgar—. Sí, no te preocupes, enseguida voy para allá. ¿De verdad? Tendré que revisarlo. No sé qué ha podido pasar.

Rachel me mira y yo me encojo de hombros. Kenna sigue protestando al otro lado del teléfono, pero la ignoro.

—Lo siento, Rachel, hablamos en otro momento.

Asiente con la cabeza con expresión afligida y sacude la mano a modo de «Vete, te doy permiso».

Le explico a Kenna lo sucedido y me echo a reír. Me dirijo al castillo. No quiero que Rachel sospeche que le he mentido y busco un refugio. No encuentro ni un solo rincón en el que no haya alguien trabajando. Los ruidos de los materiales y las voces del personal impiden que encuentre mi lugar.

Atravieso dos toneladas de plásticos y desemboco en lo que antaño fue una torre. Ahora solo

hay unos centímetros de ella clavados en el suelo. Es una de las torres que se están planteando restaurar, pero la reconstrucción es demasiado grande y no han decidido aún qué harán con ella.

Dylan está a favor de no reconstruirla. Él tiene un conflicto con todo lo que pierde su belleza natural y se rehabilita con fines turísticos. Hemos discutido muchas veces sobre ello. Él y yo estamos en lados opuestos. Él está a favor de hacer las mínimas mejoras para mantener las estructuras, y yo soy de las que adoro que la reconstrucción sea completa y poder ambientarla y decorarla para sentir cómo fueron los castillos en su época de esplendor.

Kenna sigue hablándome de algunos temas de trabajo que me hacen reír.

Es curioso, hace poco tiempo no veía igual su pasión por su trabajo. Ella siempre quiso estudiar medicina, pero cuando llegó el momento, se echó atrás y optó por la odontología. Hace pocos días que me confesó que estaba demasiado cargada de miedos y optó por algo más fácil.

El viaje a Escocia ha cambiado algo entre nosotras. Es como si nos hubiéramos liberado de una losa que llevábamos cargada a la espalda diez años.

Aunque siempre hemos tenido una maravillosa relación, ha habido cierta distancia, especialmente desde que conoció a Alexander.

En Aberfeldy hablamos mucho de todo y nos atrevimos a sumergirnos en recuerdos, algo que hacía muchísimos años que no hacíamos; como si aquel pasado nunca hubiera existido. Mi abuela nos hablaba de nuestra madre, pero nunca iniciábamos una conversación. Recibíamos nuestra dosis de «está bien» y seguíamos con nuestras vidas. Cuando yo hablaba con mi madre directamente, años atrás, no se lo contaba. Cuando ella lo hacía, tampoco.

Queríamos olvidar y hablarlo dolía demasiado.

Desde el funeral, hace dos semanas, Kenna y yo hemos mantenido el contacto diariamente. Yo le cuento, ella me cuenta y parece que estemos descubriendo dos personas nuevas.

Ella me habla de las intenciones que ella y Alexander tienen de ser padres y yo de mis aventuras y desventuras con el arqueólogo.

—Estás colada por él —me dijo en Escocia delante de mi abuela.

—Yo opino lo mismo —añadió mi abuela—. Es tan guapo, tan amable, y tiene sentido del humor… ¡Me gusta!

No me atreví a contradecirlas, y mucho menos a negar la evidencia. Kenna estaba al corriente de muchas cosas. Habría sido absurdo negarlo. Además, sé que con Alexander compartió muchas intimidades. Lo que daría por saber qué le contó, pero Kenna no me ha contado nada porque niega saberlo. No sé si no quiere traicionar a su marido, o simplemente Alexander ha mantenido la confidencialidad de lo que sea que le haya contado Dylan.

Me gustaría saber si le ha hablado de aquel instante en Castle Menzies. Todavía no entiendo cómo pudimos decirnos tanto… Pero a veces, al recordarlo, siento miedo de haber interpretado sus palabras y… las mías de otra manera. Al fin y al cabo, me encontraba en medio de una resaca emocional que me duró varios días.

Intento no pensar en ello, ni en Escocia, ni en aquel instante, ni en… lo que ocurrió con mi madre.

Le he prometido a mi abuela llevarme el secreto a la tumba, y que Kenna nunca debe estar al corriente de ello.

Mi abuela ha acabado por admitir que es cierto, pero que lo creyó después de contárselo yo. Seguramente mi madre ha acabado confesando, pero nunca me lo dirá.

¿Cómo se digiere que tu madre ha matado a tu padre?

No creo que lo digiera nunca, pero seguiré haciendo lo que he hecho estos días cuando me

viene a la cabeza. Me fuerzo en recrear aquella noche en la que me quise escapar por la ventana y eso me tranquiliza.

Antes de volver al trabajo, tras colgarle a Kenna, luchando por no perder la dichosa cobertura entre estos gruesos muros, paseo bajo los plásticos, intentando imaginar cómo sería la torre si la reconstruyeran. No hay suficiente documentación para construirla igual, faltan detalles. El legado documental de la torre, igual que la de tantos elementos exteriores, se perdió a lo largo de la historia y de los incidentes que sufrió esta fortaleza.

Me llama la atención una pared del pasillo contiguo a la torre. Tiene tres escalones que se han conservado, pero no llevan a ninguna parte. Están suspendidos en el aire. Conocía esa zona; la he visto en los planos muchas veces, pero las dos piedras de la pared, las que se esconden parcialmente bajo el primer escalón, parecen diferentes y no me consta que esa zona se haya rehabilitado jamás.

Decido volver al trabajo. Si Alexander estuviera aquí me diría que siga mi instinto, que piense, que desgrane, que busque la lógica y sobre todo la no lógica… Pero como no está, prefiero volver al trabajo. Este no es mi cometido; hay muchas personas en el castillo que se encargan del lado arquitectónico.

Cuando llevo una hora en mi sala, luchando por mantener rectos unos tapices, aparece Logan, me hace una señal con la mano y me guía hasta su despacho.

—¿Qué problema hemos tenido tú y yo hoy?

—¿Problema? No te entiendo.

—Hay alguien que ha contado por ahí que yo te he echado una bronca descomunal, a gritos, porque tú has metido la pata gravemente en algo.

—¿Qué? Logan, no te entiendo.

—Pues eras mi única esperanza.

—¿Quién ha contado eso?

—¿Tú que crees?

Empiezo a atar cabos en mi cabeza y me doy cuenta de lo sucedido.

—Te he visto almorzando con Rachel… Por eso te pregunto.

—¡Dios mío! ¿De verdad ha contado eso?

—¿Qué coño ha pasado?

—Estaba cansada de su relato, me aburría, así que cuando he recibido una llamada de mi hermana he fingido que eras tú.

—¿Y qué has dicho?

—Hola, Logan. Enseguida voy por allá.

—Joder, esto es increíble.

—Lo siento, no debí nombrarte, es que…

—No estoy cabreado por ti, Ginevra, hasta tiene su gracia lo que me has contado, pero no puedo permitir que esto siga igual. Son muchas, más de las que cuento, más de las que imaginas. Y Dylan no se da cuenta, pero esto se ha terminado. Ven conmigo, vamos a hablar con él.

¿Por qué no me inventé otro nombre o simplemente le dije que me tenía que marchar?

Le sigo mientras nos dirigimos a la excavación. Logan no deja de renegar. Me ha contado que Arthur ha escuchado la conversación cuando ha entrado en la cafetería y ella se lo estaba

contando a varias personas.

¡Esa mujer tiene un gran problema! Juro que pensaba que Logan exageraba, pero estoy viendo que no.

Logan reclama la atención de Dylan, que está arrodillado sobre una tela verde en la que está cortando algo. Pocas veces le he visto trabajando. No suelo venir a la excavación, excepto cuando ya está vacía porque el personal se ha marchado: el momento en el que le espero para marcharnos juntos al barco o cualquiera de los rincones que últimamente frecuentamos en la isla.

Nos mira y se sorprende.

Me pregunto por qué Logan quiere que asista a lo que sea que tenga en mente.

Cuando nos dirigimos a su despacho, Logan le hace una señal a Rachel para que nos siga.

Dylan le pregunta qué ocurre, pero Logan guarda silencio y yo me encojo de hombros cuando recibo la mirada interrogativa de mi arqueólogo.

En el despacho de Dylan, este es el primero en Hablar.

—¿Qué ocurre? —pregunta mirándonos a los tres. Rachel tiene una expresión altiva y se ha cruzado de brazos nada más entrar.

—Escúchame bien, Rachel… Esto es un lugar de trabajo, no un lugar donde venimos a cotillear y a reírnos de la gente, a inventar chismorreos o a dedicarnos a difundir invenciones de las tuyas para entretenerte. ¿Me has escuchado bien?

Rachel hace ademán de salir, pero Dylan la detiene.

—Espera. ¿Alguien me va a contar qué está pasando?

—No tengo por qué escucharle. —Se queja Rachel.

—Ocurre que hace un rato… he llamado a Ginevra, que estaba en la cafetería, en su momento de descanso, para pedirle si podía volver al castillo para resolver unos temas urgentes. Eso ha sido todo. Eso y solo eso. Ginevra me ha dicho: ¡voy enseguida! ¿Ha sido así, Ginevra?

Asiento con la cabeza y miro a Dylan intentando dejarle claro que estoy incómoda.

—¿Y qué? No te comprendo, Logan —dice Dylan muy confundido al ver que Logan se ha detenido. Por suerte, me ha salvado y no ha dicho que me lo he inventado para quitarme a Rachel de encima. Tengo que darle las gracias.

—Esta señorita —dice señalando a Rachel— que ha presenciado la llamada porque estaba junto a Ginevra, se ha dedicado a difundir por todo el castillo, por todo, que Ginevra había cometido un error muy grave y que yo le he echado una bronca descomunal. Eso es lo que ha hecho. En una hora ya se lo ha contado a todo el mundo.

—Yo… Eso no es cierto. —Se defiende desafiante.

—¿No es cierto? ¿Quieres que convoquemos a todos los que te han escuchado? ¿Quieres que lo haga? —grita Logan.

Rachel baja la cabeza.

—Rachel… —le dice Dylan esperando una explicación.

—Yo solo lo he comentado, pero con otras palabras.

—Estoy harto de ti, de que te dediques a joder a la gente. Céntrate en tu trabajo, que para eso estás en este recinto. ¿Crees que la gente te toma en serio? Eres el hazmerreír de todo el mundo con esa enfermiza necesidad de cotillear sobre la vida de todo el mundo.

—Logan, cálmate —le pide Dylan.

—No me calmo, no me da la gana. Estoy cansado y si te he pedido que estés aquí es porque eres su jefe inmediato, y también el jefe de Eldergrove. Ocúpate de que esto no vuelva a pasar porque es lamentable que tengamos que lidiar con gente que se cree que está en un colegio. Ayer

la tenía tomada con Matt, el otro día dijiste estupideces sobre Anne, sobre su posible relación con William… ¿Quieres que siga? Me entero de todo, de todo. Y… ni qué decir de las veces que has comentado cositas sobre ellos dos —dice señalándonos a Dylan y a mí—, o las veces que te has estado riendo del acento de Ginevra…

Eso me jode. Eso sí que me ha llegado.

—Soluciona esto, Dylan. Si lo tengo que hacer yo, que sepas que le quedan dos días en el recinto.

Logan y Dylan se miran fijamente.

—Lo solucionaré, tranquilo.

Logan sale de la sala a toda prisa y yo me quedo quieta.

—Yo me voy… —digo suavemente.

Dylan asiente con la cabeza.

Pero… antes de salir, necesito recuperar mi esencia, la Ginevra que siempre he sido, la que no piensa y suelta las cosas.

—¿Qué problema tienes con mi acento? ¿No te gusta? Entonces no me persigas para almorzar, porque, ya que estamos todos aquí reuniditos y felices, te diré que me aburres y ya no sé cómo esquivarte. De mi acento no se ríe ni Dios.

Dylan se tapa la boca, creo que se está conteniendo la risa: le voy conociendo.

No espero a que nadie intervenga y salgo por la puerta satisfecha, aunque todavía me escuece lo del acento.

Me dirijo a mi sala algo alterada. De camino, recibo un mensaje de Lindsay.

Me incomoda. La he estado evitando. Hace dos semanas que no hablo con ella; le he enviado algún mensaje buscando excusas para no hablar cada vez que me lo ha propuesto.

Consulto el mensaje. Me ha vuelto a enviar la foto que nos hicimos en el aeropuerto.

¿Sigues ocupada?
Espero que no. Soy la de la foto. ¿Te acuerdas? Ja, ja, ja.

Me siento mal, me siento como un gusano. No quiero seguir hablando con ella, pero ella no tiene la culpa. La he utilizado y me siento sucia por ello. Pero no puedo seguir en contacto, no tiene sentido. Estoy mintiéndole a ella, a Dylan y a mí también.

Decido contestarle para que no insista.

Te llamo mañana, hoy imposible. Besos.

Lo haré, pero será para inventarme algo de unos nuevos horarios o de un traslado de trabajo o cualquier cosa que justifique que hablemos menos. Y así, poco a poco, el contacto irá desapareciendo.

Se me revuelve el estómago, pero por la sensación tan mala que tengo conmigo misma.

Al entrar en mi sala, me encuentro con Logan. Le pongo la mano en el hombro.

—Gracias por no delatarme. ¿Estás bien?

Siempre tengo una sensación rara con Logan, como si no supiera qué debo y que no debo decir. Desconozco qué sabe de mi relación con Dylan, aunque está claro que la conoce, pero no sé el nivel de detalles que se proporcionan. A veces, quedan en Yarmouth para tomar unas cervezas y seguro que se cuentan sus confidencias. Nunca le he preguntado a Dylan; nunca he

querido romper esa línea de privacidad. Eso es lo que a veces me hace dar un paso atrás, todas las dudas que siguen revoloteando en mi cabeza.

—Trabajé por primera vez con esa mujer en Dover. Una pareja amiga mía sufrió mucho por sus invenciones y sus mentiras. Abrió una brecha con sus malditas mentiras y cotilleos que les costó mucho resolver. Ahí me di cuenta de quién era esa mujer. Cree que su amistad con Dylan le hace de escudo, al menos aquí, y si alguien puede parar esta mierda es él.

—Él también estuvo en Dover… ¿No le dio importancia?

—Dylan no estaba cuando eso ocurrió, ya se había marchado. Fue cuando pidió una excedencia para volver a Nueva York, cuando pasó lo de Luke.

—Entiendo.

Pero no es cierto, no entiendo nada.

¿Quién es Luke?

Capítulo 67

Dylan

He llegado de muy mal humor al barco. Le he contado mi discusión con Rachel a Ginevra. Dudo que después de todo lo que le he dicho tenga ganas de difundir rumores maliciosos durante una temporada. De hecho, dudo hasta de que volvamos a hablar más allá de lo estrictamente profesional. Se me ha erizado el vello cuando Logan ha dicho que hablaba de nosotros, y que se burlaba del acento de Ginevra, y de Anne…, de Matt…

No lo ha admitido, solo se ha defendido diciendo una gilipollez detrás de otra. Lo que suele ocurrir cuando te sientes acorralado. Pero tampoco lo ha negado.

Mi humor ha mejorado cuando me he desahogado con Ginevra, y ha mejorado más cuando me ha anunciado que ha ido de compras y ha comprado mi pasta favorita, lencería nueva, y un gel de ducha que estaba deseando probar.

Estamos sentados en el sillón, hechos un ovillo, después de habernos dado la mejor ducha de nuestras vidas, con el nuevo gel, y haber cenado una exquisita pasta. Estamos planeando lo que podemos visitar el fin de semana.

Me ha comentado varias veces el tema de Dover, después de que Logan le dijera lo que le ocurrió con Rachel allí. Lo desconocía. No entiendo por qué Logan nunca lo ha mencionado. Sé a la pareja a la que se refiere y me gustaría conocer los detalles. Se lo preguntaré.

Su teléfono, el de Ginevra, que se encuentra en una mesa cercana, anuncia que ha recibido un nuevo mensaje. Lo ignora, pero después se anima a levantarse para consultarlo.

La observo. Mientras consulta la pantalla, su expresión se vuelve de pánico. Conozco esa reacción.

Me levanto bruscamente.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé —dice ocultando la mano que sujeta el móvil tras su espalda—. Es un número muy largo. No puede ser, no tiene sentido, Dylan, no puede ser. Tiene una orden de alejamiento…

—Pero ¿lo has leído?

—No, no puedo —me dice empezando a caminar por el salón de forma desordenada.

—Ginevra, léelo. No puede ser Denzel, eso ya se ha terminado. Diste de baja los dos números. No existe un móvil con más protecciones que el tuyo actual.

—¿Y si hay otro acosador? —me pregunta temblando.

—¡Eh! Dame el teléfono. Déjame leerlo y salimos de dudas.

Asiente con la cabeza y me lo entrega. Se sienta en el sofá y se tapa la cabeza con las manos

como si pudiera esconderse con ello.

Lo leo.

—No puede ser —digo alarmado—. Joder, joder…

—Pero… ¿Qué pasa? —me pregunta con la cara desencajada.

Es el momento de dejar la broma.

—Has sido seleccionada entre un millón de personas para recibir un premio consistente en un viaje a Tailandia. Solo tienes que pulsar sobre el enlace y… ¡Nos vamos de viaje! ¡Qué suerte tienes, cariño!

—Serás gilipollas. ¿Cómo puedes bromear con eso? Casi me da un infarto —me grita mientras no puedo contenerme y me echo a reír.

—Yo también recibo mensajes de este tipo…

—Eres un imbécil —me dice saliendo del salón.

—¡Eh! Vamos, Ginevra, era una broma. Es solo uno de esos mensajes de fraude…

Ya la voy conociendo, así que será mejor que no la siga.

Me doy cuenta de que sigo con su móvil en la mano. Me dispongo a dejarlo sobre la mesa cuando veo algo en la lista de mensajes que llama mi atención. Es una conversación concreta. Conozco la foto que se muestra junto al remitente. Y el nombre también.

Lindsay…

No puede ser casualidad, esa foto es la misma que muestra desde hace tiempo. Es ella, con un sombrero de playa.

Me dejo caer en el sofá y abro la conversación.

Lo primero que me encuentro es una foto de Ginevra y Lindsay.

¿Qué coño es esto? ¿Qué está pasando?

No lo entiendo, debo estar soñando. Esto debe tratarse de alguna broma.

Navego entre los mensajes; los voy leyendo sin ser capaz de procesar lo que tengo delante.

Me siento mareado.

Intento respirar con normalidad, pero no puedo. Tengo el corazón en la garganta y me está atacando sin piedad.

Vuelvo a buscar la fotografía. La ha recibido hoy.

Pero se repite varias veces…

Intento calmarme sin éxito.

Pasan unos minutos y aparece Ginevra sonriendo, como hace siempre después de uno de esos leves enfados.

Me observa. Sé que se ha dado cuenta de que tengo su móvil.

—¿Qué coño significa esto, Ginevra? —le digo mientras le muestro la fotografía.

Se le borra la sonrisa.

Capítulo 68

Ginevra

Quisiera que la tierra fuera considerada conmigo y me tragara un ratito, al menos hasta saber qué responder.

Esto es un castigo.

—Dylan, yo… Es una historia un poco rara.

—¿Conoces a Lindsay?

—Sí, pero… no es…

—¿Qué significa «Después te llamo», «¿Has llegado bien?», «¿Estás muy ocupada?». ¿Qué coño significa esto, Ginevra? —me pregunta con una expresión de desprecio que me atraviesa de todas las maneras posibles.

¿Cómo se lo explico?

—Dylan, es una larga historia, yo…

—Una larga historia, ¡qué interesante! ¿Conoces a Lindsay? ¿Qué sois, amigas? ¿Se te ha olvidado contármelo? ¿O es que hay algún puto juego detrás de todo esto?

—No hay ningún juego, Dylan, déjame contártelo, pero tienes que calmarte.

—Joder, Ginevra, no me esperaba esto…

—Dylan, escúchame…

—¿Te haces una idea de cómo me siento? ¿De lo que he sentido cuando he visto esa fotografía? Tú y Lindsay…

—¿Me vas a permitir que te lo cuente?

—No quiero saber nada, Ginevra, es que no lo entiendes. Me siento tan estúpido, tan traicionado, y tan engañado que lo único que quiero es perderte de vista ahora mismo.

Me lanza el móvil y lo cojo al vuelo.

Después sale de casa, tras dar un sonoro portazo.

Sigo inmóvil, al menos cinco minutos más, sin ser capaz ni siquiera de pensar.

Debería haber pensado que esto podía ocurrir alguna vez.

Debería haber acabado ese contacto con Lindsay hace tiempo.

Debería haber pensado lo que podía sentir si lo descubría.

Debería haberle contado antes la historia.

Pero ahora es tarde. Ni siquiera ha querido escucharme, pero antes o después tendrá que hacerlo. El problema es que la historia no puede ser más absurda.

Todas esas casualidades…

¿Cómo le voy a decir que he mantenido el contacto con ella para intentar averiguar detalles

sobre él?

¿Cómo le voy a decir que no ha sido un juego, sino más bien una tortura que yo misma me impuse?

¿Cómo voy a salir de esta?

Todas esas preguntas me las repito una y otra vez, mientras pasan las horas, mientras compruebo que esta noche no piensa volver a casa.

Capítulo 69

Dylan

Ayer, después de dar cientos de vueltas por el puerto, busqué refugio en casa de Logan.

No me preguntó nada. Él me conoce. Bastaba con ver mi aspecto y las horas en las que me presenté en su casa, para que simplemente me permitiera el paso y me adecuara un dormitorio para descansar.

Nos bebimos en silencio una copa bien cargada de *whisky*, a pesar de lo mucho que lo detesto, y vimos una película que duró al menos tres horas.

Logan sabe cuándo debe preguntar y cuándo estoy dispuesto a hablar; igual que yo lo sé de él.

No fui capaz de volver a casa; no soportaba la idea de tener delante a Ginevra. Estaba demasiado confundido y dolido; y lo sigo estando.

Así se lo he expresado a Logan esta noche, la segunda que voy a pasar en su casa, después de haber pasado el día como un ermitaño paseando por la isla, después de decidirme a contárselo todo.

No ha sido fácil, principalmente porque él desconoce gran parte de la historia con Lindsay y eso ha hecho que se confundiera muchas veces con mi relato. Pero he conseguido abrirme a él como nunca lo había hecho con este tema, algo que me ha servido para volver a abrir muchas heridas.

Ginevra me ha enviado varios mensajes, pero no los he leído. Me niego a hacerlo.

Ahora que se lo he contado todo a Logan, me siento algo mejor, pero hasta hace unas horas era incapaz de ordenar todo lo que pasaba por mi cabeza. Por momentos, he sentido que me iba a desmayar o que mi cabeza acabaría explotando.

—No puedo entenderlo —le digo por enésima vez después de haber descargado el relato completo.

—Cuesta entender de qué forma se conocen Ginevra y Lindsay…

—Me siento desnudo… Ginevra conoce mi vida y no es que me importe, pero me siento burlado, engañado. No entiendo nada, Logan.

—Y seguirás sintiéndote así, y seguirás sin entender nada… Yo no tengo las respuestas.

—¿Qué quieres decir?

—Que no has escuchado lo que tiene que decirte ella.

—No quiero escucharlo.

—Entonces lo que he dicho es correcto. Seguirás sintiéndote así.

—No sé si es una sugerencia, un reproche, pero no alcanzo a entender tu tono, Logan.

—Te he escuchado atentamente, pero me ha faltado conocer la versión de ella. No insinúo

que si la escuchas, te vayas a sentir mejor; no tengo ni idea de qué te va a decir, pero ya que estás hecho una auténtica mierda, estás confundido, te duele y solo tienes interrogantes… Céntrate en lo que te cuente y puede que algo de todo eso sea menos intenso.

—¿Y pretendes que la vaya a buscar?

—Pretendo que lo pienses. No sabía que tu relación con Lindsay había terminado así; de hecho, no sabía nada de nada. Yo tampoco entiendo cómo se conocen, no parece tener lógica. Tampoco sé por qué hablaban ni qué pretendían. No sé nada, igual que tú, pero sé que estás enamorado de Ginevra y que, como mínimo, antes de sumergirte en un largo proceso para intentar superar eso, deberías preguntar y escuchar. Ayer estabas muy afectado, quizás no era el momento, pero hoy está a punto de acabar el día y sigues sin saber nada. Deja de darle vueltas a la cabeza y pregunta. Escucha y luego te tiras por la borda si quieres, pero al menos tírate con una idea más aproximada de lo que hay detrás de todo eso.

—Puede que tengas razón, pero estoy muy enfadado, Logan, no sé si podré enfrentarme a ella.

—Ella ya sabe que estás enfadado. Está sentada en su coche, en la calle que cruza por detrás. Sabe que estás aquí y me ha preguntado si puede venir a casa a hablar contigo.

—¿Qué? ¿Cómo sabe que estoy aquí?

—Me lo ha preguntado esta mañana.

—No deberías habérmelo preguntado primero…

—Sí, pero no lo he hecho, seguro que me perdonas. Te he dejado dormir en mi casa, te he preparado el desayuno, te he escuchado durante dos horas y he anulado mis planes para este soleado sábado… Me merezco el perdón.

Se me escapa una sonrisa, la primera en veinticuatro horas.

—¿Por qué se lo has dicho?

—Porque tienes que hablar con ella… La verdad es la verdad, y ahora solo tienes dudas y más dudas… Resuelve, Dylan, tú eres un tío práctico, ¡reflexiona!

Logan se levanta y teclea en su móvil algo.

—¿No podías haber esperado?

—He pedido una pizza…

Asiento con la cabeza y me recuesto sobre el sofá. Cinco minutos después, escucho el timbre.

—¿No ha llegado muy pronto la pizza?

—Debe ser Ginevra, la pizza llegará después —me dice mientras abre la puerta, me guiña un ojo y se enfila escaleras arriba.

Ginevra entra en el salón y camina lentamente. Ni siquiera quiero mirarla; solo con sentirla cerca ya estoy empezando a derrumbarme.

Se sienta frente a mí, en una silla que sirve para que se apoye el gato de Logan.

Se encuentran nuestras miradas. No tiene buen aspecto. Luce unas grandes ojeras y está más pálida de lo normal.

—Seré breve y me marcharé. No pretendo nada, ni siquiera que lo entiendas, solo que sepas lo que pasó. Voy a contarte la historia que debería haberte contado hace tiempo.

Se levanta de la silla, incómoda, y se sienta a mi lado, en el sofá. Me giro levemente para indicarle que la voy a escuchar. Su tono de voz es frío como el hielo; no lo comprendo.

—La conocí en el vuelo entre Nueva York y Londres. Ella se sentó a mi lado. Fue el día anterior a mi llegada a la isla.

Guardo silencio, pero me sorprenden las fechas que ha mencionado, y el trayecto de ese

vuelo también.

—El avión iba con retraso y estuvimos mucho tiempo parados en la pista. Parecía inquieta, no dejaba de moverse, y recé para que no estuviera así durante todo el viaje: era muy largo. Se entretuvo con su móvil y se calmó. Pero entonces el avión anunció el despegue, empezó a deslizarse por la pista y ella tuvo un ataque de pánico, gritando que pararan el avión, que tenía que bajarse. El personal y yo la intentamos calmar. Costó mucho. No dejaba de gritar lo mismo una y otra vez. Finalmente se calmó. Yo creía que tenía miedo a volar y me dirigí a ella para animarla. Entonces me dijo que no le daba miedo volar y me mostró su móvil. En él aparecía un mensaje en que alguien le decía que todo había cambiado, que tenía un nuevo trabajo y ya no vivía en Londres y que había conocido a otra. Lo recuerdo perfectamente.

Me inclino y apoyo los codos en mis piernas al tiempo que oculto mi rostro con las manos. No puede ser lo que me está contando.

—¿Ella viajaba hacia Londres?

—Sí, para reunirse con su novio, llevaban tiempo planeándolo. Eso me contó.

—No puede ser…

—Era una sorpresa… —me dice para rematarlo—. ¿Quieres que siga?

Asiento con la cabeza.

—Cuando llegamos a Londres, ella se apresuró en conseguir un billete de vuelta.

—Te vi en el aeropuerto. ¿Sabías quién era? ¿Me vio ella?

—No, por increíble que te parezca, yo no tenía ni idea de quién eras. Y ella no te vio.

—¿Pretendes que me crea eso?

—No, no lo pretendo.

La miro confundido, pero ella prosigue.

—Se llama casualidad, y te aseguro que no fue otra cosa que eso. Yo te miré, tú me miraste, eso lo sabemos los dos, lo hemos comentado muchas veces, pero no hay nada detrás de ello. Lo pensé muchas veces y lo único que recuerdo es que ella iba muy deprisa, distanciada de mí.

»Durante el vuelo me contó que llevaba seis meses planeando un viaje para reunirse con su novio, que lo había dejado todo: su apartamento, su trabajo…

Esas palabras me golpean con dureza, pero necesito escuchar toda la historia. Ya ni siquiera estoy enfadado con Ginevra, lo que me ha contado, lo supera todo.

—Pasé la noche con ella en el aeropuerto; no quiso venir al apartamento de Londres, el de Alexander, donde yo pensaba pasar la noche antes de partir hacia aquí. No quiso, prefería esperar el vuelo. Se sentía mejor si tenía la sensación de no haber pisado Londres. La acompañé hasta las cinco de la mañana, hora en la que embarcó camino de Nueva York. Bromeamos durante la noche, lloró y se desahogó. Ella fue la que hizo esa foto, como un recuerdo por haberla ayudado.

Cuando llegué a la isla, ya sabes lo que pasó. Yo no te reconocí, ni siquiera sabía que eras el amigo de Alexander. Después hubo aquel embrollo del barco, de mi compañera… Seguro que lo recuerdas.

Asiento de mala gana con la cabeza.

—Me di cuenta de quién eras cuando vi la foto en tu dormitorio y reconocí a Lindsay. No me lo podía creer, pero era evidente que os conocíais, y también que tú eras el remitente de ese mensaje. Logré recordar tu nombre; ella lo había mencionado alguna vez, aunque no lo asocié hasta que vi la foto.

»La llamé para preguntarle si había tenido un buen viaje y aproveché para asegurarme de que no estaba equivocada. Tu nombre y tu profesión salieron a relucir y ya no tuve más dudas.

—¿No se lo contaste en ese momento?

—Ni en ese ni en ningún otro, Dylan, yo no le he hablado de ti jamás.

—¿Por qué?

—Porque no os conocía, era algo ajeno a mí: solo era una coincidencia que me llamó la atención. Desde ese día, nos fuimos llamando de vez en cuando. Confieso que yo he sido la culpable de mantener el contacto. Al principio, porque sentía curiosidad sobre ti, eran aquellos momentos en los que prácticamente te odiaba. Después, se convirtió en una tortura de la que no supe salir. Ella apenas hablaba de ti, solo te mencionaba alguna vez y siempre me proporcionaba algún dato sobre ti que yo recibía con mucho gusto. Me porté muy mal con ella, la utilicé, lo confieso, y no estoy orgullosa de ello. Pero no supe pararlo, o quizás es que no quise. Ayer, cuando me envió esa foto, era como un recordatorio de que llevábamos tiempo sin hablar. Yo ya hace días que había decidido alejarme y que se creara una distancia. Es lo que suele ocurrir cuando hay tantos kilómetros de por medio.

—¿Te habló de Luke?

—No sé quién es Luke, no me habló de él, ni de nada de tu vida, si es lo que también te preocupa. Solo conozco el final de vuestra historia. Al principio, me hablaba algo de ti, pero siempre relacionado con sus avances a la hora de olvidarte. No había confesiones íntimas ni de tu vida ni de la suya, solo conversaciones superficiales, las propias de dos personas que se acaban de conocer. Supe que eras alérgico a la mostaza, que te obsesiona el perfume y que eres desordenado. Y pocos detalles más, todos sin importancia. Me arrepiento mucho de no haberlo parado a tiempo. Si te soy sincera, que es lo que pretendo, nunca tuve intenciones de contártelo; siempre sentí que formaba parte de tu vida más íntima. Si tú no me habías hablado de ella, yo no sería quién lo hiciera.

»Pagué un precio por esas conversaciones, por ese contacto con ella. Mientras tú y yo nos íbamos acercando, el recuerdo de ese mensaje me hacía retroceder. Era como una tortura constante. Y así ha sido desde el principio. Denzel, antes de que estallara todo, me dijo que no me olvidara de la clase de persona que eras y cómo acabaste tu relación con Lindsay.

—¿Se refería al mensaje? ¿Él conocía tu relación con Lindsay?

—Sí, se lo conté. Lindsay fue un recordatorio, una piedra que yo misma elegí. Pero me hacía ver la realidad, al menos al principio. Aunque siempre me he preguntado qué clase de cabrón envía ese mensaje, llegué a convencerme de que debía olvidarlo, pero me costó. Y en las últimas semanas, desde que volvimos de Escocia, solo pensaba en la forma de cortar el contacto con ella. Esa es toda la historia.

Se levanta lentamente.

—¿No te contó cómo nos conocimos?

—Te lo vuelvo a decir, Dylan… ¡No! Solo conozco el final de vuestra historia, y es todo lo que, a estas alturas, quiero seguir conociendo. También quiero creer, por mi bien, que no lo oculté por maldad, ni hubo un juego, como me dijiste. Creo que es tan sencillo como que, cuando quise darme cuenta, ya me había enamorado de ti y perdí el control sobre esa historia.

Siento un escalofrío que me recorre todo el cuerpo al escuchar esas palabras, otro aún más helado cuando escucho la puerta al cerrarse.

Ginevra se ha marchado.

Sigo perplejo por lo que me ha contado.

Logan entra despacio en el salón y se sienta a mi lado.

Lo miro angustiado.

—Lo he escuchado todo.

—¿Qué?

—Estaba en la salita pequeña, así te ahorras contármelo.

En otro momento le habría dicho cuatro cosas, pero ahora es lo que menos me importa.

—Ahora te toca a ti contarle la historia, amigo. Te ha dicho que ella solo conoce el final de tu historia con Lindsay.

—Eso cree ella, Logan, pero no conoce el final.

Capítulo 70

Ginevra

Llevo horas en la terraza del barco. Es una tortura: lo echo de menos. Estoy reviviendo cada momento que hemos vivido aquí y no soy capaz de levantarme y marcharme a otro lado del barco, a mi dormitorio, por ejemplo, el lugar que menos hemos compartido.

Hace horas que regresé. Deben ser las doce de la noche, pero sé que, una vez más, no voy a poder dormir.

No sé qué planes tiene, pero está claro que no quiere hablar conmigo, de haberlo querido, me habría retenido en casa de Logan. Claro que, tiene que procesar todo lo que le he contado, especialmente la parte en que ha descubierto que Lindsay estaba viajando hacia Londres para empezar una vida junto a él.

¡Qué desastre de historia!

Escucho pasos en la pasarela exterior y me sobresalto. Después, un sonido que no reconozco. Silencio.

Desde la terraza es más difícil saber lo que ocurre en el interior del barco. Me levanto tragando saliva, dispuesta a averiguar de dónde provienen esos sonidos, y me encuentro a Dylan en la puerta, con una botella de vino y dos copas.

—¿Te apetece?

Lo miro sorprendida y asiento con la cabeza. Me vuelvo a sentar y espero a que las sirva.

—Ahora me toca a mí, así no habrá más secretos.

—No necesito conocer esa historia —le digo con sinceridad. Estoy demasiado cansada. Repasar esa historia no ha hecho más que removerme sensaciones que no quería recordar.

—Yo sí lo necesito. Quiero que conozcas a Luke, ya va siendo hora.

Le escucho atentamente mientras doy un pequeño sorbo al vino, que para mi gusto está demasiado frío.

—Luke era mi hermano mayor: me llevaba tres años. Murió hace un año y medio en un accidente.

No tengo tiempo de pensar, pero me abrazo a mí misma por el escalofrío que acaba de sacudirme.

—Nos criamos en Seattle, con mis padres, pero murieron en un accidente de coche. Yo tenía doce años cuando nos fuimos a Nueva York a vivir con mi tía, la hermana de mi madre. No hay una historia triste, al menos en lo que respecta a nuestra vida en ese momento. Mi tía nos cuidó como a sus propios hijos, pero murió hace unos años. Luke y yo estábamos muy unidos. Él no quiso estudiar en la universidad, su pasión eran las motos y el baloncesto. Montó su propio negocio de venta y reparación de motos y era muy feliz. Tenía una amiga que había conocido

años atrás, a quien estaba muy unido. Ella le ayudó económicamente a impulsar su negocio. Lo poco que teníamos, fruto de lo que nos dejaron mis padres y mi tía, lo quiso destinar a mis estudios. Esa amiga que le ayudó era Lindsay.

—Ellos eran…

—Solo eran amigos, muy buenos amigos, los mejores.

—Sigue —le pido tras mi interrupción.

—Nos separamos cuando yo obtuve la beca para estudiar en Cambridge. Al principio fue duro, pero nos fuimos adaptando. Él siguió formándose en mecánica y yo me sumergí en Historia. Nos veíamos poco, pero teníamos contacto diario. Yo no conocía a Lindsay apenas, solo la vi una vez, en una Navidad que volví a Nueva York: esa es la fotografía que había en la estantería: nuestra última Navidad juntos.

»Ella fue la que me llamó para decirme que Luke había muerto. Fue un accidente, pero no con una moto, sino con un coche. Un camión sufrió un vuelco y él iba detrás. Estaba en Vermont, participando en unas carreras amistosas. Me fui enseguida a Nueva York, donde se celebró su funeral: fue el viaje más amargo y más largo de toda mi vida. Me rompí, Ginevra, perdí parte de mí y me costó mucho tiempo y muchas lágrimas aceptar su pérdida.

»Pedí una excedencia de trabajo y pasé un año allí. Necesitaba recuperarme. No servía para nada. Estaba roto. Me fui recuperando gracias a la ayuda de Lindsay, que no me dejó en ningún momento. Me hablaba constantemente de él, a su lado parecía que Luke seguía vivo. Me volví adicto a sus relatos, a cualquier cosa que me contara sobre él. Y, poco a poco, Lindsay y yo pasamos de ser buenos amigos a ser pareja.

Así vivimos casi un año. Viví en casa de Luke durante un tiempo, pero me resultaba insoportable. La vendí y me mudé a casa de Lindsay y allí estuve unos cuantos meses. Lindsay también había perdido a su familia, a su madre, aunque mucho antes; y entendía lo que sentía. Entonces me llamaron de la universidad de Londres y acepté incorporarme; no quería estar en Nueva York; hacía mucho tiempo que no era mi hogar. Había estado trabajando en colaboración con la universidad en Dover, en un proyecto de investigación, en unas excavaciones, y no dudé en volver, pero en ese caso fue para trabajar en la misma universidad.

»Cuando le dije a Lindsay que había aceptado el trabajo, se entusiasmó mucho, ella sabía las ganas que tenía de volver. Le propuse que me acompañara y aceptó. Pero debíamos separarnos. Ella tenía que hacer muchas gestiones antes de venir. Lindsay es extremadamente metódica y todo necesita esquematizarlo y agendarlo. Calculó que le llevaría unos dos meses ocuparse de su trabajo, su apartamento y otras gestiones. Yo no dejaba de animarla; le propuse muchas veces que realizara algunos trámites aquí, incluso me ofrecí a ayudarla, pero ella quería venir con todo perfectamente resuelto. No la culpo, supongo que es lo que se debe hacer.

»Cada vez alargaba más la fecha. Dos semanas más en el trabajo, su casera, los muebles, el pasaporte… Parecía no terminar nunca. Desde que me marché no nos habíamos vuelto a ver, pero hablábamos a diario. Pero eso cambió. No sé de qué forma, pero fuimos reduciendo nuestras llamadas y, sin darnos cuenta, dejamos de hablar de su viaje. Cuando me propusieron el proyecto de Eldergrove, no dudé en aceptar, principalmente porque estaba respaldado por la universidad, tenía todo el apoyo. No le dije nada de ese trabajo. Dudé durante muchos días, muchos. Ahí, después de desesperarme dándole mil vueltas a la cabeza, me di cuenta de que no deseaba que viniera. Me di cuenta de que no la quería como yo había creído, o ella, sino que solo la quería, mucho, eso sí, pero como amiga. Me di cuenta de que ella había sido mi forma de mantener vivo a Luke y que confundí mis sentimientos. La distancia y el tiempo que tardó en decidirse a venir, hicieron que lo viera con claridad.

—¿Se lo dijiste?

—No, Ginevra. Ya hacía tiempo que éramos solo amigos y que no hablábamos de ese viaje. No sé cómo ocurrió. Pasamos de hacer planes a no mencionarlo. Pasamos de planear reunirnos en dos meses, los que ella necesitaba, a ni siquiera hacer planes de ningún tipo. Habían pasado casi cuatro y ese tema ya ni existía. Puede parecerte extraño, pero nos sumergimos en una rutina de llamarnos cada vez menos y de tratarnos como amigos, solo amigos. Desaparecieron las palabras cariñosas y cualquier cosa que pudiera identificarnos como pareja. Simplemente pasó. Decidí no hablarle de mi nuevo trabajo porque cada vez hablábamos menos de nuestras vidas. Ella me contaba cosas de sus compañeros, de sus actividades, pero… me di cuenta que las llamadas se convirtieron en una obligación, aunque fueran pocas.

»Un día, una semana antes de que le enviara ese mensaje, cuando la distancia entre nosotros era bastante notable, me preguntó que si me acordaba que teníamos planes juntos. Pensé que bromeaba, pero… Te aseguro que no quise darle importancia. Un amigo de Luke, que me había llamado alguna que otra vez después de su muerte, me dijo que estaba en Londres y quedamos en encontrarnos. Cenamos juntos y nos pusimos al día de nuestras vidas. Él también conocía a Lindsay y me dijo que la había visto hacía pocas semanas y le había dicho que tenía planeado irse a vivir a Londres, conmigo. Para mí eso no tenía sentido. Nos habíamos distanciado. Ni ella ni yo lo hablamos nunca. No sé qué sentido tenía hablar ya de esos planes. Ni siquiera Logan conocía esa historia. Él, como yo, creía que esa relación se había enfriado a los pocos meses de volver de allí.

—¿Por qué no se lo preguntaste?

—Porque entonces me di cuenta de que Lindsay era mi vínculo con Luke, que no podía avanzar, y que siempre lo había sido. Nunca la quise más allá de una amiga. Le agradeceré eternamente todo lo que me ayudó, pero sentí la imperiosa necesidad de sacarla de mi vida por completo porque algo me ataba a ella. Si la llamaba o la veía en persona, me iba a derrumbar, no iba a ser capaz. Así que decidí romper de la manera más cruel y le envié ese mensaje. Era mi manera, cobarde, lo sé, de terminar con todo porque Lindsay se había convertido en una carga emocional que no me dejaba despedir a Luke. Me llamé a mí mismo desagradecido, cobarde, y mil cosas más, pero cuando le envié ese mensaje sentí paz. Quería que me odiara, o que mi mensaje le revolviera las entrañas. No quería hacerle daño, pero de otra manera te aseguro que no habría sido capaz de decirle que se había acabado.

—¿Seguro que unas palabras más consideradas no le hubieran hecho reaccionar?

—Es que no quería que fuéramos amigos, quería zanjarlo todo. Puede que me haya equivocado, y lamento haberle hecho daño, te juro que no tenía ni idea de que ella estaba en ese punto. Me enteré ayer cuando me lo dijiste. Lo último que me habría imaginado es que ella hubiera dejado su trabajo, su apartamento… A mí no me dijo nada.

»Puede que me haya equivocado. A veces me siento culpable por ello, pero me siento mejor cuando sé que ya no está en mi vida. Y te aseguro que siento mucho lo que me has contado sobre sus planes. No hay más historia que la que te he contado.

—Tengo la sensación de que quieres justificarte conmigo, no debes hacerlo, es tu vida. Yo no lo hubiera hecho de esa manera, pero yo… nunca me he sentido así, así que no puedo asegurarlo. Yo desconocía esa historia, nunca me habló de ello. Sí que me dijo que últimamente te notaba más distante, pero creía que era exceso de trabajo.

—Si te lo he contado es porque quería hacerlo, me parecía justo. Siento no haberte dado ayer la oportunidad de hablar, estaba enloquecido. Pero, si te he dado tantos detalles, ha sido porque no quería que me vieras como un cabrón desalmado por el mensaje que leíste. Puede que me

equivocara, pero había mucho detrás de ese mensaje.

—Ahora ya sabemos los dos lo que pasó. Siento lo de tu hermano. Por un momento me he puesto en tu piel y me he imaginado lo que debiste sentir al perderlo. ¿Cómo estás ahora?

—Bien, ahora lo recuerdo como era él, a través de mis propios recuerdos. Le echo de menos. Me habría gustado que lo hubieras conocido.

Esas palabras me convierten en mantequilla. Estoy confundida, algo aturdida por la historia, pero no dejo de mirarlo sintiendo que estoy loca por él.

—¿Cómo está Lindsay?

—Bien, ha encontrado un nuevo trabajo, tiene un nuevo apartamento, y… Casi no se acuerda de ti.

—Eso me alegra escucharlo.

—Quiero hablar con ella mañana, decirle que mis horarios han cambiado y que…

—Quieres crear una distancia.

—Sí, no tiene sentido esa amistad, mucho menos con todo lo que hay detrás. No es justo, especialmente para ella. Y yo… Yo no quiero seguir con esto. Su versión es algo distinta, Dylan. Es como si hubiera estado planeando ese viaje eternamente…

—Lo hizo, pero eso se terminó. No entiendo lo que pasó, pero creo que ella vivía lo nuestro de otra manera.

—Me dijo que eras desordenado…

—A su lado cualquiera lo es, Ginevra. Es muy maniática y se rige constantemente por el tiempo. Todo en su sitio, ordenado, clasificado… Pero nunca te hablaré mal de ella, te aseguro que es una persona maravillosa y sé que mi hermano la quería mucho. Pero ese peso no podía soportarlo más. Y te aseguro que no podía mantener una amistad con ella. Era mi muro entre superar lo de Luke y no hacerlo. No quiero que esto nos afecte, Ginevra…

—No lo hará. Es tu vida, Dylan, tus sentimientos. Y ese mensaje que tanto me ha atormentado… no es que lo entienda, me sigue pareciendo cruel, pero quiero olvidarlo. Está aclarado. Y no quiero volver a hablar de ello.

—¿No es una casualidad la forma en la que la conociste?

—¿Acaso lo dudas? —le pregunto molesta.

—No, Ginevra, solo me preguntó por qué algunas circunstancias pueden llegar a ser tan rebuscadas, tan poco probables; sin embargo, existen…

—Será el destino, explorador.

—Hoy soy yo el que necesita un abrazo.

—Mientras no te eches a llorar y me montes un drama. Quiero cosas alegres, arqueólogo.

No sé si era el cansancio, lo extraño de las historias que nos hemos contado, la tensión de los últimos días o el desbordamiento de ideas en nuestras cabezas, pero nos hemos abrazado de una forma que no lograré olvidar mientras viva. Tampoco la forma en que nos hemos besado.

Y pensar que esta tarde le he dicho que estaba enamorada de él…

Capítulo 71

Dylan

Ya han pasado dos semanas desde que el asunto de Lindsay nos enfrentara. Solo hemos hablado del tema en una ocasión, cuando Ginevra me contó que había hablado con ella para decirle que sus horarios han cambiado y que iba a estar de viaje un par de semanas.
—No me ha parecido muy receptiva, me ha pedido que la llame a mi vuelta y que le envíe fotos de Egipto —me confesó encogiéndose de hombros.
Le confesé que me sentía culpable, que era algo que no podía apartar del todo de mi cabeza.
—Está conociendo a un hombre. Está feliz, Dylan.
Nunca más hemos vuelto a hablar de ella, pero sí de Luke. Ginevra me ha pedido que lo haga y yo he disfrutado haciéndolo. He recurrido a mis propios recuerdos; he sido yo, sin necesidad de nada ni nadie más, el que lo ha mantenido vivo.

Lo que me ha confesado Ginevra ahora mismo me ha alegrado por ella, pero también me ha partido en dos. Una contradicción que no sé cómo voy a solucionar.
Ha estado varios días muy misteriosa respecto a algo relacionado con el trabajo que a cada momento prometía desvelarme al día siguiente, pero ese día parece que nunca llegaba. Hasta ahora.

Observo cómo despliega el segundo plano del castillo que le he entregado sobre mi mesa. A veces, me descubro suspirando como un adolescente cuando recuerdo que, en medio de la historia de Lindsay, me confesó que se había enamorado de mí.

Me fascina cómo se inclina sobre el plano, estudiándolo como si cada trazo pudiera contener la clave del secreto que está buscando.

—¡Aquí! Aquí está —dice de pronto, con entusiasmo, señalando con firmeza una esquina del dibujo. Sus ojos reflejan el brillo propio del triunfo, del orgullo.

Se inclina hacia mí, tan cerca que me llega su perfume con aromas cítricos.

—¿Lo ves? Ese es el punto —murmura—. No aparece en ninguno de los planos modernos del castillo. Es como si lo hubieran borrado o pasado por alto durante siglos, y creo que es ahí donde está la cavidad.

Su entusiasmo me contagia, pero no puedo ocultar mi preocupación.

—¿Cómo estás tan segura? —le pregunto.

Ella sonríe, satisfecha.

—He pasado dos semanas estudiando estos planos antiguos y contrastándolos con las exploraciones que se han hecho con el georradar. Hay algo en la densidad y en la profundidad de esas dos piedras que no encaja. Están ocultas, en la zona de la antigua torre. No se trata de un

error de construcción, sino de un espacio… algo intencionado, como si lo hubieran construido para pasar desapercibido. Lo que no entiendo es por qué no han reparado antes en ello…

—Porque esa zona es la de la controversia. Es la que han descartado rehabilitar.

—¿Ya está decidido?

—Eso me dijo Andrew, el jefe de arquitectura. ¿Lo conoces?

—Sí, es el que siempre está molestando a Logan y a nuestro equipo. Nos hace ir de un lado para otro a su antojo.

—Pues él fue el que decidió presentar la complejidad de esa rehabilitación. Muy pronto se eliminarán las protecciones y se sellará mediante un muro. En la reconstrucción gráfica que quieren hacer para el visitante, ni siquiera se plantean presentarlo.

—Ahí hay algo, Dylan. No pueden cerrarlo. Hablaré con Tavistock, le contaré lo que he descubierto.

—Ginevra… Yo…

—¿No me crees? Lo has visto con tus propios ojos. Hay que observar muy bien, pero tiene sentido. En cuanto he estudiado los planos lo he visto. Eso me ayudará a conseguir la continuidad en el castillo. ¿Y tú? ¿Es que no ves las ventajas? Mira la excavación, la tuya, y sigue esa línea…

—Ginevra…

—Es solo una posibilidad, pero esas perforaciones podrían desembocar en tu excavación. Tiene sentido.

—¡Ginevra!

—¿Qué?

—Me preocupa lo que has descubierto.

—¿Cómo?

—Algunas personas de mi equipo también creen que pueda haber comunicación, pero nos quedan unas semanas para poder afirmarlo.

—Pero tú trabajas en un lado, yo te hablo de este otro… ¿Qué error he cometido?

—Ninguno.

—Entonces… Estamos hablando de cosas distintas, aunque se comuniquen, que no es seguro.

—Ginevra, si hablas con Tavistock de ese tema, no se quedará al margen. Se volverá loco por marcarse un tanto ante Patrimonio y ante las dos fortunas que invierten en el castillo.

—¿Y qué? Yo también pretendo marcarme un tanto para que me confíen la continuidad en el castillo o en otros proyectos. Cada uno lucha por lo suyo.

—Si hablas con él, pararán las excavaciones.

—¿Por qué?

—Porque accederán por esa zona —le digo mientras se lo presento sobre el plano—. No hay otra manera. Nosotros somos siempre los que esperamos, los que no tenemos prioridad. Lo que estamos a punto de desvelar es importante, es el resultado de todo el trabajo de estos meses. En un principio, la cavidad parece seguir una línea hacia la izquierda, es lo que indican todas las perforaciones, pero estamos seguros de que se desvía y comunica con el castillo, con ese punto que tú has descubierto, el de la torre antigua.

—Si eso es tan claro, ¿qué importancia tiene que lo anuncie?

—Solo lo sabemos los miembros de esa excavación, algunos. Solo tres. Tememos que nos paren las obras y no hemos revelado nuestras sospechas. Si tú hablas con Tavistock, si sospechan que puede haber conexión con la torre, le darán prioridad y nos pararán la excavación hasta que

terminen. Pueden ser meses…

—Entonces…

—Si esperas dos semanas, ya podremos hablar del desvío, si es que existe, y no tendremos que trabajar en esa zona. Solo dos, máximo tres semanas.

—Ya… Entiendo…

—Lo siento, Ginevra, seguramente te estoy pidiendo demasiado.

—Entiendo tus motivos, no te preocupes.

—Ahora no podemos parar, ahora es importante. Nos han jodido muchas veces por temas como ese, y a veces para nada. Yo también creo que has descubierto algo, pero te pido que esperes un par de semanas, tres a lo sumo.

—Lo haré —me dice mientras me sonríe, pero sé que está decepcionada.

Capítulo 72

Ginevra

Cada día, desde que Dylan me pidió silencio, hace ya tres días, me escapo, en cuanto sé que nadie puede verme, a la zona de la antigua torre.

Me gusta traspasar las toneladas de plásticos gruesos que la protegen y situarme en el centro de los restos que quedan de ellos.

Dylan se siente mal por haberme pedido que silencie mi hallazgo, pero entiendo lo que supone la parada de la excavación. Me explica tantas cosas que parece que forme parte de su equipo.

Es una lástima que hayan decidido sellar esta zona, así lo he podido confirmar, tal y como me contó Dylan, con uno de los arquitectos con los que mantengo buena relación. Confieso que, aunque mi sueño es y seguirá siendo la decoración de edificios históricos, también echo de menos la arquitectura, sobre todo la que ese joven arquitecto comparte conmigo, la de los conflictos con algunos muros de los que no hay documentación ni bases para determinar una actuación sin ponerlos en peligro.

Hoy he venido aquí para devolverle la llamada a Kenna. Sé que está algo decepcionada por haber descubierto que su embarazo era una falsa alarma y no quiero desatenderla.

—Mamá me ha dicho que contigo le ocurrió igual, y también la abuela —me dice mientras me proporciona detalles.

Sé que ella habla con mi madre con mucha frecuencia. Yo solo la he llamado en una ocasión, no puedo hacerlo de otro modo. No siento ese lazo y ese contacto con ella, como Kenna, a la que le ha costado muy poco crearlo.

—Deberías llamarla más —me pide Kenna—. Siempre me pregunta por ti.

—Necesito algo de tiempo, Kenna, para ingerirlo todo. Son muchos cambios en poco tiempo.

—Lo sé, Ginevra, te conozco bien. Pero hay que intentar borrar aquel pasado. Ella es una mujer nueva. Está haciendo reformas en la casa. Los vecinos le están ayudando a pintarla y se ha deshecho de un montón de muebles viejos e inservibles, y…

Mientras Kenna relata las reformas, yo no puedo evitar pensar en esa mujer nueva como la que se atrevió a cargarse a su marido.

Es que me cuesta digerirlo.

¿Soy cómplice de asesinato?

Aunque se trate de una rata, también es asesinato, ¿no?

Mi abuela dice que no, que no sabemos y que no preguntamos. Tiene razón, quiero y creo que se merece ser feliz, pero me habría gustado que su final fuera sin que ella tuviera que

acelerarlo, sin llevar esa carga.

—Kenna, he descubierto algo importante en la base del castillo —le digo entusiasmada—. Pero… Dylan me ha pedido que me lo guarde un tiempo en secreto para que no le paren la excavación.

Me dedico a contárselo y se muestra entusiasta.

—Debes quererlo mucho para aceptar. Alexander dice que no se deben mezclar esas cosas.

—Soy comprensiva, pero estoy pendiente de mi continuidad y sé que eso me ayudará.

Le cuento mi descubrimiento con más detalles, a petición suya: los planos, la forma en que conseguí acceder a alguna herramienta de los arquitectos sin permiso, las horas que he pasado estudiando mapas y otros documentos… Siento que me escucha entusiasmada. Es lo que hace siempre que Alexander le habla de su trabajo. Kenna tiene muchas virtudes, entre ellas: escuchar.

Un ruido me alerta. Llevo recurriendo a este lugar muchos días y me conozco cada sonido.

—Espera, Kenna —le pido mientras atravieso la zona de las lonas de plástico.

No encuentro nada que justifique lo que he escuchado, pero juraría que una de estas lonas se ha movido.

Algo confundida, pero convencida de que han sido imaginaciones mías, retomo mi conversación con Kenna, pero esta vez decido hacerlo saliendo hacia el exterior, hacia la parte trasera de la torre, donde empieza la zona de excavaciones de Dylan.

—Tengo tantas ganas, Ginevra… —me dice Kenna refiriéndose a su embarazo—. Estoy recibiendo clases de respiración, de relajación y estoy siguiendo una dieta que…

Mientras Kenna habla de todo lo que está haciendo, me encuentro con mi arqueólogo en la entrada de la excavación. En realidad, era lo que esperaba, por eso he elegido esta salida. Llevo horas sin verlo y me faltaba mi dosis.

—Kenna, tengo que dejarte —le digo mientras le guiño un ojo al arqueólogo, que no ha dudado en acercarse en cuanto me ha visto—. Lo que tienes que hacer es follar más, deja tanta terapia.

Dylan escucha esta última frase, abre mucho los ojos y se echa a reír.

—¿A quién le recomiendas eso?

—A mí misma. Estaba hablando conmigo misma. Es terapéutico.

Suelta una carcajada.

—¿Y te estabas aconsejando follar más?

—Así es. Es bueno para la salud.

—¿Y con quién te has aconsejado hacerlo?

—Con cualquiera…

Esta vez me echo yo a reír al ver cómo arruga la frente.

—Hablaba con Kenna —le aclaro mientras le toco la barbilla y me cercioro que nadie nos está observando—. Me estaba relatando todas las tonterías a las que se está sometiendo para preparar su cuerpo para el embarazo.

—Y a ti te parece mejor empezar por lo que le has aconsejado, ¿cierto?

—Eso es lo primero, arqueólogo…

—Hablando de follar… ¿Te he dicho que hoy tengo muchas ganas? Que lo haría aquí mismo.

—Yo también. Sobre esa vasija —señalo una que se encuentra detrás de él—. ¡Llévatela a casa!

Suelta una nueva carcajada.

—Me susurra al oído los planes que tiene para hoy, en la cama.

—No sé si este «cualquiera» te ha estimulado.

—Mientras te traigas la vasija… —le digo mientras me alejo…

Yo me marcho a mi sala contenta, excitada por todas las barbaridades que me ha dicho que iba a hacer con mi cuerpo y… feliz.

Sí, esa es la palabra.

Feliz por primera vez en ¿cuánto tiempo?

¿Una eternidad?

Capítulo 73

Dylan

Todavía sonrío cuando me viene a la cabeza el encuentro que he tenido hace una hora con Ginevra, después de esos planes para esta noche que estoy deseando que podamos poner en práctica, pero aún quedan un par de horas para salir.

Rachel acaba de recibir mis nuevas instrucciones, sobre un catálogo de piezas y se dispone a salir de mi despacho, pero antes de ello, cierra la puerta y se dirige a mí en un tono muy preocupado.

—Debí cometer un error muy grave para perder a un amigo. Imperdonable debe ser.

Desde el incidente con Logan he mantenido la distancia con ella. La discusión que mantuvimos aquel día, ha contribuido a ello. Ni ella ni yo hemos dado un paso por suavizar la situación, y hemos tenido un trato estrictamente profesional.

Es algo que lamento mucho, especialmente porque aprecio mucho a Rachel, pero durante mucho tiempo he ignorado esa faceta suya de meterse en la vida de todo el mundo, y durante aquellos incidentes sentía que me explotaban en la cara.

—Rachel, no he sido yo el que ha elegido esta situación. Ya lo hablamos aquel día, no puedes entretenerte haciendo daño con tus comentarios.

—No es lo que pretendía. Aun así, todos cometemos errores, y duele mucho que te den la espalda las personas a las que quieres. Desde que tuve aquella bronca con Logan y también contigo, me he sentido muy sola. Logan se encargó de decirle a algunos compañeros que hablaba de ellos a sus espaldas, y todos me evitan como si tuviera una enfermedad contagiosa. Me siento sola. Puedo aceptar que mis compañeros me eviten, ya me he acostumbrado a entrar en la sala de descanso y que todos guarden silencio o se vayan marchando con disimulo, pero tú… Tú eras mi amigo. No me imagino dándote la espalda cuando más me necesites. No lo hubiera hecho jamás cuando ocurrió lo de tu hermano. Creo que estuve a tu lado y te ofrecí mi ayuda, a pesar de que estabas muy lejos, pero te hubiera abrazado en cada momento si hubieras estado aquí. Esa chica te ha cambiado, Dylan. He cometido errores, y estoy pagando por ellos, pero me ha desbordado con todo lo que ha ocurrido en mi vida y ahora me toca luchar contra esa soledad y contra tu desprecio.

—Yo no te desprecio, Rachel. Nadie me ha hecho cambiar, eres tú la que has provocado que nos alejemos con tus comentarios. Puedes hacer mucho daño y sigues haciéndolo. Sé lo que ocurrió en Dover, Logan me lo contó. Destrozaste una pareja porque encontraste entretenimiento en ella.

—Yo no destrocé nada; que yo sepa, están felizmente casados y hasta han sido padres.

—Pero pasaron por momentos muy duros con aquellas fotografías maliciosas que te dedicaste a difundir. Eres una experta en fotografía. Utilizaste tu manejo de los ángulos para que

pareciera lo que no era. Y todo por diversión o por lo que sea: tú sabrás.

—Está bien, Dylan, no quiero discutir, en realidad solo quería decirte que te echaba de menos, sobre todo a un Dylan que ya desconozco. Has cambiado mucho, por mucho que te aferres a que ha sido por mi actitud. Ella te ha cambiado y yo… ya no existo —me dice mientras corren algunas lágrimas por sus mejillas—. Puede que pida un traslado.

—Rachel… —le detengo sujetándola del brazo. Podíamos estar horas hablando, no podría convencerla de que su actitud es la causante de todo y que yo me he dado cuenta tarde, pero puede que necesite tiempo para entenderlo y, tiene razón, no puedo olvidar que estuvo a mi lado en aquellos momentos. Me enviaba cientos de mensajes hablándome de los progresos en la excavación y me relataba cientos de anécdotas que me hacían reír.

No creo que cambie, pero esa soledad que me ha descrito, el desprecio de sus compañeros… Debe ser muy dura y todos merecemos una oportunidad.

Me acerco a ella y la abrazo mientras ella se rompe en un largo llanto. Sé que está sufriendo y no me gusta.

—Tienes muchas cosas bonitas de las que presumir, Rachel, no dejes que esa faceta tuya, equivocada, dañina, las oculte. También tienes la oportunidad de ganarte a tus compañeros de nuevo. A veces una actitud humilde, una explicación, una disculpa pueden hacer mucho bien.

Sonríe por primera vez, se impulsa y me besa en la mejilla.

—Gracias —me dice saliendo de mi despacho.

Me siento satisfecho, tengo la esperanza de que esto la haga cambiar. Rachel es muy válida en su trabajo. Es luchadora, constante, y muy resolutiva.

Mi momento de ternura se acaba cuando recibo una llamada de Tavistock convocándome en su despacho.

¡Maldita sea! ¿Qué querrá ahora? No tengo tiempo para sus tonterías, mucho menos si tengo que desplazarme hasta su despacho, que se lo ha hecho instalar en la otra punta del recinto.

¿Por qué no viene él como hace otras veces cuando le apetece puntualizar esos errores que solo él tiene en su cabeza?

De mal humor, me dirijo hasta allí. Hay más ajetreo del habitual en el vestíbulo del castillo. ¿Qué me he perdido? No me han informado del destino de esos enormes rollos de tela protectora que están descargando. Logan tampoco me ha comentado nada, y he almorzado con él.

Puede que esa sea la razón por la que me haya citado Tavistock, pero bastaba con decírmelo por teléfono o acercándose a la excavación.

Por un momento, pienso en preguntarle a Andrew, que se encuentra en un lateral de la sala, pero parece demasiado ocupado y sigo mi camino.

El despacho de Tavistock es austero, algo que siempre me ha sorprendido, dados los aires de grandeza que gasta en todo lo que hace y dice, y dado también el poder que tiene en Eldergrove. Pero claro, tampoco es que pase demasiado tiempo aquí, solo viene a tocarme los cojones de vez en cuando.

—¿Y bien? No tengo mucho tiempo… Supongo que lo entenderá —le digo sin ocultar mi malestar.

—Myers, seré breve, no te preocupes. Si te he hecho venir es para garantizar la privacidad de nuestra conversación.

Eso no lo pongo en duda, no hay ni una mosca alrededor de este despacho desterrado.

—Debo comunicarte que las excavaciones deben paralizarse de inmediato, las de la zona D.

—¿Qué? —le pregunto en un tono de total perplejidad—. Eso es imposible, estamos terminando las perforaciones, lo sabe perfectamente. Es la fase más importante de la excavación.

—Se ha realizado un hallazgo importante en la torre antigua, uno que ha cambiado los planes de rehabilitación. No vamos a sellar la torre, sino que vamos a perforar uno de los muros de la sección transversal. Contamos con el presupuesto y así se ha decidido. Nos hemos reunido en los dos últimos días con todos los implicados y tenemos el visto bueno.

¡Mierda! Alguien se ha adelantado. Debería haberlo previsto.

—¿Últimos días? ¿Se supone que yo soy el jefe de este proyecto? ¿A quién se le ha olvidado informarme de esas reuniones?

Me levanto bruscamente.

—¿Me lo dice ahora, sin más? ¿Me pide que pare la excavación sin haberme mantenido al corriente de nada de eso?

—La excavación debe pararse. Sabes que es un impedimento para acceder a la torre. Lamento decirte que debes pararla de inmediato, se va a cubrir el pavimento.

—Esto es un despropósito, Tavistock, no puede obrar de esa manera. No puede presentarse sin más, mantenerme al margen de esas decisiones y pedirme que pare la excavación. ¿Por qué no me informó de ese hallazgo y del proceso de decisión?

—Esperaba que me ahorrara el numerito de hacerse el sorprendido. Si se lo oculté fue porque usted ya conocía el hallazgo. Conoce perfectamente quién lo había descubierto y de qué forma, y le pidió que lo silenciara para no perjudicar la excavación. Ha sido usted el que no ha hecho su trabajo, señor Myers. El que ha utilizado sus relaciones personales para sus intereses. El que le ha dado prioridad a la excavación por encima de los intereses del proyecto Eldergrove, a pesar de ser el encargado de velar por él, en su totalidad. Por suerte, sus planes no se han llevado a cabo y hemos sido informados de ese hallazgo. No nos podemos permitir perder el tiempo. Sabe perfectamente que cualquier avance es garantía de financiación.

No me puedo creer lo que estoy oyendo. No puedo creerme que Ginevra haya podido hacer algo así. Ayer la vi pasear por el recinto junto a Tavistock, parecían muy satisfechos los dos. Ahora me doy cuenta por qué no me lo comentó como ha hecho otras veces.

—¿Qué le dijeron exactamente?

Sonríe de forma irónica, pero decide contestarme.

—Que había un hallazgo, uno importante, uno que se descubrió tras mucho trabajo de investigación, y que usted pidió que su revelación se aplazara hasta dos o tres semanas con el fin de evitar el paro de sus excavaciones. ¿Es incorrecto? Estamos a tiempo de rectificar cualquier información errónea que nos hayan proporcionado.

Guardamos silencio los dos. No soy capaz de decir algo mínimamente coherente.

—Voy a proceder a lo que me ha ordenado —le digo sin fuerzas para seguir hablando.

—Myers… —me detiene antes de salir.

Ya poco me importa si me retira del proyecto, ahora el dolor que siento es lo único que me preocupa.

—¿Sí? —le digo completamente destruido.

—Entiendo que luche por su excavación, no tengo ninguna queja de su trabajo, a pesar de lo mal que recibe mis sugerencias. En pocas semanas podrá retomar su trabajo en la zona D. Sigamos trabajando y olvidemos este incidente. Y… si le sirve de algo, nunca mezcle sus relaciones personales con el trabajo: siempre traen muchos disgustos.

Esas palabras me sorprenden, especialmente porque pensaba que me iba a destituir. Aunque

él no tiene decisión directa, no le costaría nada conseguir que mis jefes de la administración local y de la universidad lo hicieran.

Pero ni siquiera puedo alegrarme: el puñal que siento dentro del estómago me está matando.

Capítulo 74

Ginevra

Sarah me acaba de informar del revuelo que hay en el acceso principal del castillo. Cree que están habilitando una zona nueva de trabajo, pero no dispone de toda la información. Precisamente hoy, Logan no se encuentra en el castillo. Ha acudido a Newport a adquirir material para Arthur, que tiene problemas con el alfeizar de dos ventanales.

Me siento extraña. Ha saltado una alarma en mi cabeza, pero no sé si tiene sentido que me inquiete por ello. Ahora no puedo abandonar mi trabajo, de lo contrario bajaría a inspeccionar, pero tendré que esperar.

No quiero ni pensar que alguien haya podido descubrir lo de la pared de la torre. Forma parte de mi sueño que Dylan y yo descubramos ese hallazgo.

Yo, como él, estoy convencida de que la cámara que él ha descubierto, cuando se pueda acceder a ella, que será en breve, comunicará con la pared de la torre. Eso cambiaría mucho la historia que hasta ahora conocemos del castillo, y también impulsaría la carrera de Dylan, y la mía, que soy la que más lo necesito. He podido comprobar lo difícil que es la continuidad en este proyecto. No solo se consigue realizando un buen trabajo de ambientación.

Recibo un mensaje de Dylan, que me cita en la zona exterior del recinto. Es extraño, pero algo me dice que está relacionado con los nuevos movimientos del vestíbulo.

No es un buen momento, pero Dylan es el gran jefe, así que tengo que seguir sus órdenes.

Sonrió ante esta idea.

Cuando llego, no se encuentra en el lugar citado, pero tarda solo un minuto en aparecer. Algo no va bien, su expresión lo deja bien claro.

—¿Qué…? —Intento preguntarle qué le sucede, pero me interrumpe nada más abrir la boca.

—¿Creías que no me iba a enterar? ¿O es que simplemente te importa muy poco?

—¿De qué hablas?

—¿Te vas a hacer ahora la ingenua? ¿Qué es lo que más te sorprende, Ginevra, que Tavistock me lo haya contado? ¿Le pediste discreción? ¿Cómo pensabas hacerlo? ¿Tenías pensado decirme que alguien se había adelantado? ¿De verdad eres tan estúpida como para creer que Tavistock te guardaría el secreto? Dirijo este proyecto, Ginevra, antes o después hubiera conocido hasta el último detalle.

—¿De qué coño estás hablando? ¿Por qué me hablas de ese modo?

—¿Cómo quieres que te hable? ¿Cómo crees que me siento? Ya te he dicho que lo sé todo. Le has dado la oportunidad a Tavistock para que me humille, pero no creo que eso sea lo que buscaras, claro que no, lo que buscabas es lo que has obtenido. Ya has demostrado tus méritos, te tendrán en cuenta; premiarán tu lealtad a la causa y te proporcionarán una larga continuidad en el castillo, o en cualquier otro proyecto de Patrimonio.

No le entiendo. Lo intento, pero por mucho que le escucho no sé a qué se refiere.

—Quieres calmarte y explicarme de qué me estás acusando de una vez.

—De traición, de puta traición, de romper la confianza que tenía en ti, de poner tu ambición por delante, de hacerlo a mis espaldas… Y ahora finges estar sorprendida. ¿No tenías una respuesta preparada? Bastaba con que expusieras tu hallazgo, pero no creo que fuera necesario que dieras detalles de por qué no lo habías presentado. Eso era innecesario, Ginevra. Y te puedo asegurar que no estoy pensando en mí. Mi petición la hice por mi equipo, porque sé cuánto se merecen mostrar sus logros. Somos los últimos en tener en cuenta.

—No tengo ni puta idea de lo que estás diciendo, no…

—No quiero escucharte.

—Pues tienes que hacerlo. No puedes presentarte aquí y acusarme sin más de algo que no entiendo. ¿Es que no lo ves? No es la primera vez que lo haces. No me dejas hablar.

—¿Te refieres al tema de Lindsay? No me hables ahora de temas personales, no quiero que me recuerdes que hay algo entre nosotros. Algo falso.

—¿Qué te pasa, Dylan? Te juro que… —le digo derrotada.

—Has sido un error, Ginevra, has sido un maldito error. Espero que disfrutes tu triunfo. Me voy, tengo mucho trabajo que hacer, tengo que proteger la excavación para que otros trabajen sobre ella. Espero que haya merecido la pena.

—Dylan… No te entiendo, maldita sea, ¿qué ha pasado? —le digo entre sollozos mientras se aleja.

¿Tavistock, hallazgo, méritos…? ¿De qué habla? ¿Traición?

¿Por qué me ha hablado de ese modo? ¿Por qué me ha tratado como si fuera basura?

Busco un lugar donde refugiarme, pero solo se me ocurre mi coche. Está algo lejos, pero necesito un rinconcito donde sentirme lejos de la humanidad.

No dejo de pensar en sus palabras, en intentar juntarlas de nuevo para entenderlo. ¿Parar la excavación? Eso es lo que ha dicho.

¿Se habrán cumplido mis temores? ¿Por qué me ha dicho que yo pensaba que él no se iba a enterar? Enterar, ¿de qué?

Si le han parado la excavación, ¿qué tengo yo que ver con eso?

Maldito gilipollas. ¿Por qué me ha tratado así? ¿Por qué no me ha dejado ni hablar? ¿Es que no entiende que necesitaba que me aclarara lo que sea de lo que me estuviera acusando?

Cuando llego a mi coche, me doy cuenta de que no tengo las llaves. He dejado mi bolso en la taquilla, solo llevo mi móvil.

El mismo que emite un timbrazo para alertarme de una llamada de Tavistock.

Le atiendo sin ganas y, tras colgar, me dirijo a su despacho, tal y como me ha pedido.

«Un maldito error». Eso es lo que me ha llamado.

Me encojo sobre mi estómago cuando siento la sacudida que me produce recordar esas palabras.

Capítulo 75

Ginevra

—Ginevra, permítame decirle, sin ánimo de ofenderle, que no ha obrado usted de forma inteligente. Sé que se ha enfrentado a un conflicto de intereses, pero debería haber pensado en su futuro.

Le felicito por su hallazgo y por todo el tiempo que invirtió y todos los medios, que, por cierto, no estaban a su alcance, pero su deber era informar cuanto antes de cualquier hallazgo, tal y como indica su contrato, que supongo leyó con detenimiento antes de firmar.

»Entiendo que, si le pidieron que esperara, surgiera en usted un conflicto, no porque se trataba de su jefe, sino porque mantiene una relación sentimental con él. Nadie la obligó, solo le hicieron una sugerencia, pero usted prefirió atender los intereses de otra persona antes que cumplir con su deber. Y la que ha perdido es usted. La persona que se lo pidió no ha perdido nada, no tiene responsabilidad, al menos en cuanto a mis acciones, pero usted sí, Ginevra. ¿Me comprende?

—Lo estoy intentando, pero le confieso que estoy algo perdida.

—Hablemos claro, entonces. Usted realizó un hallazgo en la pared de la torre, lo compartió con otra persona y esta le pidió que lo ocultara hasta que no se comprometiera su trabajo. ¿Me entiende ahora?

—Sí, ahora sí.

—¿Es cierto?

—Es cierto.

—¿Entiende también que debió comunicarlo de inmediato y dejar que el equipo correspondiente lo investigara en vez de jugar con herramientas que no tiene permiso para usar? Herramientas que cuestan cientos de miles de libras y que pertenecen a un sector del trabajo del castillo al que usted no corresponde.

—Lo entiendo.

Suspira y se levanta. Se da la vuelta para mirar a través de un ventanuco que pocas vistas ofrece.

—La felicito por su hallazgo, pero no puedo permitir que haya esos conflictos de intereses en el personal que trabaja en el castillo. La ética y la lealtad están por encima. De no haberla descubierto, se habría pospuesto innecesariamente con el riesgo de que el presupuesto no llegara a tiempo o se retirara. Aquí, Ginevra, cada día cuenta, cada avance. Y hay muchas personas detrás de todo esto.

—Lo entiendo.

Sé que no dejo de repetirme, pero no sé qué decir. Todavía estoy intentando enlazar lo que me ha dicho Dylan con esto.

—No se trata de un castigo, aquí somos comprensivos y entiendo su inexperiencia y su juventud, pero creo que es mejor apartarla de esos conflictos, por eso la he recomendado para un proyecto que se iniciará dentro de un mes en Harewood House, cerca de Leeds, en Yorkshire. Tendrá tiempo de estudiarlo, se pondrán en contacto con usted.

—¿Me está despidiendo?

—No, yo no puedo hacerlo directamente, solo le transmito lo que la administración me ha permitido que traslade. Hago de intermediario. Tengo entendido que trabajaba en Manchester, como arquitecto exclusivamente. Yo le recomiendo que vuelva a hacerlo, ha demostrado sus habilidades, solo que lo ha hecho de la forma equivocada. También le recomiendo que se piense mi oferta, es una buena oportunidad.

—¿Qué le ha pasado al señor Myers? Entiendo que también ha hablado con él —le digo sin dar vueltas. Solo quiero entender lo que ha pasado.

—El señor Myers dirige este proyecto y lo seguirá haciendo. Ha reconocido sus errores, pero actuó en el bien de la excavación, no en el suyo propio.

Ahora empiezo a entenderlo todo.

—Me iré de inmediato, señor Tavistock.

—Bien, tómese su tiempo, puede dedicar una hora a recoger sus cosas.

Eso me duele. Quizás sea el motivo por el que decida hablarle sin pensar. Creo que tengo claro que aquí no tengo nada que hacer.

—Antes de marcharme, le diré que me parece la conversación más hipócrita que he mantenido jamás. Sí, yo descubrí esa cámara, o lo que sea que hay detrás del muro, y también utilicé el georradar, soy consciente de que vale mucho dinero, pero le aseguro que sé usarlo perfectamente. Me esperé porque entendí lo mucho que comprometía el trabajo de mis compañeros, no solo el de la persona que me lo pidió. No entiendo de presupuestos ni sé si dos o tres semanas podrían haber sido catastróficas. Pero debería entender que felicitarme para luego darme una patada con esa clase de lealtad y ética, es absurdo.

»Yo de usted, me plantearía por qué tengo un equipo de arquitectos e ingenieros que no han sido capaces de descubrir una cavidad como esa y ha sido la decoradora, la que lo ha hecho, por mucha formación que yo tenga. En cualquier caso, no deseo seguir trabajando en un lugar en que solucionan los conflictos de forma tan patética. Gracias por su recomendación, consideraré la oferta del palacio o… volveré a mi mundo, a rodearme de arquitectos de verdad, de los válidos, de los que saben lo que hacen.

»Y solo necesito cuatro minutos, no una hora. El tiempo que me lleve llegar a la sala, recuperar mi bolso y salir por la puerta.

Escucho silencio a mi espalda.

Estoy temblando, me duele el estómago y solo deseo vaciarlo, no sé si podré llegar al coche entera.

Contengo las lágrimas y me esfuerzo por acudir a mi sala cuanto antes.

Los cuatro minutos, que le he prometido a ese imbécil de Tavistock, se convierten en seis. Me gustaría despedirme de Sarah y de otros compañeros, pero sé que me voy a romper y voy a montar un numerito ridículo. También de Logan, pero lamentablemente no está. No pudo permanecer más tiempo aquí, especialmente porque Charles, el de seguridad, no me pierde de vista, eso sí, con mucha discreción. ¿A esto hemos llegado?

Al salir del castillo, Dylan pasa por mi lado y ni siquiera se digna en mirarme, va hablando con Rachel animadamente. Ella sí que se gira y me sonríe.

Recibo una estocada en las entrañas.

Salgo del recinto y saludo a los dos guardas de seguridad del segundo control de entrada.

Llego a mi coche sin poder contener las lágrimas.

Me siento humillada, me siento como nunca antes me había sentido.

Su forma de ignorarme me ha atravesado el alma, y la de no permitirme hablar, y la de acusarme…

Aunque empiezo a entender lo que ha ocurrido, todavía tengo muchos interrogantes. No entiendo quién me ha acusado, ni quién ha proporcionado detalles de lo ocurrido. Dylan no puede haber sido, no puede cavarse su propia tumba.

Tampoco entiendo sus ataques, su crueldad, su manera de decirme que era un maldito error.

Ni su repentina amistad con Rachel de nuevo.

No entiendo nada.

Cuando giro hacia la carretera de Yarmouth, me doy la vuelta para admirar el castillo Ravensholt por última vez.

Siento algo clavado en el estómago.

Duele.

Lloro.

Capítulo 76

Ginevra

Sé que soy una ingenua, pero esperaba que apareciera por la puerta. Una vez más se habrá refugiado en casa de Logan, pero esta vez no voy a ir a buscarlo. Son cerca de las once de la noche y no ha venido a casa.

Todavía me duele la forma en que me ha ignorado y no me ha dejado hablar…

Lo comprendí cuando se produjo el episodio de Lindsay. Entendí lo que sintió cuando descubrió esa fotografía, a pesar de que todavía no conocía su historia con ella. Tampoco me dejó hablar, pero era algo distinto. Yo tenía mucho que explicarle porque era responsable de algo que nunca debí hacer.

Pero hoy es distinto.

He tenido suficientes horas para darle vueltas a todo lo ocurrido y creo que entiendo lo que ha podido suceder. No tengo la seguridad, pero todo empieza a encajar. Sus acusaciones, las palabras de Tavistock, sus reproches, sus conclusiones.

Y todo por no molestarse en preguntarme.

Aun así, sigue habiendo muchas dudas y hoy no soy capaz de pensar más. Unas cosas encajan, otras no.

Tan pronto me vengo arriba, como me hundo.

Ahora he pensado en enviarle un mensaje.

Hago una bola con mi orgullo, con mi dolor y con los recuerdos de todo el día, lo redacto y se lo envío.

Necesito hablar contigo

Espero más de una hora, pero no obtengo respuesta, a pesar de haberlo leído.

Salgo a la cubierta, me impregno de algo de aire fresco, pero siento frío y vuelvo a entrar.

El sonido del móvil hace que corra en espera de la respuesta. Solo puede ser él a estas horas de la noche.

Yo no.

Me espero un rato más, pero me rindo ante la evidencia.

No sé si tiene sentido recibir una explicación, o si debo esperar a que se digne a aparecer por casa.

No creo que esto lleve a ninguna parte.

Mientras lo pienso, las lágrimas ascienden por mis mejillas desbocadas.

Quizás podamos hablarlo otro día, mañana, pasado mañana…

Sé que volverá antes o después.

Sé que puedo explicarle lo que sea que le ha confundido. Yo no he hecho nada malo.

Pero también sé que esa forma en la que me ha ignorado no voy a poder soportarla otra vez.

Pienso y pienso, lloro y lloro.

Una hora, otra, otra…

A las cuatro de la mañana entro en mi dormitorio y me dedico a hacer las maletas. Quedan dos horas para que salga el próximo ferri. Tengo tiempo de terminar la maleta, llegar al puerto y esperar el ferri.

Una hora después, salgo por la puerta, no ha sido difícil llenar la maleta. No he dejado nada, absolutamente nada. Eso creo.

Recorro una a una las estancias con el corazón reducido a la mitad, pero no puedo llorar más.

Salgo del barco, cierro con la llave y recorro la pasarela sin ser capaz de volverme a decirle adiós al barco, a «Cariad», el nombre que Elliot le puso al barco y que he descubierto hace solo unos días.

No está rotulado con él, pero Kenna me aseguró que con ese nombre se dirige a él.

Cariad…

Significa amor en galés.

¡Qué oportuno acordarme ahora!

Salgo de la pasarela, le entrego las llaves al guarda de seguridad nocturno y le pido que se las entregue al señor Myers cuando lo vea.

Ahora es cuando me doy cuenta de que también echaré de menos a Megan, y las conversaciones que cada vez manteníamos con más frecuencia dentro de su cabina, junto a un té caliente que muchas veces le traía desde la cafetería del puerto.

Todo duele. Todo.

Sobre todo, el hecho de decirle adiós al arqueólogo de ojos grises que ha conseguido que me enamore perdidamente de él.

Pero es hora de volver a casa.

Ya no tengo miedo.

Capítulo 77

Dylan

Aún no sé cómo voy a resolver esto. Tendré que escaparme a mitad de la jornada y conseguir recuperar algunas de mis cosas, todavía no quiero volver a casa.

He pasado la noche con Logan de nuevo. Pero esta vez se lo he contado todo nada más llegar.

Él no estuvo en todo el día en el recinto, así que desconocía las últimas noticias. A él no le afectan en su trabajo, no tiene que pararlo para que trabajen los demás.

No dejaba de decir que no entendía a Ginevra, yo tampoco, aunque no es el trabajo lo que me preocupa.

Me da igual la excavación, si la paran una semana, dos o tres meses. Pero su forma de mentirme y de conspirar detrás de mí…

Y encima confió en Tavistock, creía que no me lo iba a restregar. ¿Qué habrán pactado? La renovación de su contrato, la mención en el hallazgo…

Llevo una hora en el recinto. He venido antes para no cruzarme con ella, pero antes o después ocurrirá.

Para mi desgracia, Tavistock también ha madrugado y me lo encuentro en el aparcamiento. ¡Qué suerte la mía!

Se acerca a mí. Espero que no me dé ninguna queja, la excavación ya está lista para que la pisoteen a conveniencia.

—¡Buenos días, Myers!

—¡Buenos días!

—Ayer olvidé decirle algo y creo que este es un buen momento. Espero que no cuestione mis decisiones.

¿De qué habla? ¿Se refiere a parar la excavación?

Ni me molesto en hablarle.

—Le prometí confidencialidad a la persona que me desveló lo sucedido. Más bien se la garanticé.

Vaya, justo lo que yo sospechaba. Bravo, Ginevra. Sus planes eran que no me enterara. Debe estar disfrutando. Debe pensar que soy el imbécil que su chica ha traicionado, pero le dejo que se regodee.

—Sin embargo, a pesar de que su información fue muy útil, no me gusta la actitud de esa persona. Sé que la lealtad se la debe al proyecto y que el contrato exige rigor, pero su forma de acusar me parece poco propia del trabajo en equipo. Aunque pueda parecerle contradictorio, defiendo la lealtad al proyecto, pero mucho más el compañerismo.

—No le entiendo, sinceramente. ¿Qué quiere decirme?

—Que la persona que me proporcionó la información, no mostró mucho compañerismo. Ella no gana nada en esto, más bien sale perjudicado su trabajo, pero, aun así, en ningún momento aisló la información de sus autores, más bien necesitaba incriminarlos.

—Tavistock, lo que concierne a Ginevra Mackenzie, debe hablarlo con ella.

—No estoy hablando de la señorita Mackenzie.

—¿De quién habla?

—De la persona que me puso al corriente de lo que usted y la señorita Mackenzie planeaban.

Me quedo paralizado. No entiendo nada de lo que está diciendo. Este hombre debe estar confundido. ¿Hablamos de lo mismo?

—¿De qué habla? ¿No fue… Ginevra quien le informó?

—No, claro que no. ¿Qué sentido tiene eso?

—Va a tener que explicarse porque no entiendo nada.

—Prometí protegerla para que no tuviera represalias y proteger su identidad. Esta persona escuchó a la señorita Mackenzie hablar por teléfono, escondida precisamente en la sala de la torre, contándole los planes que ustedes tenían de forma orgullosa a alguien.

Creo que voy a marearme.

—¿Quién escuchó esa conversación?

—Alguien que gravó lo que escuchaba, por ello nunca he tenido dudas. Aun así, me preguntaba si alguno de ustedes dos lo negaría. No se crea que no estoy disgustado con usted, pero juega con ventaja, le necesito aquí y espero que no tengamos más problemas. Pero debo ser justo, no debe estar rodeado de personas en las que no pueda confiar. La señorita Rachel Hart hizo bien en contármelo, pero también entiendo que debería haber hablado antes con usted y mostrarle su malestar. En fin, las normas son las normas, pero hay otros valores que deben permanecer. ¡Vaya se me ha escapado el nombre! ¡Oh! señor Myers, qué torpe he sido. Le prometí a la señorita Hart proteger su identidad… Pero ya no hay remedio. Todos podemos cometer errores. Espero que estudie detenidamente a quién quiere en su equipo y a quién no. Cuenta con mi apoyo.

Sigo sin poder moverme.

Veo como empieza alejarse, pero se detiene porque todavía no parece estar satisfecho.

—Siento lo de la señorita Mackenzie, pensé que me lo iba a reprochar, pero creo que es lo mejor para los dos.

—¿Qué es lo que siente?

—Me refiero a su despido, Myers, ¿a qué si no?

Me apoyo en el coche. Mi estómago se revuelve. Me aparto para poder vaciarlo, tal y como él me pide.

Miro el coche. Tengo que volver a casa.

Capítulo 78

Dylan

—Joder, Dylan, no puedes seguir así, estás hecho un asco —me dice Logan nada más entrar en el barco.

—No tengo ánimos para nada.

—¿Ni para ducharte? Si quieres te ayudo.

—Eso ya lo he hecho, si tengo mal aspecto no será por falta de duchas, ya llevo unas cuantas hoy: me alivia el agua caliente.

—Es sábado, hoy no trabajamos, puedes dar rienda suelta a tus penas, pero lo hacemos fuera de aquí.

—No, no voy a ninguna parte.

—Dylan —me dice haciéndose un sitio en el sofá, entre la ropa que he ido dejando estos cuatro últimos días. Los mismos que hace que ella se fue.

—¿Hay alguna novedad?

—Sí, por fin, me ha contestado.

—Eso es importante.

—Aún no lo has leído.

—Ya… Pues venga, dime qué te ha dicho.

Le muestro los mensajes que he intercambiado con Ginevra. Desde que volví al barco y descubrí que se había marchado no he podido hablar con ella. Le he enviado varios mensajes explicándole lo que había descubierto, lo mucho que me había confundido, pidiéndole perdón, pero hasta hoy, a pesar de haberlos leído, no me ha contestado. El primero de hoy lo ha vuelto a ignorar:

¿Dónde estás, Ginevra? Iré a donde sea que estés.

El segundo lo ha contestado cuando le he pedido que vuelva.

Dime que volverás, Ginevra…

Es para siempre.

Una vez hablamos de un «Para siempre».
De un lugar donde existir es para siempre.

Ahora estoy en un lugar donde odiarte es para siempre.

¿Odiarme? Eso me duele, Ginevra.

A mí ha dejado de dolerme todo.
Ya ni siquiera tengo miedo a nada.
Buena suerte, explorador.

—Odiarte… —repite Dylan.

—Odiarme, Logan. Eso debe ser lo que siente. Y no la culpo. Pero, joder, cómo duele.

—Es que la has cagado mucho, amigo.

—Eso es justo lo que necesitaba que me dijeras.

—¿Has llamado de nuevo a Alexander?

—Sí, pero no me quiere decir dónde está. Entiendo que no lo haga. Dice que no lo sabe, que de lo contrario me lo diría. Ayer probé con Kenna y lo único que me dijo es que le había dicho que iba a visitar un castillo.

—Bueno, solo hay unos mil quinientos en Inglaterra, contando con las ruinas, unos dos mil en Escocia, unos seiscientos en Gales… ¿Sigo?

—No, pero por ganas los recorrería todos.

—Dylan, antes o después podrás hablar con ella.

—No, Logan, sé lo que me ha contestado. Esa hija de puta de Rachel me la jugó bien jugada, y yo fui un estúpido que me perdí en la rabia que sentía al pensar que me había traicionado.

—Ayer por la tarde aún estaba Rachel en el recinto, ¿me has hecho caso?

—Sí, aún trabaja allí, hasta ahora. Me pediste que esperara a ver su reacción y lo he hecho.

—Tampoco te dije que esperaras eternamente.

—Le he pedido que venga ahora.

—¿Ahora?

—Ahora. Voy a decirle que está despedida. ¿Quieres verlo?

—¿Por eso me has pedido que viniera?

—Por si te quieres dar el gusto.

—Joder, pues claro. He tenido que contenerme estos días para no estrangularla.

—Hasta Tavistock me ha preguntado si tenía intenciones de pasar por alto su actitud.

—El muy cabrón despide a Ginevra, pero se lucra de la información que le da Rachel y luego te insinúa que te la quites de encima…

—Me ha permitido seguir con la excavación, ha buscado la forma de que trabajemos con los constructores. Algo es algo, pero ahora eso me importa muy poco. La he perdido, Logan, y te juro que estoy locamente enamorado de ella. Creo que estoy pagando por lo que le hice a Lindsay.

—Estás pagando por no escucharla, Dylan, era tan sencillo como eso.

Esa realidad me duele, igual que me duele releer sus mensajes o pasear por el baro y sentir que no está.

Cada rincón me recuerda a ella, a todo lo que hemos vivido y sentido bajo este techo.

No puedo mirar la mesa de la cocina, ni ese dichoso gel de ducha, ni la mostaza o las hierbas que compró para la sopa. Tendría que prenderle fuego al barco entero para que no hubiera nada que me recordara a ella.

Capítulo 79

Dylan

—Rachel, no hace falta que te sientes. Solo quería decirte unas cosillas, después, te puedes marchar.

—Estás fatal, Dylan —dice mirando con recelo a Logan—. No sé si con la compañía que tienes podrás animarte, pero tú mismo.

Logan se da por aludido, pero se calla. Sabe que lo bueno viene después.

—¿Te refieres a Logan? Él es buena compañía, no me traiciona, no es el mayor hijo de puta que he conocido, no me da asco… Como tú.

Me mira con los ojos muy abiertos y mira a Logan.

—Te quejaste de que estabas sola, pero es lo que te mereces y es lo que me imagino que vas a tener toda tu vida. Sé que grabaste la conversación de Ginevra, que nos traicionaste, y que pediste protección. ¿Crees que lo respetaron? Solo has conseguido despertar el asco en una persona más del recinto. Como si tu lista fuera pequeña…

No es capaz de decirme nada.

—Eres una persona mala, envidiosa, que disfruta haciendo daño y dedica más tiempo a enmascararlo que otra cosa. Lo bueno que tienes es que trabajas bien, pero eso lo disfrutarán en otro sitio, los que te acepten. Al recinto no vuelves a entrar. Si hay algo personal dentro, te lo entregarán los guardas cuando vayas a buscarlo. Estás despedida. Pero… si algo he aprendido es a escuchar. ¿Tienes algo que decir?

—Nada, no tengo nada que decir. Tenía pensado marcharme de Eldergrove, así que no me afecta. No quiero amigos como tú. Ni si quiera me afecta todo lo que me has dicho. Dudo que entiendas que yo cumplí con mi deber, no jugué como tú con esa escocesa que cuando llegó parecía que le daba miedo hasta su sombra.

—Joder, esto es el colmo —dice Logan—. ¡Lárgate! Hazlo o acabas en el agua…

Rachel sale del barco y da un portazo que nos retumba. Ha debido dañar alguna bisagra.

—No te creas que me he saciado —me dice Logan—. Ni siquiera ha sido capaz de bajar la cabeza y pedir perdón… ¡Dylan!

Me llama la atención porque sabe que no le estoy escuchando.

—¿No me digas que te ha afectado lo que ha dicho esa mujer?

—Esa escocesa que le daba miedo hasta su sombra…

—Siempre insulta a todo el mundo, ¿qué más te da?

—Escocia. Miedo. Se ha ido a ver un castillo… En el único lugar que él nunca pensó en buscar… Elira eligió ese lugar con el fin de que él la encontrara y descubriera que ella había vencido al miedo…

—¿Quién es Elira? ¿De qué hablas?

—De que he dado por hecho que estaba en Manchester o en Londres…

—¿Quién es Elira? —repite

—La dama que enterraron en la torre de Castle Menzies, en el único sitio donde él nunca creyó que pudo estar. «Volveré a Escocia cuando deje de dolerme…». «Ya no tengo miedo…».

—Dylan, ¿qué estás diciendo?

—Que Ginevra está en Escocia. Y que me voy a buscarla.

Capítulo 80

Ginevra

He vuelto a ella. A mi Escocia. El lugar que tanto amé cuando era niña y el que tanto desprecié cuando me marché.

Ahora todo ha cambiado, yo he cambiado, pero el paisaje sigue siendo el mismo y me va a resultar fácil volver a amarlo.

Cuando me marché, no me permitía recordar nada que estuviera relacionado con estas colinas, estos valles y este precioso manto verde que tan feliz me hizo cuando era… Una niña, cuando la realidad todavía no se había adueñado de mi vida.

He vuelto a ella. No solo a Escocia, sino a mi madre.

He dejado todo lo que pesaba en la frontera. No habría sido capaz de venir si hubiera sido de otro modo.

No puedo seguir culpándola de lo que vivimos porque solo hay una persona responsable. Pero durante años lo hice, la condené a pesar de los esfuerzos de mi abuela, y lo hice apenas sin darme cuenta.

Ahora le he visto brillar unos ojos que nunca antes vi, ni sus sonrisas, ni su forma de vestir. Ni siquiera su forma de caminar es la misma.

Solo puedo sentir compasión por ella, por lo que sufrió a su lado y por todo lo que sufrió cuando nos marchamos Kenna y yo.

Ella no quiere hablar de ello, no creo que esté preparada todavía, pero la señora MacLeod me ha dicho que la hizo sufrir mucho. Tampoco quiere entrar en detalles; no quiero ni pensar todo lo que ha podido suceder en esa casa.

Mi abuela viene a verla con frecuencia, desde Manchester no hay más que dos horas y media en coche. Ahora también está aquí, colaborando en la transformación de mi madre, que se ha animado a cortarse esa triste y larga melena que lucía.

Solo hace una semana que dejé la isla y tengo la sensación de que fue hace mucho tiempo, aunque cuando pienso en él, me parece que fue ayer cuando recibí su última caricia. Todavía puedo sentirla si cierro los ojos…

Alexander me contó lo ocurrido, y él también. Fue Rachel la que habló con Tavistock. Recuerdo la mañana en la que hablé con Kenna y se lo conté: me pareció escuchar un ruido. Seguro que era ella la que se escondió en alguna parte y escuchó lo que hablé con mi hermana. Creo que hasta grabó la conversación.

Fue esa maldita mujer la que nos quiso hacer daño y lo consiguió. Pero fue Dylan el que ni siquiera me dio la oportunidad de defenderme. Qué diferente hubiera sido si hubiera permitido que le dijera que yo no había hablado con Tavistock…

Dudó de mí, ni siquiera preguntó, ni siquiera me escuchó…

Y me llamó maldito error.

Hasta hace dos días no tuve valor para contestarle, igual que no lo tuve para bloquearle. Es pronto todavía y me digo a mí misma que estoy de duelo, que ya tendré tiempo de sacármelo de la cabeza, pero… cuánto me va a costar.

—¿Cómo se puede querer tanto a alguien en tan poco tiempo? —le he preguntado a mi abuela, después de contarle la historia completa.

—Porque el tiempo y la intensidad no están relacionados. Se puede querer mucho en poco tiempo o estar toda una vida al lado de alguien y nunca llegar a quererlo.

—¿Se tarda más en olvidar?

—Depende de la intensidad. Cariño, todavía te queda un largo camino, pero si está escrito que tienes que olvidarlo, así será.

Creo que depende más de mí que de ese «destino», pero en el caso de estar equivocada, espero que sea compasivo conmigo porque esto duele demasiado.

Fue idea de mi abuela que la acompañara a Escocia. Me acordé de la promesa que hice, y eso fue lo que me animó a hacerlo. Cuando salí de la isla sentía de todo, absolutamente de todo, menos miedo.

Destino: Escocia.

Escucho pasos suaves y veo a mi abuela acercarse. Ha adivinado exactamente dónde me encuentro, en el mismo lugar que tanto me gustaba cuando era niña. Desde aquí, el río Tay se extiende ante mí. Puedo ver cómo asciende suavemente antes de desaparecer entre las colinas; es casi como si se perdiera en el horizonte.

—Cariño, unos niños han traído esto para ti.

—¿Para mí? ¿Qué niños?

—No los conozco, pero tu madre dice que son los hijos de unos vecinos. Dicen que un señor se lo ha entregado para ti.

Se trata de un sobre alargado.

Por un momento, siento un pequeño escalofrío, pero lo aparto de mi cabeza. Denzel es historia.

Reconozco la letra de la carta y no puedo evitar que al desplegarla se me derrame una lágrima.

No puede ser.

Antes de tener el valor de leerla, sabiendo que me va a partir en dos, me encuentro algo más en el sobre. Es una entrada para el Castle Menzies, fechada para… ¡Hoy!

Mi abuela se encoge de hombros y me pone la mano en la espalda.

—Cariño, creo que debes leerla a solas —dice alejándose.

Siempre he creído que Donal, el hermano mayor, era un pobre imbécil por pasarse meses buscando a Elira, sin ocurrírsele que podía estar en la torre.

Ahora Donal se ha ganado mi respeto, nunca más volveré a hablar de él como un pobre tonto… Ahora me parece más humano que nunca, más real, y menos leyenda.

No somos tan diferentes. Él la quería con locura, igual que te quiero yo, Ginevra, con la misma locura. La confianza fue protagonista en su vida y en la mía, aunque de forma distinta. Él confió en quien no debía, en su hermano traidor, y yo… desconfié de la única persona que no debía hacerlo, de ti.

Lo sé, solo tenía que hacerte una pregunta.

Donal se dejó llevar por lo que creía era una evidencia: que ella nunca pisaría la torre. Yo me dejé llevar por otra: que solo tú conocías la existencia de ese hallazgo. Ambos nos equivocamos.

Lo sé, solo tenía que hacerte una pregunta.

Donal pasó a la historia, lo pagó con su propia vida. Yo… todavía estoy vivo, Ginebra, pero al saber que te habías marchado, sentí ganas de morir, porque sabía lo mucho que me iba a doler.

Me lo merecía. Solo tenía que haberte dejado hablar.

Enamorarme me hizo ser valiente, créeme que me costó mucho aceptarlo porque el miedo se interpuso. Enamorarme también me hizo cobarde, créeme que el miedo también se interpuso.

Solo tenía que preguntarte, y no lo hice.

Enamorarse te hace ser valiente y te hace ser cobarde.

No me gusta el final de la leyenda de Donal, ni la de su fantasma vagando por el castillo. No puede ser que todavía la esté buscando. Eso hay que arreglarlo, ese pobre hombre no puede sufrir más. Vamos a llevarlo a la torre, y vamos a permitir que se unan, aunque sea en esa otra dimensión. Pero vamos a darle un final feliz, Ginevra. Uno en el que en esa otra vida puedan besarse, hacer el amor, y ser felices. Que él pueda pedirle que se case con él y que ella acepte.

Y que lo hagan en un castillo.

Déjame llegar a tu torre, Ginevra. Cásate conmigo.

Te espero.

En el castillo.

Te quiero.

¡Maldito arqueólogo! Juré que nunca derramaría ni una lágrima más por él. Claro que, eso lo juré ayer, tampoco hace tanto. Ni tampoco esperaba que viniera, ni que me encontrara…

Claro que voy a ir al castillo, pero esta vez me va a escuchar, ya lo creo que me va a escuchar.

Capítulo 81

Dylan

Estoy perdiendo la esperanza.

Los niños me han asegurado que han entregado el sobre a Ginevra, pero me han dicho que tenía el pelo rizado, oscuro y era una anciana.

Joder, no puede haber cambiado tanto. ¿A quién coño se lo han dado?

¿Quién me manda a mí fiarme de unos niños de Aberfeldy? Aquí todo el mundo es muy raro…

Si hasta he tenido que darles mil explicaciones para que dejaran de mirarme de ese modo en la cafetería.

Hasta los niños me han preguntado mil cosas antes de aceptar el sobre. «¿Para qué?», «¿Por qué?», «¿Es usted un ladrón?». No conocían a Ginevra, pero sí a su madre.

Vaya, ya sé lo que ha pasado. Se lo han entregado a su madre.

¡Ay Dios! ¿Y si la mujer se la oculta porque cree que soy un pecador o algo de eso?

Me está picando todo el cuerpo de las horas que llevo aquí plantado. El vigilante no deja de mirarme, hasta me ha preguntado qué hacía aquí.

«Estoy esperando a alguien», le he dicho, pero claro, eso ha sido hace dos horas y media.

Debo rendirme ante la evidencia. Ginevra no va a venir.

Joder, como duele. Pero si algo tengo claro es que no me voy a marchar de aquí sin verla y sin que me escuche.

Ahora más que nunca entiendo lo que se siente cuando quieres ser escuchado y alguien se niega a hacerlo…

Me levanto y me despido de la piedra que tanta compañía me ha hecho.

Entonces la veo venir.

Viene con paso decidido, con la frente arrugada y el ceño fruncido.

De final feliz nada, y de princesa menos.

—¿A qué coño has venido, Dylan?

No, no tiene intenciones de reconciliarse.

—¿Has leído la carta?

—Sí, la he leído.

—¿Y no te has hecho una idea de a qué he venido?

—Sí, pero no he entendido cómo has sido tan gilipollas para venir, por mucho que hayas intuido dónde estaba.

—Porque te quiero, Ginevra.

—¿Y qué? También te quería yo y no me dejaste hablar.

—Porque estoy enamorado de ti, Ginevra.

—¿Y qué? Yo ya hacía tiempo que te lo había confesado y me trataste como a una rata.

—Porque estoy arrepentido…

—¿Y qué? ¿De qué me sirve? Eso es asunto tuyo y de tu conciencia.

—Porque quiero pedirte perdón…

—¿Para qué? ¿Crees que con eso se olvida todo lo que me hiciste sentir? Ni siquiera me preguntaste. Desconfiaste de mí, me acusaste, me reprochaste y me dijiste que era un maldito error. ¿Y ahora vienes a buscar ese maldito error?

—Vengo a buscar a lo mejor que me ha pasado en la vida. Vengo a que me perdones, a pedirte que te cases conmigo, a buscar un final feliz también para nosotros, Ginevra.

Por fin reacciona y deja que su rostro se relaje.

Me acercó a ella y no me lo impide. La abrazo por la cintura y se acerca a mí.

—Te quiero, Ginevra.

—Joder, Dylan, qué difícil es esto.

—Hagámoslo fácil.

—¿Cómo?

—Vamos a visitar ese castillo y cuando salgamos… vamos a olvidarlo todo.

Por fin podemos unir los labios, por fin vuelvo a sentirla. Su aroma, su bendito aroma a limón, sus labios carnosos, su pelo enredado…

—Vamos a visitarlo, arqueólogo, pero solo queda una hora para el cierre.

—Suficiente para olvidar. ¿Me dejas existir a tu lado?

—Te dejo.

—Qué buena eres, Ginevra.

—Y tú qué gilipollas. Que te quede claro que esto te va a costar una sopa, un plato entero de sopa.

Me echo a reír mientras el gran castillo y el guarda receloso nos dan la bienvenida.

Epílogo

Ginevra

Nueve meses después.

No debe haber ninguna novia que el mismo día de su boda no sepa dónde va a casarse, excepto yo.

Estoy sentada dentro de un coche, con Kenna, mi abuela, y mi madre.

—Deja de quejarte. Es una sorpresa, Ginevra —dice el conductor: Alexander.

—Llevo una hora con esta venda en los ojos.

—Llevas diez minutos, hija —dice mi madre que ha tardado poco en sumarse a los que no me apoyan.

—Ya queda poco, quejica —añade Kenna, que está respirando tal y como le ha aconsejado el instructor de su embarazo. Y solo está de tres meses.

—Abuela, di algo tú también, que eres la única que queda.

—Que estás preciosa, hija, y que te calles un rato, que ya estamos llegando.

Resoplo.

—Creo que sé dónde vamos. Estáis dando vueltas para despistarme. La isla es pequeña, no puede estar tan lejos.

—¿A dónde vamos, listilla? —pregunta Alexander.

—A un castillo…

Se escucha un silencio sepulcral y eso confirma mis sospechas.

—Os he pillado, habéis conseguido que nos casemos en un castillo.

Silencio.

—Decid algo o me quito la venda —amenazo.

—Es una sorpresa, espera un poco —me pide mi madre muy conciliadora.

Veinte minutos después, me bajo del coche con ayuda y siento que me guían a través de una pequeña colina ligeramente empinada.

Llevo unas deportivas porque así me lo han aconsejado, pero cuando se termina la pendiente, me ayudan a colocarme los zapatos de tacón.

Mi vestido es sencillo. Blanco, recto y con algún encaje. Y llevo el pelo recogido en una trenza preciosa. Muy princesa.

Escucho un murmullo, deben ser los invitados, pero hay algo en el aire que me hace dudar. Conozco el sonido del interior del castillo, el Ravensholt, y no se parece en nada a lo que escucho ahora.

¿No nos casamos aquí? Con la ilusión que me hacía…

Me quitan la venda lentamente y me encuentro un escenario muy distinto al que esperaba.

No es Ravensholt. No es el castillo que había imaginado, restaurado y soñado como mi escenario de boda. Lo que tengo delante son las ruinas de un lugar que no había visto jamás: el

Castillo de Wynthorpe, aunque había oído hablar de él por Dylan. Y no es un castillo, lo fue. Ahora solo son ruinas.

Los muros, los que quedan, están desgastados, cubiertos de musgo, con arcos góticos a medio derrumbar que apenas se mantienen en pie. La hierba alta rodea las piedras caídas…

No es el castillo de mis sueños, pero al ver a Dylan, plantado en medio de lo que alguna vez fue un patio interior, tan guapo, tan elegante y con esa sonrisa, se me olvida todo. Está junto a Logan y Elliot, y ahora también junto a Alexander que ha corrido para colocarse a su lado. Sus tres padrinos, los que él ha elegido.

Camino lentamente y observo a los invitados, a los ocho invitados: Megan y su novio, Tavistock y su esposa, Sarah, Arthur, y Andrew y su novia.

La historia de que esas personas sean los invitados es breve.

Después de pasar dos días más en Escocia, volvimos a la isla. Yo permanecí en el barco y alrededores varias semanas, mortalmente aburrida. En esas semanas reforcé mi amistad con Megan y conocí a su novio, David, que es una gran persona.

Poco después, Tavistock me llamó y me citó en una cafetería de Yarmouth. Nunca me pidió disculpas, pero me dijo que le gustaban las personas con coraje. También me contó que había descubierto que su padre había sido amigo de mi abuelo y que eso le había enternecido. Podría haberle dicho otras cuantas cosas, pero me ofreció incorporarme al equipo de Logan de nuevo y también me aseguró una plaza en los diferentes proyectos de Patrimonio en la isla.

Dylan terminó su excavación y, tal y como pensaba, la cámara conectaba con la antigua torre. Allí encontraron restos de tablillas de cera, apiladas dentro de unas vasijas. Los documentos databan del siglo XI, cuando el castillo era un centro de poder normando. También encontraron un boceto de una mujer, inscrito con el nombre de Catriona. Según los historiadores, entre ellos mi arqueólogo, esa mujer había sido una figura importante en los inicios del castillo. Creen que ayudó a establecer las primeras alianzas comerciales. Dylan me lo ha contado tantas veces que casi puedo repetirlo sin pensar.

El castillo se abrió al público hace tres meses. Dylan dejó las excavaciones y compagina el trabajo de profesor de historia en un instituto de Newport, con el de guía en el castillo; y también con el de miembro del departamento de investigación en la universidad de Londres, a la que viaja un día por semana.

Yo trabajo en un nuevo proyecto de restauración de una mansión palaciega barroca en la isla. Dirijo el departamento de ambientación y Andrew, el arquitecto, es también mi compañero.

Logan tiene planes para volver a Londres, pero está terminando unos compromisos con Tavistock en la isla.

A mi madre la visito una vez al mes, pero no solo en la casa de Escocia, sino también en Manchester donde cada vez pasa más tiempo con mi abuela.

Elliot y mi abuela continúan su amistad, pero cada vez sospecho que haya algo más que una amistad entre ellos, aunque ambos lo niegan.

Alexander ha creado un departamento de decoración de interiores para completar su estudio y ofrecer a los clientes de los encargos privados el servicio. Trabajo, aunque a distancia, con él, y me encanta decorar todo lo que lleva su firma, especialmente porque tiene algo de color. No son edificios históricos, pero también me gusta darles vida.

Y Kenna y Alexander, están esperando a su primer hijo. Aunque desconocen el sexo, tienen

claro que se llamará Alexander. Son igual de arriesgados que lo han sido siempre.

Y mi arqueólogo me hace feliz cada día. Vivimos en el barco, pero hemos decidido comprar la casa de Yarmouth, la de Elliot, la que no flota. Nos ha hecho un buen precio y en breve empezaremos las gestiones.

Sarah y Arthur se convirtieron en mis amigos, y con Sarah he vuelto a coincidir en el palacio. Pasamos buenos momentos y estamos fraguando una bonita amistad.

Dylan y yo ya no hablamos del pasado, ni de Fergus, ni de Lindsay tampoco. Perdí el contacto con ella, nunca más volvimos a hablar.

Solo de su hermano. Tenemos pensado viajar hasta Nueva York después de la boda. Dylan quiere visitar la tumba de Luke y mostrarme algunos rincones importantes para él de su vida en esa gran ciudad.

El juicio de Denzel se celebró. Mi abogado consiguió que no tuviéramos que vernos las caras. Le condenaron a ocho meses de prisión, de los cuales solo cumplió la mitad por mil razones que hicieron que se redujera, entre ellas el pedir perdón, aceptar el delito, y someterse a una terapia. De lo poco que sé de él, es que en la actualidad reside en Suiza y que se ha incorporado a una empresa de su sector.

Todavía siento escalofríos cuando pienso en él, pero cada vez lo veo más lejano.

Me acerco lentamente a Dylan. El terreno no es muy estable para mis tacones, pero intento mantener el paso firme y consigo llegar hasta él.

Mis tres madrinas me siguen: Kenna, mi abuela y mi madre. Es una boda algo distinta, pero así hemos elegido quién debe acompañarnos y ser testigo de esta unión.

—No es lo que esperabas, ¿verdad? —me susurra Dylan.

—Unas pocas piedras más habrían estado bien.

—Esto es historia pura, la auténtica, la original, no el castillito que hemos transformado en Eldergrove.

—¿No has obtenido permiso para casarnos allí, ¿verdad?

—No.

—Entonces deja de intentar convencerme.

—Ni Tavistock lo ha conseguido. Pero el lugar no importa, ¿verdad?

—No importa, Dylan, si consigo no romperme la crisma con lo zapatos y ninguna piedra se sale de su sitio, lo consideraré nuestro castillo.

Nos miramos y necesitamos envolvernos de palabras de esas empalagosas que tanto han significado para nosotros.

—Donde existir a tu lado, Ginevra —me dice en voz alta para que todos le escuchen.

Una pequeña ovación de los invitados.

—Donde amarte es para siempre, Dylan.

Otra ovación.

Y nos besamos, largo y tendido, sin prisas, a pesar de las protestas de los invitados y del encargado de oficiar la ceremonia, que ha llegado tarde debido a su avanzada edad y a la pendiente de la colina.

Pero nos ha casado, nos ha dado permiso para besarnos de nuevo y hemos vuelto a sacar de quicio a los invitados, que ahora amenazan con marcharse.

Apenas les escucho, estoy sumergida en los labios de mi arqueólogo de ojos grises.

Fin

Gracias por haber llegado hasta aquí. Si te ha gustado Donde odiarte es para siempre y quieres conocer otras de mis novelas, aquí te dejo un listado de ellas. Las podrás adquirir en Amazon, tanto en formato digital como en papel.

Serie Error: Jodido Error.
Jodido Doctor.
Jodido Olivier.

Serie Suecia: Prohíbeme Soñarte.
Prohíbeme Despertar.

Serie condenados: Julien. Condenados a encontrarnos.
Daniel. Condenados a entendernos.

Serie enemigos: Cuando somos enemigos.
Cuando estamos prohibidos.

Mi nombre es Lago y estoy hablando de Noelia.

Llámame Infiel.

Hasta que escuché tu voz.

Y llegaste a tiempo.

De nuevo, gracias.
Abril Laínez